

**Joaquim Pedro
de Oliveira Martins**

**BRASIL
Y LAS COLONIAS
PORTUGUESAS**

CLÁSICOS DE HISTORIA 571

***JOAQUIM PEDRO
DE OLIVEIRA MARTINS***

**BRASIL Y LAS COLONIAS
PORTUGUESAS**

O Brazil e as colonias portuguesas

Terceira edição, augmentada

Lisboa 1888

<https://archive.org/details/obrazileascoloni00oliv/mode/2up>

Traducción automática revisada

CLÁSICOS DE HISTORIA 571

ÍNDICE

Advertencia.....	5
------------------	---

Libro primero **Formación de las colonias en África y América (1418-1654)**

I. El descubrimiento y la ocupación.....	7
II. Organización.....	9
III. La exploración de los <i>sertões</i>	13
IV. Las misiones.....	15
V. Los jesuitas y los indígenas del Brasil.....	17
VI. La crisis en Ultramar.....	19
VII. Los holandeses en Pernambuco.....	23

Libro segundo **Negros, azúcar y oro (1654-1808)**

I. La trata de esclavos.....	27
II. Esclavitud en Brasil.....	32
III. El estado de Maranhão.....	34
IV. La expulsión de los jesuitas.....	35
V. El Brasil de Pombal.....	37
VI. El descubrimiento de las minas.....	39
VII. El oro del Brasil.....	41
VIII. Constitución geográfica de la nación.....	43
IX. Las colonias africanas.....	46

Libro Tercero **El Imperio del Brasil**

I. Historia de la Independencia.....	49
II. Geografía brasileña.....	56
III. La división del Imperio.....	59
IV. Los indígenas.....	62
V. La inmigración africana y asiática.....	68
VI. La inmigración europea.....	71
VII. El desarrollo de la riqueza.....	76

Libro cuarto **África portuguesa**

I. Estadística de las colonias.....	82
II. El sistema colonial africano.....	89
III. Los tres tipos de colonias.....	92
IV. Las factorías africanas y la concurrencia.....	96
V. Las plantaciones y el trabajo indígena.....	99
VI. La colonización y la emigración nacional.....	107
VII. La emigración y la metrópoli.....	112

Libro quinto **La exploración del continente africano**

I. África portentosa.....	116
II. Las razas indígenas.....	120
III. La civilización africana.....	127
 Bibliografía.....	 130

ADVERTENCIA

Hanc olim veteres vitam coluere Sabini;
Hanc Remus et frater; sic fortis Etruria crevit;
Scilicet et rerum facta est pulcherrima Roma.

Virg. *Georg.* II, 532-4¹.

El lector no encontrará en esta obra la historia de nuestro dominio en Oriente. Nos ocupamos ahora de *colonias*, no de *conquistas*, que, en nuestra opinión, son cosas completamente distintas.

La conquista o vasallaje de las costas e islas del Índico por los portugueses ha sido ya estudiada por nosotros, sumaria y rápidamente, como corresponde al alcance de estos libros, como un episodio ruidoso, brillante, si se quiere, para nuestra patria, pero sin mayor trascendencia para la historia del mundo.

De aquel *viaje a la India*², en el que se embarcó Portugal, aún se conservan algunas cosas, como cuando, tras un naufragio, los restos de un barco destrozado flotan sobre las olas: Timor, Macao, que comenzó siendo un nido de piratas, y la ciudad de Albuquerque, Goa, recientemente subyugada a Inglaterra. Aún queda una amplia franja de la costa oriental de África, después de perder Zanzíbar al norte, y al sur El Cabo con el puerto que Vasco da Gama bautizó como Natal.

Sin embargo, en Mozambique y en el vasto Zambeze, los portugueses no encontraron una civilización autóctona o imponente, como la de la India o la que los árabes habían extendido a lo largo de la costa oriental de África, en su mitad norte. Se trataba de territorios habitados por salvajes, al igual que los de la costa occidental y los de Brasil. Mozambique, por lo tanto, está vinculado a la historia colonial portuguesa, lo que le da a esta expresión el significado restringido que, a nuestro entender, le corresponde. Conquistar por las armas e imponer el propio dominio sobre naciones cultas, aunque lo hagan de forma distinta a la europea, difiere esencialmente del acto de domesticar tribus salvajes, exterminarlas, poblar territorios áridos, talar bosques vírgenes y abrir el suelo a cultivos productivos. Y aunque solemos llamar colonias³ a todos los asentamientos fundados por europeos fuera de Europa, es indudable que esta condición geográfica importa mucho menos que la distinción que surge del carácter de estos establecimientos.

En este libro, por lo tanto, estudiaremos la colonización portuguesa de América y África; y las estudiaremos conjuntamente, porque los territorios nacionales en estas dos partes del mundo formaron un sistema que se desarrolló de forma paralela al sistema de las conquistas orientales. En Oriente los portugueses dieron rienda suelta a su genio guerrero y mercantil; en África y América, obedecieron a los impulsos más afortunados de su genio inquisitivo y audaz. La misma tenacidad con la que anteriormente habían querido desentrañar, y habían desentrañado, los secretos del mar⁴, lo que ahora los impulsaba a descubrir los secretos de aquellas vastas y densas zonas interiores de África y Sudamérica.

1 «Esta vida una vez cultivaron los antiguos Sabinos; ésta, Remo y su hermano; así creció fuerte la Etruria sin duda, y Roma se hizo la más bella de todas las cosas...» Traducción de Rubén Bonifaz Nuño. (Clásicos de Historia)

2 *Historia de Portugal*, lib. IV; tomo II, págs. 197-276 (4.^a ed.)

3 Véase *Hist. da repub. romana*, I, pp. 211-214.

4 Véase *Historia de Portugal* (4.^a ed.), lib. I; págs. 51-52 y 163-222.

Demostraron ser tan incapaces e infelices en una empresa, como capaces y afortunados en la otra. Los portugueses fueron los primeros colonizadores europeos; y las islas del Atlántico, el primer ejemplo de colonias propiamente dichas. Las semillas sembradas en la tierra de América germinaron, y el imperio del nuevo continente posteriormente dio mayor testimonio de nuestro genio. Distinta fortuna le sobrevino a África, razón por la cual fue, casi hasta nuestros días, una dependencia de Brasil. El trabajo de desbroce y cultivo de tierras en América carecía de mano de obra, y en África había un excedente de negros: las dos colonias formaron un sistema, como dijimos antes; pero si de esto vino el desarrollo de una, también vino la condena de la otra. Con la emancipación de Brasil y la abolición de la esclavitud, África ha entrado recientemente en una nueva era, cuyo futuro, a su debido tiempo, intentaremos desvelar.

Una nación formada, libre y fuerte, en América y casi la mitad austral de África para colonizar o explotar: esta fue y es la obra de los portugueses. Su historia no estaría completa si no se uniera a la de sus colonias, sobre todo porque serán para el futuro el mejor testimonio, quizás el único testimonio vivo, de su existencia en el mundo, de su activa intervención en la civilización europea.

Esta historia de la formación y desarrollo de las colonias no está exenta de episodios brillantes, de acontecimientos dramáticos, de intrincadas intrigas, que la intervención de los caracteres humanos introduce en la existencia de las naciones, y todos ellos merecen una atención viva. Se trata de un estudio de embriología social. Allí, en la silenciosa confusión de las cosas primitivas, se ve la germinación de la semilla y se presencia el franco dominio de las leyes de la naturaleza y los instintos humanos, que también son una expresión de estas leyes. La historia se reduce a eventos, pero cada uno de estos simples datos: la exploración de un río, la construcción de una casa, la matanza de una tribu indígena, el desembarco de mujeres procedentes de la metrópoli o el rapto de mujeres indias cada uno de estos hechos despierta en la mente del observador el conjunto de condiciones y leyes a las que obedecen el nacimiento y el crecimiento de las sociedades. «Así vivieron los antiguos sabinos, así Remo y su hermano; así creció la poderosa Etruria; así Roma se convirtió en la maravilla del mundo.»⁵

5 Véase *Hist. da repub. romana*, introd., I, pp. IX y siguientes.

LIBRO PRIMERO.

FORMACIÓN DE LAS COLONIAS EN ÁFRICA Y AMÉRICA (1418-1654)

I. El descubrimiento y la ocupación.

Las razones que llevaron a los portugueses a embarcarse en la exploración del océano Atlántico han sido ampliamente estudiadas y son bien conocidas⁶; por lo tanto, no nos ocuparemos de ellas. El período comprendido entre el primer cuarto del siglo XV y el segundo cuarto del siglo XVI constituye la gran época de los descubrimientos marítimos. En la primera mitad del siglo XV se exploró África Occidental a lo largo de la costa hasta Sierra Leona, y se descubrieron las islas del Atlántico; en la segunda mitad, aparece el archipiélago de Cabo Verde, así como las islas del Golfo de Guinea, y la exploración de la costa occidental se completa hasta El Cabo, y desde allí la costa oriental, en el viaje de Vasco da Gama a Calicut. El primer cuarto del siglo XVI marca la época del descubrimiento del litoral de Brasil, llevado a cabo por navegantes portugueses y extranjeros⁷.

6 Véase *Civil. ibér.* (3.^a ed.) lib. IV, 5-6; e *Hist. de Port.* (4.^a ed.) lib. III.

7 1.^{er} período

- 1418—Descubrimiento de Porto-Santo, por Bartolomé Perestrello.
- 1419—Ídem de Madeira, por Zarco y Tristão Vaz.
- 1429—Reconocimiento de la costa, hasta el cabo Bojador, por Gil Eannes.
- 1432—Descubrimiento de Santa María (Azores), por Gonçalo Cabral.
- 1434-5—Reconocimiento de la costa hasta Rio do Ouro, por Gil Eannes.
- 1431—Ídem hasta Angra de Cavallos, por Baldaya.
- 1440—Ídem hasta las bocas del Senegal, por D. Fernandes.
- 1443—Ídem hasta Cabo Verde, por el mismo.
- 1444—Descubrimiento de São Miguel (Azores), por Gonçalo Cabral.
- 1445—Reconocimiento de la costa de Gambia, por Cadamosto.
- 1446—Ídem desde Guinea hasta Cabo Roxo, por el mismo.
- 1447—Ídem hasta Río Tabete, por Tristão e Fernandes.
- 1449—Descubrimiento de Terceira y São Jorge (Azores), por Bruges.
- 1453—Ídem de las restantes islas de las Azores.

2.^o período

- 1460—Descubrimiento de las islas de Maio, São Thiago y Fogo (Cabo Verde).
- 1460-1—Reconocimiento de la costa hasta Cabo Mesurado, por Cintra.
- 1469—Ídem hasta el cabo Santa Catalina, por Santarem.
- 1469-71—Ídem de Gabón y descubrimiento de las islas del golfo de Guinea: Formosa, Fernando-Poo, Corisco, Anno-Bom, Santo Tomé (70), y Príncipe (71).
- 1484-5—Reconocimiento de la costa desde las bocas de Congo, hasta el cabo Negro, por Diogo Cam.
- 1486—Reconocimiento hasta el cabo de Buena Esperanza, por Bartholomeu Dias.
- 1497-8—Ídem hasta Melinde (en la costa oriental), por Vasco da Gama.
- 1501—Descubrimiento de las islas Ascensión y Santa Elena, por João da Nova.

3.^{er} período (costas del Brasil)

- 1499-1500—Pinzón visita la boca del Amazonas y el cabo del Norte (2° N.)
- 1500—Lepé reconoce el cabo Santo Agostinho (8° S.)
- 1500—Cabral desembarca en Porto-Seguro (16° 30' S.)
- 1501—Gonçalo Coelho sale de Lisboa para explorar la Terra de Santa Cruz de 5° a 32° S.

Las islas del Atlántico eran territorios despoblados⁸ y el tipo de colonización al que, desde entonces, recurren los hombres de finales de la Edad Media, aún imbuidos de tradiciones aristocráticas⁹, fue de tipo feudal. Así, en Madeira y las Azores se crearon capitanías, nombre dado a estos nuevos señoríos. En este primer momento de la historia de la colonización portuguesa, se distinguen dos reyes en la nación portuguesa: el monarca, por derecho histórico, y el infante D. Enrique¹⁰, aventurero promotor de los descubrimientos, señor de los territorios de ultramar, cuyo dominio le había conferido el papa, soberano espiritual de los príncipes católicos, mediante la bula de 1454.

El descubrimiento pareció otorgar un derecho análogo al derecho de conquista en la época medieval¹¹; y los navegantes fueron nombrados para las capitanías, a las que se atribuían los territorios, como conquistados desde el mar. Madeira y Porto Santo se dividieron en 1425 en dos capitanías: la de Funchal y la de Machico, la primera cedida a Zarco y la segunda a Tristão Vaz. El mismo sistema se siguió en las Azores. Colonizadas con habitantes del Algarve y del Miño por sus poseedores, las islas atlánticas pronto prosperaron gracias a un clima benigno y un suelo fértil. Funchal era una villa en 1451 y una ciudad en 1508. A mediados del siglo XV, es decir, treinta o cuarenta años después del descubrimiento, Madeira contaba con cuatro importantes asentamientos, contaba con 800 hombres, producía grano para su propia alimentación y azúcar que, cien años después, alcanzaba las cuatro mil toneladas.

No ocurrió lo mismo con los territorios descubiertos a lo largo de las costas occidentales de África, donde el clima impidió el asentamiento de colonos portugueses y donde, principalmente por estar habitadas, no faltaba mano de obra para extraer los productos de la tierra. Los navegantes, al desembarcar en las bahías, adentrándose en los estuarios de los ríos y las lagunas de esa costa baja y pantanosa de Guinea, se encontraron con multitudes de negros con quienes comerciaban con productos indígenas¹². El comercio, y no la colonización, se señaló inmediatamente como el futuro de la explotación de estas regiones descubiertas; y sobre todo el comercio, el de los negros, que las selvas salvajes de las islas Azores y los campos de caña de azúcar de Madeira tan desesperadamente necesitaban; la trata de negros, a la que los bereberes se dedicaban desde tiempos inmemoriales, y a los que nosotros sustituimos tras haberles comprado los primeros esclavos de Guinea.

Sin embargo, en las islas de Cabo Verde, al estar deshabitadas, se pensó en aplicar el sistema que había demostrado dar tan buenos resultados en las Azores y Madeira. Donada al infante D. Fernando, sus intentos de colonizarla con sus sirvientes y con gente de Guinea, aunque sin fracasar

1501-2—Vespucio va de Portugal al cabo de San Roque (5°), reconociendo la costa hasta 35°.

1503—Christovão Jacques explora la costa brasileña hasta el cabo de las Vírgenes, a la entrada de estrecho de Magallanes.

1503-4—Vespucio y Coelho van de Portugal a la isla de Fernando Noronha; y de Bahía (13°) a Cabo-Frío.

1503—La escuadra de Alfonso de Albuquerque, en camino hacia la India, reconoce la costa del Brasil y desembarca allí.

1505—Ídem, la escuadra de D. Francisco d'Almeida.

1506—Ídem, la escuadra de Tristão da Cunha.

1508-9—Pinzón y Solís, por Castilla, van al cabo São Agostinho, bajando por la costa hasta los 40°.

1515-6—Solís, por Castilla, va al Cabo-Frío; rebasa los cabos Natividade y Cananea (25°), visita la isla de los Patos, la bahía de los Perdidos (27°) y entra en el Mar-doce o de Solís (Río de la Plata), donde muere.

1516—Thomaz Perth, por Inglaterra, explora las costas del Brasil.

1519—Fernando de Magallanes, de camino hacia el Pacífico, descubre la bahía de Río de Janeiro.

1520—Los Parmentier, de Dieppe, visitan la costa de Pernambuco. La disputa por la posesión del Brasil, entre Castilla y Portugal, acaba finalmente con el tratado de Tordesillas.

8 Véase *Raças humanas*, I, pp. XI-II.

9 Véase *Civil. ibér.* II, 2; y III, 3.

10 Véase *Hist. de Port.* (4.^a ed.) III, 1.

11 Véase *Instit. primit.*, pp. 253-275.

12 Véase *Regime das riquezas*, pp. 107-108.

del todo, no cumplieron las expectativas. Poco o ningún resultado tuvo el primer intento de colonización de Santo Tomé, que en 1485 obtuvo una carta-fuero y en 1490 fue elevada a capitanía otorgada a João Pereira.

Sin embargo, un acontecimiento fortuito dio origen a la prosperidad de la isla: la cuestión de los judíos¹³. En 1493, la capitanía de Santo Tomé fue transferida a Álvaro de Caminha, quien se instaló en la colonia con judíos y exiliados, otorgando *a cada cual una esclava para tenerla y servirse de ella, el derecho de uso y servicio, con el principal objetivo de poblar dicha isla*.

Este es, en resumen, el esbozo de la primera época de la historia ultramarina portuguesa. Las islas atlánticas, pobladas y cultivadas, que dieron la primera muestra de la capacidad colonial portuguesa, pronto adquirieron una fisonomía europea: eran como fragmentos de Portugal, separados del continente, aunque solo mucho más tarde la administración consagró este hecho.

África Oriental, visitada y ya ocupada en parte a principios del siglo XVI¹⁴, seguía, sin embargo, ligada al sistema de imperio militar y explotación comercial de Oriente, en lo que se centraba exclusivamente la atención durante el reinado de Manuel I. Brasil, apenas descubierto, a nadie le importaba: había demasiadas tierras para tan poca gente, y el minotauro de la India devora todas las fuerzas y absorbe todos los recursos. En las islas africanas de Cabo Verde y Santo Tomé, se siembran oscuramente las semillas de una población mestiza; y la costa occidental, abandonada al sur del ecuador, pero al norte, alrededor del Golfo de Guinea y hasta Senegal, es un mercado, donde aquí y allá se encuentra un puesto comercial y una fortaleza. No hay ocupación continua, y junto a los asentamientos portugueses, se empiezan a ver, si no otros asentamientos, al menos las tripulaciones de los barcos de los armadores del norte de Europa que, tras desembarcar, comercian con los nativos en puntos no conquistados por nosotros. El infante D. Henrique construirá el fuerte de Arguim para asegurar el dominio de la bandera portuguesa en ese punto, donde los negroides del Sudán¹⁵ venían a intercambiar oro y esclavos por trigo y telas europeas. Este fuerte de Arguim fue arrendado a compañías navieras; y así como los principios del derecho feudal prevalecieron en la división de las tierras colonizables, aquí fueron transformados en monopolios mercantiles. Al fuerte de Arguim se añadió el fuerte de São Jorge da Mina, sin que, sin embargo, lograra dominar en exclusiva esa mortífera costa de Guinea, ni monopolizar el tráfico de esclavos, el *rescate* del oro, el comercio del ají, ante lo cual todos los pueblos del norte de Europa abrieron los ojos con entusiasmo y despertaron la avidez y codicia en sus corazones.

II. Organización

El gobierno de Juan III fue el fundador de la colonización portuguesa en los continentes de ultramar. A partir de 1530 comenzó el envío de colonos del reino a diversos puntos de las vastas y desconocidas tierras de la monarquía en África y en América. El proceso de conquista oriental se encontraba en su apogeo: Albuquerque ya había fundado el vasto imperio bañado por el océano Índico, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Malaca¹⁶, y la conquista de Diu estaba en marcha para someter la costa de Kambay¹⁷, cuando el gobierno metropolitano decidió dirigir su atención a África y América y continuar, a gran escala, los experimentos de colonización del siglo anterior.

Las islas de Cabo Verde, donde los colonos habían logrado prosperar en el abandono, fueron las primeras a las que se dirigió el gobierno. São Nicolau, Boa Vista, Maio y Santo Antão fueron

13 Véase *Civil. iber.* (3.^a ed.) IV, 7; *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) tom. II, pp. 5-10.

14 En 1505 se crea la capitanía de Sofala; en 1508 se funda la fortaleza de Mozambique.

15 Véase *Raças humanas*, I, pp. 93-96.

16 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) I, pp. 249-274.

17 *Ibid.*, pp. 275 ss.

pobladas; las donaciones fueron revisadas y confirmadas. La ley de concesiones de tierras se aplicó a estos nuevos territorios, donde era especialmente necesario prevenir la negligencia y la ociosidad entre los colonos. El resultado del sistema de medidas empleado fue tal que, en 1532, el crecimiento demográfico requirió la creación de un obispado independiente de Funchal, que hasta entonces era el obispado metropolitano de todos los territorios africanos.

Lo mismo ocurrió en Santo Tomé: la población también prosperó hasta el punto de que, en 1522, la isla ya contaba con ingenios azucareros que producían 10.000 arrobas de azúcar al año. También, en 1531 se creó allí un obispado, del que dependía el territorio portugués en la costa sur de África occidental. A partir de entonces, las colonias afroamericanas se diferenciaron por completo de las islas atlánticas, ya pobladas y europeizadas.

Mientras que en Guinea, debido al clima y al intenso comercio de esclavos y oro, la situación se mantuvo igual, no ocurrió lo mismo en Mozambique. En Zambeze, las guarniciones interiores de Sena y Tete ya se habían fundado; Inliambane y Lourenço Marques ya eran puestos comerciales en la costa, y Quelimane llegó más tarde (1544) para completar el sistema de centros de colonización. Angola permaneció abandonada.

Sin embargo, Brasil, que durante el reinado de Manuel I no había recibido la atención de los estadistas, embriagados por la explotación de la India, debe el inicio de su existencia al gobierno de Juan III, el rey colonizador. Esta fúnebre tragedia de la Inquisición, que modernamente impuso al sucesor de Manuel I el peso de un supuesto crimen que distorsionó su memoria, nos ha hecho olvidar la gran deuda de la nación con el primer gobierno que nos abrió las puertas de América. Al soberano que, sin dejarse llevar por el esplendor cartaginés del imperio oriental, se consumió en vano en organizarlo y moralizarlo, fundando al mismo tiempo un nuevo Portugal en el interior americano: nuestro honra histórica y, durante tanto tiempo, el pilar de nuestra existencia europea. Nosotros, que ya hemos intentado vengar la memoria de D. Juan III¹⁸, dejamos aquí indicado el mejor título que lo recomienda a la posteridad: fue el rey colonizador.

La ocupación portuguesa de Brasil data de 1525. El rey envió a Christovam Jacques a América con el título de capitán mayor. El enviado desembarcó en el lugar llamado Bahía de Todos los Santos, porque la primera expedición exploratoria de 1501 había llegado allí el 1 de noviembre. Fundó un puesto comercial en la costa frente a Itamaracá, erigió padrones y regresó al reino. A este primer intento le siguieron medidas más decisivas. En 1530, Martim Afonso de Sousa, quien posteriormente se convirtió, vergonzosamente, en gobernador de la India¹⁹, partió hacia Brasil, entonces constituido como el gobierno de la «América Lusitana» o «*Terras Brazilicas*», y fundó la capitanía de São Vicente.

A estas dos primeras expediciones les siguió inmediatamente la organización y colonización sistemáticas. Los judíos, exiliados, constituyeron el primer núcleo de población. Del reino llegaban cargamentos de mujeres en mayor o menor grado perdidas. Brasil también era un asilo, refugio y santuario garantizado para todos los criminales que desearan vivir allí, con la única excepción de los culpables de herejía, traición, sodomía y moneda falsa.

Para la constitución política de las colonias, las ideas predominantes en ese momento no diferían de las aplicadas a las islas atlánticas en el siglo anterior, es decir, la enfeudamiento de los territorios. En 1530-1535, Brasil quedó, por lo tanto, dividido en 12 capitanías²⁰, cuyos cesionarios

18 Véase *Civil. iber.* (3.^a ed.) pp. 272-276.

19 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) I, p. 281.

20 He aquí, resumidamente, los fastos de la organización feudal del Brasil:

<i>Donación</i>	<i>Donatarios</i>	<i>Títulos</i>	<i>Reversión a la corona</i>	<i>Primera población</i>
I. Capitanías, 1530-1535				
1534	João de Barros	Rio-grande-do-norte	1540?	Natal
1534	Ayres da Cunha	Maranhão	1540?	S. Luis
1534	Alvares de Andrade	Jurucoará	1540?	Tutoya

ostentaban poderes soberanos, excepto la facultad de acuñar moneda. El tributo del diezmo de los productos a la corona era la expresión del dominio soberano de esta última. Cada capitania debía corresponder a 50 o 60 leguas de costa y podía extenderse tierra adentro a medida que se expandieran las conquistas de los concesionarios.

Una política de libertad sensata eximió a la agricultura, la industria y el comercio de restricciones vejatorias, abriendo la colonia a los extranjeros mediante el pago de pequeños aranceles diferenciales. Los impuestos eran moderados, pocos artículos estaban monopolizados y el traslado de personas de una capitania a otra, y de cualquiera de ellas a países extranjeros, era libre.

Tal fue la primera constitución de la América portuguesa; y las consecuencias de este sistema dejó en la colonización de Brasil una huella imborrable, aún hoy evidente de diversas maneras. Por un lado, la población, especialmente en el norte, era aristocrática: es decir, las *casas* portuguesas enviaban sus representantes a ultramar, y desde el principio la colonia presentó un aspecto diferente al de las turbulentas inmigraciones castellanas en América Central y Occidental. Por otro lado, la

1534	Cardoso de Barros	Ceará	1556?	Aquiraz
1534	P. Lopes de Sousa	Itamaracá	1743	Itamaracá
1534	P. Lopes de Sousa	Santo Amaro	1709	Laguna
1534	D. Coelho Pereira	Pernambuco	1654	Igarassu
1534	P. Pereira Coutinho	Bahia	1548	Villa-Velha
1535	J. Fig. Corrêa	Ilhéus	1761	Ilhéus
1534	P. Tourinho	Porto Seguro	1759	Porto Seguro .
1534	V. Frz. Coutinho	Espirito Santo	1718	Espirito Santo
1530-4	M. Affonso de Sonza	S. Vicente	1791	S. Vicente.
II. Capitanías creadas posteriormente				
1557	D. Álvaro da Costa	Paraguassu	?	Itaparica
1567	A Coroa	Rio de Janeiro	—	V. velha do Rio
1590	A Coroa	Sergipe	—	Aracaju
1615	A Coroa	Grão-Pará	—	Belem
1615	A Coroa	Cabo-frio	—	Cabo-frio
1620	A Coroa	S. Pedro d'Elrey	—	Estreito
1620	F. de Albuquerque	Cuman	1630	Alcantara
1633	F. Coelho de Carvalho	Camutá	1637	Camutá
1637	D. Maciel Parente	Cabo do norte	1642	Macapá
1665	A. Souza Macedo	Marajó	1764	Monforte
1674	V. d'Asseca	Parayba do Sul	?	S. João da Barra

Esta tabla demuestra:

1. Que el sistema feudal se mantuvo prácticamente hasta finales del siglo XVII, a pesar del establecimiento del gobierno central de Bahía; pero que los feudos privados de 1620-1674, creados casi en su totalidad en las remotas zonas del valle del Amazonas, no lograron prevalecer;

2. Que la vitalidad del sistema, introducido por el rey Juan III en 1543, fue tal que entre 1567 y 1620 se instituyeron feudos o capitanías de la corona, imitando lo que también había sucedido en la Europa medieval;

3. Que la reversión a la corona, un movimiento que refleja la victoria del sistema centralizador sobre el feudal, salvo casos fortuitos, sólo es decisiva en el siglo XVIII: sólo entonces prevalecieron decisivamente las ideas de soberanía absoluta.

Las capitanías cayeron sucesivamente bajo el dominio de la corona, ya sea por abandono, por fallecimiento de los cesionarios sin herederos, por confiscación o, finalmente, por compra de derechos, un proceso que se siguió principalmente en el siglo XVIII.

El establecimiento del gobierno central de Bahía en 1548 abolió la capitania creada en 1534 en esa parte de la costa, donde el soberano estableció la sede de su eminente poder; y las sucesivas capitanías que vemos crearse (1567-1620) a favor de la corona, surgen de la apropiación de territorios conquistados por los gobernadores:

1615 Grão-Pará, por F. Caldeira Castello Branco.

1590 Sergipe, por Christovam de Barros.

1615 Cabo-Frío, por Constantino de Menelau.

1567 Río de Janeiro, por Estacio de Sá.

Así, vemos los acontecimientos de la historia europea reproducidos en América. La corona tiene soberanía; pero el rey, el soberano, es también vasallo, como donante (véase *Civil. Ibérica* (3.ª ed.), págs. 149-152); y, por otro lado, se da una concurrencia de las formas de gobierno feudal y monárquica, hasta que finalmente la primera cede por completo su lugar a la segunda.

división de territorios tan vastos en capitanías que los abarcaban todos dio lugar a la creación esporádica de centros de colonización en la costa, sin conexión entre ellos, sin unidad, cada uno de los cuales era como una colonia independiente. Si a todo esto se suma la circunstancia de que los capitanes o concesionarios podían extender su dominio hacia el interior, ya que las cuencas hidrográficas, atravesadas por grandes ríos navegables, se lo permitían, las causas de esta colonización dispersa, que aún hoy constituye uno de los graves obstáculos para el desarrollo de la nación, son claramente visibles.

«Un vasto territorio —dice un escritor brasileño moderno— estaba dividido en doce capitanías, algunas mayores que los más grandes reinos de Europa, y enfeudadas perpetuamente a unos pocos validos y capitanes, hombres de la corte y de la guerra, cuya amplia jurisdicción correspondía a la distribución y explotación de la tierra, el asentamiento y la defensa del campo y las ciudades, la administración de justicia y la mayoría de los demás atributos de la soberanía; todo ello en tal discordia y desproporción con respecto a su fuerza, que la mayoría de ellos, tras una prolongada lucha y grandes desastres, renunciaron a tales posesiones, exhaustos y arruinados.»

El hecho es, sin embargo, que incluso en épocas muy posteriores los gobiernos metropolitanos de Europa sólo pudieron promover la colonización y explotación de territorios de ultramar a través de instituciones que, si bien no eran jurídicamente feudales, surgieron claramente de ejemplos históricos y se crearon a imagen de aquellas capitanías con las que el rey Juan III llevó a cabo su empresa ultramarina. Estas instituciones son las Compañías de las Indias, que sirvieron a Holanda e Inglaterra para fundar sus imperios coloniales, y que tenían poderes soberanos, como los donatarios del Brasil. A pesar de la inmensidad de sus recursos, la compañía holandesa ni siquiera pudo mantener la conquista de Pernambuco en el siglo XVII.

Sin embargo, no cabe duda de que los primeros intentos de los concesionarios de Brasil resultaron en parte infructuosos. La casualidad jugó un papel importante en ello; y si el infortunio del naufragio de la expedición de diez barcos que João de Barros, Ayres da Cunha y Alvares de Andrade enviaron para conquistar sus capitanías no podía considerarse un argumento, dado que las abandonaron, arruinadas por este imprevisto, las discordias, las villanías, los crímenes y las luchas armadas de los capitanes o sus lugartenientes justifican consideraciones más serias. Tales desórdenes, que en ultramar reprodujeron, con un nuevo matiz, los acontecimientos de la historia feudal europea, llevaron al rey Juan III a colocar un gobernador o virrey junto a los capitanes para contenerlos, tal como los monarcas europeos habían desempeñado un papel similar por encima de sus barones. Así nació el gobierno general del Brasil en 1548, con Bahía elegida como capital, abolida la capitanía de esa parte del litoral y con la edificación de una nueva ciudad.

El intento de organización feudal y federativa recibió así su primer golpe y gradualmente dio paso a una política administrativa diferente. El imperialismo, que prosperaba en la metrópoli, se implantó en la colonia; y posteriormente, las crisis derivadas de los ataques marítimos de franceses y holandeses, principalmente, dieron la victoria decisiva a una administración centralizadora, monopolizadora, protectora y absolutista, acorde con las ideas que también prevalecían en la Europa de la época. Tan pronto como Thomé de Souza, el primer gobernador general, se instaló como lugarteniente del soberano en Bahía, con mil soldados y convictos que trajo consigo, se prohibió la comunicación entre colonos de las distintas capitanías sin un permiso especial, así como el desembarco donde no había aduanas; pronto se reglamentó el cultivo y la fabricación de azúcar, exigiendo licencias para la construcción de barcos. El nuevo Brasil monárquico se afianzó rápidamente: en cuatro meses, la ciudad de Bahía, la capital, contaba con cien hogares.

A pesar de los vicios del primer sistema adoptado, a pesar de las dificultades de la distancia, el clima inhóspito, la agreste naturaleza de los bosques, repletos de animales feroces e indios no más humanos, los catorce años transcurridos entre la creación de las capitanías y el gobierno general de Bahía no estuvieron llenos solo de errores.

Los contornos de la futura nación ya se perfilaban. A lo largo de la costa, desde Pernambuco hasta São Vicente, se establecían centros de colonización ulterior. Ya eran visibles los rudimentos de las ciudades y —sin duda, algo fructífero para el progreso futuro— estos rudimentos presentaban una fisonomía europea, y no la mezcla desordenada y confusa de diversas razas, ni la anarquía disoluta de los asentamientos castellanos, mineros y no agrícolas como eran los del Brasil. La ocupación de la costa no superó los 7° N por un lado y los 24° S por el otro —aproximadamente un tercio del desarrollo total— entre las dos florecientes colonias de Pernambuco y Santos. Desde cabo Branco hasta Oyapock, al norte, y desde Santos hasta Lagoa dos Patos, al sur, aún no había asentamientos. Pero en las dos colonias entonces extremas, que posteriormente se convertirían en el corazón de los dos Brasiles del siglo XVII, en Santos (São Paulo), al sur, y en Pernambuco, al norte, ya se vislumbraba la primera época de la vida histórica de la América portuguesa.

Ya están esbozados los rasgos cardinales de la política de ultramar del gobierno de D. Juan III, a quien pertenecerá eternamente la gloria de haber sido el fundador del sistema colonial portugués, la mayor obra civilizadora de la nación, ya ilustre por sus navegaciones oceánicas, ahora célebre por sus exploraciones de continentes desconocidos.

Para fijar bien en la mente del lector los elementos que constituían estas nuevas ciudades fundadas por los portugueses de ultramar, conviene resumirlos:

a) Materia prima para la colonización: convictos y judíos, deportados por el soberano; criminales fugitivos; colonos traídos por los donatarios; en Brasil, indígenas esclavizados; y en todas partes, negros de Guinea, exportados como instrumentos de trabajo.

b) Tipo de explotación colonial: agrícola, caracterizada casi exclusivamente por el cultivo de la caña y la producción de azúcar.

c) Constitución social: feudal, mediante donaciones y señoríos o capitanías territoriales; o mediante monopolios mercantiles, como en Guinea, conjuntamente con los gobiernos generales, representantes del soberano. Organización eclesiástica, a imitación del reino, en obispados y parroquias. Misiones libres, principalmente de jesuitas.

III. La exploración de los *sertões*²¹

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, nuevos elementos comenzaron a incorporarse al sistema de colonización nacional: el ardiente deseo de descubrir, en territorios portugueses, los metales preciosos que se creía saturaban los continentes africano y americano, y que en este último convertían a las colonias castellanas en tesoros inagotables; por otro lado, estaban los conflictos generados por las misiones jesuitas, tanto con el Estado al pretender dotar a los pueblos indígenas de una constitución teocrática, como con los colonos, ya que en Brasil este propósito se oponía a la esclavización de los indígenas, instrumentos de trabajo.

De estos dos nuevos elementos, el primero, si bien no condujo a los deseados descubrimientos mineros, fue sin embargo un poderoso incentivo para expandir la exploración del interior de África y América.

En Angola, donde desde finales del siglo anterior las misiones del Congo habían sido un medio de comercio con los negros, se inició una ocupación regular en la segunda mitad del siglo XVI. En 1560, Paulo Dias visitó la desembocadura del río Quanza por primera vez; y regresó en 1574, ya nombrado *gobernador y conquistador*, para establecerse en Luanda, la primera ciudad portuguesa. A partir de allí comenzaron las interminables guerras con los negros, fomentadas principalmente, según el gobernador Luiz Mendes (1617), por el rescate de esclavos del interior,

21 El *sertão*, plural *sertões*, es la región situada en el nordeste del Brasil. La palabra parece proceder de *desertão*, gran desierto. (Clásicos de Historia)

que prohibió sin éxito; y de estas guerras permanece el recuerdo del asedio de Massangano (1595), el primer baluarte del dominio portugués en Angola. Las sucesivas victorias sobre los indígenas africanos, aunque intercaladas con sangrientas masacres, y aunque las fiebres mortales siempre ayudaron a los negros, permitieron el establecimiento y la expansión de Angola. Varios presidios ya la defendían; pero la colonia estaba tomando forma con características análogas a las de Guinea: la tierra no estaba cultivada, el comercio se realizaba principalmente, o incluso exclusivamente, con negros; la población estaba diezmada por las fiebres. Tan sólo en 1595, doce mujeres blancas llegaron desde Portugal, las primeras.

Así, se estableció un dominio militar, bajo cuya sombra se exploraba el comercio de la gente negra, de acuerdo con la tradición de las montañas de plata de Cambambe; y la demanda de metales preciosos dio un nuevo impulso a la exploración del interior con las sucesivas y fallidas expediciones de 1594 y 1602, que llevaron a la ocupación del distrito, sin llegar al descubrimiento de las minas. Por otro lado, se rumoreaba que el interior de Benguela albergaba un yacimiento de cobre; y dado que la plata se había agotado, esta nueva esperanza llevó a los exploradores a la conquista de Benguela (1617), donde tampoco se encontró cobre: solo una región letal.

En Mozambique prevalecieron tradiciones más prometedoras. Sofala era la antigua Ofir; en el interior de la vasta cuenca del Zambeze, desconocida y misteriosa, se suponía la existencia de innumerables yacimientos del oro más puro, ¡el oro de Salomón! D. Sebastián dividió el imperio oriental en tres gobiernos (1571), y el primero de ellos (desde Cabo Correntes hasta Jar-ha-fûn) incluía Mozambique y las costas de Zanzíbar, posteriormente perdidas. Francisco Barreto, el primer gobernador de África Oriental, recibió la orden de descubrir el Ofir, y el oro con el que la ardiente imaginación de nuestro Rey Quijote²² soñaba para conquistar el imperio que luego sería Alcacerquibir, pero que no encontraba fuera de su propia fantasía.

La expedición de Barreto²³ fracasó, y el gobernador murió en Sena. Junto a Sena y Tete, a orillas del Zambeze, ya se estaba desarrollando en cierta medida un Paraguay jesuita. Las misiones se asentaron junto a los cafres, y los misioneros eran fetiches vivientes de los neófitos sumisos. Vasco Homem, de acuerdo con el gobernador, intentó frenar las misiones. Tuvo que retirarse, pero regresó al año siguiente con tropas y artillería suficientes para convencer a los padres. Y continuó. Exploró el valle del Zambeze; llegó a Quiteve, visitó Chiconga y regresó diciendo que había visto las minas, cuya explotación, en su opinión, no compensaría el trabajo.

Adquirida la certeza de que ninguna región africana llegaría a ser un Perú o un México, toda la atención se centró en América. Las colonias africanas, Angola y Mozambique, se convirtieron decididamente en una mina de oro negro: esclavos robustos, resistentes a la acción deletérea de los climas tropicales, un instrumento invaluable con el que se produciría azúcar en Brasil y se explotarían las minas.

Era una vieja esperanza entre nosotros encontrar en la América Oriental lo que en la América Occidental enriqueció al vecino reino de Castilla; pero esta esperanza sólo se hizo realidad un siglo después. Ya en 1539, cuando D. Juan III, tras la renuncia de João de Barros a la capitania de Maranhão, se la entregó a Luiz de Mello, este último partió del reino con cinco barcos para penetrar el río Amazonas en busca de *minas al este del Perú*. Esta empresa fracasó debido al naufragio del segundo donatario de Maranhão, y la exploración minera dio paso a la colonización agrícola hasta casi finales de siglo. La población creció y los asentamientos se multiplicaron. Santos recibió el estatus de ciudad (1546); se fundaron Itanhaem (1562) y Cananéa (1587), y junto con el desarrollo de lo que hoy es la provincia de São Paulo, Sergipe d'Elrey fue conquistada para la corona. Fue en los últimos años del siglo que se reavivó la ambición por las minas. Gabriel Soares, en busca del verdadero El Dorado, recorre el río São Francisco hasta las cabeceras del Paraguassu. En 1603, el gobernador de Brasil envió a Pedro Coelho en una expedición a Ceará en busca de oro. Aunque

22 *Hist. de Port.* (4.^a ed.) lib. V, 3. — 2 V.

23 Véase *Raças humanas*, I, p. 7.

Coelho no lo encontró, fundó Nova Lisboa a su regreso, un campamento efímero que ya había desaparecido en 1607.

Así, la busca de minas tanto en África como en Brasil, totalmente infructuosas, tuvieron el enorme alcance de extender la exploración hacia el interior del *sertão*. El rostro del hombre blanco apareció por primera vez en el corazón de estas misteriosas regiones; y este hombre era el portugués, quien con igual audacia se había aventurado, primero al mar desconocido, ahora a las tierras salvajes del *sertão*.

Si en África la caza de negros los llamaba al interior, antes de ir allí en busca de minas, lo mismo ocurrió en América, donde las *bandeiras* o expediciones recorrieron el *sertão* para *capturar indios*.

IV. Las misiones

Las guerras con los pueblos indígenas de América y África representan en la historia lo que esta habría presenciado (si ya hubiese historia en aquellos tiempos remotos) en las invasiones de Europa por parte de la raza blanca. En esta lucha contra los aborígenes, se observa el proceso mediante el cual la naturaleza, forzando una selección, desarrolló gradualmente la capacidad y el dominio de los seres superiores²⁴. La adaptación de la raza peninsular al clima del sur de América trajo consigo el exterminio de las tribus indígenas; mientras que la inhóspita África no permitió ni la extinción de negro, a pesar de la esclavitud, ni la formación de una subraza mixta, a pesar de las sucesivas inmigraciones de blancos.

En el siglo XVI, las relaciones y los movimientos de las diversas razas no se entendían de esta manera. El espiritualismo cristiano llevaba a creer que, en virtud de un alma siempre fraterna, anidada en los cuerpos de individuos de diferentes colores y formas, todos los hombres eran una sola y misma cosa. El principio de identidad en Jesucristo, predicado en los primeros tiempos cristianos «a los griegos y a los bárbaros», fue extendido por los jesuitas y la Iglesia a los negros y a los indios. La naturaleza misma, sin duda, se rebeló contra esta piadosa noción; por ello, vemos a los misioneros esclavizando también a los negros y lucrándose con este rescate; por eso vemos que el asentamiento de los indígenas de América sólo se diferencia de la esclavitud secular en ser una forma de explotación más benigna e más inteligente. Por otro lado, en las misiones jesuitas aparece un elemento extraño que complica las cosas de forma imprevista. Renovadores del catolicismo, los discípulos de Loyola²⁵ pusieron en práctica el plan de dominar el mundo en nombre de Dios, no sólo con armas espirituales, sino también con instrumentos mundanos: riqueza, arte e incluso la fuerza. Evidentemente, pensaron en crear estados o naciones jesuitas con los aborígenes de África, especialmente los de América; y de ahí surgieron los constantes conflictos con la autoridad civil. Al mismo tiempo, al reclamar a todos los indígenas para sí, para sus aldeas, para sus granjas, crearon una guerra constante con los demás colonos, quienes, en busca de mano de obra, cazaban en el *sertão*.

La barbarie y crueldad con la que procedieron los capitanes y colonos significaron a la vez la necesidad de defensa y la rudeza de la conducta. Sentimientos similares reinaron en Oriente; y si, posteriormente las homilías jesuitas condenaron el maltrato a los indígenas, anteriormente las plantaciones misioneras competían con las seculares en la explotación de la mano de obra indígena; es un hecho que, al principio, la guerra y la esclavitud parecían libres de todo pecado a los espíritus más piadosos. João de Barros decía que los negros sacados de África más bien venían a recibir la salvación que el cautiverio; y Nobrega y Anchieta, los fundadores de las misiones en Brasil,

²⁴ *Th. da hist. universal*, en las *Taboas de chronol.*, pp. XIV-XXII.

²⁵ Véase *Civil. ibér.* (3.^a ed.) lib. IV, 3 y pág. 289 ss.; *H. de Port.* lib. IV, 1.

cooperaban con los capitanes en las guerras contra los indígenas —en lugar de defender a los indígenas de los capitanes (como hicieron después sus sucesores)— porque creían que sólo por la fuerza se podía convertir a los salvajes²⁶, y que las *bandeiras* de *rescate* en las tierras del interior salvarían del canibalismo y de la condenación eterna a los prisioneros en guerras intestinas.

El desarrollo de los cultivos, la escasez de armas, el aumento de la fuerza y el número de la población colonial, la importancia de las misiones protegidas por la corona y enriquecidas con plantaciones en las aldeas indígenas: estos son los elementos de los conflictos que marcan la segunda época de la existencia colonial de Brasil. Estos conflictos son, en sí mismos, prueba del progreso de la colonia.

En África, la historia de las misiones no tiene el interés de las del Brasil. El clima y el negocio absorbente de la esclavitud negra no permitieron la creación de plantaciones ni el aumento de la población blanca. Los negros del Congo se habían convertido en masa; el rey, la corte, los súbditos, todos eran cristianos, porque así llamaban los sacerdotes a quienes recibían el bautismo, y adoraban a los nuevos fetiches²⁷ con la misma fe con la que veneraban a los antiguos. Las lucrativas relaciones que las misiones crearon para el pueblo congoleño a través de sus tratos con los europeos son la causa de esta conversión milagrosa, perdida y olvidada, sin embargo, tan pronto como el asentamiento portugués en Angola estableció en la costa un dominio eminente sobre las tribus, anteriormente explotado solo por los *cristianos* del Congo. Los misioneros abandonaron el territorio.

En 1553, un año después de la creación del obispado, misioneros franciscanos fueron a Cabo Verde y a Guinea; pero los nulos resultados de la catequesis se repitieron en la tentativa posterior en Santo Tomé, a cuyo obispado perteneció Angola hasta 1596, cuando se trasladó de allí la sede del Congo. En 1560, el obispo de Santo Tomé expresó sus grandes dudas sobre la conversión del pueblo de Angola²⁸; y los hechos justificaron al mismo obispo, quien exigió misioneros comerciantes.

En 1604, Baltasar Barreira partió hacia Angola: esa provincia le había correspondido en la división del mundo colonial hispano-portugués, realizada por los jesuitas, omnipotentes en la Península. En África la Compañía se declaró, como ya se había declarado en América, *ama y protectora de los negros*, en palabras de Barros; o la defensora de los indígenas frente a los gobernadores, representantes del Estado. D. Francisco de Almeida, quien no quiso someterse a la tutela jesuita, fue expulsado de Angola, huyendo en 1593 ante los sacerdotes traídos por Paulo Dias, incluso antes de que Barreira organizara la misión. A partir de entonces, Angola fue durante un tiempo una colonia jesuita: los padres gobernaban, los gobernadores eran sus pupilos, y el clero secular y los obispos protestaban y rechazaban en vano a los intrusos. Sin embargo, en Angola, no existían los medios ni la utilidad para asentar a los negros en aldeas y plantar caña de azúcar; solo existía un negocio rentable, la esclavitud, para el cual la catequesis y la protección de los indígenas eran innecesarias. Así pues, las misiones jesuitas decayeron en Angola (como antes habían caído las del Congo) y la Compañía se dedicó al tráfico de esclavos (bautizados, convertidos, ni que decir tiene) obteniendo el privilegio de exportar unos centenares, en tres barcos al año, exentos de derechos.

26 «Los indios, más por miedo que por el amor se han de convertir.»

27 Véase *Syst. dos mythos religiosos*, pp. 48-62.

28 «Estoy muy dudoso mucho de poder cristianizar sin la trata y negocio de mercaderías, como dicen que vuestra Alteza ordena que no se haga trata de ninguna manera, y más aún porque tengo entendido que los angoleños tienen hidalgos a los que el diablo tiene muy atados y les perturba el juicio y su entendimiento natural.» Carta, en Levy, *Hist. do Congo*, doc. Véase *Raças humanas*, I, p. LV.

V. Los jesuitas y los indígenas del Brasil

En Brasil, como se ha dicho, las condiciones eran diferentes. Los portugueses podían vivir allí, establecerse y cultivar la tierra; por lo tanto, expulsaron a las poblaciones indígenas. Este exterminio de las razas aborígenes había comenzado desde el año 1531. Martim Affonso de Sousa fundó su capitanía de São Vicente entre los carijós; y su hermano, Lopes de Sousa, se estableció en Itamaracá, derrotando a los pitagoares. Al mismo tiempo, Góes fundó Paraíba; Coutinho, Espírito Santo, sometiendo a los tupiniqués; al mismo tiempo, Corrêa ocupó Ilhéus, y Duarte Coelho Pereira, derrotando a los cahetés y aliado con los tabayares, fundó Olinda. Estos fueron los primeros episodios de esta historia de exterminio de los indígenas. Si bien estos donatarios lograron establecerse en sus capitanías, observamos la pérdida de la expedición a Maranhão, que no fue un caso aislado. En 1510, una tripulación portuguesa naufragó en la costa de Bahía; un tal Corrêa, el legendario Caramurú²⁹, se había casado con una india allí, y Coutinho, el donatario de la costa, al llegar allí en 1534, lo encontró y, gracias a su intervención se logró la paz, que fue sin embargo breve. Allí, los tupinambás prevalecieron; mataron y devoraron al donatario y a su gente: sólo Corrêa escapó para regresar al seno de su familia indígena, hasta la ocupación de 1549.

La entrada de los jesuitas en Brasil data de la época del establecimiento del gobierno general de Bahía. Nóbrega fue, con Thomé de Souza y con el segundo superior³⁰, Anchietta, quien en 1553 trajo la constitución que erigió Brasil como provincia independiente dentro de la Sociedad Universal. El primer colegio se estableció pronto en el sur, en Piratininga (São Paulo), y comenzó el primer intento de catequizar a los indígenas. Desde allí, la red de misiones se extendió por todo Brasil y se desarrolló el plan sistemático para los asentamientos, origen de los conflictos con los colonos europeos. Los jesuitas se repartieron el país: São Paulo, la capital de las misiones, a Nóbrega y Anchietta; Porto Seguro a Navarro; y Espírito Santo a Affonso Braz y Simão Gonçalves. Estudiaban tupí y bautizaban a cientos de indígenas cada día; fundaron aldeas, deslumbraron a los salvajes con el esplendor del culto católico, explotando hábilmente el conocido efecto de la música en todo tipo de animales.

Desde el principio, los colonos de São Paulo comenzaron a quejarse. Allí, con el inicio de la ocupación, comenzó el rescate de los indígenas. Había un puesto comercial desde donde salían las expediciones al interior para traer esclavos; y la crueldad de este comercio era enorme: la muerte esperaba a quienes se resistían a la esclavitud, la venta en el corral era el destino de los sumisos. Las masacres y atrocidades cometidas son innumerables: fue una guerra salvaje y primitiva, sin un atisbo de humanidad. Relatar los episodios de esta historia sería una tarea ardua e inútil. En 1665, es decir, un siglo después de la época en la que nos encontramos, un tal Favilla quemó 800 chozas, mató a más de mil indígenas y trajo consigo un rebaño de cuatrocientos esclavos.

29 Véase *Raças humanas*, I, p. LXI.

30 Catalogo de los gobernadores del Brasil hasta la constitución del estado de Maranhão en 1624:

1. 1549 Thomé de Souza.
2. 1553 Duarte da Costa.
3. 1558 Mem de Sá.
4. 1570 D. Luiz de Vasconcellos (morto em viagem).
5. 1572 Luiz de Brito de Almeida.
6. 1578 Diogo Lourenço da Veiga.
7. 1582 Manuel Telles Barreto.
8. 1591 D. Francisco de Souza.
9. 1602 Diogo Botelho.
10. 1608 D. Diogo de Menezes.
11. 1613 Gaspar de Souza.
12. 1617 D. Luiz de Souza.
13. 1622 Diogo de Mendonça Furtado.

Pero si la necesidad de trabajadores para las plantaciones fue una condición fatal para la existencia de los colonos, es indudable que la defensa también requirió terribles represalias. El pueblo de Coutinho había sido masacrado y devorado en Bahía; en Iguarassu, noventa europeos y treinta negros apenas defendieron sus vidas contra miles de rebeldes cahetés (1548); y por doquier hubo casos que demostraron la extrema ferocidad de las tribus indígenas. La llegada de los aymores o *botocudos* (como los llamaban los colonos) en 1560 llenó de sangre y ruina la costa entre Río y Bahía, y esta feroz destrucción de las nacientes colonias provocó una reacción no menos feroz.

Los primeros jesuitas se propusieron domesticar a los salvajes como se hace con las fieras: *hipnotizándolos*, como se dice comúnmente. Para estos educadores, formados en la idea de que el hombre es un ser pasivo y algo abstracto, los procesos variaban según las personas y los lugares; pero lo que se proponían hacer con los pueblos salvajes de América era esencialmente lo mismo que hicieron en Europa con todos los pueblos cultos: domesticarlos para Jesús. Por eso, en los Territorios de Ultramar, trataban a los indios como un domador a una fiera: estudiaban su lengua, como el amaestrador estudia los gestos silenciosos del animal; los deslumbraban con vistosas ceremonias y con los brillantes utensilios del culto; los encantaban con la música; y se les presentaban como seres superiores, casi dioses. Anchietta era para los indios el gran *Payé*, el dios supremo; y Leonardo Nunes, cuya ubicuidad en medio de la agitada vida de las misiones primitivas es maravillosa, era el *Abaze-Bebe*, el padre volador, también un dios.³¹

Si la protección, el amor y la dulzura siempre han sido las principales condiciones para domar animales salvajes, es indudable que el látigo de hierro del domador es también indispensable, tan pronto como la rebelión de la bestia se manifiesta al exterior. Esto es lo que Nóbrega y Anchietta entendieron; por lo tanto, al mismo tiempo que surgía la competencia entre los jesuitas y los colonos con la fundación de las misiones, estos últimos encontraron en los sacerdotes aliados eficaces para someter a las tribus rebeldes. Es lo que demuestra la historia de las guerras en el sur, en la segunda mitad del siglo XVI.

El establecimiento de una colonia de calvinistas franceses, bajo el mando de Villegagnon, en Río de Janeiro (1555), agregó un nuevo elemento a los anteriores motivos de desorden. El asentamiento de los recién llegados no era conveniente, ni para el gobierno, por ser franceses, ni para los jesuitas, por ser protestantes. Su expulsión se decidió en 1560.

Naturalmente, los atacados buscaron la ayuda de las tribus indígenas, cuyos enemigos eran los portugueses, que los esclavizaban y querían arrebatarles la posesión, hasta entonces indisputada, de sus bosques. En 1560, Mem de Sá logró expulsar a los franceses de Fort Coligny y obligarlos a emigrar de la costa a una isla en Bahía; pero no pudo derrotar a las tribus tupinambá que lucharon junto a los nuevos colonos. Ese mismo año de 1560, los aymores descendieron para saquear la costa y los tamoyos atacaron São Paulo. La pequeña colonia francesa fue el foco de una alianza entre las tribus de esa parte de Brasil, y el estado de rebelión general amenazó con arruinar el sur del futuro imperio.

Durante cinco años terribles (1560-65), Mem de Sá, los colonos, Nóbrega y Anchietta, todos aliados en su mutua defensa, encontraron una prodigiosa ayuda en un hecho de orden natural, siempre repetido, aunque aún no explicado: la extraordinaria gravedad de las epidemias entre las razas aborígenes en contacto con los inmigrantes³². Así, al no poder expulsar completamente a los franceses, el gobernador partió para vengar las masacres en la costa de Bahía, persiguiendo a los aymores; mientras tanto, los jesuitas obraban milagros de astucia y coraje para someter a los tamoyos: la viruela (1564), que asoló a los indígenas, los exterminó; famélicos, se vendían como esclavos, y abandonaban a sus hijos, huyendo de la peste.

31 Véase *Syst. dos mythos relig.* pp. 53-57.

32 Véase *Raças humanas*, I, pp. XXXVIII-XXXIX.

De los aliados de los franceses, sólo quedaban los tupinambás de Río; pero incluso en ese momento, los dos jesuitas contaban de su lado con los restos de los tamoyos. El gobernador, que había recibido refuerzos de Portugal, partió hacia el sur (1565); y las tropas combinadas, del gobierno y de las misiones, expulsaron por completo a los franceses. Se fundó entonces Río de Janeiro (1567).

La mitad del Brasil estaba a salvo, y se sentaron las bases para la futura prosperidad de todo el país, con la posesión de la gran bahía del continente austral. Sin embargo, Mem de Sá, fundador de esta nueva nación, no pudo, como tampoco pudo nuestro Affonso Henriques³³, llevar a cabo la empresa él solo. El papel que en el siglo XII correspondía al papado en la metrópoli, en el siglo XVI, en la colonia, correspondió a los jesuitas. La crisis había manifestado su fuerza, y la victoria les otorgó la mitad del trono.

Los conflictos, antes apenas incipientes, se manifestarían ahora de forma evidente y grave. Entre la crisis del sur, que presagiaba la llegada de los holandeses, y la posterior y más grave crisis del norte, determinada por la invasión holandesa, se sitúa el reinado de los jesuitas y la época dorada de sus misiones brasileñas. Posteriormente, los tiempos y las cosas cambian gradualmente, hasta consumarse la ruina de la que Pombal fue su autor.

Ahora, sin embargo, con la expulsión de los franceses y el sometimiento de los indígenas, las misiones se expanden hacia el interior y los jesuitas gobiernan Bahía. Los gobernadores que se atreven a resistirse deben renunciar y huir, como ocurrió en Angola; y la colonia se habría convertido en otro Paraguay si, junto a los sacerdotes y sus indígenas, no hubieran estado los portugueses. Quién sabe si el futuro de Brasil no hubiera sido diferente a no ser por la esclavitud negra, que permitió el desarrollo de plantaciones, al margen de los indios. Con el trabajo indígena monopolizado por las misiones, ¿qué otra opción les quedaba a los portugueses sino emigrar, dejando las vastas regiones de la colonia en manos de los padres y sus aldeas?

En estos pueblos, los jesuitas monopolizaron el trabajo de los indígenas en su propio beneficio. Los colonos, gravemente perjudicados por esta competencia, se quejaron de que ni siquiera se les permitía contratar a los indígenas asentados; y la nueva situación fomentó la multiplicidad de expediciones en busca de trabajadores, a pesar de que sucesivas órdenes prohibían estrictamente la esclavización de indígenas. Los intereses opuestos de los colonos, jesuitas y no jesuitas, se dirimían en Lisboa y Madrid; y en la misma medida en que uno u otro bando lograba dominar la corte, las disposiciones legales favorecían o dificultaban la esclavización de los indígenas. La victoria decisiva, sin embargo, se inclinó del lado de las misiones³⁴; esto no impidió que los colonos, principalmente en el sur, prosiguiesen a mano armada, un tráfico indispensable para el fomento de sus cultivos.

VI. La crisis en Ultramar

A pesar de las dificultades que las misiones provocaron para el franco desarrollo del Brasil; a pesar del evidente propósito de transformarlo en un sistema de aldeas de indígenas bautizados y subyugados, un sistema en el que no habría cabida para la colonización libre, por falta de mano de obra; a pesar del clima inhóspito y la ferocidad de las tribus indígenas, la colonia avanzaba a pasos

33 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) I, pp. 64 ss.

34 En 1570 se decretó definitivamente que los indígenas no podían ser esclavizados; sin embargo, en 1587 apareció una ley que restringía su libertad. En 1595 se prohibieron todas las guerras contra los indígenas libradas sin provisión real (*bandeiras*), y los cautivos de dichas guerras fueron declarados ilegítimos. En 1605 y 1608, los indígenas fueron proclamados abiertamente libres y emancipados; y finalmente, en 1609, la condición de los indígenas, incluso los salvajes, se equiparó a la de los colonos; y los jesuitas fueron declarados oficialmente guardianes de los indios.

agigantados en el establecimiento de asentamientos, el crecimiento de la riqueza y la exploración del interior. Y el sur, donde predominaba el régimen de colonización libre, progresó con mayor seguridad, aunque con menos opulencia, que las colonias de la costa norte. En el sur, los elementos de una futura nación se desarrollaron espontáneamente; mientras que el norte, sujeto a una administración corrupta y meticulosa, dependiente de la introducción de negros y una cultura exótica, pagó su opulencia con una vida menos estable y una población menos homogénea. Sin exagerar el valor de este término, podría decirse que, a finales del siglo XVI, la región de São Paulo representaba los rudimentos de una nación³⁵; mientras que Bahía y las dependencias del norte eran una *fazenda* portuguesa en América.

Los gobiernos coloniales no descansaron en la exploración del interior de Brasil; y el valle del Amazonas, con su infinita inmensidad, tentaba constantemente a la insaciable ambición de los dominadores³⁶. Si la reciente fundación de Río de Janeiro aún no merecía el nombre de colonia a finales del siglo XVI; si lo mismo ocurrió con las del norte de Pernambuco, en Itamaracá y Paraíba; y si las colonias marítimas de la provincia de São Paulo (Santos, São Vicente) decayeron, debido al desarrollo agrícola de esa región, el progreso se manifestó en todas las colonias costeras, cuyo centro era Pernambuco y Bahía. Las plantaciones crecieron, el comercio aumentó; y el consumo anual de productos de la metrópoli se estimó en 160 contos. El número de ingenios azucareros era de 120, con una producción total de setenta mil cajas o cuarenta mil toneladas.³⁷

35 Los cronistas mencionan la arboricultura, la ganadería y los cereales como actividades agrícolas de la antigua capitanía de São Vicente. La población de Santos es en parte mestiza; pero São Paulo prospera gracias al trabajo de los indígenas, ya sean esclavizados o asentados en aldeas. A partir de ahí, comienzan las exploraciones hacia el interior; y en ningún otro lugar de Brasil se registra una creación de asentamientos tan grande como en esta región durante la primera mitad del siglo XVII: Mugidas-Cruzes (1611); Parnaíba (1625); S. Sebastião (1636); Ubatuba (1638); Taubaté, Paranaguá, Curitiba (1640); Alcantara (1648). Entre 1620 y 1648, los paulistas asolaron a los guaraníes de Paraná y conquistaron la región que se convertiría en Minas.

36 Para no confundir esta historia con la posterior, incluimos aquí los acontecimientos de la exploración en la América portuguesa durante la primera mitad del siglo XVII: era la época en que la colonia se enfrentaba a la invasión holandesa.

1608—Nuevo intento frustrado de ocupar Ceará.

1615—Fundación de Pará (Bulem) y exploración de la desembocadura del Amazonas; fundación de Cabo Frío (Río de Janeiro).

1623—Exploración del Amazonas; reconocimiento del delta del río por Vasconcellos, Maciel y Teixeira, en lucha con los indígenas y con las factorías holandesas y francesas que encontraron establecidas.

1637-16399—Pedro Teixeira, con 70 soldados y 1.000 indígenas, remontó el Amazonas y fundó una colonia en la desembocadura del río Agarique, continuando hasta Quito, Perú, desde donde regresó a Pará.

La creación del Estado de Maranhão en 1624 demuestra cómo la atención de los gobiernos se dirigía a la exploración del Brasil ecuatorial, olvidado hasta entonces.

37 Estadísticas económicas de Brasil a finales del siglo XVI (1576; Pero de Magalhães, *Tratado*, etc.)

1. *Itamaracá*: un ingenio azucarero, dos en construcción. Gran cantidad de palo brasil y algodón.

2. *Pernambuco*: dos aldeas: Olinda y Garassú. 1000 vecinos. Veintitrés ingenios azucareros, accionados por bueyes o por agua. Producción de 50 a 70 mil arrobas de azúcar. Un convento jesuita. Muchos esclavos indígenas, que constituyen la principal explotación agrícola del país, los traen de aquí y los compran para todas las demás capitanías. Gran cantidad de palo brasil y algodón.

3. *Bahía*: sede del gobierno general. Tres aldeas: S. Salvador; Villa-Vela, junto a la desembocadura del río; Paripem, tierra adentro. 1100 habitantes. 18 ingenios azucareros. Los habitantes prefieren el algodón a la caña de azúcar, cuyo cultivo se desarrolla mejor en la tierra. Colegio jesuita «donde se enseña latín y se enseñan casos de conciencia».

4. *Ithéus*: 200 habitantes. 8 ingenios azucareros. Convento jesuita.

5. *Porto-Seguro*: 3 aldeas: Porto-Seguro, Santo Amaro y Santa Cruz. 200 habitantes. 5 ingenios azucareros. Convento jesuita. Devastado por los aymores como el anterior.

6. *Espírito Santo*: 180 habitantes. 1 ingenio azucarero, «de allí proviene el mejor azúcar que existe en todo Brasil». Mucho algodón y mucho palo brasil. Convento jesuita.

7. *Río de Janeiro*: 140 habitantes. «Esta es la tierra más fértil y exuberante que existe en Brasil». Mucho palo brasil. Jesuitas.

Tal riqueza agudizó la codicia de los holandeses, que a principios del siglo XVII, tan pronto como heredaron nuestro imperio oriental, se propusieron despojarnos de África y Brasil.

Es común decir que a la anexión de Portugal a España en 1580 se debió la pérdida del imperio portugués de ultramar; y en cierto sentido es cierto, pues la guerra que nuestra nación vecina libraba en aquel momento con las Provincias Unidas nos involucró en una disputa ajena a nuestra relación. No es menos cierto, sin embargo, que, si esta es la causa inmediata, no es en absoluto la causa esencial; y sin ser demasiado atrevido, se puede afirmar que la India se habría perdido incluso si los Felipes no hubieran reinado en España; así como se puede afirmar que Brasil se salvó, a pesar de que los Braganza reinaron en Portugal³⁸.

8. *São Vicente*: 2 asentamientos: Santos, São Vicente, cada uno con su convento jesuita. 500 habitantes. 4 ingenios azucareros.

Con excepción de los aymores (en Porto Seguro e Ilhéus), todas las tribus costeras fueron en parte subyugadas, en parte exterminadas y en parte repelidas al interior del *sertão*: cahetés, de Pernambuco; tabayares y tupinambas, de Bahía; petiguales, de Itamaracá. Los jesuitas habían disuelto la federación de las tribus del sur, y la subyugación de los goyanazes protegió a São Paulo de futuras invasiones.

Estos son los presupuestos coloniales portugueses para el año 1607 (Véase Falcão, *Livro de todos los bienes*, etc.):

Brasil

Renta del palo de brasil: 24.000.000

Id. de los diezmos, contratados por seis años (1601-1607) con Gabriel Ribeiro: 42.000.000

GASTOS DEL ESTADO

<i>Oficiaes de fazenda, justiça e donatários</i>	<i>Cleresia</i>	<i>Guerra</i>	<i>Total</i>	
Pernambuco	6.211.917	1.517.300	4.799.200	12.528.417
Itaraaracá	293.660	105.000	—	398.660
Parahyba	141.000	351.270	1.759.800	2.255.070
Sergipe	196.000	100.000	—	296.000
Rio Grande	100.000	249.660	2.875.520	3.225.180
Bahia	3.820.600	5.032.000	10.880.000	19.732.600
Espirito Santo	160.000	65.000	128.120	353.120
Ilheus	—	40.000	—	40.000
Porto-Seguro	—	40.000	—	40.000
Rio de Janeiro	100.000	315.000	1.600.000	2.015.000
S. Vicente e S. Amaro	64.220	242.000	1.161.600	1.467.820
	11.090.397	8.057.230	23.204.240	42.351.867

África

<i>Oficiais de fazenda, justiça e donatários</i>	<i>Cleresia</i>	<i>Guerra</i>	<i>Total</i>	
S. Thomé	1.484.000	3.487.240	316.000	5.187.240
Cabo Verde	1.604.600	4.015.516	443.600	6.063.716
Angola	?	?	?	2.156.000
Mina	—	—	9.306.480	9.306.480

RENTAS

Santo Tomé, arr. por 10 años (1606-1616) a Jorge Roiz:	9.500.000
Cabo-Verde, id. por 9 años (1602-1611) a Jacome Fischer:	27.000.000
Angola, id. por 8 años (1607-1615) a Duarte Dias Henriques:	21.000.000
Mina, id. a Francisco Rovelasca por 24 contos y por los gastos de las fortalezas:	33.306.480

RENTAS LÍQUIDAS DE LAS COLONIAS PARA EL TESORO:

Brasil:	23.648.133
África:	68.093.044

38 Entre las causas nacionales de la ruina de nuestro imperio colonial, cabe destacar el declive de la construcción naval y la navegación. (Véase *Hist. de Port.* (4.^a ed.) I, págs. 304 y ss.) Falcão nos proporciona las estadísticas más elocuentes al respecto: se puede observar la relación entre las pérdidas por naufragio y las ocasionadas por la guerra con los holandeses y los ingleses.

Un barco típico con destino a la India tenía un promedio de 500 a 600 toneladas, con una tripulación de 120 personas y una guarnición de 250 soldados. Su coste medio era de 20 contos. Entre 1497 y 1612, fueron de Portugal a la India 806 barcos, lo que supone un promedio de 7 al año. Este fue su destino:

Regresaron al reino

La decadencia de nuestra sociedad —y por ello la pérdida de nuestra independencia— correspondió a la codicia de pueblos que entonces se encontraban en la juventud de un vigoroso desarrollo; y los errores y las villanías de nuestra administración oriental abrieron la puerta a los ingleses y a los holandeses. ¿Les habría sido muy difícil encontrar una razón o un pretexto para declararnos la guerra si la anexión a España no nos hubiera involucrado en la guerra ya existente? No parece así; sobre todo porque vemos que los ataques a las colonias portuguesas preceden a 1580 y continúan después de 1640.

Con sus esperanzas de establecerse en el sur de Brasil destruidas, los franceses infestaron las costas del norte; y en 1579 se decidió expulsarlos violentamente de Paraíba, lo que finalmente se logró entre 1584 y 1585. En 1567, saquearon Santo Tomé, entonces en la cúspide de su prosperidad. A esta red de depredaciones sistemáticas, que llenó el último cuarto del siglo XVI y amenazó a las colonias de ultramar, se sumaron, para aumentar los peligros, los cánceres de la administración corrupta de Angola; y en Santo Tomé, la sombría tragedia de la revuelta de los esclavos negros. Un Espartaco³⁹ africano inundó la isla en sangre, quemó los ingenios azucareros, destruyó las plantaciones (1574); y expulsó a los colonos, quienes fueron a Brasil y al reino para relatar su ruina y lamentar sus desgracias. En 1600, los holandeses saquearon la isla, encontrando solo los vestigios de su antigua prosperidad.

Ya dueños del norte de Brasil, considerándose firmemente establecidos en Pernambuco —pronto veremos cómo sucedió esto—, los holandeses, al igual que nosotros, necesitaban África, una dependencia necesaria de la colonia americana como fuente de esclavos. Tras saquear Santo Tomé, donde no les pareció conveniente establecerse, se trasladaron a la costa y ocuparon sucesivamente los puertos portugueses de Guinea. Se establecieron en Gabón, en Cabo Lopo, en Rio-d'Elrey, en Calabar, en Fernando Poo; y en 1637 tomaron, sin disparar un tiro, la antigua fortaleza de São Jorge da Mina. Eran dueños del Golfo de Guinea cuando, con la separación de Portugal en 1640, se encontraron aliados contra España⁴⁰. Habiendo aceptado el principio del *statu quo* colonial y abandonado la idea de reclamar bienes, los holandeses, sin considerar aún asegurado su dominio exclusivo en el norte de Brasil y África, aprovecharon apresuradamente el año 1641 para ver si podían avanzar en sus ocupaciones. En Brasil, se apoderaron de Maranhão, y en África, de Luanda; resolviendo también completar su dominio sobre Guinea con la ocupación de Anobón y Santo Tomé, que la naturaleza había creado como estación de avituallamiento para los barcos negreros. Luanda y Santo Tomé fueron reconquistadas por nosotros (1642-1644); pero el resto se perdió en África ecuatorial: sólo en 1680 se estableció un nuevo presidio en Ouidah.

En África Oriental, al final de la crisis, el dominio portugués también parece reducido a lo que ha sido hasta hoy. En el sur, los holandeses se habían apoderado de El Cabo (1651), y esos puntos, ilustrados por los nombres de Bartolomeu Dias y Vasco da Gama, pasaron a manos extranjeras. Los

Llegaron	20	
Se perdieron por naufragio	66	7'7 %
Se perdieron al ser capturados por enemigos	4	0'5 %
Se perdieron por incendio	6	0'7 %
Permanecieron en la India	285	

Comparando este largo período de más de un siglo con los años críticos de 1585 a 1597, encontramos un total de 66 barcos:

Acudieron en ayuda del reino	34	
Llegaron	7	
Se perdieron por naufragio	18	27'4 %
Se perdieron al ser capturados por enemigos	2	3'0 %
Se perdieron por incendio	4	6'0 %
Permaneció en la India	1	

Las pérdidas por naufragio e incendio representan el 8'4 % en el período total y el 33'4 % en el período especial. Al respecto, véase la *Historia tragico-maritima general*, pero especialmente las págs. 531-533 del vol. 2.º

39 Véase *Hist. da repub. romana*, II, pp. 163-172.

40 Véase *Hist. de Port.* (4.ª ed.) II, pp. 120ss.

franceses también se establecieron en Madagascar (1655); y Mascate (1650) y todo Zanzíbar se perdieron, por las mismas razones y por los mismos medios que destruyeron nuestro imperio oriental. Las esperanzas de restaurarlo eran meras quimeras, pues los restos eran migajas y las cosas habían cambiado por completo. La era de las conquistas había terminado, pero no la de las colonias; porque en África aún contábamos con la parte central de las dos costas, las desembocaduras de los dos grandes ríos —el Congo y el Zambeze— y, sobre todo, porque Brasil había logrado salvarse, a pesar de todo lo que el rey Juan IV hizo para perderlo.

VII. Los holandeses en Pernambuco

La invasión holandesa fue precedida por ataques ingleses y franceses: la prosperidad y la opulencia de la colonia americana alimentaron la codicia general. En 1591, un pirata inglés llamado Cavendish —aunque estas expediciones piratas se organizaban y armaban en colaboración con las ciudades marítimas mercantiles— navegó hacia el sur, sin atreverse a atacar las colonias de Pernambuco y Bahía, y saqueó Santos, incendió São Vicente y, a su regreso, atacó sin éxito Espíritu Santo. Las riquezas que el pirata se llevó consigo indujeron a los comerciantes londinenses a armar la expedición de 1595, confiada al mando de Lancaster. El resultado fue brillante. Lancaster no solo capturó un convoy de barcos en alta mar, sino que también dio sobre Recife (Pernambuco), abarrotando de azúcar sus navíos. De regreso en Inglaterra, los comerciantes lo aclamaron, y Sir Walter Raleigh vio acercarse el verdadero El Dorado de los sueños de ultramar de los pobretones del norte de Europa.

Mientras los ingleses daban rienda suelta a su ingenio marítimo y comercial, los franceses no desistieron de establecer una colonia duradera en Brasil. El fracaso del intento de Río y la expulsión de Parahyba no los desanimaron. Los de Dieppe enviaron (1594) una colonia a Maranhão, con Riffault; y tan pronto como se fundó, La Rivardière (1611) acudió para engrosar el naciente asentamiento. A diferencia de los ingleses, cuyo propósito era saquear el fruto del trabajo ajeno, los franceses, entonces y ahora, buscaron lugares desocupados y desconocidos, establecieron asentamientos y se ganaron a las tribus salvajes con las que convivían. Así, en el sur, previamente se habían opuesto a las fuerzas portuguesas con las legiones de los tupinambás; ahora, en el norte, se opusieron a las tropas de Jerónimo de Albuquerque, enviadas para desalojarlos (1614). Sin embargo, no tuvieron más suerte en el segundo intento que en el primero, y tuvieron que evacuar Brasil (1615); un destino similar al que corrieron los ingleses posteriormente (1630), en su intento de ocupar Pará.

Las expediciones de ingleses y franceses fueron empresas privadas de armadores y comerciantes: no fueron actos de los gobiernos. Carecieron de organización, estabilidad, y los recursos para renovar los intentos hasta obtener resultados eran escasos. Los comerciantes, afortunados, amasaron el botín; los que perdieron, no quisieron arriesgar sus bienes en aventuras peligrosas. Sin embargo, surgió un estado en Europa que era simplemente una compañía mercantil con autonomía política sobre un territorio determinado. Este estado era Holanda. Lo que las sociedades mercantiles de Londres o Liverpool hicieron en Inglaterra —es decir, crear un fondo para la piratería— los holandeses comenzaron a hacerlo oficial y políticamente. La Compañía de las Indias Orientales, así nacida, condujo a la formación de otra Compañía de las Indias Occidentales, cuyo objetivo era la conquista y el saqueo de Brasil y la captura de los convoyes de plata de Perú y México en aguas del Atlántico. Las dos compañías se combinaron simultáneamente, con los mismos medios. Las flotas de la compañía, mientras sometían Pernambuco y Bahía, también podían vigilar esa zona clave del Atlántico, entre Cabo Branco y Senegambia, un paso obligado para los convoyes españoles.

Así pues, en 1621 se creó la Compañía de las Indias Occidentales. Contaba con un capital de 18 millones de florines; tenía el derecho exclusivo de comerciar y navegar en África y América durante veinticuatro años; nombraba y destituía a los gobernadores y funcionarios de las colonias que conquistaba; declaraba y libraba guerras, negociaba la paz y alianzas, erigía fortalezas y reclutaba flotas y ejércitos. Los Estados Generales la subvencionaban con doscientos mil florines anuales durante los primeros cinco años; pero estos desembolsos debían pagarse con la mitad de las ganancias hasta que se saldaran las cuentas. La administración de la compañía constaba de cinco secciones, donde estaban representados los senados de Ámsterdam y Zelanda, Róterdam y Hoorn, Frisia y Goringa. Tenía dos sedes: una en Ámsterdam y la otra en Middleburg.

Como puede verse, la organización era, a gran escala, una reproducción de lo que los comerciantes londinenses habían hecho previamente, y en resumidas cuentas, era un estado constituido como compañía de piratas. Cualesquiera que sean los errores y vicios del imperio portugués —en nuestro honor debemos decirlo—, la nobleza, por bárbara que sea, de los conquistadores de Oriente vale más que la mezquina codicia de los comerciantes holandeses. Acúsennos de haber instaurado un sistema feudal en América, acúsennos de los vicios de nuestra administración colonial; pero el hecho es que creó naciones, hizo germinar y nacer las semillas de nuevas patrias de ultramar, mientras que las compañías holandesas nunca crearon nada, excepto un hábil sistema de saqueo de la mano de obra indígena, una vez finalizado el período de la lucrativa piratería. Saquear y acaparar, ese es el propósito de estas instituciones, nacidas exclusivamente del espíritu mercantil. Y si la estrechez de miras facilitó la empresa y aumentó las ganancias⁴¹, lo cierto es que, carentes de cualquier pensamiento religioso, político o civilizador, estas empresas no cuentan en la historia de las nobles manifestaciones del genio humano.

Tal fue el instrumento de la ya decidida conquista de Brasil.

Fue entonces cuando una escuadra apareció frente a Bahía (1624), que los holandeses tomaron sin resistencia: tal era el estado de abandono y debilidad de la capital de Brasil. El saqueo fue abundante, las iglesias profanadas, el gobernador enviado prisionero a Holanda; y para tener a los nativos de su lado, los holandeses declararon la abolición de la esclavitud de los indígenas y la liberación de todos los tapuyas. La compañía exultaba y se enriquecía.

Superado el terror inicial de los colonos que huían, el obispo Marcos Teixeira se colocó a la cabeza, cambió su bastón por una espada, como en la época medieval, y cargó contra los invasores, con una cruz alzada a la cabeza de las tropas. Los holandeses fueron derrotados, pero la ciudad no pudo ser reconquistada. Sin embargo, en 1625 llegó una escuadra del reino, un nuevo gobernador, y los holandeses fueron expulsados. En 1627 regresaron con Piet Heyn; y aunque no pudieron entrar en Bahía, el viaje no fue en vano: saquearon el puerto, se apoderaron de algunos barcos y regresaron cargados de azúcar. Los comerciantes no buscaban gloria ni hazañas: querían hacer caja.

Por tercera vez regresaron en 1630; pero, para no malgastar en vano sus costosos suministros de guerra, renunciaron a Bahía y se dirigieron a la opulenta y aún virgen Pernambuco, donde sin duda había mucho que robar. Mathias de Albuquerque, enviado para defender la ciudad, incapaz de resistir, se retiró al campamento atrincherado de Bom-Jesus, que fue el primer baluarte de la independencia del norte de Brasil. Olinda y Recife cayeron: los portugueses emigraron al campamento, y el general fue repelido cuando intentó reconquistar lo perdido. La lección de Bahía sirvió entonces a los holandeses, quienes se fortificaron tenazmente, preparándose para la guerra y planeando la conquista de todo Brasil.

Sin embargo, sus primeros intentos fueron infructuosos. Dirigieron un ataque hacia el norte, hacia Itamaracá, pero fueron repelidos; lo mismo les ocurrió en Parahyba y Rio Grande do Norte; y también al sur, en el ataque a Pontal-da-Nazareth (1632).

41 La compañía distribuyó dividendos de hasta el 95 % del capital, y la ganancia promedio durante los primeros diez años fue del 50 %.

Mientras tanto (1631), una escuadra española había descendido de Europa para defender Brasil y el convoy que venía de Perú cargado de plata. Oquendo y Patry, almirantes de las dos flotas, lucharon en aguas de Pernambuco: los españoles vencieron, salvando sus galeones; y la escuadra partió con ellos. Tras dejar un refuerzo de tres mil hombres en el campamento de Bom-Jesús, los holandeses, creyéndose perdidos, incendiaron Olinda y se refugiaron en Recife, esperando ayuda.

Ninguna ayuda les habría sido más valiosa que la del mulato Calabar, quien se ofreció a guiarlos por los senderos menos transitados del interior, por las ensenadas y canales de la costa, que conocía de memoria con la agudeza de un salvaje. Quizás la traición del mulato fue la expiación por el duro destino que la ferocidad de los colonos impuso a los pueblos esclavizados.

A partir de 1632, la fortuna se declaró por los holandeses, guiados por Calabar, su verdadero general. Con él, se dirigieron al norte y saquearon Iguarassu (1632) e Itamaracá (1633); con él, se extendieron por la llanura aluvial de Capibaribe, el tesoro de Pernambuco, se apoderaron de los ingenios azucareros y se fortificaron; con él, llegaron a Porto-Calvo, donde entraron; con él, recorrieron la costa sur hasta las Lagunas, y la costa norte hasta Río Grande; con él, afortunados en todas partes, saquearon, devastaron y destruyeron las plantaciones y los ingenios azucareros.

El año 1634 fue decisivo. Los holandeses habían atacado Bom Jesus en vano; los portugueses habían atacado Recife en vano: ninguno de los baluartes cedió, y mientras ambos existieron, el dominio de Pernambuco no estuvo seguro para nadie. Pero mientras nuestros hombres, invencibles en su campamento, no hicieron nada, los holandeses ocuparon sucesivamente los puertos y tomaron el control de la costa. Parahyba cayó en sus manos tras tomar Pontal da Nazareth. En 1635, solo quedaban el campamento y un fuerte en Cabo Santo-Agostinho: la caída de este último decidió la evacuación de Pernambuco. Los portugueses se retiraron al sur, refugiándose en Bahía, abandonando la provincia por completo.

En la retirada, sin embargo, entraron en Porto-Calvo, donde Calabar, el instrumento de su ruina, cayó en sus manos. El mulato, ahorcado y descuartizado, pagó con su vida la venganza que, al morir, vio consumada. El éxodo de los pernambucanos es una página fúnebre y sangrienta en la historia brasileña. Perdidos en el interior agreste, atacados por los indígenas, amarillos de fiebre, sedientos y hambrientos, cayeron por centenares. Y la columna que avanzaba dejó un rastro de cadáveres, pronto devorados, cuyos huesos blancos semejaban las estelas de espuma que dejan los barcos al pasar velozmente sobre las olas del mar oscuro y embravecido.

Toda la costa, desde el río Formoso hasta el río Grande, era holandesa; y en el interior solo había, en Lagoa y Porto Calvo, dos focos de resistencia a la nueva ocupación. Los accionistas de la compañía, estadistas flamencos, se alegraron y se enriquecieron: los dividendos eran cada vez mayores, y toda la riqueza mueble de los colonos portugueses, mercancías y herramientas, tesoros y bienes, fue llevada a Europa.

La compañía envió a un príncipe para gobernar sus estados: Mauricio de Nassau (1637). Los portugueses que quedaban en Pernambuco fueron expulsados. Bagnuolo, Duarte de Albuquerque, Dias y Camarão se retiraron a São Francisco, se refugiaron en Sergipe, de donde finalmente huyeron, harapientos, hambrientos y perseguidos, para entrar en Bahía. El dominio holandés se extendió hasta el río São Francisco, extendiéndose hacia el norte hasta Ceará: toda la imponente proa del continente sudamericano, en la costa oriental, dejó de ser portuguesa.

Poco después de llegar, el príncipe atacó Bahía (1638) para consumar la conquista de Brasil; pero los restos del ejército norteño fueron suficientes para repelerlo. Rechazado, se dedicó entonces a la consolidación y organización de la nueva colonia; y a esto dedicó los años de 1638 a 1642 sin que la posesión fuera disputada. Cuando Portugal se separó de España, el príncipe, con la esperanza de preservar lo que garantizaba el tratado luso-holandés, quiso obtener una porción mayor y se apoderó de Sergipe y Maranhão (1641-1642), mientras otros socios de la compañía se apoderaban de Santo Tomé y Angola. Y esto fue lo que le perdió.

Maranhão se rebeló, masacró a los holandeses y los expulsó de São Luís. A la pérdida de Maranhão le siguió la de Ceará (1644), y la compañía, celosa de la gloria de Nassau, fundador del Brasil holandés, la compañía que temía ser engañada por alguien que no era del todo uno de los suyos; la compañía que buscaba un buen empleado a su servicio y no un príncipe sabio y audaz, llamó a Nassau a Europa, despidiéndolo de su servicio. Calabar había muerto, Nassau se había ido: sólo los contables permanecieron en Pernambuco.

La ineptitud de este vil gobierno, y los ejemplos de Ceará y Maranhão, propició la revuelta de los portugueses que aún quedaban en Pernambuco (1644).

No relataremos en detalle los acontecimientos de este levantamiento pernambucano. El norte de Brasil obtuvo entonces, mediante un acto de valentía, el estatus de una independencia que el sur conquistaba día a día, de forma lenta pero segura; oscura, pero infalible. Vieira, Vidal de Negreiros, Dias, Camarão, los portugueses, ya brasileños, los negros, los indígenas, aparecieron reunidos en la aclamación de una nueva patria. En la antigua patria portuguesa reinaba D. João IV, del brazo del Padre Vieira; y las órdenes de Lisboa exigían a los rebeldes que depusieran las armas, que dejaran a los holandeses lo que los tratados les garantizaban, porque, como dijo el Padre Vieira, abandonar Pernambuco es la manera de salvar la India. ¡Aún pensaban en salvar la India!

Contra el rey y su consejero, contra los holandeses y la poderosa armada que acudió en su apoyo (1647), los brasileños lucharon, bombardeando Recife. En 1648 y 1649 ganaron las dos batallas decisivas de Guarapes; y finalmente, en 1654, tras diez años de guerra, D. João IV, ya más señor de sí mismo, decidió aceptar lo que el pueblo de Pernambuco había conquistado. Una escuadra portuguesa fue a Recife para consumir la expulsión de los holandeses.

Si en el norte la autonomía se demuestra de forma tan evidente, aunque su sentimiento aún no se manifestaba en ideas de separación de la metrópoli, en el sur no sólo existía el hecho, sino la sensación de la realidad de una nueva patria. Como las aves, anidadas en el nido bajo las plumas de su madre, que se elevan hacia la libertad en cuanto sus alas empiezan a aletear, así también los hijos de una nación anhelan la libertad en cuanto sienten el ansia de una nueva individualidad en su interior. La independencia de los hijos nunca ha sido hostilidad hacia sus padres, salvo cuando intentan, neciamente, prolongar una dependencia anacrónica. En la vida de los hijos, la vida de los padres continúa y se prolonga; y la infinita sucesión de generaciones es, para los hombres y las sociedades, la pura expresión de esa inmortalidad que la imaginación ha atribuido a los dioses.

Brasil, hijo legítimo de la sociedad portuguesa, protestando, por un lado, contra los dictados de una política insensata, se independizó del dominio extranjero; protestando, en el sur, clara y definitivamente, contra la nueva dinastía que la política estaba erigiendo en el trono portugués, definió de otra manera el sentimiento de una virilidad que todos los males de la ocupación⁴² no habían disminuido.

Así termina la primera época de la historia de la América portuguesa. En la segunda, a la que nos adentramos, observaremos un régimen de transición que, en el norte y el sur, si bien favoreció el desarrollo de la nación, pospuso durante ciento cincuenta años la eclosión de las ideas de independencia. En el norte, una sólida organización y la extensa explotación de la esclavitud africana fortalecieron las plantaciones; en el sur, el descubrimiento de las minas creó un nuevo Perú, un segundo México.

42 Se estima que perdimos más de 28 millones de florines en los dieciséis años comprendidos entre 1623 y 1638, con 547 barcos capturados junto con su carga, saqueos de poblaciones, y la ruina de plantaciones e ingenios azucareros.

LIBRO SEGUNDO. NEGROS, AZÚCAR Y ORO (1654-1808)

I. La trata de esclavos

Entre las colonias militares-comerciales, como las de los antiguos⁴³, de las cuales la ocupación portuguesa de la India fue el último ejemplo histórico, y las colonias agrícolas de emigración libre, como son hoy Canadá y Australia, la ocupación de la América tropical llegó a crear un tipo diverso y, en cierta medida, nuevo.

Las regiones entre los trópicos descubiertas en la segunda mitad del siglo XV parecían estar habitadas por pueblos de naturaleza y apariencia tan diferentes de los indoeuropeos, que solo las ideas espiritualistas del catolicismo, entonces dominante, podían llevar a la afirmación de que, entre estas razas cobrizas o negras y la raza blanca, no existían diferencias esenciales. El instinto primitivo, sin embargo, se rebeló contra esta abstracción, protestando en la práctica. De la misma manera que los portugueses de Kalikodu imaginaron ver cristianos entre los indios, porque creían, en su ingenua ignorancia, que los ídolos de los hindúes eran los mismos ídolos católicos⁴⁴, incapaces de concebir la existencia de dos religiones similares, aunque diferentes, del mismo modo los descubridores, y más aún los misioneros, vieron en las razas de diferentes colores nuevas manifestaciones de la grandeza de un Dios que, de la masa humana, moldeada e inspirada en el Edén, había engendrado una descendencia multicolor.

El descubrimiento de yacimientos mineros y el extraordinario producto de ciertos cultivos exóticos, combinados con la aparición de numerosas razas salvajes, dieron a las colonias del siglo XVI un carácter hasta entonces desconocido. El europeo se sentía mal en los trópicos: se debilitaba, enfermaba y moría. Por otro lado, la inmensidad de los tesoros mineros o agrícolas que la naturaleza le ofrecía era demasiado para el reducido número de colonos. De ahí surgió la tentación de aprovecharse del trabajo de estas razas para su propio beneficio, razas que, a pesar de que la religión le decía que eran sus hermanas, consideraba completamente inferiores y gravemente diferentes. Así también surgió la esclavitud moderna en África y América.

Ya hemos visto cómo el intento misionero fue inútil en Brasil, debido a la oposición de los colonos y a la huida, desaparición y muerte de los indígenas. También hemos visto que, en África, con las misiones procediendo de forma diferente, los propios jesuitas se convirtieron en traficantes de esclavos. Nos queda decir que la idea de llamar a estas razas aborígenes a una civilización para la que la naturaleza no las había dotado fue uno de los nobles quimeras del espíritu católico en el siglo XVI; y es, en el siglo XIX, la repetición de una locura igual de filantrópica. Sierra Leona y Liberia, misiones de los sucesores compasivos de los jesuitas, dan prueba de la limitada capacidad de las razas negras. La extinción de las razas americanas, en Estados Unidos y Brasil, es, de otra manera, otra prueba de inadaptación.

43 Véase *Hist. da rep. romana*, I, pp. 184-191 e 429-435; *Taboas de Chronologia*, pp. 86-91, y *Raças humanas*, II, pp. 192-209.

44 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) I, p. 215.

Como todos saben, la esclavitud existía en Europa en la época de los primeros descubrimientos. Los cautivos de las guerras marroquíes, los moros, eran esclavos en la Península. Desde la Antigüedad, la guerra había sido el origen de la esclavitud, un destino común de los vencidos, en tiempos ya remotos para la Europa renacentista⁴⁵. La guerra también fue la causa inmediata de la esclavización de los indígenas de ultramar; pero no es la circunstancia del duro cautiverio impuesto a los vencidos lo que confiere a la esclavitud moderna su carácter propio.

Este carácter se deriva de las condiciones previamente expresadas en las que se encontraban los colonos, ya sea en las islas fértiles y escasamente pobladas, o en el continente americano habitado por indígenas menos dóciles y activos que los negros africanos. La exportación y el comercio del hombre negro como medio de trabajo: eso es lo peculiar de los tiempos modernos, y no la existencia de clases en condición de esclavos dentro de una sociedad. Reducidos al cautiverio por las guerras internas, los negros fueron vendidos por el vencedor al capitán del barco que fondeó en el puerto. Los colonos de los asentamientos africanos eran los intermediarios de este *rescate*, cuando no iban en persona, armados, a cazar las preciadas mercancías.⁴⁶

La filantropía moderna ha acusado a los portugueses de inventar este nuevo tipo de comercio; y, en nuestra opinión, con razón, pues tuvimos la fortuna de poseer la costa de África y buena parte de la América tropical. Teníamos producción y consumo, mercancías y mercado, dentro de los vastos límites de nuestras colonias. Pero ¿fue un crimen, como se afirma, esclavizar al hombre negro y llevarlo a América? Esa es una pregunta más seria, a la que respondemos negativamente, a pesar de la crueldad y ferocidad de este tipo de comercio. No menos feroces y horrendas nos parecen, también, las masacres y la esclavitud con las que los romanos sometieron nuestra Península⁴⁷; y este fue, sin embargo, el alto precio por el que pudo entrar en el seno de los pueblos de la civilización latina. La esclavización de los negros fue también el alto precio de la explotación de América⁴⁸, porque, sin ella, Brasil no se habría convertido en lo que vemos. Hoy en día, todos sabemos lo que se espera legítimamente del trabajo indígena; y en el siglo XVI esto se sabía tan bien o mejor que hoy. Si, observando la historia colonial portuguesa, aplaudimos la explotación de Brasil con los negros, ya que no pudo llevarse a cabo con los indígenas, nos queda lamentar que Portugal no tuviera suficiente energía ni mano de obra para establecer un régimen feudal en África, reduciendo a las poblaciones a un estado de apego a la tierra y sentando las bases de una sociedad aristocrática. Si las condiciones climáticas del África tropical no condenan a sus colonias a la condición de meros puestos comerciales (antes de esclavos, hoy de productos del interior), si los europeos no pueden aclimatarse a ellas, como parece.

No creemos, por lo tanto, que debamos sentirnos muy afligidos por la acusación de haber inventado la *odiosa trata*. Sin los negros, Brasil no habría existido; y sin esclavos, ninguna nación surgió. Recordemos también que, si lo inventamos nosotros, el descubrimiento pareció afortunado; porque todos, siguiendo nuestro ejemplo, fueron a buscar negros del *almacén* de África para trabajar en sus colonias americanas.⁴⁹

Sin embargo, en aras de la historia, cabe decir que no inventamos nada. Siempre que había esclavos, se vendían; porque la naturaleza misma de la esclavitud es convertir al hombre en un objeto venal. Además, antes de establecer relaciones marítimas con la Negricia, manteníamos relaciones continentales con ella, por un lado con los bereberes de Marruecos, por otro con los árabes del Mar Rojo; y para ambos, la Negricia fue, desde la antigüedad, un mercado de esclavos. Cuando Gil Eannes dobló el cabo Bojador, trajo a Portugal algunos ejemplares de azenegues, un

45 Véase *Instit. primitivas*, pp. 276-289.

46 Véase *Hist. da republ. romana*, I, p. 343 y pp. 378-385, el tráfico de esclavos.

47 *Ibid.*, I, pp. 215-220 y 351-360; y *Civil. iber.* (3.^a ed.) 1-33.

48 *Ibid.* pp. 256-258.

49 Véase *Raças humanas*, I, p. LIV.

tipo de *moro*, es decir, el pueblo mestizo negro-bereber, el pueblo negroide del norte de Senegal⁵⁰. En 1436, se desplazaron al sur, a Senegal, entrando en la tierra de los wólof, la primera nación negra que visitaron los portugueses. Más tarde, tras establecer el fuerte de Arguim, los armadores fueron a esa costa a comprar oro y esclavos a los árabes. Fue en 1442 cuando los esclavos negros de Guinea llegaron por primera vez por mar. Y para 1461, el comercio ya se realizaba pacíficamente en Senegambia, no solo a través de comerciantes árabes, sino también directamente entre los portugueses y los soberanos indígenas, quienes vendían cautivos e incluso súbditos. Así comenzó el comercio, y las pruebas realizadas en la exploración de Madeira y las Azores posteriormente llevaron a exportaciones a Cabo Verde, a Santo Tomás, finalmente a Brasil y a todas las Indias Occidentales.⁵¹ La mano de obra negra valía tanto o más que las minas de plata y oro del nuevo mundo.

Y en este nuevo mundo, la población indígena estaba desapareciendo. En 1527, mil negros se llevaron a las plantaciones de las Antillas, porque ya no quedaban indígenas allí. De 1575 a 1591, más de cincuenta mil habían salido de Angola, para Portugal, para Brasil y para las Indias castellanas⁵². En la primera mitad del siglo XVII, la exportación anual alcanzó las quince mil *piezas de la India*, lo que generó para el Tesoro unos ingresos de doscientos cincuenta mil *contos*, con los que se cubrían los gastos del puesto comercial y el transporte a Pernambuco. Desde mediados del siglo XV, Arguim, en Guinea, producía entre setecientos y ochocientos esclavos al año.

La expulsión de los holandeses de Brasil y la conclusión definitiva del corso mediante la paz de 1662 dieron un nuevo impulso a la colonia americana e iniciaron la gran era de la trata de esclavos. Todos llegaban a África a través de ellos. Guinea, el Congo y Angola eran los principales centros de este comercio: los españoles cargaban con destino a las Antillas; los ingleses, en 1620, habían llevado un cargamento a James's Town y el éxito de la experiencia los indujo a continuar; los franceses y los holandeses siguieron sus pasos; y si los asentamientos portugueses eran los principales centros de comercio, los ingleses ya se habían establecido en la Costa Oeste, los franceses en Guinea, para gestionar la compra de esclavos, siguiendo nuestro ejemplo, como habíamos hecho nosotros, siguiendo el ejemplo de los árabes.

El progreso en la exportación de africanos esclavizados en la segunda mitad del siglo XVII condujo a aumentos aún mayores en el siglo siguiente. El fin de las guerras europeas permitió a las naciones centrarse en el desarrollo colonial. El siglo XVIII fue una época de crecimiento decisivo en toda América, tanto sajona como latina. En Brasil, las reformas del Marqués de Pombal, que por un lado protegieron las plantaciones y abolieron de nuevo y por última vez la esclavitud indígena, y por otro, el descubrimiento de las minas, determinaron una demanda excesiva de mano de obra. La exportación de africanos esclavizados alcanzó proporciones nunca antes vistas⁵³. Se establecieron

50 «Entre ellos había algunos de considerable blancura, hermosos y apuestos; otros menos blancos que parecían pardos; otros tan negros como los etíopes.» *Chron. da Conq. de Guiné*. Véase *Raças humanas*, II, pág. 198.

51 «De Portugal sale cada año, tanto a los reinos de España como a las Indias de Castilla, una gran cantidad de esclavos, que son llevados a trabajar en las minas de oro y plata y en los ingenios azucareros; además, muchos se unen a la compra de indios, bengalíes, jaos, árabes, malabares, malayos salvajes, cafres y otros pueblos sometidos a Portugal.» Leão, *Desc. de Port.* XXXVI. García de Resende escribió:

«Mucho llega a Portugal
cada año, y a las islas.
Es la ganancia real
que triplica el capital
en Castilla y en Antillas.»

52 52.053. Véase en Levy, *Hist do Congo*, lo relativo al gobierno de Angola por Felipe I.

53 En los primeros años de la Compañía de Grão-Pará, la importación de esclavos a Brasil alcanzó las 100.000 cabezas al año; de las cuales entre 22.000 y 43.000 se destinaban a Río de Janeiro. Esto demuestra el desarrollo del sur, que estudiaremos más adelante.

Entre 1759 y 1803, los registros coloniales muestran que 642.000 negros salieron de Angola con destino a Brasil, esto es, entre 14.000 y 15.000 al año. Los ingresos por la exportación de negros se estimaron en 160 *contos*,

regulaciones y protecciones. Los grupos de esclavos eran bautizados, e incluso en nuestros días un viajero⁵⁴ vio en la aduana de Luanda la silla de mármol desde la cual el obispo bendecía a los rebaños de negros que embarcaban hacia Brasil. Portugueses, españoles y franceses protegieron la esclavitud; y el *Código Negro* de Luis XIV (1685) es un documento de humanidad. Todos reconocen que nadie fue más cruel con los negros que los ingleses, y que en ningún lugar el destino de los esclavos fue más duro que en Norteamérica.

Sin embargo, debido a la reacción del temperamento violento, excesivo y sentimental de esos insulares, surgió entre ellos el clamor de condena contra el miserable destino de la raza negra. Valiéndose de toda la influencia que, a principios de nuestro siglo, ejercieron sobre la desafortunada dinastía Braganza, los ingleses, que en 1807 habían abolido la esclavitud en sus colonias, inmediatamente comenzaron a exigir que Portugal aboliera la trata de esclavos africanos, hasta que en 1819 lograron establecer cruceros para capturar barcos negreros.

Esta satisfacción otorgada a la agitación abolicionista en Inglaterra, al mismo tiempo favoreció los intereses de los colonos ingleses, cuyas plantaciones habían estado languideciendo desde que se abolió la esclavitud allí. El azúcar de Brasil y Cuba, libre de la competencia de Jamaica y las demás islas inglesas, alcanzó precios lucrativos; y la ruina interna correspondió a la opulencia extranjera. Impedir la inmigración de negros a las colonias portuguesas y españolas era destruir la fuerza de competidores peligrosos. Sin poder imponer abiertamente la abolición de la esclavitud en las colonias peninsulares, un medio que satisfaría radicalmente la humanidad y el interés propio, los ingleses simplemente exigieron la prohibición del tráfico de esclavos y, una vez obtenida, abrieron la puerta al curso de los traficantes de esclavos. Esta medida no satisfizo sus intereses, porque el riesgo solo logró elevar el precio de los esclavos en América y aumentar las ganancias de los armadores; mientras que la condición del negro empeoró. Antes, era posible regular y supervisar un comercio legítimo; ahora, este comercio era contrabando, y los cargamentos de esclavos, o porque se hacían mediante robo, o porque el negocio se había convertido en una lotería, eran un espectáculo repugnante, cruel y una vergüenza para la humanidad.⁵⁵ La trata de

y el total para la colonia en 190.

De 1817 a 1819, la exportación promedio a Brasil fue de 22.000; y a pesar del cese legal del comercio, en 1839, 35 cargamentos de esclavos aún salieron de Angola. (M. de Sá, *O trabalho rural africano*.)

A finales del siglo XVIII, el mercado de Liverpool contaba con 90 barcos que transportaban a 30.000 personas negras al año a la América inglesa.

Cuba fue el último mercado que compraba negros. Los registros muestran:

<i>Años</i>	<i>Negros</i>	<i>Por año</i>
1792-1810	89.000	11.000
1810-1817	81.000	11.400
1817-1821	56.400	14.100
1821-1831	76.000	7.600
1831-1847	85.700	6.000

El desarrollo de las plantaciones no solo requirió la inmigración constante de esclavos, sino también la necesidad de cubrir las vacantes dejadas por la excesiva mortalidad.

En el período de 1792 a 1810, el registro estadístico de la población esclava de Cuba arroja un promedio anual de 5.300, lo que, frente a la entrada de 11.000, deja 5.700 por mortalidad, es decir, el 12 por ciento de la población esclava (Véase Labra, *Abolición de la esclavitud*)

54 Monteiro, *Angola and the river Congo*.

55 Aquí están las cifras que demuestran las afirmaciones realizadas: (Véase Molinari, v. *Esclavage*, en el *Dicc. Econ. Polit.*)

I. Exportación de esclavos, desde 1807 hasta el establecimiento de los cruceros (1819)

A Brasil	680.000	
A las colonias españolas	610.000	
A otros puntos	562.000	
Pérdida en tránsito	337.000	
Total		2.194.000

II. Ídem, de 1819 a 1847

A Brasil	1.122.000
----------	-----------

esclavos sólo podía terminar cuando la esclavitud fuera abolida en todas las naciones coloniales de Europa.

Perseguida y prohibida, mientras Brasil y Cuba esperaban ansiosamente la llegada de barcos negreros, la trata de esclavos se convirtió en una ocupación vil y bárbara. El ciego instinto de lucro borró toda noción de la humanidad más elemental, y lo que no es lícito hacer a cualquier tipo de ganado se hizo con los negros. El traficante de esclavos se convirtió en la quintaesencia del tipo feroz y depravado, en quien la noción de los instintos más inocuos del hombre culto parecía haberse extinguido.

Un barco negrero era un espectáculo repugnante y agonizante. Amontonados en la bodega cuando el barco era sacudido por la tormenta, la masa de cuerpos negros se agitaba como un hormiguero, absorbiendo con avidez el aire sombrío que se filtraba por la escotilla de hierro. Allí, en el corazón del barco, mecido por el mar, se oían feroces luchas, gritos, aullidos de ira y desesperación. Aquellos a quienes la fortuna favorecía, en esta palpitación de la carne viva y negra, se aferraban a la luz y bloqueaban la estrecha franja de cielo. En la oscuridad de la guarida, los desafortunados, amontonados promiscuamente, o caían sin vida en un letargo letal, o se mordían unos a otros, desesperados y llenos de furia. Se estrangulaban, se aplastaban; de uno, las entrañas se derramaban de su vientre, de otro, las extremidades se rompían en los choques de estas oscuras batallas. Y la masa humana, cuyo murmullo salvaje escapaba por la escotilla abierta, se retorció en su guarida, ahogada en lágrimas y suciedad⁵⁶.

Cuando el barco llegaba a su puerto de destino —una playa desierta y remota—, se desembarcaba la carga; y a la clara luz del sol tropical, aparecía una columna de esqueletos, cubiertos de pústulas, con vientres protuberantes, rótulas heridas, piel desgarrada, comidos por gusanos, con el aire mudo y jadeante de los idiotas. Muchos no podían mantenerse en pie; Tropezaban, caían y eran llevados a hombros como fardos.

Una vez descargado el cargamento en la playa, entregados los *conhecimentos* de las *peças da-India* al cajero del barco negrero, la procesión fúnebre partía hacia la espesura costera, desde donde

A las colonias españolas	831.000
Pérdida en tránsito	688.000
Capturados	117.000
Total	2.758.000
Total general	4.952.000

De aquí se concluye a) que la inmigración anual a América fue 155.000 antes y 70.000 después del establecimiento de los cruceros; b) que las exportaciones anuales desde África eran de 10.000 antes y casi 100.000 después; c) que los cruceros solo capturaban el 4 % de las exportaciones totales, y esta conclusión demuestra su ineficacia; d) que, antes, la pérdida en el viaje era del 15% de los envíos, y después aumentó al 25%.

Añádase ahora la circunstancia de que, antes de la abolición, la ganancia comercial del comercio rondaba el 20% o el 30% y después aumentó, con el riesgo, al 200% y al 300%. Una gran lotería de esclavos, eso es lo que el crucero fundó, y también una horrible matanza de negros. Las pérdidas durante el viaje, como hemos visto, aumentaron del 15% al 25% debido a la mala gestión, y se estimó que para llevar 65.000 esclavos a Brasil era necesario sacar de África 100.000. Además de las pérdidas durante el viaje, el estado en el que llegaban provocó la muerte de entre 3.000 y 5.000 en los dos primeros meses tras el desembarco.

Cinco millones de negros abandonaron África entre 1807 y 1847; ¿cuántos millones habían salido antes? Es imposible saberlo. Se ha sugerido la cifra de 20 millones, que ahora parece excesiva. En cualquier caso, los remanentes de esta población que aún se pueden ver dispersos por América son una pequeña imagen de la cantidad que el suelo colonial absorbió. La esterilidad de la esclavitud era un hecho ya observado en la Europa medieval, y no fue una de las razones menos poderosas que llevaron a su abolición. Pero África suplía las faltas, y los millones de habitantes que expulsó no la despoblaron excepto en la costa. El salvaje es prolífico.

Las incursiones de los colonos en busca de esclavos repelieron a las tribus indígenas de África hacia el interior, y en 1760 un gobernador de Angola declaraba que los negros abandonaban cada vez más sus tierras para escapar de la violencia constante de los comerciantes blancos. En 1782, la población de Ambaca se había reducido en dos tercios.

56 Véase *Hist. da republ. romana*, I, pp. 378-385; *Regime das riquezas*, pp. 186-188; y *Quadro das instit. primit.*, pp. 203 y 276-289.

comenzarían las peregrinaciones tierra adentro. El capitán, al regresar a bordo para limpiar la bodega, encontraba los restos, al amanecer, del cargamento que había traído. ¡A veces había cincuenta o más cadáveres de cada cuatrocientos esclavos!

II. Esclavitud en Brasil

¿Se reducirá, sin embargo, la monótona historia de la emigración forzada del negro africano a las estadísticas de la oferta y la demanda de una mercancía? La fuerza despiadada con la que las razas superiores siempre han esclavizado o exterminado a las inferiores, reemplazándolas o privándolas del disfrute de los bienes naturales; esta ley de la competencia animal, que en zoología produce tipos superiores mediante la selección, y en la historia civilizaciones, siempre ha provocado terribles protestas, luchas atroces y feroces represalias. Por todas partes, los vencidos, atentos al sonido de la hora oportuna, acechando el momento de laxitud o brutalización de su dominador, se habían alzado en armas, reclamando para sí un destino menos severo. Espartaco es el héroe de las insurrecciones de los esclavos.

¿Eran los negros tan abyectamente inferiores, en la innegable inferioridad de los dones de su raza, que obedecían pasiva y sumisamente la carga y descarga, el transporte y el trabajo, como la paca de algodón que se prepara y se carga, o el cilindro del tosco molino donde se tritura la caña de azúcar? ¿Ni siquiera habría protestas, como a veces hacen incluso los animales: el caballo cuando se escapa, la manada cuando se extravía por las vastas llanuras de la pampa?

Las protestas no faltaban; el hombre negro no era del todo una mercancía, ni una máquina de trabajo. Ciertamente no era un animal salvaje; podía ser domesticado, obedecía como un niño⁵⁷; pero a veces también se rebelaba. ¡Si hasta el paciente burro recuerda que una vez fue un onagro! Se rebelaba, y entonces era temible, porque la ferocidad también es una de las cualidades de la infancia.

Las insurrecciones de los negros, un terror permanente para los colonos americanos, proyectaron manchas de horror atroz en esta monótona historia de la esclavitud; y nos recuerdan que las *peças da-India* no eran del todo una mercancía, como a veces les parecía a los traficantes de esclavos y a los colonos. Las colonias, creadas para la agricultura y el comercio, no eran, como Esparta, una legión; y los colonos, infinitamente pocos, frente a las columnas de esclavos negros, se veían en constante y mayor peligro. En el campo, el agricultor, en la ciudad, el comerciante, instintivamente pusieron en práctica un régimen de terror, un sistema de disciplina feroz, el único medio de conjurar un peligro que todos sentían inminente. Azotado, flagelado, a veces muerto en el poste de azotes, el esclavo sufría estos duros tratos, consecuencia de una fuerza que su amo temía; pero de la que él, el desafortunado, sólo en raras ocasiones, cuando los dolores atroces se volvían intolerables, llegaba a tomar conciencia. Tal régimen manchaba las costumbres coloniales de una crueldad perversa. Las mujeres débiles, que apenas sobrevivían en esos climas devoradores, superaban a los hombres en el refinamiento de la barbarie; y el hombre negro sufría lo que ni el perro ni el mono sufrían, besado y acunado en los brazos de las criollas. Nadie temía a las bestias, y todos, ya por costumbre, sin confesarlo del todo, temían al hombre negro. El esclavo siempre era un enemigo. Algún transeúnte más compasivo, caminando por las calles de Bahía o Pernambuco, que oía, tras las puertas entreabiertas de las casas, el chasquido del látigo y los gemidos del paciente, gritaba caritativamente: «¡Basta!» Pediría el perdón para el esclavo, y el tormento terminaría casi siempre.

57 Todos los observadores han notado la precoz vivacidad de la persona negra y el tipo de estancamiento del desarrollo que se produce en la adolescencia. La persona negra es siempre un niño, con una movilidad vivaz y una perspicacia infantil.

Este terror a la venganza de los negros no era ciertamente una mera quimera. Los niños a menudo se rebelan; y su ira es terrible. Todos sabían que los negros a veces habían cometido atrocidades en varias colonias. En Brasil, la terrible insurrección de Santo Tomé fue bien conocida, pues los colonos, arruinados y perdidos, habían llegado allí para comenzar una nueva vida, renovar las plantaciones y reconstruir los ingenios azucareros. En São José do Maranhão, quienes huyeron de sus amos y se aliaron con los indígenas, sus compañeros de infortunio, atacaron el asentamiento, devastaron los campos, lucharon valientemente contra el fuerte y fueron exterminados, pero no sometidos (1772). Más de un *quilombo*, o refugio, oculto en los pliegues de las montañas, enclavado en la oscuridad de los bosques, recibió, para la vida libre de las selvas, a los esclavos que huyeron de su miserable destino; más de una vez fue necesario dismantelar por la fuerza estos nidos, o estos embriones de futuras ciudades; y la destrucción del quilombo de Carlota en Mato Grosso (1770) se hizo famosa por la valentía de los atacados y por la crueldad del castigo. A los esclavos fugitivos se les marcaba con una F ardiente la primera vez, y se les cortaba una oreja la segunda: estas marcas indicaban al amo que debía aumentar el castigo para las faltas posteriores⁵⁸.

En épocas posteriores, casi en nuestros días, cuando la acción combinada de la política y la economía buscaba erradicar la esclavitud en Brasil, este sentimiento de rebeldía, no sólo contra la condición miserable sino también contra la vida civilizada, adquirió características diferentes. De la misma manera que en la servidumbre agraria de la Península⁵⁹ sucedía cuando se expresaba mediante un contrato o documento que fijaba la renta que el siervo debía al terrateniente, también sucedía en Brasil con el esclavo urbano. Aplicado a las tareas de almacén en los puertos comerciales, mensajero en las calles, el hombre negro sólo debía al amo el salario diario fijo que este determinaba⁶⁰. Liberado de obtenerlo con su trabajo, ahora libre, el esclavo extraía de sus fuertes hombros para la carga un mayor ingreso, ahorra dinero, acumulaba ahorros; y en lugar de huir, como antes, al *quilombo*, cuando ni la fortuna ni la ley le ofrecían otra vía de redención, sería liberado, liberado, y, feliz, regresaría a África, a respirar el aire inocente y amado de la costa pantanosa de Mina. Despreciaba y renunciaba a la desagradable civilización, regresando a un estado salvaje; de la misma manera que los Crumanos y Cabindas, tras trabajar como grumetes, cocineros o marineros a bordo de barcos en los puertos de Europa, regresaban con suficiente algodón para comprar tres o cuatro esposas.

Estas formas modernas de protesta constante contra la civilización no son, sin embargo, tan nobles como las antiguas; pero de todos los ejemplos históricos de protesta esclavista, Palmares es el más hermoso, el más heroico. Es una Troya negra, y su historia una *Ilíada*⁶¹.

Fue la ocupación holandesa la que dio origen a la formación de la república esclavista. El abandono de las plantaciones por parte de los amos y, posteriormente, el armamento de los negros para expulsar a los invasores fueron las causas inmediatas de la organización de este gran reino. En 1630, cuarenta negros guineanos, esclavos de Porto-Calvo, se refugiaron en Palmares, unas treinta leguas tierra adentro en Pernambuco, y se fortificaron. Al igual que los romanos, raptaron a sus *sabinas*, indias y mestizas de las zonas circundantes. Comenzaron a vivir de las incursiones en las plantaciones cercanas y del saqueo a los agricultores. Así vivían los romanos. Palmares era el refugio de los esclavos fugitivos, al igual que la colonia romana y los consejos medievales. Al crecer en número, formaron una sociedad; tenían un rey, *zambi*, un cristianismo copiado de los jesuitas y leyes escritas por un Numa negro. A medida que prosperaban, abandonaron el saqueo y se convirtieron en agricultores. Cultivaban y comerciaban; y los agricultores de las zonas circundantes, al verse libres de las antiguas molestias de vecinos tan hostiles, ahora trataban con la naciente ciudad, vendiéndole granjas y armas. Así se forman las naciones, y Palmares ya merecía este

58 Véase *Quadro das instit. primit.*, p. 203; y *Hist. da republ. romana*, I, p. 400.

59 Véase *Civil. iber.* (3.^a ed.) pp. 152-156.

60 Véase *Hist. da republ. romana*, I, p. 390.

61 *Ibid.*, I, p. 402.

nombre cuando, tras la reconquista y pacificación del norte de Brasil, el gobierno decidió someter a la república (1695).

Tenía entonces un perímetro de seis u ocho kilómetros, pues aún no había alcanzado la edad en que las repúblicas se convierten en conquistadoras. El recinto estaba fortificado por una alta empalizada, al estilo de las aringas o mocambas africanas. En su interior se encontraban las plantaciones, un río con abundante agua, frondosos bananos, campos de maíz y mandioca. La población ascendía a más de veinte mil personas, de las cuales ocho o diez mil esperaban a los agresores en armas.

La república cayó, destruida por las armas portuguesas, pero cayó épicamente como una Troya de negros convertida a la vida bárbara. Vencidos, muertos, aplastados por la fuerza, las fortificaciones rotas, el nido de la sociedad naciente abierto de par en par a los invasores, los palmarinos no se sometieron, se suicidaron. El *zambi* con los restos destrozados de su ejército se precipitó desde el borde de un acantilado, y los cadáveres de los héroes rodaron, destrozados, para caer a los pies de los victoriosos portugueses. Los prisioneros, devueltos a su miserable condición, se suicidaron y masacraron a sus hijos y esposas. Y al verse privados de todos los medios para matarse entre sí, fueron abandonados a su suerte hasta morir de hambre.

La Troya de los negros fue destruida, pero el recuerdo de sus héroes permaneció y permanecerá como una noble protesta de la libertad humana contra el cruel destino de la naturaleza, cuyas órdenes impusieron la condición del trabajo esclavo para la explotación de América.

III. El estado de Maranhão

Abundantemente abastecido de negros, el norte de Brasil, tras la expulsión de los holandeses, avanzó rápidamente por el camino de la riqueza. El siglo transcurrido entre la reconquista de Pernambuco y el gobierno del Marqués de Pombal reúne los elementos de una revolución que el gran estadista consumó.

Los colonos afluían en masa desde el reino, se plantaban cañaverales y se construían ingenios azucareros. El *reinol*, como se decía en la India, apenas llegado, tomaba posesión de la zona que le proporcionaban. Compraba negros, construía los barracones y la hacienda. La primera tarea consistía en desbrozar la maleza, limpiar la tierra que produciría maíz, mandioca y legumbres para la alimentación de los esclavos. Las pilas de árboles talados y los montones de hierba que cubrían el suelo eran presa de las llamas, y la tierra fertilizada con las cenizas rendía cien veces más. A esta tarea le seguía la construcción del molino: dos cilindros de madera para triturar la caña, una rueda hidráulica movida por mulas o bueyes. Una vez preparada la instalación, se sembraba el cañaveral: un trozo de caña con tres o cuatro nudos, enterrado horizontalmente, producía la misma cantidad de plantas, que al cabo de doce o quince meses podían cortarse y llevarse al molino para obtener el jugo, del cual se elaboraba aguardiente o azúcar.

Sin embargo, la caña de azúcar ya no era el cultivo predominante en el norte de Brasil. Desde la pérdida definitiva del imperio oriental en 1640, se consideró inútil prohibir el cultivo de especias en América, que habían constituido la riqueza del comercio con las Indias. El temor a una competencia que pudiera bajar los precios de los productos orientales, había llevado a ordenar en Brasil el arranque de los árboles que los producían en Oriente. El padre Vieira decía que sólo el jengibre escapó a esta persecución, porque sus raíces quedaron ocultas bajo tierra. El hecho es que, desde 1662, el norte de Brasil, donde la principal producción seguía siendo el azúcar, se cultivaba también tabaco, algodón, vainilla, canela y pimienta.

Al mismo tiempo, las atenciones de los gobiernos, tranquilos en cuanto a la prosperidad y seguridad de Pernambuco, se dirigieron al estado de Maranhão y el Brasil ecuatorial. El valle del Amazonas y los *sertões* de los grandes afluentes de la arteria fluvial americana fueron recorridos,

explorados y conquistados a los indígenas salvajes; y el Tratado de Utrecht (1713), que garantizaba a Portugal la posesión de ambas orillas del Amazonas, consolidó un dominio que la enérgica acción de los exploradores había hecho realidad. Las tierras del interior de Piauí fueron subyugadas en 1671, y en 1718 esta región se convirtió en provincia, con la fundación de Nossa Senhora da Vitória. La ocupación del litoral, de 1580 a 1640, continuó hacia el norte, desde Paraíba (1581-1584), a Sergipe (1590), a Rio Grande do Norte (1597-1599), a Ceará (1610) después del fracaso de las dos expediciones de 1603 y 1607, a Maranhão (1615) tras la expulsión de los franceses, y a Pará (1616). La ocupación holandesa, que aisló al estado de Maranhão del gobierno de Bahía⁶², obstaculizó el desarrollo del norte de Brasil durante años, por cuyos *sertões* se estaban extendiendo los asentamientos portugueses⁶³. El desarrollo que se produjo en la segunda mitad del siglo XVII y la primera mitad del siglo siguiente ganó aún mayor intensidad durante la época del Marqués de Pombal, quien nombró a su hermano Francisco Xavier de Mendonça para gobernar Maranhão. Numerosas colonias del reino se establecieron en esa región de Brasil y, a juzgar por los nombres de estas ciudades⁶⁴, fueron principalmente alentejanos quienes las fundaron. Para 1707, el distrito de Río Negro, la futura provincia de Amazonas, ya era lo suficientemente importante como para constituir un gobierno separado.

IV. La expulsión de los jesuitas

A medida que en el extremo norte de Brasil el valle del Amazonas era colonizado y explorado, comenzaron a aparecer los jesuitas que, antes de la ocupación holandesa, habían caracterizado la vida interna de la colonia de Pernambuco-Bahía. A pesar de la abundante oferta de negros africanos, en plena era exportadora, las expediciones de caza de indígenas comenzaron a extenderse por el interior del *sertão*. Cuando se recuperó Maranhão de manos de los holandeses, los colonos habían reducido a los indígenas a la esclavitud; pero el gobierno de D. João VI, al renovar las leyes de los Felipes y enviar más jesuitas a la colonia reconquistada, hizo que volvieran a surgir los antiguos conflictos.

62 El estado de Maranhão, fundado por decreto el 13 de junio de 1621, con las capitanías de Maranhão, Ceará y Pará, tuvo su primer gobernador en 1624, el cual asumió el cargo en 1626. En 1733, la sede del gobierno estatal se trasladó a Pará; en 1754 fue suprimida; y en 1772, las provincias de Pará y Maranhão se separaron, pasando a formar parte del régimen común.

63 1650—Exploración de las supuestas minas del rioo Dourado (Maranhão).

1668—Fundación de Jahu.

1669—Construcción del fuerte en el río Negro, posteriormente Manaus.

1718-19—Fundación de Campo Maior y Parnaíba, Jeromenha, Valença y Marvão.

Exploraciones fluviales provocadas por el desarrollo de minas en el sur: (Ver párrafo siguiente.)

1742—Viaje por el río Madeira, para comunicarse con Matto Grosso.

1744—Ídem por el río Negro, para llegar al Orinoco.

1749—Ídem de Pará a Matto Grosso, por los ríos Amazonas, Madeira y Guaporé.

64 Maranhão—Vinhaes, Vianna (1657); Guimarães, Tutoya (1658);

Amazonas: Moura, Thomar (1658); Serpa, Olivença, Ega (1659);

Rio grande do norte—Estremoz (1660);

Espirito Santo—Almeida (1660); Benavente (1661);

Pará—Mazagão (1665);

Piauí—Amarante (1666);

Bahia—Villa Viçosa (1668);

Porto Seguro—Alcobaça (1672).

Compárense los nombres de las tierras del norte, tomados de Portugal, con los de las tierras del sur, que son indígenas; y con esto se verá cómo, por un lado, tenemos un desarrollo colonial y, por el otro, uno natural o espontáneo.

En 1652, el padre António Vieira llegó a Maranhão y, a pesar de las razones derivadas de las decisiones de la corte, el nuevo superior de las misiones fundó la «Junta de Protección de los Indios», organizó el sistema de asentamientos y planeó una vasta ocupación de todo el valle del Amazonas.

Primero en el sur, en São Paulo, luego en Bahía, ahora en el extremo norte, los jesuitas intentaban crear una civilización de los indios. El destino de Brasil vaciló en tres aspectos, indeciso entre el futuro de una civilización mestiza y el de una civilización europea; entre un régimen teocrático y uno monárquico; entre la creación de una nación y la estúpida organización de un estado de ilotas cretinizados bajo el imperio de los *payés*, los padres-fetiches. La cuestión de la mano de obra indígena volvió a surgir, pero esta sería la última y decisiva batalla. En São Paulo, derrotados por la resistencia anárquica pero enérgica de esta explotación que espontáneamente adquiriría consistencia y homogeneidad, los jesuitas tuvieron que emigrar con sus misiones al sur y establecerse en las orillas de la Plata y del Paraná, en Uruguay y en Paraguay; en territorios desocupados, donde no se encontraron cara a cara con una autoridad civil que deseaban para sí mismos, ni con una colonización blanca que no los obedeciera. Allí, pues, su plan prosperó, y los jesuitas dieron, con Paraguay, una clara muestra del destino que le aguardaba a Brasil si los colonos no triunfaban.

Derrotados y expulsados en São Paulo, sólo pudieron mantenerse en Bahía y en el centro de Brasil. Protegidos por el poder efectivo del gobierno, defendidos por la corona en sus conflictos con la autoridad civil, los jesuitas, sin embargo, no pudieron hacer de su plan de colonización algo exclusivo; pues paralelamente, la colonización blanca, apoyada por el trabajo de los negros, se desarrollaba con fuerza y vigor.

Sólo les quedaba el extremo norte, donde comenzaba la exploración, donde todo apuntaba a la consolidación de un plan, ya ampliamente realizado en aquel entonces en el extremo sur, a orillas del Río de la Plata. En Portugal reinaba el rey Juan IV, la sombra del padre António Vieira, la personificación del genio de la Compañía de Jesús, y el hecho de que el verdadero monarca de Portugal, cabeza del jesuitismo portugués, fuera personalmente a dirigir la ocupación de la Amazonia, demuestra la importancia concedida a este acto.

Sin embargo, incluso en este período de mayor fortuna de la Compañía, los síntomas de decadencia ya eran visibles; el sistema de causas y doctrinas que llevaría al establecimiento del absolutismo monárquico y a la consiguiente ruina del edificio jesuita, ya estaba comenzando a despuntar. El plan de la Amazonia fracasó, al igual que el de São Paulo; y los asentamientos en todo Brasil desaparecieron a instancias del Anticristo, el Marqués de Pombal. Para reivindicar su memoria, para demostrar su sabiduría, para probar con un hecho la razón de la resistencia permanente de los colonos, quedaba la obra maestra de la colonización jesuita, ¡Paraguay! Si los jesuitas hubieran triunfado contra los colonos, Brasil sería como ese miserable rincón del mundo, poblado por una raza inferior que sólo pierde sus instintos de salvaje salvajismo para caer en un letargo de cretinismo idiota. Como en el sur, como en todas partes, los colonos de Maranhão se rebelaron contra los jesuitas. Y en 1661, nueve años después del establecimiento de las misiones, los sacerdotes y el sumo sacerdote Vieira tuvieron que embarcarse de vuelta hacia el reino, expulsados de la colonia por los colonos. Sólo en 1680 el gobierno les devolvió un poder que conservaron hasta la época del Marqués de Pombal. ¿Habían triunfado? No; porque el plan de colonización había fracasado. Simplemente se mantuvieron al lado de la colonización europea, como dos rivales que se disputan un premio, sin lograr una victoria decisiva. Los planes avanzaban a la par, las dos fuerzas se desarrollaban en paralelo, hasta que apareció el Marqués de Pombal⁶⁵.

En 1757, el poder temporal de las misiones fue suprimido: las aldeas indígenas se transformaron en pueblos de derecho común, lo espiritual se separó de lo temporal, siendo este último reclamado por la corona. El plan jesuita fue destruido, incluso antes de la expulsión de los

65 Véase *Hist. de Port.*, lib. VI, 5.

padres. Con el carácter de las misiones reducido a propaganda religiosa, la Compañía tuvo que abandonar todas sus esperanzas y reconocer la destrucción de su gigantesco plan de colonias teocráticas. «El indio se convierte más por miedo que por devoción», dijo Nóbrega. Si los sacerdotes fueron despojados del poder, del dominio político y civil, ¿cómo podrían ahora convertir al indio? Las dos misiones eran inseparables; y en esto, como en todo, los jesuitas demostraron un conocimiento del alma humana nunca superado, ni antes ni después.

La prueba es que las aldeas se despoblaron, que los indios volvieron a una vida salvaje, huyendo de nuevo al interior, cuando en 1768 sus padres, sus amos, sus dueños, sus dioses, fueron expulsados del Brasil. Los párrocos, misioneros enviados por el gobierno para contenerlos, eran extraños: no conocían su idioma, ni podían ser reconocidos por ellos como verdaderos representantes de ese dios extravagante, una mezcla de nodriza y maestra, feroz y dulce, ese dios infantil que los jesuitas habían forjado para el uso de los hombres-niños: los salvajes. ¡El gran *payé* había huido!

Esta unificación del poder civil en la colonia le imprimió definitivamente su carácter europeo. Los indígenas, declarados libres de nuevo (1755), se retiraron al interior, para morir abrazando los nuevos fetiches por los que los jesuitas habían intercambiado los antiguos. La mano de obra negra satisfacía todas las necesidades de la cultura, pues la mina africana era inagotable: la compañía Grão-Pará desembarcaba alrededor de cien mil esclavos cada año en la costa de Brasil. La colonia adquirió, decisiva y definitivamente, el carácter común a todas las colonias de Norteamérica y las Antillas: abandono y extinción de las razas indígenas, colonización blanca y mano de obra negra esclavizada.

V. El Brasil de Pombal

El sistema de ideas políticas y económicas⁶⁶ y las nuevas condiciones creadas por la Paz de Utrech (1713) en Europa condujeron a la definición pura del régimen centralizador y protector. Fue el marqués de Pombal quien, de diversas maneras, extinguió finalmente lo que quedaba de los primitivos derechos feudales de los donatarios, concentrando toda la autoridad en los gobiernos dependientes de la corona, aboliendo al mismo tiempo los antiguos privilegios de las cámaras en la recaudación de impuestos.

El floreciente comercio no podía disponer de suficientes barcos para transportar a Europa los productos de una colonización que, en la segunda mitad del siglo XVIII, ya se expandía por el valle del Amazonas, penetrando en Mato Grosso y Goiás, y descía hasta Paraguay. La paz había permitido la abolición de las flotas en los que los barcos navegaban por el Atlántico hacia Europa, escoltados por navíos de guerra. Ahora, iban y venían libremente, cruzando el océano, de Lisboa a Angola, embarcando esclavos, y de Pará, Maranhão, Pernambuco y Bahía a Lisboa, con cargamentos de azúcar y palo de Brasil, tabaco, algodón, especias y oro.

Al aumento de la riqueza correspondía la firmeza de la administración, la mejora de la justicia y el progreso de la educación. La colonia se estaba convirtiendo rápidamente en una nación; y una abundante emigración, excesiva incluso para las fuerzas de la metrópoli, engrosaba los núcleos que se creaban constantemente en todas partes. Si Mem de Sá era el Alfonso Henriques⁶⁷ de Brasil, el marqués de Pombal era su D. Dionis⁶⁸, el labrador, el organizador; y su D. Fernando⁶⁹, el creador del comercio y la navegación coloniales.

66 Véase *Hist. de Port.* (4.^a ed.) II, pp. 182 ss.; y *Civil. Iber.* (3.^a ed.) pp. 287-301.

67 *Ibid.* I, pp. 64-93.

68 *Ibid.* pp. 117-118 y 123.

69 *Ibid.* pp. 173-177.

Ya en 1649, y posteriormente en 1680, se habían fundado compañías comerciales, y la última de ellas estuvo marcada por la insurrección de Beckman (1684) en Maranhão. Los comerciantes, y también los jesuitas, que lo eran tanto más que misioneros⁷⁰, protestaron contra el monopolio creado por el marqués a favor de las compañías de Grão-Pará, Maranhão y Paraíba. El sistema de monopolios protectores se consideraba entonces la mejor manera de impulsar el progreso económico; y de las antiguas tradiciones coloniales portuguesas persistía el recuerdo de las propiedades reales mercantiles, una transformación de las aún más antiguas instituciones de apropiación de la tierra⁷¹: la sal, el palo de Brasil, el tabaco y los diamantes eran monopolio exclusivo de la corona, mientras que otros bienes, incluido el oro, estaban sujetos a impuestos moderados.

En este rápido esbozo que hemos hecho del desarrollo de Brasil en la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo siguiente, el lector habrá notado el silencio sobre el acontecimiento más grave de la historia de la colonia: el descubrimiento de las minas. Esto se debe a que, en el contexto de nuestro trabajo y en la forma en que observamos el crecimiento y la formación de la nación americana, la América portuguesa se nos presenta como dos grandes provincias, cuya historia es diferente, pues sus características naturales y adquiridas fueron distintas hasta la unificación sellada con la independencia. Ya hemos señalado esta diversidad, evidente desde los primeros tiempos coloniales entre el norte y el sur de Brasil.

En esta segunda época, en la que la ocupación y la colonización se extienden al norte hasta el Ecuador y al sur hasta el Río de la Plata, los dos extremos de Brasil de antaño son ahora las dos mitades del centro: Bahía-Pernambuco por un lado, y São Paulo-Río de Janeiro por el otro. El estado de Maranhão al norte y Río Grande al sur constituyen las fronteras de esta nación, cuyo centro ya está formado.

Sin embargo, es indudable que el dualismo aún existe en el período al que nos referimos. La nación brasileña se desarrolla de forma colonial en el norte; orgánica y de forma espontánea en el sur. Medio independiente, la región de São Paulo-Minas, con la gran bahía de Río de Janeiro, capital natural del futuro imperio, se encuentra en la sombra, elaborando una construcción orgánica; mientras que el Brasil oficial, el Brasil brillante y opulento, el Brasil de los virreyes y gobernadores, se asienta en el norte, en Bahía y en Pernambuco.

Este Brasil, sin embargo, no era geográficamente el centro del imperio; su clima parecía condenarlo a la eterna condición de una colonia dependiente de una cultura exótica y de la esclavitud africana, o al desafortunado destino de un Paraguay jesuita. Aún no había suficiente intensidad de vida colectiva para plantear claramente el dualismo que el observador siempre encuentra latente; y fue un acontecimiento fortuito que, aportando un nuevo elemento a la vida económica de la colonia, dio lugar no al dualismo, sino a la supremacía inmediata y absoluta de la mitad sur del Brasil central, una supremacía consagrada a mediados del siglo XVIII con el traslado de la capital de Bahía a Río de Janeiro.

Este fortuito acontecimiento surgió del carácter aventurero, audaz y explorador de los habitantes de São Paulo, en quienes la semilla del genio descubridor portugués pudo florecer libremente, a la sombra de un clima benigno y una colonización natural y agrícola. Fue este fortuito acontecimiento el que determinó una gran ola de emigración hacia la región centro-sur de Brasil; dio un impulso temporal a la precaria vida del Portugal de Braganza; y al permitir al rey Juan V ejercer como rey brasileño en Europa, permitió al marqués de Pombal declarar la guerra a los jesuitas y salvar a Brasil, si no del destino de Paraguay, al menos de la vida turbulenta que le prometía la coexistencia del régimen civil y el régimen teocrático, en el gobierno y la organización del trabajo servil.

70 *Ibid.* II, pp. 146-148.

71 Véase *Instit. primitiv.* pp. 77 ss.

Este fortuito acontecimiento es el descubrimiento de las minas, al que Brasil debe la rápida definición de su independencia. En la riqueza del oro, la población de São Paulo encontró una fuerza predominante, con la que impuso su supremacía —como homogeneidad, como cohesión, como originalidad y autonomía nacional— a las provincias del Norte, cuya existencia era artificial, con una población enteramente extranjera, ya fueran blancos portugueses o negros africanos; artificial en el régimen de trabajo y en la naturaleza de la cultura: cuya vida, en suma, era la de un estado ultramarino de Portugal, administrado y cultivado por el genio de los estadistas, y no la de una nueva nación existente independiente y autónoma, en virtud de una población asentada y naturalizada en la tierra en que vivía.

VI. El descubrimiento de las minas

A lo largo de esta obra ya hemos indicado los intentos, hasta ahora infructuosos, de descubrir yacimientos de oro y plata en las laderas orientales de la cordillera de los Andes, como los que, durante mucho tiempo, habían estado enriqueciendo a la colonia castellana del Perú en las laderas occidentales. La vasta cuenca del Amazonas había sido el principal objetivo de la investigación desde el siglo XVI; pero en la segunda mitad de esa era (1573) el donatario Tourinho, remontando el río Doce, descubrió esmeraldas en los barrancos de la Serra do Mar, entre Porto Seguro y Cabo Frío. Este éxito indujo a Adorno, un audaz colono, a aventurarse en el interior (1580) en una expedición con cincuenta compañeros y cuatrocientos indígenas. Tales intentos, sin embargo, no dieron resultados apreciables, y hasta la segunda mitad del siglo XVII no se supo nada más de la investigación minera en el sur de Brasil. De 1662 datan las primeras exploraciones de los *sertanejos* de São Paulo; y hacia finales del siglo, ya se habían descubierto los yacimientos de la provincia de Minas; y en la primera mitad del siglo siguiente, los de Mato Grosso y Goyaz⁷². De 1730 a 1750, las minas de Brasil alcanzaron su máxima producción.

Descubiertas las minas por el genio de los paulistas, estos las consideraban de su propiedad. Los lazos que hasta entonces habían unido a esta zona del sur del Brasil con el gobierno colonial eran más nominales que efectivos; y con frecuencia los gobernadores se vieron obligados a reconocer la independencia de facto de esta población aventurera e indomable, celosa de una libertad casi natural, ciertamente anárquica. La educación recibida en las *bandeiras* de caza de indios, ahora convertidas en expediciones mineras, ciertamente no pretendía suavizar el temperamento rudo de estas poblaciones acostumbradas a la vida nómada del *sertão*; Ni para inducirlos a reconocer la legitimidad de un gobierno, hasta entonces ausente, y solo manifestada ahora que en los lechos de los ríos y barrancos de las montañas habían encontrado grava aurífera y diamantífera.

La noticia de El Dorado, finalmente descubierto por los paulistas, envió al sur a quienes ellos consideraban extranjeros, y ahora enemigos: los *emboabas*, los forasteros que también querían extraer el oro. El año 1708 fue cruel para todos: los portugueses murieron masacrados en el lugar que desde entonces se llamó Rio-das-Mortes; y entonces los rebeldes fueron sometidos, la crueldad

72 1662—Los paulistas Barbalho y Paes traen oro y piedras preciosas del interior del país y exploran Itamarandiba.

1683—Paes es nombrado capitán mayor de las minas de esmeraldas.

1694—*Bandeira* de Bartolomé Bueno. Primera fundición de oro en Taubaté, Inicio de la colonización minera.

1698—Descubrimiento de Jaraguá, Ouro-preto, Ouro Bueno, Morro, S. Bartolomeu, Carmo, Itacolomis, Itatiaya, Itabyra, *placers*. Bueno trae oro de Itaberava, después Villa-Rica.

1701—Descubrimiento de Jacobina (prov. Bahía).

1718—Descubrimiento de las minas de Rio-das-Contas.

1725—Exploración de las minas de Goyaz, por los paulistas.

1730—Exploración de las minas de Cuyabá (Matogrosso).

1733—Descubrimiento de diamantes en Cerro Frío.

de los *sertanejos* castigada por el gobernador que había sido enviado de Río a Minas. Pronto se crearon fundiciones (1711): todo el oro debía ir allí, para ser reducido a barras, ensayado y sellado, tras pagar el quinto de la Corona. Las barras de oro circulaban como moneda. La minería de diamantes era un monopolio real.

Las fundiciones tenían, pues, una triple función: eran casas de moneda, talleres metalúrgicos y oficinas fiscales. De ellas provenía la red de puestos y guardias, destinada a detener el contrabando de oro, cuyos autores eran castigados por la ley con las penas más severas.

A pesar de la confiscación y el exilio a Angola, a pesar del rigor de los registros en las minas, en las carreteras, en los puertos marítimos de Santos y Río, donde se embarcaba el oro, muchos millones pasaron desapercibidos y se dirigieron a Buenos Aires, dice Alexandre de Gusmão. Incluso cuando todo estaba repleto de tropas, añade, eran los soldados quienes contrabandeaban el oro, como lo demostraba la experiencia. «Sobre todo cuando los eclesiásticos, para justificar el contrabando de oro que practican con frecuencia, han sembrado la pestilente doctrina de que el fraude del quinto real no requiere restitución, pues conlleva una sanción civil al ser descubierto», concluyó el secretario del rey Juan V. Sustituido por un impuesto de capitación fijo basado en el número de esclavos empleados en la minería —tal era el plan de Gusmão—, el quinto real fue reinstaurado posteriormente (1750), en forma de una cuota anual fija, que ascendía a 100 arrobas en la provincia de Minas.

Jaraguá era, en el primer cuarto del siglo XVIII, el Perú brasileño, y Jequitinhonha y Tejuco eran las principales minas de diamantes propiedad del Estado. El desarrollo de la industria minera había determinado no solo la abundante inmigración desde Portugal, sino también la penetración de los dos Brasiles, el sometimiento del Brasil del sur, elevado al centro del futuro imperio, y finalmente la franca introducción de la esclavitud negra en toda la extensión de la colonia.

Los esclavos procedentes de África también se dirigían al puerto de Río de Janeiro con destino a las minas, al igual que en el norte se dirigían a Maranhão, Pernambuco o Bahía, con destino a las plantaciones. Estas plantaciones sufrieron el movimiento que arrastró a los colonos hacia El Dorado del sur; y en vano las leyes (1703) prohibieron el tránsito de esclavos de Bahía a Minas. Villa Rica, el Potosí de Brasil, tenía veinte mil habitantes, y ríos de oro fluían de las laderas de la montaña, horadados como un panal por los mineros de São Paulo, recorriendo las calles de la opulenta ciudad en forma de lujo desenfrenado, del que aún hoy dan testimonio los antiguos palacios e iglesias de aquella época.

Las pepitas de oro aparecían en un lecho de grava ferruginosa, entre la roca y la capa superficial de tierra vegetal. En la estación seca se limpiaba la superficie, se desenterraba la grava y se amontonaba. En cuanto llegaban las lluvias, comenzaba el lavado. Se formaba un lecho con escalones anchos y bajos: arriba la grava, que el agua, al precipitarse saltando, arrastraba consigo. En cada escalón, negros con palas removían la tierra con el agua; y el lodo así formado caía en una zanja abierta en la base del lecho aurífero. Una vez que el montón de grava era arrastrado, la primera parte de la operación había concluido. Se cortaba el agua y se recogía el lodo de los escalones y del fondo de la zanja. Los negros tomaban las artesas y las revolvían, sacudiéndolas a mano; y al verter el lodo estéril, aparecían partículas brillantes en el fondo: algunas tan ligeras que flotaban, otras como guisantes, otras como habichuelas. De allí se las llevaban a secar, luego a la fundición donde las pesaban, analizaban, fundían en barras y sellaban para que pudieran circular. Todo el oro provenía de depósitos aluviales, y lo mismo ocurría con los diamantes.

El Jequitinhonha era uno de los ríos en los que más abundaban las piedras preciosas. Para extraerlas del lecho, lo cortaban a cierta altura, desviando las aguas por un canal durante la estación seca. Con arcas y bombas, destapaban la capa de grava cuarzosa que cubría las arenas. La retiraban, la apilaban y esperaban la temporada de lluvias. La instalación de un taller de grava consistía en un cobertizo de madera cubierto con un techo de paja, bajo el cual se extendían longitudinalmente las cajas de lavado. Tras ellas discurría un canal de agua, y cada caja descendía con una suave

pendiente. Una vez distribuida la porción adecuada de grava, el canal suministraba el agua, en la que el esclavo lavaba la grava con una escobilla de goma. Frente a los negros, sentados en bancos altos sin brazos ni respaldo, los inspectores vigilaban el trabajo para evitar robos.

Los ojos examinaban todo con avidez. Cuando, entre los guijarros ya limpios de tierra, la mirada aguda del negro descubría el destello de un diamante, el pobre se levantaba, aplaudía, mostrando la piedra entre el pulgar y el índice con alegría infantil: ¡un diamante! Porque si la piedra pesaba diecisiete quilates, era libre; y era llevado, como un dios, coronado de flores, en brazos de sus compañeros de trabajo.

VII. El oro del Brasil

Según Humboldt, Brasil proporcionaba más de la mitad del oro de América⁷³, y el desarrollo minero, cuyo alcance para el posterior desarrollo de la nación neoportuguesa ya hemos apreciado, trajo a la metrópoli una avalancha de riqueza que se empleó de diversas maneras, y al tesoro

73 La insuficiencia de registros y la importancia del contrabando imposibilitan determinar la producción total de las minas brasileñas. Sin embargo, haremos algunos datos al respecto.

Humboldt, en su *Ensayo sobre la Nueva España*, calcula lo siguiente:

De 1699 a 1755, se registró la llegada a Europa:	480.000.000	de piastras
De 1756 a 1803 ídem ídem:	204.544.000	»
No registrado:	171.000.000	»
Total:	855.544.000	»
Oro en monedas y objetos de arte en Brasil:	?	
Producción de 1803 a 1815 (año 30.000 marcos):	4.300.000	»

Las minas de Goiás parecen haber producido anualmente, a mediados del siglo XVIII, 150 arrobas de oro.

Ayres do Casal afirma que la primera flota procedente de Cuiabá, asaltada por los payagoas en Paraguay (1730), transportaba 22.000 libras de oro; y que en 1731, 25.600 libras salieron de Mato Grosso con destino a São Paulo.

En 1773, el oro producido en Minas pesaba 118 arrobas; y de 1773 a 1812, el total fue de 6.895 arrobas, con un valor de 85 millones de cruzados. De 1752 a 1773, la producción total registrada sería de 6400 a 8600 kilos anuales, más una cantidad similar de contrabando.

Estas son las cifras de Chevalier (*La Monnaie*):

PRODUCCIÓN ANUAL DE AMÉRICA

	BRASIL		OTROS PAÍSES	
A principios de siglo,	3.700 k.	12.744 Fr.	10.418 k.	38.611 Fr.
Antes del descubrimiento de las minas de California	2.500 k.	35.885 Fr.	12.715 k.	43.796 Fr.

Estos son los registros del barón von Eschwege, en su *Pluto braziliensis* (Berlín, 1833). Extracción de oro:

Minas Gerais	1700 a 1820	arrobas	35.687
Goiás	1720 a 1730	»	9.212
Mato Grosso	1712 a 1820	»	3.107
São Paulo	1600 a 1820	»	4.650

excluyendo contrabando, confiscaciones, etc. La producción total de Brasil debería haber aumentado, de 1600 a 1820, a 63.417 arrobas, con un valor de 391.000 coutos de reis.

En 1735, dice Constancio, las minas de diamantes producían un millón y medio de cruzados al año. El distrito de Diamantina (Minas) produjo, en 1808, de 20 a 25 mil quilates; En 1809, el Tesoro de Río permitió a D. João VI vender 20.000 quilates anuales en Londres para garantizar la deuda.

Hasta 1704, según el *Correio Braziliense* (núms. 79, 81 y 111. Véase una carta de A. Patricio de Anderlecht, en *Padre Amaro*, Londres, 1821, vol. IV, 343), el gasto total en extracción habría ascendido a 6.185 contos, obteniendo 48.547 oitavas de diamantes. La minería era, como es sabido, un monopolio real y, en nombre del tesoro nacional, los diamantes se enviaban a Ámsterdam para su corte y venta. De 1802 a 1819 se destinaron al servicio del préstamo obtenido en Ámsterdam, y la Compañía Hope era la consignataria. Durante este período, la misma casa recibió 348.926 quilates, lo que supuso un total neto de 8.810.479 florines. Sin embargo, esta suma no representa la producción total; es necesario añadir el valor de los diamantes más grandes y caros, conservados en el Tesoro, y todos los que circulan en manos de particulares en el Reino Unido.

nacional una suma imprevista de ingresos⁷⁴, con los que el rey Juan V pudo satisfacer su ostentación frailuna, y el marqués de Pombal pudo reconstruir no solo Lisboa, sino todo el reino.⁷⁵

El espíritu aventurero de los paulistas fue el alma primordial de la nación brasileña; y São Paulo, ese foco de leyendas y maravillosas tradiciones, el corazón del país. De allí surgió el movimiento para ocupar el interior del *sertão*; desde allí la colonización se expandió hacia el sur, hasta Paraguay, hasta el Río de la Plata⁷⁶. Los nuevos recursos que las minas aportaron al imaginario popular, crearon un segundo ciclo de leyendas maravillosas, y los torrentes de riqueza que la extracción del oro vertió sobre la población, coincidieron en afirmar una autonomía que la creciente inmigración aseguró, en lugar de obstaculizarla, porque los recién llegados de Portugal se fusionaron, se nacionalizaron y se asimilaron, como lo demuestran los numerosos asentamientos cuyos nombres son nacionales, no portugueses⁷⁷. La administración colonial consagró este rápido proceso de constitución creando gobiernos o provincias en aquellos territorios que antes estaban imperfectamente sujetos a la autoridad central⁷⁸.

Pero, por otro lado, el descubrimiento y la explotación de las minas continuaron, de forma aún más pronunciada, las consecuencias de la primitiva división de Brasil en capitanías y la posterior explotación anárquica, es decir, consagró un tipo de colonización dispersa. El minero, en cuanto descubría el metal precioso, establecía campamentos: ¿era el valle de un río o un barranco inaccesible? Poco importaba, porque no había dificultad para transportar el oro y porque el producto de la minería compensaba con creces el sobreprecio de los objetos necesarios para su comodidad. Así, en el futuro, cuando las arenas fluviales se agotaran de diamantes y las capas de grava se limpiaran de oro; cuando estos asentamientos, nacidos en un frenesí de explotación, tuvieran que reincorporarse a la vida laboral y agrícola; cuando los productos de las cosechas requirieran un transporte fácil y barato, surgirían graves problemas que determinaron la decadencia de muchas ciudades, la desaparición de algunas y una crisis en la economía de una región antaño opulenta.

Esto es lo que realmente ocurrió en el último cuarto del siglo XVIII. Incluso en los primeros años de esta época⁷⁹, la provincia de Minas Gerais presentaba un aspecto ruinoso: sus habitantes

74 Eschwege estima el producto total del Quinto en 64.800 contos. Afirma que producía cinco millones de cruzados anuales, y algunos incluso afirman que el doble. En 1809, Minas produjo 150 arrobas de oro para el Quinto; y en 1820, los ingresos totales fueron de tan solo 600.000 cruzados, equivalentes a 440 kilogramos.

75 Véase *Hist. de Port.*, VI, 5, e *Hist. da republ. Romana*, I, pp. 361-365.

76 En Piauí, Domingos Affonso, de Mafra, se encuentra con la expedición del paulista Jorge (1671), con la que somete a los indígenas. El primero establece haciendas en el interior de la provincia; el segundo regresa a São Paulo con esclavos. Al sur, se dirigen a Santa Catarina, donde fundan Lages (1650). Van de Laguna a la colonia Sacramento, cruzando todo el Río Grande (1715). Tierra adentro, exploran Goiás, cazando indígenas (1647) y luego en busca de oro (1682); descienden por todo el curso del río Tocantins hasta Pará (1773). Invaden y exploran Mato Grosso; navegan por el río Guaporé (1742). Son los exploradores de todo el Brasil.

77 S. Paulo. Guaratinguetá (1651); Jacarehy (1652); Itu (1653); Iguape, Jundiahy (1655); Sorocaba (1670); Itapevá, Mogy-Mirim, Alibaya (1769); Apiahy, Itaperananga (1670). Minas. Ouro-preto (Villa-rica), Sabará, Marianna (1711); Caete, Príncipe (1714); S. João d'Elrey (1712); Pendamonhangaba (1713); Pytanguy (1715); S. José, Paranaguá (1718); V. nova do Infante (1719); S. Domingos, Agua-suja (1728); Bom-successo (1730). Goyaz. Santa Cruz (1729); Meia-ponte (1731); Agua-quente, Villa-Boa (1739). Matto-grosso. Real-de-minas (1732); Villa-Bella (1752). Rio de Janeiro. S. José d'Elrey (1773).

78 1709 Creación de la provincia de São Paulo, con parte de las capitanías de Santo Amaro y São Vicente, territorios que antes dependían de Río de Janeiro.

1720 Minas Gerais, separada de la provincia de São Paulo.

1736 Goiás, constituida como distrito provincial de São Paulo; 1749, separados.

1738 Santa Catarina, separada de São Paulo.

1751 Mato Grosso, establecido como gobierno independiente de Río de Janeiro.

1760 Rio Grande do Sul, separado de Santa Catarina.

79 1808. Viaje de Mawe.

indeciso entre la explotación de yacimientos cada vez menos productivos y la de una agricultura prometedora; y las aldeas, aisladas por leguas y leguas de distancia, ocultas en difíciles desvíos de montañas agrestes, languidecían. Era una triste decadencia y una desolación general. Los vecinos de la otrora opulenta Villa Rica contemplaban las ruinas de su antigua prosperidad. Los mendigos vivían en palacios derruidos. La apatía, la indolencia del temperamento sureño, aparecía ahora, tras el delirio de la exploración minera y tras dos siglos de incesantes incursiones por las tierras vírgenes. Se veían los campos abandonados, las miserables casas sin techo cayéndose a pedazos; los jardines y cercados estaban infestados de plantas parásitas; los pastos perdidos y el ganado abandonado menguaban. La agricultura, olvidada por el oro, parecía ahora una ocupación demasiado modesta: ya no inspiraba la imaginación con los deslumbrantes milagros de las riquezas ocultas en el corazón de las escarpadas laderas. El café crecía espontáneamente, y los agricultores, tristemente apáticos, ni siquiera lo cosechaban.

Oscilando entre la vana esperanza del regreso de las maravillas mineras y la inevitabilidad de la vuelta a la vida agrícola, el terrateniente indeciso y débil arrastraba una existencia casi miserable. La explotación minera a menudo absorbía el producto neto de las cosechas; Y mientras esto sucedía, su pasión le hacía despreciar a estas últimas y amar a la primera. Cincuenta o sesenta esclavos formaban el personal de una granja minera de tamaño mediano. La casa era una choza miserable, con paredes de barro, sin ventanas, erosionada por el tiempo y mal protegida de la lluvia. El suelo era húmedo, de tierra negra, sin tejas ni piso superior, saturado de suciedad y endurecido por el paso de los habitantes que vivían en repugnante promiscuidad, hombres y sus familias. Como camas, tenían esteras de paja dura para los amos, un cuero o una estera en el suelo para los sirvientes. Los niños retozaban semidesnudos, harapientos y descalzos, las mujeres raquíticas y pobremente vestidas; y el jefe de la casa, envuelto indolentemente en su capa, con sus zuecos en los pies, observaba el trabajo de los negros, lavando la grava con la falsa esperanza siempre presente de descubrir un abundante depósito de oro.

Mientras tanto, acumulaba deudas; compraba a crédito y a precios elevados, vegetando en una apatía hecha de ilusiones, y con ella, la maleza crecía en las tierras ya cultivadas y la ignorancia se extendía entre los niños que envejecían. Verse dueño de esclavos le infundía orgullo, la esperanza de una posible riqueza le infundía confianza, y el recuerdo de opulencias pasadas, de las que quedaba la jofaina de plata donde el huésped ocasional se lavaba las manos, lo llenaba de una satisfacción casi aristocrática.

El lado infeliz del genio peninsular, la apatía, la íntima vanidad personal, la autosatisfacción, se manifestaban ahora como transformaciones naturales de las cualidades positivas y fructíferas: el coraje y la nobleza⁸⁰. Brasil comenzaba a entrar en un período de crisis que duró un cuarto de siglo. Se necesitaron más de veinte años para que decidiera abandonar la explotación minera y dedicarse a la agricultura. Durante este período de profunda transformación económica, se produjo el acontecimiento político de la separación de Portugal.

VIII. Constitución geográfica de la nación

Unas circunstancias determinadas, ajenas al desarrollo interno de Brasil o totalmente fortuitas, condujeron a este hecho, hasta cierto punto secundario en importancia social. Independiente o no políticamente, lo cierto es que Brasil ya era, social y económicamente, una nación cuando la revolución separatista dio forma exclusiva al hecho previo de la alteración de las relaciones entre la metrópoli y su hermosa y gran colonia. Un Brasil como el de principios del siglo actual no podía seguir viviendo encadenado a un sistema de dependencia y protección, no solo innecesario, sino

80 Véase *Hist. da civil, ibérica* (3.ª ed.) pp. 282-286.

doblemente perjudicial, por anacrónico y por estúpidamente inepto, como debieron ser las ideas de los deplorables gobiernos que sucedieron al del marqués de Pombal en la metrópoli⁸¹.

El desarrollo de la riqueza de la región centro-sur en el siglo XVIII había proporcionado un progreso rápido y casi milagroso a la ciudad de Río de Janeiro. A pesar de ser devastada entre 1710 y 1711 por las expediciones de Duclerc y Duguay-Trouin, la capital de Brasil había crecido tanto que en 1763 la sede del gobierno central se trasladó de Bahía a ella, junto con la residencia de los virreyes.

Esta decisión no fue solo una satisfacción dada la importancia de la ahora verdadera capital, sino también la consecuencia de una causa geográfica. No solo las minas situaron el centro de la importancia económica del país en esa región; además, el hecho de que la colonización y la exploración se hubieran extendido al corazón del continente, hasta las laderas orientales de los Andes y al sur hasta el Río de la Plata, hizo que Bahía fuera geográficamente excéntrica, dando luz verde a Río de Janeiro, aún preferible como puerto.

Así, factores étnicos, económicos y geográficos, en completa armonía, contribuyeron a definir a Brasil a finales del siglo XVIII, dotándolo de la estructura de una nación y de los elementos para el establecimiento permanente, fijo y progresivo de una civilización neoportuguesa en el continente sudamericano, junto a la civilización neocastellana. El dualismo histórico de Europa se reprodujo en el extranjero; y Sudamérica, conquistada para la Península Hispánica, mostró una civilización latina junto a la civilización sajona del continente norte del Nuevo Mundo. Representantes eminentes del genio latino en la época moderna, creamos en América un grupo de naciones que representan y dan testimonio de nuestra espléndida, aunque breve, acción en la historia.

En efecto, la nación estaba geográficamente formada a finales del siglo XVIII. Limitada al norte por el río Oyapock, dueño de la vasta cuenca amazónica, los motivos específicos, las causas internas del desarrollo nacional, que hemos estudiado, determinaron la delimitación de las fronteras meridionales. Desde 1680, los gobiernos se habían ocupado de la exploración y colonización de Santa Catarina y Río Grande, regiones donde las misiones jesuitas precedieron a la ocupación civil, extendiéndose entre los indígenas hasta los territorios bañados por los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, es decir, hasta el corazón de la gran cuenca hidrográfica del sur de América.

Los antiguos y siempre presentes problemas entre los misioneros y los colonos, hasta la expulsión definitiva de los jesuitas, dieron lugar en 1710 al conflicto de São Paulo. Los jesuitas, casi los únicos representantes de los lazos políticos que unían esa parte de Brasil con el gobierno de Bahía, fueron expulsados violentamente de São Paulo, perdiendo el primer bastión de sus misiones brasileñas. Los paulistas, en rebelión, intentaron confiscar las misiones para su propio beneficio.

Adoptaron un cristianismo fetichista para el uso de los indígenas asentados, igual o similar al de los jesuitas. Crearon un nuevo sacerdocio, y con los mismos instrumentos que usaban los padres para someter al indio, hicieron de éste el instrumento de la persecución de los sacerdotes, aventurándose tierra adentro, armados, hasta Paraguay, donde quemaron sus pueblos y destruyeron las misiones.

La cuestión de esta colonización teocrática, por lo tanto, se planteó en el sur con mayor gravedad que en Bahía y Maranhão. En las colonias del norte, las misiones se habían desarrollado en paralelo con la población europea: existía un equilibrio de fuerzas, y el poder político nunca pasó del gobierno a la población. En el sur, donde no existía un gobierno real, el dominio de la corona era solo nominal, pues el poder efectivo, religioso y político, residía exclusivamente en los jesuitas. En Uruguay, contaban con más de 30 aldeas con cien mil indígenas, siervos sumisos que trabajaban en los almacenes y fábricas de la sociedad; al mismo tiempo, expertos en la guerra, los sacerdotes

81 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) II, pp. 211 ss.

aguardaban con determinación el ataque hispano-portugués, desde que en 1753 la ocupación efectiva de la región del Plata y la expulsión de los jesuitas se resolvieron entre ambas cortes⁸².

Esta campaña contra los indios dirigidos por los jesuitas, es un episodio en la historia de las fronteras meridionales del Brasil, una feroz disputa entre Portugal y España por la posesión de la margen izquierda del Río de la Plata. Prolongada hasta nuestros días, la cuestión de la colonia de Sacramento se resolvió finalmente, por un lado, mediante la creación de un pequeño estado neutral, una especie de Bélgica sudamericana interpuesta entre Brasil y la Confederación Argentina⁸³; y por otro, mediante el éxito de la reciente guerra contra Paraguay. La ineptitud y debilidad de la política de la metrópoli condujo a estas consecuencias, al no lograr recuperar ni ocupar con energía toda la margen izquierda del Río de la Plata-Paraná-Paraguay, que son las fronteras naturales de Brasil al sur y al este, en su mitad meridional. Más tarde, en medio de la agitación producida por el entusiasmo separatista, Brasil, reducido a los recursos limitados de una nación pequeña en fuerza, lidiando con la crisis política de su constitución, intentó en vano durante años remediar el error de la administración portuguesa; hasta que tuvo que abandonar, derrotado, la cuestión de rectificar las fronteras naturales del sur.

Menos afortunado en el sur que en el norte, donde los límites fijados por el Tratado de Utrech pudieron prevalecer, Brasil, sin embargo, presentó a finales del siglo XVIII los elementos constitucionales de una nación; y las ideas de autonomía y libertad comenzaron a madurar como los frutos naturales de un árbol que había alcanzado su período de fertilidad. Desde el centro o corazón del país surgió un grito de independencia, pronto ahogado en sangre; los caprichos de la política europea arrojaron a D. Juan VI y los restos podridos de la nación portuguesa a América⁸⁴; y pronto la proclamación de la independencia en las colonias españolas resonó a lo largo de la costa del Pacífico. Todo conspiraba para definir una autonomía que ya era efectiva, ya real de hecho. Dado que Portugal en Europa vivía a expensas de un Brasil que no era indio sino europeo, era necesario que las condiciones políticas se invirtieran, traduciendo de hecho la realidad: Portugal era la colonia, Brasil la metrópoli. Esto es lo que el traslado de los *penates* de Braganza a América vino a demostrar. Casualmente, desde el punto de vista del sistema histórico brasileño, el caso de la huida de D. João VI a Brasil tuvo el mérito de destacar y sancionar políticamente la existencia de un orden social previo: Brasil ya era una nación, y no fue D. João VI quien le trajo la carta de la independencia.

Sin embargo, no nos precipitemos en el discurso. La germinación, el crecimiento y la afirmación de las ideas separatistas en Brasil, como expresión del momento en que se había

82 Véase *Hist. da civil, ibérica* (3.^a ed.) pp. 289 ss.; e *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) II, pp. 146-149.

83 Aquí está la cronología de la colonia de Sacramento:

1679—Fundación de la colonia por los portugueses; es ocupada por los españoles desde Buenos Aires.

1683—Devuelta a Portugal.

1705—Retomada por el gobierno de Buenos Aires.

1715—Devuelta a Portugal por el Tratado de Utrech.

1735—Intento frustrado del gobierno de Buenos Aires de tomar la colonia.

1750—Por el Tratado de Madrid, Portugal la cede a España: las dos orillas del Río de la Plata son legítimamente españolas. En compensación, Portugal recibe las Misiones Jesuitas.

1761—Anulación del tratado de 1750.

1762—Estallido de hostilidades; los españoles toman Sacramento e invaden Río Grande.

1767-76—Los portugueses recuperan lo perdido. 1777—Los españoles toman y se establecen en la isla de Santa Catalina.—Paz de Santo Ildefonso; restitución de Santa Catalina, a cambio de Sacramento, las Misiones de Uruguay y una parte de Río Grande.

1801—Reconquista de las Misiones por los portugueses.

1812-16—Conquista de Montevideo por los portugueses.

1821—Anexión a Brasil bajo el nombre de Provincia Cisplatina.

1825—Incorporación de la Banda Oriental a la Confederación Platina; sitio de Montevideo.

1828—Fin de la guerra entre Buenos Aires y Brasil. Uruguay se convierte en una república independiente.

84 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) II, pp. 234-40.

alcanzado la constitución orgánica del país, serán objeto de un nuevo estudio. La historia del Brasil colonial termina aquí. La obra de la nación portuguesa ha terminado; y, a pesar de todo, esta obra fue lo mejor que dejó a la historia, una de las mejores que emprendieron las sociedades europeas. El genio audaz e inquisitivo de los portugueses enseñó a Europa a navegar y colonizar. No pudo enseñar, ni siquiera aprender, a dominar y gobernar: por lo tanto, la ocupación de la India fue una desgracia, y aún mayor fue el gobierno político de la metrópoli. De las dos naciones a las que la historia de ultramar más debe, Inglaterra y Portugal, la primera, repitiendo a Roma, sabe gobernar; nosotros sabíamos, como los griegos y los fenicios, navegar por los mares y las tierras del interior, explorar las profundidades de los bancos de arena, las entradas de los ríos, las rutas verdaderas, los flujos del mar, los manantiales de los puertos, las curvas de las montañas, la espesura de los bosques: supimos, antes que nadie, sentar las bases de nuevas ciudades, establecer los elementos de nuevas Europas.

Esta segunda mitad de nuestro genio la demostró Brasil; la primera la demostró, antes que América, África, explorada y visitada en todas sus islas perdidas, en todas sus costas desconocidas. ¿Y por qué no creamos una nueva Europa en África, como la de América?

Esa respuesta se dará con detalle a su debido tiempo. Baste decir ahora que las colonias africanas eran sucursales de Brasil, a las que se dirigía toda la atención; que eran simplemente el mercado de mano de obra esclava, para nosotros y para todas las naciones que, como nosotros, habían cubierto de *fazendas* la América.

IX. Las colonias africanas

Mozambique, ya separado del sistema colonial de Oriente por la pérdida de Zanzíbar, que se encontraba más distante y, por lo tanto, menos rentable para el comercio de esclavos con la América portuguesa; Mozambique, donde las misiones, abandonadas en Angola, se habían aventurado hacia el interior, fue objeto de infructuosos intentos de colonización. Sin duda, existía un plan para convertir África Oriental en un segundo Brasil.

El monopolio del comercio, otorgado, como en muchas partes de la India, a los gobernadores de las colonias, terminó para el principal asentamiento de África Oriental en 1671; y cuatro años después, este acuerdo se extendió a Sena y Tete. El comercio se abrió a todos los nacionales. En 1677 tuvo lugar una expedición de colonos del reino, y diez años después, los banianos fueron introducidos en la provincia con el privilegio del comercio marítimo con las posesiones fronterizas de la costa malabar.

A mediados del siglo XVIII, el gobierno de la colonia se separó definitivamente del de la India portuguesa; pero este hecho, en lugar de reflejar la creciente importancia de la primera, sólo reflejó el lamentable declive de nuestro imperio oriental. De hecho, si bien durante el siglo XVII los intentos de colonización no prosperaron, al igual que antes no lo habían hecho las esperanzas de descubrir el Ofir, lo cierto es que Mozambique prosperó como colonia o puesto comercial; y que, reemplazando a los árabes, nuestros comerciantes también se aventuraron al interior, recorriendo todo el Alto Zambeze, intercambiando mercancías de Europa y Asia por marfil, oro y esclavos, como ya lo habían hecho en la costa de Guinea. Los comerciantes partían de Sena y Tete hacia el interior, a Luanze, Booito, Chipiriviri, Dambarare, Ongoe, Massipa, Manica y Zumbo. Comerciabán, intercambiaban y *rescataban* en estos puntos, donde los cafres acudían periódicamente a venderles productos del interior; y las ferias tendieron a convertirse en puntos de colonización, pequeñas aldeas semieuropeas, como Zumbo.

Sin embargo, la absorbente prosperidad de Brasil, junto con la corrupción y la ineptitud administrativa, frenaron este nuevo intento de explotación mediante las ferias.

A finales del siglo XVIII, todo estaba perdido, como ha permanecido hasta nuestros días; y el recuerdo de los comerciantes portugueses estaba tan olvidado que los nativos le hicieron creer a Livingstone que era el primer europeo en pisar las tierras del Zambeze y las laderas del lago Nyassa.

La historia de Mozambique durante el siglo XVIII es una triste sucesión de increíbles miserias. Los gobernadores son traficantes de esclavos, ladrones; y bajo el nombre de Juntas, los funcionarios crean instituciones de empobrecimiento, de paralización de la colonia. Los misioneros ya no valen nada: son sacerdotes expulsados de Goa. Los cafres se rebelan, nos golpean, nos expulsan. Todas las ferias se disuelven unas tras otras, y la exploración portuguesa se retira a Sena y Tete, miserables aldeas en ruinas.⁸⁵

Sin embargo, afortunadamente, la historia de África Occidental fue diferente. Cabo Verde, enfeudado en 1756 a la Compañía de Grão-Pará y Maranhão, pasó en 1780 a manos de la Compañía de la «Exclusiva del Comercio de la Costa de África», en cuyo poder se mantuvo el comercio marítimo del archipiélago y la Guinea Portuguesa hasta finales de siglo. Bajo la protección de estos poderosos cuasi estados comerciantes, las islas prosperaron en población y producción. Varios cultivos se habían aclimatado y se habían introducido diversas exploraciones: índigo (1701), orchil (1730), sen (1783), café (1790), azúcar, hinojo y sal.

São Thomé, tras las terribles tragedias de las que fue víctima, no pudo recuperar la opulencia perdida. Restaurada al dominio portugués, languideció hasta que, en 1721, el gobierno la abrió al comercio internacional: era la posada del Golfo de Guinea, donde todos los barcos negreros acudían a refrescarse. Vivía del dinero que las tripulaciones dejaban allí, una vida de endeudamiento, oscura y sin futuro.

Angola, sin embargo, tan preciosa como Brasil, Angola, la mina de esclavos, sin la cual ni las plantaciones ni las minas de oro de la América portuguesa habrían producido, prosperó. ¿Cómo? ¿Se trató de una ocupación sistemática del territorio, una colonización europea o un vasallaje de las tribus indígenas, asentadas en la tierra, adictas a la agricultura por una potencia fuerte y protectora? No; no fue nada tan prometedor ni fructífero: fue la explotación de un comercio precario ya a finales de siglo, desde que comenzaron a oírse las protestas contra la trata de esclavos negros. Tal fue el origen exclusivo de la prosperidad de Angola, la razón de las copiosas rentas de sus aduanas, de la opulencia de Luanda y de las numerosas guarniciones que, extendiéndose hacia el interior, llevaron la ocupación portuguesa lejos de la costa.⁸⁶

Activamente ocupada en asegurar su dominio contra tribus hostiles, la administración de la colonia presenció el incesante renacimiento de la guerra fomentada por la caza de negros; pero se puede decir que este estado llegó a su fin en el siglo XVII: en el siglo siguiente, el férreo dominio de los esclavistas portugueses comenzó a sufrir ataques marítimos franceses, y Luanda corrió la misma suerte que Río de Janeiro. La administración del Marqués de Pombal tenía la idea de emancipar a la colonia de la condición exclusiva de mercado de esclavos; sin embargo, no era la intención del estadista abolir la inmigración forzada, tanto más indispensable para Brasil, ya que,

85 El declive del dominio portugués también pudo haber alcanzado su punto álgido con la destrucción de Lourenço Marques por los cafres (1833), si la historia posterior de Bonga no constituye un documento más serio. El hecho es que el estado actual de la colonia, que estudiaremos a su debido tiempo, se debe a las reformas de 1853. Fue entonces cuando finalmente se abolieron los privilegios de las Juntas, se crearon las aduanas de Ibo, Quilimane, Inhambane y Lourenço Marques, y los puertos se abrieron al comercio con todas las naciones. De esto resultó (de forma más o menos generalizada en toda el África portuguesa, como veremos) la reactivación del comercio, pero no con nosotros, ya que no tenemos nada que enviar a África. El comercio marítimo de Mozambique pasó a ser exclusivamente francés.

86 A finales del siglo XVIII, la ocupación de Angola constaba de nueve presidios (Ambaca, Cambambe, Muxima, Caconda, Pungo-Andongo, Encoge, Novo-Redondo, Massangano y Benguellal); y tres distritos (Bengo, barra y alto; Calumba; y Golungo, alto y bajo).

con la expulsión de los jesuitas de allí y de todos los dominios de la corona, ya no podía contar con el trabajo servil de los indígenas.

El gobierno de Souza Coutinho en Angola (1764-72) demuestra, sin embargo, la intención de fundar una verdadera colonia en África Occidental: las principales construcciones de las ciudades marítimas datan de este período, y el intento de crear una industria metalúrgica con las fundiciones de Nova-Oeiras data de entonces. Generalmente efímeros, los planes del Marqués de Pombal⁸⁷ fueron, en el caso particular del desarrollo de Angola, fútiles porque, además de las causas generales que estudiaremos a su debido tiempo, existía en aquel momento una razón que, por fuerza mayor, impedía cualquier desarrollo agrícola o industrial: ¡la trata de esclavos rendía más que cualquier otro negocio!

87 Véase *Hist. de Portugal* (4.^a ed.) II, pp. 204-209.

LIBRO TERCERO

EL IMPERIO DEL BRASIL

I. Historia de la Independencia

Libertas quæ sera, tamen.

Las minas comenzaban a agotarse a finales del siglo XVIII, y el espíritu de la población de São Paulo ardía con el fuego del entusiasmo liberal que Francia, con sus filósofos, extendía como lava por el mundo. Minas debía siete años del servicio de cien arrobas anuales, en que se había transformado el Quinto Real; y los yacimientos, casi improductivos, no alcanzaban para pagar el sustento de los mineros, en la ruina, y que no podían enviar 700 arrobas de oro a Portugal, ¡esa metrópoli madrastra, a la que no saciaba nada, ni los impuestos ni los monopolios, entre los que el de la sal resultaba vejatorio.

El mismo año en que estalló la revolución en Francia, la revolución estaba a punto de estallar en Minas (1789). Brasil se proclamaría república independiente, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica. Xavier, o *Tiradentes*, Maciel-do-Río y Freire-de-Andrade fueron los jefes de la conspiración, que se frustró. Pagaron su audacia en la horca, pero con su muerte lograron aliviar el sufrimiento de la población y definir el pensamiento nacional, elaborado con madurez en el siglo anterior. El gobierno reprimió y sofocó brutalmente la sedición; pero renunció a las 700 arrobas de oro, y abolió el monopolio de la sal.

Tal fue el primer acto de la historia de la independencia de Brasil, a la que luego el fortuito caso de la inmigración de la clase mandataria portuguesa, con los monarcas a la cabeza, precipitó de forma notable y dirigió de una manera exclusiva en América. A este acontecimiento debe atribuirse principalmente la circunstancia de la creación de una nación monárquica dentro de todo el nuevo mundo republicano.

Al desembarcar en Río de Janeiro, D. Juan VI y sus *mandarines* sintieron ansia por actuar con diligencia, lo que los ingleses, que *compartían* el trono con el rey, fomentaron en su provecho. Sin embargo, esta oleada de actividad acabó por liberar para siempre a Brasil de la metrópoli. A partir de entonces (1808), los puertos se abrieron al comercio con todas las naciones amigas, se liberó el ejercicio de cualquier industria, se crearon tribunales supremos, se abolió la apelación a Portugal, se fundaron una imprenta, un banco y unas escuelas superiores, y el interior se abrió para que fuera explorado por todo el mundo.

Los ingleses inundaron Brasil con sus mercancías, expulsando las nacionales; y para *proteger* a los Braganza en América, contaban con dos servidores sumisos en el gobierno, Linhares y Galveas, dispuestos a cederles todo. Se firmaron los tratados de 1810⁸⁸, que dejaron clara y evidente la política en favor de los intereses insulares, indirectamente favorecida por los acontecimientos de 1808. En las aduanas de Brasil había productos manufacturados ingleses para el consumo durante diez años, y era necesario salvar a los especuladores imprudentes de la ruina inminente. En 1815, en el Congreso de Viena, Inglaterra, aún insatisfecha, reclamó para sí, además de Madeira, la isla de

88 Véase *Hist. de Port.* II, pp. 248-249.

Santa Catarina en Brasil y una base naval en la costa; pero como Linhares y Galveas ya habían fallecido, los ingleses no consiguieron lo que deseaban.

Para entonces, el entusiasmo nacido con la llegada de la clase gobernante portuguesa se estaba disipando en América. Inicialmente, cuando el rey Juan VI desembarcó con sus doscientos millones de cruzados, con más de quince mil sirvientes adornados con cintas y cruces, consejeros, jueces, marqueses, condes y comandantes, monseñores y canónigos, y la reina María I, loca, los brasileños, en su natural asombro ante la ostentación de la corte, se embriagaron, creyéndose promocionados a las grandes alturas.

Poco a poco, sin embargo, comprendieron el verdadero valor de estos esplendores de la metrópoli. Los mandarines que habían exprimido Portugal sólo supieron devorar también al Brasil. Al principio, parecía que la capital portuguesa se había trasladado al extranjero, y con ella todas las virtudes y cualidades, verdaderas o supuestas, de los portugueses en Europa; y ahora era evidente que tanto portugueses como brasileños eran víctimas de una familia de roedores dorados y engalanados. La plaga de langostas que lo había devorado todo en Portugal desde el siglo XVII aterrizaba ahora en Brasil para hacer lo mismo más a fondo. Los brasileños, con la sólida y natural educación del trabajo, comenzaron a comprender que esta clase mandarina portuguesa no podía representarlos ni dirigirlos; y que no había nada en común entre ellos y la corte, compuesta por «un príncipe débil y grosero, que gobernaba en nombre de su madre loca; una princesa intrigante, pródiga y rebelde, de la que vivía separado por sus constantes infidelidades; y un joven temerario y ambicioso.»⁸⁹ El desorden, la inmoralidad, la bajeza, la disipación de la corte; la venalidad de los mandarines, la sumisión a los ingleses y, finalmente, la empresa del Uruguay (1817), provocaron la renovación de la vieja protesta, ante la que para sofocarla había sido preciso declarar a Brasil reino (1815), *unido* a Portugal, el cual quedaba en condición de un señorío de Braganza en Europa.

En realidad, Brasil había sido independiente de Portugal desde 1808; las protestas ahora no se dirigían contra el espectro del ya histórico estado colonial: se dirigían contra el control, contra el dominio mandarín de los portugueses que habían ido a América para continuar su *vida* europea. Era de estos, y no del desdichado Portugal —aún más oprimido, más miserable y más miserable bajo el gobierno del procónsul Beresford—, de los que los brasileños querían independizarse. Expulsar a los huéspedes indeseables que habían invadido la casa y la habían gobernado como si fuera suya: ese es el significado de las revoluciones fallidas de 1817 en Bahía y en Pernambuco.

¿Por qué São Paulo y Minas no atendieron el clamor independentista del norte? La revolución se gestaba lenta pero firmemente en el centro, y maduró en un momento en que los vaivenes de la política metropolitana concurría para precipitar la separación formal de Brasil. Mediante un método más político que violento, más hábil sin dejar de ser audaz, José Bonifacio, líder del partido independentista en el centro de Brasil, explotando la ambición de Don Pedro y la temeraria nobleza de su carácter, logró lo que los republicanos de Bahía y Pernambuco no habían logrado: expulsar a Don João VI de América, es decir, las influencias exóticas y anacrónicas de la corte de Braganza, que buscaba injertarse en el árbol maduro de la nación brasileña; expulsar a Don João VI, sordo a las peticiones con las que Portugal, restaurado en 1820⁹⁰, exigía su regreso a la patria.

¿Quién era José Bonifacio de Andrade?

Era la prueba definitiva de la constitución orgánica del Brasil del siglo XVIII y de su fecundidad intelectual, que progresó en el inicio de nuestra época. La mayoría de los eruditos y escritores portugueses de esa época eran brasileños. Entre los brasileños se encontraban Antonio José, el *judío*, quemado en la hoguera por el rey Juan V⁹¹; Basílio da Gama, el autor de *Uruguay*; Durao; Gonzaga, el poeta de *Marilia*; Costa, Alvarenga, ex imputados en la conspiración de 1789.

89 Gervinus.

90 *Hist. de Port.* (4.^a ed.) II, pp. 251-262.

91 *Ibid.*, p. 170.

También fueron brasileños los poetas Pereira Caldas y Moraes e Silva; Hypolito Costa, el patriarca del periodismo; Azevedo Coutinho, el primer economista portugués; el geómetra Villela Barbosa; el estadista Nogueira da Gama; el químico Coelho de Seabra; Conceição Yelloso, autora de *Flora Fluminense*; y Araújo Camará, compañero de viaje de José Bonifacio, aquel ilustre jefe de los fundadores de la independencia nacional de Brasil.

José Bonifacio nació en Santos en 1765. A los quince años llegó a Lisboa y a los veinticinco partió hacia Europa Central para estudiar, bajo la protección del duque de Lafões. La revolución azotaba entonces Francia, y el joven brasileño no sólo aprendió ciencias naturales en Europa: aprendió cómo las sociedades se rebelan, cómo triunfan, cuando tienen un propósito firme, verdadera fuerza y líderes audaces. José Bonifacio acaso por entonces escogió para sí el papel de fundador del Brasil.

Durante ocho años viajó por el extranjero, asistiendo a los cursos más prestigiosos, labrándose un nombre en la ciencia contemporánea europea. En Francia asistió a las conferencias de Chaptal, Fourcroy, Joussieu y Hauy, el mineralogista, cuya compañía abandonó para ir a Alemania a estudiar con Werner, el geólogo de Freyberg, Lempe, Koehler, Koltzsch, Freieshen y Lampadius. Tras visitar las minas de Alemania, continuó hacia las de Tirol, Estiria y Carintia, y de paso por Italia, asistió a las conferencias de Volta en Pavía. Volvió de nuevo al norte, donde estudió con Bergmann en Uppsala y con Abilgaard en Copenhague. En sus viajes y estudios adquirió un conocimiento considerable y se labró una reputación europea. Hizo descubrimiento mineralógicos (la *petalita*, la *espodumena*, la *criolita*, la *escapolita*, etc.) y él, Humboldt, von Buch, Esmark y del Río fueron considerados los maestros de esta ciencia.

Finalmente regresó a Portugal y fue nombrado magistrado: se le puso a cargo de todo. Dirigiría los bosques y minas nacionales, las obras del río Mondego, el establecimiento metalúrgico de Figueiró y, al mismo tiempo, enseñaría docimasia en Lisboa y mineralogía en Coímbra. Su dedicación y actividad se pusieron a disposición de la nación; pero Portugal, en aquel momento, era una sociedad demasiado miserable como para recibir dirección científica. Los magistrados ocupaban los cargos, y los ejercían sumergidos en la ineptitud y en el letargo; y Andrade, falto de medios, protestaba y se quejaba en vano. En Coímbra no había colección mineralógica; ¡era imposible impartir clases! ¡Los estudiantes, además, no pasaban de tres! Tras la guerra con los franceses, en la que Andrade había luchado, Portugal se vio entregado a esa regencia anónima, un mero instrumento de Beresford. La miseria y la ineptitud, la vileza y la corrupción de una tierra de la que era vasallo, lo llevaron a regresar a Brasil (1819); y no es atrevido afirmar que en su mente ya llevaba firme y definitivamente el plan de la emancipación. Sólo faltaba que los acontecimientos indicaran la forma en que se llevaría a cabo su idea.

El mérito personal y la eminente preponderancia que estos hechos otorgaron a José Bonifácio en la historia de la separación brasileña, combinados con todas las causas anteriores, imprimieron a la nueva nación su propia fisonomía entre las naciones sudamericanas. Hombre de ciencia, observador presencial de los peores excesos de la Revolución Francesa, de edad madura y sólida experiencia en el mundo, José Bonifácio no era un Bolívar; y la revolución brasileña tomó un rumbo distinto al que habría tenido si hubiera procedido bajo las órdenes de algún genuino representante del viejo espíritu paulista. Estadista más que militar, más hábil que audaz, más fuerte que ambicioso, el líder brasileño vio en la ambición incansable de Don Pedro, seducido por la gloria de Bolívar, un magnífico instrumento para llevar a cabo la empresa de la independencia nacional, evitando a la patria las sangrientas crisis en las que la espada de los condotieros sumió a las antiguas colonias españolas.

* * *

Mientras tanto, la revolución de 1820 había estallado en Portugal, y todo Brasil, al otro lado del Atlántico, aclamaba este movimiento en el que todos veían, de forma más o menos definitiva, un nuevo paso en el camino hacia la independencia. Desde el principio, las facciones estaban

claramente definidas, y el regreso de Don Juan VI a Portugal, exigido por las Cortes, fue la piedra de toque de la ruptura.

Entonces comienza la intervención personal del príncipe Don Pedro en esta confusa historia, en la que la desmoralización de la corte, la indecisión y la debilidad de Don Juan VI tienen un papel tan importante como los actos del príncipe, quien fue para algunos un traidor a la patria portuguesa, para otros su fiel defensor; para algunos el Bolívar brasileño, para otros el mayor enemigo de la independencia. ¿Vale la pena detenerse en discernir adecuadamente el valor de las acciones de Don Pedro? Nos parece que no. Fue un instrumento, más que un agente. Las circunstancias lo gobernaron más que los elementos sociales que se le impusieron. La misma forma en que se le juzga, en absoluta oposición, demuestra la verdad de esta opinión. La independencia de Brasil fue un hecho necesario, una consecuencia de la historia anterior, y no el acto voluntario de un hombre. Este hecho es lo importante; la intervención casi pasiva del príncipe es secundaria. La ambición que lo impulsaba no tenía a su servicio una inteligencia brillante o culta; era simplemente un instinto ciego por la gloria ostentosa y una inquieta seguridad en sí mismo, un amor por la intriga, una pasión por el poder, que el genio de su madre había inculcado en las mentes de ambos hijos. A uno lo vació en moldes reaccionarios, el otro en moldes liberales. Eran, sin embargo, reflejos vivos el uno del otro: los mismos rasgos, los mismos caracteres, los mismos impulsos, la misma turbulencia, el mismo coraje personal, la misma inteligencia limitada: sólo el *color* cambiaba. Uno llevaba el emblema blanco de la legitimidad, del ultramontanismo, de Austria, de Metternich; el otro, el emblema bicolor del liberalismo, de la masonería, de Inglaterra, de Canning. Y como las mentes más brillantes de Europa ya habían abandonado el tocado blanco, Don Pedro tenía a su lado a los hombres nuevos y fuertes, y Don Miguel solo al hormiguero de magistrados del antiguo régimen⁹².

Este contraste, sin embargo, solo sirve para caracterizar a Don Pedro, sin tener relación alguna con su historia en Brasil. Reinas y príncipes, en Europa y América, eran enemigos de Don Juan VI, quien no sabía cómo decidir en ningún lugar, ni por los asombrados ni por los presentes, sabiendo sólo detestar la violencia turbulenta que el genio de Carlota Joaquina había transmitido a sus hijos. Durante tres años o más, la enemistad entre el rey y Don Pedro había sido públicamente conocida. El favorito de Don Pedro, el conde de Arcos, aplaudió todas sus locuras juveniles y todos los primeros impulsos de una ambición desmedida y poco inteligente, aunque noble.

Una especie de Don Miguel a la inversa, Don Pedro había sido acusado desde 1817 de cómplice de la revolución republicana de Pernambuco; y ahora se le acusaba de la quimérica idea de venir a Portugal para liderar la revolución de 1820. Ciertamente o no, lo cierto es que el absurdo y la contradicción de los planes que se le atribuyen, sucesivos o simultáneos, revelan la ambición incansable del príncipe y la incongruencia de sus proyectos. Este carácter lo condenaba a ser un instrumento, no un líder. Y desde que estalló la crisis constitucional en Brasil en 1821, y desde que Don Pedro se alineó abiertamente con los cuasi rebeldes, comenzó para él esta breve historia, en la que sirvió a los brasileños hasta que, demostrada su inutilidad definitiva, incluso la incompatibilidad de sus instintos absolutistas con los ideales liberales bajo cuya sombra nació Brasil, fue desterrado, depuesto, expulsado, como un instrumento desgastado e inútil. La política es una batalla de fuerzas egoístas y ciegas: los sentimientos sólo se despiertan más tarde en la posteridad, y la gratitud del pueblo sólo se define, cuando las crisis han pasado, erigiendo estatuas e instituyendo festividades.

Explicar la variedad de opiniones que surgieron, como partidos, cuando se planteó la cuestión del regreso del rey Juan VI a Portugal resulta complicado hoy; lo era incluso en el momento en que ocurrió. Había tal confusión de deseos, esperanzas, intereses y opiniones que la clasificación es casi imposible. Era un hormigueo de gentes impulsadas más o menos a ciegas por intereses opuestos, por lo excepcional de la situación y por la confusión de ideas. Y pocos episodios demuestran mejor que éste la fatal necesidad de llegar a una conclusión impuesta por sentimientos y fuerzas

92 Véase *Portugal contemporáneo* (2.^a de.) II, 2 y III, 1.

colectivas, en contra de los designios y planes más o menos sensatos de los políticos. La opción del rey Juan VI, como siempre, fue quedarse, no moverse, no cambiar una posición en la que su indolencia se sentía cómoda. Él mismo elegiría una persona: D. Pedro, que iría a Portugal a gobernar en su nombre. Muchos brasileños aplaudieron esta decisión: eran ellos quienes consideraban que la autonomía de Brasil estaba ligada a la residencia del rey en Río y temían, con razón, que las exigencias del retorno enmascararan el plan de devolver el nuevo reino a su antigua condición colonial. Satisfechos con la constitución de 1815, los monárquicos, fieles a la legitimidad, se sometieron al gobierno de la clase gobernadora portuguesa, viendo en el *statu quo* un equilibrio satisfactorio entre las exigencias de la ley y las de los brasileños. Juan VI los aplaudía, porque temía a las revoluciones europeas, capaces de decapitar reyes.

Los portugueses, los *mandarines*, lejos de su patria, de sus familias, muchos otros incómodos con el calor y deseosos de regresar a casa, se oponían; y tenían serias razones en relación con los derechos soberanos de las Cortes, a los que los reyes portugueses siempre se habían sometido desde Lamego. Calculaban que el regreso del monarca aplastaría el orgullo de los colonos y que, tranquilos en casa, podrían seguir gobernando y explotando las rentables haciendas de América. Don Pedro les animó, pues conocía bien lo engañados que estaban y deseaba encontrarse libre y solo, en el imperio que quizá ya comenzaba a tomar forma en su ambiciosa mente.

Incluso entonces, el partido de la autonomía absoluta, el partido nacional que germinaba en São Paulo y Minas, el partido separatista y, por lo tanto, naturalmente opuesto a los portugueses, no se escuchaba de forma preponderante en Río. En las regiones del gobierno, la independencia de Brasil seguía confinada a la constitución de 1815, en el Reino Unido, que, al igual que Portugal, también iba a recibir una *carta* constitutiva en el Congreso ya convocado.

Llevado y traído entre los dos bandos, brasileño y portugués, el primero que no quería que se embarcara, el segundo que sí, D. Juan VI rey de las Américas, de África y de Portugal en Europa, con la India en Asia, el comercio, etc., desempeñó un papel más bien cómico; dijo y se desdijo, proclamó y reclamó, pasivo, infeliz, tiranizado por su hijo, quien, al frente de la guarnición de Río, ya señor y jefe, finalmente le obligó a embarcarse hacia Europa y a nombrarlo regente y lugarteniente en Brasil (abril de 1821).

D. Pedro se encontró así solo y señor absoluto. ¿Era portugués o brasileño? Sólo él lo sabía, si es que él mismo lo sabía por entonces. En septiembre de 1822, finalizó el período de la regencia, y las cortes de Lisboa, fieles a su plan de restauración colonial, exigieron que D. Pedro regresara a Europa. Había llegado el momento en que el príncipe tuvo que tomar una decisión forzada. ¿Irse, ser leal a su país, a su padre, a la ley? ¿Quedarse, rebelarse, declararse brasileño? El deber y la ambición (que también incluía el deber de salvar a Brasil de la crisis que la política de las Cortes de Lisboa sin duda provocaría), el deber político y, quizás, en contraposición a él, el deber particular de obedecer los compromisos egoístas pactados en secreto con su padre, debieron agitarse en su interior, donde ningún plan fijo, ninguna ambición definida había arraigado. Ya sufriendo las consecuencias de su espíritu audaz y valiente, pero sin rumbo, Dom Pedro se encontró en la primera de sucesivas situaciones críticas de un espíritu incapaz de resolverlas.

Fue entonces, ante esta nueva situación, cuando José Bonifacio tomó el timón del gobierno, decidido a aprovechar para Brasil el poder de este instrumento al que le faltaba disciplina. El espíritu separatista brasileño se presentó entonces abierta y claramente, y la independencia no cabía en la constitución de 1815. No era un Reino Unido, era un estado independiente de la corte y del *mandarinato* portugueses, que era lo que los brasileños ya deseaban. Expresando este pensamiento, surgieron dos facciones: en São Paulo-Minas, los Andrade, cuyo plan político aún no estaba definido, pero que eran discípulos de Bentham, de la teoría del equilibrio de los tres poderes, del gobierno parlamentario, monárquico o no, más o menos radical; y los demócratas republicanos, neojacobinos de Bahía y Pernambuco, enemigos acérrimos de las coronas, enemigos intransigentes

de Don Pedro, al que, por el contrario, José Bonifácio adulaba como estadista, considerrándolo como el instrumento más eficaz para la consumación de la independencia.

En la representación que el gobierno de São Paulo envió a Don Pedro (21 de diciembre), José Bonifácio le decía: «No regrese a Europa, Alteza; confíe en el amor y la lealtad de sus brasileños, especialmente de sus paulistas.» Estas fueron las palabras de la serpiente tentadora del Edén simbólico. Don Pedro se tragó la manzana y declaró que se quedaría en Brasil para defenderlo, no contra el rey, sino contra las Cortes de Lisboa. Comprometido, si no convertido, Don Pedro fue ganado para la causa del Brasil: era la garantía de un gobierno de facto, que al mismo tiempo evitaría revoluciones internas y la guerra con Portugal, en la ya declarada crisis de separación.

Varios acontecimientos precipitaron el movimiento. Don Juan VI que, cuando salió de Portugal se llevó el tesoro consigo, quedando en deuda con todos, hizo lo mismo al salir de América: el pobre rey quería al menos no tener que mendigar; pero su codicia dejó a Brasil sumido en una crisis financiera. El tesoro había sido arrasado, todo quedó sin pagar y el banco se arruinó con las deudas impagadas de los *mandarines* portugueses que habían regresado a Europa con el rey. Además de la crisis financiera, surgió otro problema cuando Don Pedro se decidió por Brasil: las guarniciones portuguesas de Río, Bahía y Pernambuco se alzaron en armas contra la rebelión para defender los intereses de los portugueses que aplaudían el plan de las Cortes, es decir, la restauración del régimen colonial en Brasil. Por otro lado, los decretos promulgados en Lisboa, que definían claramente este plan, precipitaron la separación de todos los brasileños que aún esperaban una solución a la crisis mediante combinaciones dinásticas.

Por lo tanto, todos los partidos brasileños se volvieron separatistas; y también se hicieron brasileños todos los empleados públicos, magistrados de los tribunales superiores y otros cuyos cargos fueron suprimidos por las Cortes al abolir los órganos administrativos eminentes creados en Brasil en 1808.

Todos estos elementos se congregaron en torno a Don Pedro, y las guarniciones portuguesas, sometidas o derrotadas, fueron expulsadas de Brasil y embarcadas de vuelta a Portugal. El nuevo reino quedó, de hecho, separado de la metrópoli.

¿Y Don Pedro? El príncipe que expulsó a los portugueses de América le dijo a Portugal que su propósito era salvar a la colonia de la tiranía de las Cortes que tiranizaban a su padre, el rey, y que, sin él, causarían la pérdida de la mayor joya de la corona portuguesa. ¿Era sincero? Probablemente. Robar el Brasil a un trono del que era el legítimo heredero sería el cálculo de una ambición inepta. El pacto entre padre e hijo para explotar la situación en su propio beneficio fue probablemente sincero, desacreditando en Europa las Cortes *anarquistas*, como provocadoras de la rebeldía del Brasil, y apropiándose del movimiento independentista en América en beneficio de la dinastía.

Pero esta sinceridad prueba la falta de inteligencia de Don Pedro y la ceguera de Don Juan VI. Jugaban con fuego y se quemaron. El príncipe, que se consideraba el árbitro del destino de Brasil, era simplemente el instrumento de un movimiento que lo dominaba y lo arrastraba. Un títere coronado en manos de Andrade, Don Pedro, arrogante, apasionado, imprudente, caprichoso, indócil, violento, colérico, despótico por temperamento, sangre y educación, carecía de la fuerza que hace a los emperadores, ni de la inteligencia que guía a los estadistas. Colocado en la falsa posición a la que se había dejado llevar, se vio obligado a elegir decisivamente entre Portugal y Brasil. La situación que había contribuido, si no a crear, al menos a definir, ya lo dominaba; y si bien a principios de 1822 pudo desempeñar el papel de Jano, la creciente agitación del movimiento antiportugués, fomentada por el ministerio de Andrade, le obligó a ser el instrumento de una separación política y dinástica. Al repeler, dominar y reprimir las revueltas republicanas o portuguesas, Don Pedro fue el instrumento para la consolidación de un Estado cuya independencia dinástica, de otorgarse una corona imperial, lo condenaba a renunciar a la corona portuguesa.

Así fue la historia del año 1822, fecha de la emancipación política de Brasil. En mayo, Don Pedro fue proclamado Defensor Perpetuo y, en septiembre, Emperador. Declaró la guerra a Portugal

y convocó una asamblea constituyente. Una nueva era comenzaba para Brasil, tras quince años (1808-22) de preparativos. Desde el corazón de São Paulo surgió el clamor por la separación, y con razón, pues ese había sido el corazón nacional desde el principio. Allí se formaría el primer núcleo de una población estable, los primeros elementos del futuro imperio.

¿Relataremos los acontecimientos posteriores? No. Independiente, Brasil tiene una historia propia que ya no está ligada a Portugal. En el momento de la separación, se completó la creación política del estado neoportugués de América; y si el estudio de la economía contemporánea de Brasil entra en el plan de nuestro trabajo, es porque, aunque políticamente separada, nuestra antigua colonia es hoy la nación a la que estamos más íntimamente ligados.

Unas palabras sobre el destino del príncipe cuyo destino, determinado por las circunstancias, condujo a la separación de la colonia. El destino que le aguardaba llegó con rapidez. La ilusión que, al parecer, lo cegó, se desvaneció rápidamente. De carácter noble, cuando se volvió claramente hacia Brasil, no lo traicionó, y quizás incluso llegó a creerse el Bolívar de la América Oriental; quizás creyó que la independencia era obra suya: ¡tal es a menudo la ceguera de los hombres! Héroe para sí mismo, se consideraba verdaderamente soberano, emperador, déspota; un Napoleón americano, con derecho a la obediencia pasiva y la gratitud ilimitada de sus súbditos. Dio rienda suelta a sus pasiones políticas y privadas; tenía un harén en la corte y un condotiero en Cochrane; disolvió las asambleas democráticas, expulsó a los Andrade y venció a los rebeldes en todas partes. Sus enemigos eran tanto demagogos como estadistas; sólo le importaban los consejeros cortesanos. Infeliz en su empresa uruguaya, desacreditado por la laxitud de sus costumbres, odiado por la violencia de su política, nueve años bastaron para agotar la fuerza adquirida con la decisión de proclamar la independencia absoluta de Brasil. Obligado a abdicar, Don Pedro llegó a Europa en el año 31 para embarcarse en otra empresa, en la que también prevaleció su valentía, sólo para perder su carácter, carente de inteligencia y verdadera fuerza. Las burlas de Lisboa (1834) tuvieron las mismas causas que los tumultos de Río (1831): entonces abdicó, y tres años después concluyó para siempre, con una muerte oportuna, una vida gloriosa⁹³.

Descendiente directo de una dinastía europea, hijo del suelo portugués y no brasileño, Don Pedro, a pesar de los actos decisivos a los que lo arrastró la política, no llevaba en la sangre, en lo más íntimo de su alma, ese don de genio nacional, ese patriotismo, el nervio íntimo de las naciones, que en Brasil había funcionado orgánicamente durante mucho tiempo. La sensación de falta de armonía entre el príncipe y el pueblo, la conciencia de que Don Pedro era extranjero y, sobre todo, portugués, sembró en la gente una desconfianza, una sospecha constante, basada en los actos irreflexivos del soberano. La nacionalización del trono fue también uno de los motivos de la revolución de 1831; y en las palabras históricas del primer emperador, la falta de armonía entre él y la nación es evidente: «Abdiqué la corona y dejé el imperio: ¡sean felices en su patria!»

En la suya, no dice *en la mía*. En efecto, el Brasil no fue suyo. Era el figurante al que se le entregó el trono, bajo la tutela de José Bonifacio, el verdadero patriarca de la independencia, el verdadero representante del espíritu nacional⁹⁴.

93 Véase *Portugal contemporaneo* (2.^a ed.) lib. III.

94 Cronología de la separación de Brasil:

1821—21 de abril: Disturbios en Río para impedir la partida de D. Juan VI. Embarque del rey. D. Pedro, lugarteniente. Diciembre: Manifiesto de São Paulo solicitando la permanencia de D. Pedro en Brasil.

1822—9 de enero: D. Pedro declara su permanencia en Brasil. Andrade, ministro. 16 de febrero: Convocatoria de un consejo de representantes de las provincias en Río. 13 de mayo: D. Pedro, defensor perpetuo de Brasil. 3 de junio: Convocatoria de la asamblea constituyente del reino de Brasil. 1 de agosto: Tropas procedentes de Portugal declaradas enemigas. 1 de septiembre: Proclamación de «Independencia o Muerte» en Ypiranga (São Paulo). Protestas de Río, São Paulo y Minas. D. Pedro recorre Brasil. Resistencia de las guarniciones portuguesas de Río y Pernambuco, deportadas a Portugal; y de Bahía, que hasta el 23 permaneció en armas. 12 de octubre: D. Pedro es proclamado emperador constitucional de Brasil; 22: Caída del ministerio de Andrade, restaurado en el 30.

1823—Luchas parlamentarias entre los demagogos y el ministerio. 2 de julio: Toma de Bahía, expulsión de los portugueses. Caída del gabinete de Andrade: ministerio reaccionario, los filoportugueses. 10 de noviembre:

II. Geografía brasileña

Constituido definitivamente como nación independiente, Brasil también puede decirse que está geográficamente delimitado en sus vastas fronteras.

Tras las reivindicaciones inglesas de 1815, nadie más impugnó su dominio exclusivo sobre la costa marítima y sus islas, desde la barra de Oyapock (2° 24' N.) hasta la barra de Chuy (33° 45' S.). Los límites continentales septentrionales, establecidos en el Tratado de Utrech, también fueron confirmados en los de Viena y ratificados en la convención particular de 1817 con Francia. El Oyapock se convirtió en la división natural entre Brasil y la Guayana Francesa; la sierra de Tumucuraque, en la de los holandeses; y la sierra de Acaray, en la de los ingleses. Desde Venezuela, que limita al oeste, Brasil fue delimitado por el tratado de 1859, en el que toda la cuenca del río Branco, separada de la del Orinoco por la sierra de Pacarayna, pasó a ser de su propiedad. así como los valles de los demás afluentes sucesivos del río Negro, también separados del Orinoco por las alturas de Maduacaxas. Desde el punto donde el río Negro, cerca de la isla de São José, deja de ser brasileño, comienzan las fronteras indeterminadas o disputadas de Colombia. Hasta este punto, el relieve orográfico, que divide claramente las cuencas de los afluentes del Amazonas y del Orinoco, se prestaba a una delimitación; pero ahora que las cabeceras del río Negro y las del Orinoco se unen, y que el Amazonas está a punto de dejar de ser brasileño, la adopción de uno u otro afluente es arbitraria: no existe una indicación natural decisiva que guíe a los estadistas.

La confluencia de los ríos Apaporis y Japurá es un punto de partida común para las reivindicaciones de la república y la frontera histórica que Brasil defiende. Según esta última, el territorio entre los ríos Japurá y Memachy sería brasileño. Según el primero, las fronteras de Brasil seguirían el río Apaporis, no el Japurá, desde el punto de confluencia. La frontera con Perú, establecida en los tratados de 1851 y 1858, se trazó en parte cartográfica y en parte geográfica: es una línea recta cuyos extremos son al norte la confluencia del Apaporis, al sur la ciudad de Tabatinga y luego el Javary; y en Tabatinga, por un lado, y en la desembocadura de su afluente meridional, por el otro, el Amazonas deja de ser brasileño.

El mismo proceso se adoptó en el tratado de 1867 para las fronteras con Bolivia. Tomando la latitud de 10° 20', donde termina Perú al oeste, se trazó un paralelo en la margen derecha del río Javary hasta su encuentro con la margen izquierda del río Madeira: esta es la frontera norte boliviano-brasileña. Los ríos Madeira, Guaporé y Verde, que se ramifican sucesivamente, descendiendo siempre hacia el sur, delimitan las dos naciones. Desde la cabecera del río Verde hasta el río Paraguay, cuya línea divisoria, que termina en los 20° 10', se encuentra en la desembocadura del río Bahía Negra, la línea, tras ascender el cerro de Boa Vista, línea divisoria entre las dos

Rechazo del veto contra el emperador por parte de la asamblea, bajo la dirección de Andrade; 12: Disolución de la asamblea; 23: José Bonifacio es exiliado, y los radicales expulsados. D. Pedro autócrata.

1824—25 de marzo: D. Pedro da una constitución representativa al imperio. 2 de julio: la revolución republicana de Pernambuco (Confederación del Ecuador) es fácilmente sofocada.

1825—Levantamiento de la provincia cisplatina (Uruguay) que reclama su independencia. Guerra con la Confederación Argentina. Reconocimiento de la independencia de Brasil por parte de Portugal.

1826—Muerte de Dom João VI. Abdicación de Dom Pedro en favor de doña María II de Portugal.—Impopularidad del emperador. Mal resultado de la guerra del Río de la Plata.

1828—27 de agosto: Reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental (Uruguay).

1829—Regreso de José Bonifacio de Andrade a Brasil. Se retira a la vida privada.

1831—marzo: Viaje de D. Pedro a Minas. Conflictos entre portugueses y brasileños. Irritación general y creciente impopularidad del emperador. 6 de abril: Disturbios en Río: exigencias de dimisión del ministerio. 7: Abdicación de D. Pedro II. José Bonifacio, tutor; acta adicional a la Carta. Revueltas parciales en el imperio.

1833—diciembre: José Bonifacio, destituido como tutor, arrestado, procesado y absuelto. Regresa a la vida privada: muere en 1838 en su isla de Paquetá.

1835—27 de septiembre: Insurrección de Rio Grande do Sul que dura hasta...

1840—23 de julio: Proclamación de la mayoría de edad de D. Pedro II.

cuenas hidrográficas, atraviesa las sucesivas lagunas (Corixa, Uberaba, Gayba) que bordean el río Paraguay al oeste, conectándolas mediante sucesivas líneas rectas.

La cuestión de las fronteras meridionales de Brasil, que el establecimiento de misiones jesuitas y la creación de naciones híbridas contribuyeron a complicar, introduciendo un nuevo elemento de fricción en el debate entre los intereses opuestos de Portugal y España; esta cuestión, que la debilidad del dominio colonial portugués no supo o no pudo resolver, fue el peor legado que recibió el imperio. Trasladado de las manos de los jesuitas a las de una dinastía que seguía estrictamente las políticas de la sociedad extinta, Paraguay permaneció independiente y enclavado dentro de territorios que la naturaleza dictaba que debían ser brasileños. Por otro lado, la constitución de la Banda Oriental (1828), la conclusión de guerras siempre desafortunadas para nosotros, provocó que Brasil perdiera su frontera natural con el Uruguay y su ubicación en el Río de la Plata.

Tener el control exclusivo de la confluencia común de los dos grandes ríos del extremo sur de América fue una constante en la administración española y, posteriormente, en la Confederación Argentina. En 1828, Uruguay, constituido como república independiente cuya neutralidad estaba garantizada por tratados, creó un punto medio, ni brasileño ni argentino, un equilibrio preñado de futuros problemas. Estos surgieron pronto en 1851 con la dictadura de Rosas; y Brasil tuvo que tomar las armas para impedir la incorporación de Uruguay a la Confederación del Plata. Tras la deposición del dictador y el fin de la guerra, surgió otro problema aún más grave: el de Paraguay. Brasil finalmente ganó esta larga y ruinosa guerra (1865-70); pero los escrúpulos o la debilidad le impidieron cosechar la recompensa correspondiente a tan gran sacrificio: el territorio entre los ríos Paracá y Paraguay debía ser brasileño. La existencia de pequeños y anémicos estados, como Uruguay y Paraguay, enclavados entre las dos grandes naciones del sureste americano, seguirá siendo motivo de desconfianza, inquietud, represalias y amenazas entre los dos pueblos neoiibéricos a quienes la fortuna ha confiado la mitad de América.

Descendiendo de Bahía Negra, el río Paraguay separa Brasil de Bolivia hasta el punto donde esta última limita con la Confederación Argentina. Contando desde la margen izquierda hacia el este, todo es Brasil hasta las alturas de Maracajú, la divisoria Paraguay-Paraná; desde allí hacia el sur, limitada por el casi paralelogramo que forman los dos ríos hasta su confluencia, se encuentra la república que perteneció a los jesuitas, de Francia, de Lopes, y que ha sido la manzana de la discordia entre Brasil y Buenos Aires desde 1870. Los límites de estos dos últimos estados, aún no demarcados, podrían ser un pretexto para el conflicto. Un pretexto, decimos, no una razón: la Quebrada de la Candelaria, entre el Paraná y el Uruguay, constituye una frontera natural; y al sur y al oeste, los ríos, al divergir, separan naturalmente los territorios. Mientras tanto, la frontera de Buenos Aires se extiende al norte y al este de la quebrada y, separada de Paraguay por el Paraná, la república está separada de Brasil por el Iguazú y el Santo Antonio, buscando la cresta y descendiendo hacia el valle del Uruguay a lo largo del Pepiryguazú, hasta su desembocadura.

Al sur de esta, el río Uruguay divide Brasil y Buenos Aires hasta la desembocadura del río Quarahim, en la margen izquierda. Esta es la separación de Brasil y la Banda Oriental, consignada en los tratados de 1851-52. Remontando el río Quarahim hasta la línea divisoria del valle y la costa, la frontera desciende, en el lado opuesto, por el río Jaraguão, bordeando el lago Mirim, brasileño, y desembocando en el mar en la desembocadura del río Chuy, a 34° 45' S.

Estas son las fronteras de Brasil. El territorio que abarcan es casi igual en superficie a la de toda Europa y cien veces mayor que la de Portugal. Todos los climas, todos los productos, todas las altitudes, todos los fenómenos geográficos se encuentran en la vasta región que los portugueses recorrieron, exploraron y en parte subyugaron, dominándola y cultivándola. Primero fueron los conquistadores con armas en mano, batiendo a los indios, abriéndose paso a través de la selva; luego llegaron los colonos, que plantaron los campos, construyeron casas, erigieron altares a los dioses penates; llegaron los barcos, se exploraron los puertos, se construyeron los rompeolas; más

tarde surgió la curiosidad y se escribieron libros que relatan ingenuamente las singularidades de la tierra y sus costumbres. Finalmente, con las puertas de la América brasileña abiertas de par en par a la ciencia de toda Europa, lo que hoy se hace en África se hizo a principios de siglo en Brasil. Brasileños, y principalmente alemanes, crearon la geografía de Brasil: Humboldt y Newied, Spix, Martins, Van Schreibers, Mikau, Pohl, Natterer, Ender, Buckberger. Mientras los ingleses, junto con el rey Juan VI, buscaban confiscar Brasil para su propio beneficio, dedicados exclusivamente al comercio y el lucro, los alemanes exploraron heroicamente el interior y dejaron tras de sí ese monumento del viaje de Spix y Martius.

El continente austral de América tiene como marco la gran cordillera de los Andes⁹⁵, que se alza al oeste, como un muro contra el mar, desde el extremo norte (10° sobre el Ecuador) hasta el extremo sur, en la punta de la Patagonia. Al este se extiende toda la masa continental. A mitad de camino, otra cordillera, perpendicular a la primera, divide esta América en dos: se trata de las montañas de Bolivia y la Serra das Vertentes en Brasil, entre las cuales, como a través de una fisura, se insinúan los ríos que forman el río Madeira, y la gran cuenca hidrográfica del Amazonas, o cuenca norte, se conecta con el sistema fluvial del sur (Paraguay-Paraná). Desde esta América, Brasil poseía, podría decirse, toda la cuenca amazónica, con sus afluentes en ambas orillas; y casi toda (excepto Entre Ríos, Uruguay y Paraguay) la mitad oriental del sistema hidrográfico austral, cuya arteria es el río Paraná-Paraguay.

El rasgo fundamental de la geografía brasileña es, por lo tanto, la Serra das Vertentes, que separa las dos regiones del imperio. Al oeste, en la frontera con Bolivia, nace el río Madeira-Guaporé, cuyos orígenes se funden con los de Paraguay; al este, en la región marítima, se une al sistema de cordilleras paralelas a la costa. Entre los límites occidentales de Mato Grosso y los límites meridionales de Ceará, la cordillera describe un arco de círculo, cuya cuerda puede considerarse el paralelo 10° S. Atraviesa Brasil con los nombres sucesivos y locales de Serra Alegre, Ibiapaba, Piauí, Tangatinga, Tabatinga, Araras y Pirineos. De su vertiente norte nacen los ríos Tapajós y Xingu, Araguaia y Tocantins; de su vertiente sur, los ríos Paraná y Paraguay. Erigida como un monumento geológico, distribuye generosamente las aguas fertilizantes de las dos regiones que domina.

Al final de su recorrido oeste-este, la cordillera se extiende y se ramifica. Al norte, un espolón divide la cuenca del Tocantins de la del Maranhão; al sur, otro duplicará el encuentro de la cordillera central con la primera de las cordilleras marítimas de Brasil (Espinhaço), al sur de Villa-Boa.

Casi paralela a la costa oriental, la Serra do Mar desciende por la costa como subordinada, y hacia el interior, la Serra do Espinhaço como su superior. La primera se extiende desde el sur de São Francisco hasta Río Grande; la segunda, dominándola, se extiende desde el cabo de São Roque hasta Uruguay. La sierra de Espinhaço forma los Andes brasileños, de los cuales la Serra do Mar es una terraza: entre ambos fluye hacia el norte el río São Francisco, en cuyas cabeceras nace la llamada Serra das Esmeraldas, que, uniendo los dos sistemas paralelos, forma, en el punto de unión con las estribaciones meridionales de las Vertentes, la meseta propiamente brasileña, centro del sistema montañoso, separación de las aguas septentrionales, meridionales y costeras, el tesoro donde se encontraron diamantes y oro, el núcleo primitivo de la población nacional, el corazón del imperio. Las montañas, los ríos, las minas, los hombres, la geografía y la voluntad coincidieron para otorgar a la región de São Paulo-Minas la supremacía sobre toda la América portuguesa.

Esta meseta central, propiamente brasileña, se extiende desde Villa Boa (Goyaz) hasta Villa Rica (Minas), dominando al este el interior de Amazonas y Mato Grosso, y al oeste el mar en las terrazas de las provincias de Bahía, Espírito Santo y Río. Al norte, penetra por Pernambuco y Piauí, y al sur incluye São Paulo. Sobre el océano fluyen las aguas caudalosas del Paraíba, el Río Doce, el Belmonte y el río São Francisco. El Tocantins desemboca en el Amazonas y el Paraná en el Plata.

95 Véase *Raças humanas*, I, p. XIII.

Frente a la meseta brasileña, al norte, en el lado opuesto de la cuenca amazónica, se alzan las Guayanas, cuyas cordilleras extremas constituyen las fronteras del imperio, y de donde provienen las grandes aguas de Sudamérica, como principales afluentes: el Río Negro y el Japurá. Al este, otro baluarte geográfico se alza frente al brasileño: se trata de la meseta central de Bolivia-Mato Grosso, separada de la cordillera de las Vertientes por el colosal barranco por el que discurren el río Madeira, hacia el Amazonas, y el río Paraguay, hacia el Paraná. Al sur, la meseta brasileña domina libremente el estuario de los ríos, que, flanqueados por las cordilleras costeras, forman las llanuras de las Pampas, que prolongan América hasta la Patagonia.

Tal es, en breves y escasamente esbozadas líneas, la constitución geográfica de Brasil. He aquí el marco natural de este territorio y el campo que la naturaleza nos dio para nuestro uso. ¿Cómo se adaptó la nación a él? ¿Qué obras realizó el hombre sobre esta obra natural? Esto es lo que intentaremos comprender estudiando la economía del imperio americano.

III. La división del Imperio

La forma primitiva de ocupación, y posteriormente la caza arriesgada de indios y la explotación minera, fueron las causas de la colonización dispersa de Brasil. La ocupación y la población europeas, en lugar de desplazarse en una formación cerrada desde la costa hacia el interior, se extendieron por las interminables extensiones del interior, salpicando el territorio con pequeños centros de una civilización un tanto fosilizada.

Esta circunstancia, cuyo alcance ya hemos evaluado, también influyó en la división de las provincias⁹⁶.

Antes de ver en qué medida su delimitación se adaptó a las condiciones geográficas, debemos considerar, en general, el estado al que había llegado la población: este elemento explica que existan provincias que son auténticos imperios —como Pará, Amazonas o Mato Grosso— junto a otras, como Río o Espírito Santo, cuya superficie se aproxima a los límites normales.

96 División política del Brasil:

<i>Provincias</i>	<i>Sup. (miles km²)</i>	<i>Capitales</i>	<i>Comarcas</i>	<i>Municipios</i>
1 Amazonas	1.897	Manaus	3	7
2 Pará	1.148	Belém	11	32
3 Maranhão	460	S. Luiz	15	36
4 Piauí	302	Theresina	12	31
5 Ceará	104	Fortaleza	16	41
6 Rio-g. do norte	57	Natal	8	22
7 Pernambuco	128	Recife	18	46
8 Parahyba	75	Parahyba	11	23
9 Alagoas	58	Maceió	9	18
10 Sergipe	30	Aracaju	8	24
11 Bahia	426	S. Salvador	25	83
12 Espírito Santo	45	Victoria	4	13
13 Rio de Janeiro	69	Niterói	17	33
14 Mun. da corte	1	—	—	—
15 S. Paulo	291	S. Paulo	20	107
16 Paraná	221	Coritiba	5	16
17 S. Catharina	74	Desterro	6	11
18 Rio-g. do Sul	237	Porto-Alegre	10	29
19 Minas geras	575	Ouro-preto	24	81
20 Goyaz	747	Villa Boa	11	26
21.Matto-grosso	1.380	Cuyabá	3	6
	8.337		236	685

El lector conoce cómo se desarrolló la población durante la época colonial: sabe que, en el norte, el gobierno de Bahía era una *fazenda*, mientras que en el sur, una población agrícola e industrial, y no comercial-marítima, se asentó en la región de São Paulo-Minas; finalmente, sabe que Río de Janeiro se convirtió en la capital de Brasil, su centro; y que en los extremos norte y sur, sin embargo, se formaron centros de colonización, comerciales en las desembocaduras del Amazonas, rurales en Santa Catarina y Rio Grande do Sul. En el interior permanecieron los *sertões*, que por sí solos representan dos tercios de la superficie total del Brasil, y donde la población europea se aparece únicamente como aldeas o ciudades dispersas en la inmensidad de los territorios, o desiertos, o habitados por indios salvajes.

Esto nos permite dividir Brasil en seis grandes regiones⁹⁷, con un variado número de provincias y notablemente diferentes entre sí⁹⁸. Aparte de los casi 200 habitantes por kilómetro cuadrado que la población de la capital aporta al municipio de la corte, y las dos décimas de habitante que cuenta en el interior, la densidad de población normal, en la parte de Brasil que podría considerarse habitada, debe considerarse de 3 a 5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Sin embargo, no sólo el crecimiento de la población presidió la división, ahora histórica, de las provincias; y al estudiar su relación con la orografía brasileña, adquiriremos una idea clara de su razón de ser y conoceremos más profundamente la estructura natural del imperio.

Hemos visto que la orografía divide a Brasil en tres grandes regiones: a) Cuenca Amazónica; b) Cuenca del Paraná —dividida por la cordillera de las Vertientes— y c) Alpina, de la costa este, cortada longitudinalmente por las cordilleras paralelas del Espinhaço y del Mar. Veamos ahora cómo se sitúan las provincias en cada una de estas tres zonas geográficas.

En la primera, la provincia del Pará y la del Amazonas ocupan todo el estuario del gran río americano, desde las laderas de la meseta divisoria del Orinoco hasta el borde de la cordillera central brasileña. Son dos provincias, que semejan imperios, escasamente pobladas, cubiertas de bosques, a través de las cuales el Amazonas y sus afluentes en ambas riberas —el Japurá y el Río Negro, el Javary, el Jutahy, el Juruá, el Punis, el Madeira, el Tapajós, el Xingú y el Tocantins— fluyen sus aguas en soledad. Las dos provincias hacen de límite del Brasil por el norte y por el oeste, colindando al sur con los *sertões* de Mato Grosso, y al este con Maranhão y Goiás. Bordeadas

97 I Municipio de la corte.

II Centro litoral: Rio de Janeiro, Espirito-Santo.

III Norte: Ceará, Parahyba, Alagoas, Rio grande do Norte, Sergipe, Bahia.

IV Centro interior: S. Paulo, Minas-geraes.

V Sur: Rio-grande, Santa Catharina, Paraná.

VI *Sertões*: Pará, Amazonas, Maranhão, Piauhy, Goyaz y Mattogrosso.

98 Población según el censo de 1872:

<i>Región</i>	<i>Superficie</i>	<i>Libres</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Total</i>	<i>Densidad</i>	<i>% esclavos</i>
I Mun. corte	1.394	226.033	48.939	274.972	197,2	20
II Centro litoral	113.821	549.565	315.296	864.861	7,6	36
III Norte	888.869	3.695.023	381.675	4.076.698	4,5	10
IV Centro interior	865.731	2.350.018	527.071	2.877.089	3,3	25
V Sur	532.028	628.602	93.335	721.937	1,3	15
VI <i>Sertões</i>	5.935.375	970.431	144.490	1.114.921	0,2	15
	8.337.218	8.419.672	1.510.806	9.930.478	1,2	15

La población total se compone de:

Brasileños	8.176.191
Negros esclavos	1.510.806
Portugueses	121.246
Alemanes	45.829
Negros libres	44.580
Otros	31.826
Total	9.930.478
Índios	1.000.000 (?)

por caudalosos ríos y abiertas al mar a través de las desembocaduras de los ríos Amazonas y Tocantins, las dos provincias del norte de Brasil se convertirían, con el paso de los siglos, en la base de un gran imperio.

Entre las provincias del Valle del Amazonas y las del Valle del Paraná se encuentra la región montañosa de la Serra das Vertentes: Mato Grosso y Goiás, a través de cuyas cordilleras se precipitan las confluencias meridionales del Amazonas, por un lado, y por el otro, las de Paraguay y Paraná. Divididos entre sí por el río Araguaia, Mato Grosso discurre a lo largo del río Guaporé-Paraguay hasta el límite occidental de Brasil, y Goiás termina en las laderas de la sierra de Espinhaço. Al sur, el río Paraná bordea ambas provincias.

Aquí se encuentra la región de los *sertões* interiores de Brasil: el estuario del río más caudaloso del mundo y los quebradas y desvíos alpinos de una de sus mayores cordilleras. Las dimensiones y las proporciones son asombrosas en esta América que hace que Europa parezca una miniatura.

A través de Mato Grosso descendemos a la región hidrográfica meridional. Entre los ríos Paraná y Uruguay y el mar se encuentran las tres provincias meridionales: Santa Catarina y Paraná, separadas entre sí por los ríos Uruguay, Iguazú y Paraná-Panema. Esta región marítima, extremadamente colonizada, de clima templado y cultivos europeos, es la que más ha progresado en los últimos tiempos y la que adquirirá con mayor rapidez una población permanente más que suficiente. La superficie poblada aquí ya representa más de seis veces la del interior; bahías y puertos se entrecruzan a lo largo de la costa y el comercio crece: por lo tanto, la superficie parece escasa y las divisiones toman una dirección perpendicular a la costa.

Desde el sur, nos adentramos en la región de las sierras orientales, e inmediatamente vemos el centro de población relativamente intenso de la mitad marítima de São Paulo y la mitad sur de Minas. Ambas provincias se alzan en las montañas, cubriendo la meseta brasileña, o una parte considerable de ella, con cultivos. Si su separación interna, si la separación tanto del interior al sur como de Bahía al norte, no obedece a razones geográficas, ya no es el caso de Río de Janeiro y Espírito Santo, que se encuentran en las vertientes marítimas de la cordillera, impidiendo a Minas acceder a la costa.

La Serra do Mar y el valle de São Francisco, arbitrariamente cortados por la frontera de Bahía, constituyen el cuerpo de esta provincia que, geográficamente, debería formar dos circunscripciones: la marítima y la fluvial interior, separadas entre sí por las escarpadas cumbres de la cordillera.

Entre los ríos São Francisco y Pará, a ambos lados de las estribaciones de las sierras Vertentes y Espinhaço, se encuentran las provincias costeras del norte —si es que tal nombre es apropiado para Maranhão y Piauí, que son para esta parte de Brasil lo que las grandes tierras del interior son para todo el imperio. Limitando con Pará por el río Gurupi, Groyaz por el río Tocantins y Piauí por el río Parnahiba, Maranhão, atravesado por numerosos ríos y salpicado de puertos marítimos, constituye la mitad occidental del gran sistema que el río Parnahiba excava entre las estribaciones septentrionales de la Sierra de Vertentes y el extremo de la Sierra de Espinhaço. La otra mitad de esta cuenca hidrográfica secundaria, pero independiente del sistema amazónico, está formada por Piauí y Ceará.

Hemos llegado, al final de nuestro viaje, a las provincias del cabo de São Roque: un grupo de pequeños distritos recortados en las vertientes marítimas de la cordillera, hasta e incluso más allá de la desembocadura del río São Francisco. Estas cinco provincias, junto con la provincia costera de Bahía, constituyeron el centro de la colonización portuguesa. Allí, las plantaciones han existido durante siglos y la población es relativamente densa, al igual que en la región centro-sur. Pernambuco es hoy para este grupo lo que Río es para el otro. Las proporciones de la división demuestran, aquí y allá, el mismo hecho: el desarrollo de la población y la riqueza; y si dijéramos de la época colonial que había dos Brasiles, no sería del todo erróneo repetirlo incluso hoy.

Al norte y al sur del río São Francisco, a lo largo de la costa, se encuentran Sergipe y Alagoas; luego viene Pernambuco, que se extiende tierra adentro por la margen izquierda del río brasileño hasta las cumbres montañosas; luego Paraíba, y finalmente Rio Grande do Norte, lindando con Ceará.

Estas son las divisiones naturales y políticas de Brasil. Nos queda por saber ahora quiénes lo habitaron y quiénes lo habitan ahora.

IV. Los indígenas

La tierra es fértil —explicaban en Europa los primeros portugueses que la visitaron— y, por naturaleza, templada y saludable; numerosos ríos caudalosos la humedecen, y posee innumerables manantiales de agua dulce y perenne. Posee extensas llanuras cubiertas de pastos fértiles; sus puertos son excelentes, de fácil acceso, donde los barcos encuentran refugio seguro contra los vendavales, y no hay arrecifes ni bancos de arena con los que corran peligro. La mayor parte de esa región está cubierta de montañas, que se abren en amplios valles; los densos y umbríos bosques albergan árboles de una gran diversidad, nunca antes conocida por nosotros; entre ellos, uno, de cuyas hojas cortadas se destila una especie de bálsamo. Los árboles, de los que se obtiene el tinte rojo para teñir la lana, son allí muy comunes y de gran porte. Además, brotan de la tierra plantas muy medicinales, entre ellas la hierba sagrada, muy útil para llagas, calambres frecuentes, y también para cánceres y gangrena.

Los hombres son de piel oscura, con cabello largo, liso y negro. No tienen barba, y los pocos pelos que les salen del cuerpo se los arrancan con pinzas. No saben letras, no tienen religión, no están sujetos a ninguna ley, ni usan pesas ni medidas, ni obedecen al gobierno de ningún rey. Sin embargo, cuando estallan guerras entre ellos, eligen como general al que consideran el más fuerte y más decidido para dar batallas. No suelen cubrirse con ninguna prenda, excepto aquellos que quieren destacar entre ellos por su nobleza, que se ciñen con tejidos de plumas de loros y aves de otros colores. Adornan sus cabezas con tocados de las mismas plumas y hacen brazaletes que pasan por encima de sus codos. Estas faldas de plumas descenden desde sus ombligos hasta sus corvas. Las mujeres se dejan crecer el pelo; pero los hombres se lo afeitan desde la frente hasta la nuca. Por otra parte, quienes gustan de los adornos coloridos se incrustan en las orejas, labios, nariz e incluso mejillas, pequeñas piedras de diversos colores, huesos o trozos de pan. Las mujeres, en lugar de piedras, usan conchas pequeñas, que aprecian mucho. Usan arcos en sus batallas y disparan flechas con tanta habilidad que aciertan en cualquier parte del cuerpo. Para las puntas de flecha usan espinas de ciertos peces en lugar de acero, y sin embargo, la herida es tan profunda que perfora cualquier plancha.

Se alimentan de lo que pescan, comiendo monos, lagartos, serpientes, ratas; ninguna de estos manjares resultan apetecibles. Usan canoas que se fabrican ahuecando troncos de árboles muy robustos, y algunas tienen capacidad para treinta personas. Cuando quieren pescar, algunos reman, y otros golpean el agua con palos para ahuyentar a los peces, que, asustados, nadan a flor de agua. Entonces, los que están preparados con este propósito hacen descender contra la corriente calabazas muy grandes, secas y huecas, y los peces se encierran en ellas por sí solos. No siembran trigo, sino que hacen pan con la raíz de una hierba del tamaño de la verdolaga (mandioca), que, sin embargo, contiene un veneno tan mortal que quien la come cruda muere en seguida; pero la trituran, y una vez triturada, la exprimen hasta que no queda ni una gota de jugo venenoso, y luego la extienden al sol y, molida entre piedras, extraen la harina. El pan que hacen con esta harina no sólo es saludable, sino que también tiene un sabor muy delicioso. Con la mandioca y con el maíz hacen una bebida muy similar a la cerveza; cuando se emborrachan, lo que les sucede muy a menudo, cometen todo tipo de fraudes y traiciones.

Observan los presagios y son dados a los envenenamientos. Entre ellos, ciertos hombres malévolos son muy estimados, y les consultan en casos dudosos: los llaman *pagés*. Estos hombres llevan consigo una calabaza vaciada con forma humana; siempre que lo desean, ponen brasas en el interior, y las cubren con hierbas superpuestas; aspiran el humo que se desprende, y lo exhalan por la nariz hasta que, ebrios, acaban por perder el conocimiento. Pues esas hierbas tienen tal poder que su humo, como si fuera un exceso de vino, los priva de su entendimiento. Inmediatamente comienzan a rechinar los dientes, a echar espuma por la boca, a poner los ojos en blanco, a amenazar a muchos de muerte y a asustar a quienes los rodean con muecas y movimientos turbulentos; y nadie duda de que profiere tales voces a causa de un espíritu divino. Si sufre un suceso siniestro alguno de aquellos a los que el *pagés* predijo un desastre, inmediatamente creen que ese castigo debe atribuirse al presagio. Son agasajados con la mayor veneración, se les limpia el camino, se les cantan versos a su manera, acompañados de flautas, y se participa en sus bailes; hermosas muchachas son llevadas a sus aposentos, algunas vírgenes, y otras ya casadas, porque estas pobres gentes están convencidos de que todo les irá bien si mantienen satisfecho al *pagés*.

No es común entre ellos que los padres se casen con sus hijas, ni que los hermanos se casen con sus hermanas: se casan con otras mujeres indiscriminadamente, y también las abandonan si se sienten ofendidos por ellas. Y las matan o las venden como esclavas si las sorprenden en adulterio. No son los padres, sino los hermanos, quienes tienen poder sobre las hijas, y las ponen a la venta cuando les parece oportuno, y esta venta consiste en el trueque por otras cosas, para las que no usan dinero. Son muy perezosos para el trabajo y muy inclinados al juego y al descanso; todo el tiempo que no dedican a la guerra, lo dedican a banquetes, cantando y bailando sin sustancia. Toda la ciencia de su danza reside en un círculo en el que siempre están saltando, y la del canto en una nota monótona, que no sube ni baja en la entonación de los versos. Allí recitan las hazañas que realizarán en la guerra, a las que rinden elogios consumados, y todas las canciones se convierten en aplausos al esfuerzo guerrero. El acompañamiento de esta música lo hacen ellos mismos silbando y zapateando. Mientras tanto, los demás se dedican a dar de beber a los danzantes, hasta que caen inconscientes, ebrios.

Construyen sus casas de madera, las cubren con techos de paja y las rodean con dos o tres muros, debido a las guerras en las que luchan continuamente. En una sola casa (por ser muy amplia) viven muchas familias, pues se aman fraternalmente y con gusto arriesgan sus vidas ante cualquier peligro para ayudar a quienes viven con ellos. Nunca emprenden guerras para defender o expandir sus fronteras, sino por su honor, cuando creen haber sido perjudicados por sus vecinos o por cualquier otra nación lejana. En ese caso, los ancianos que en la guerra se habían hecho notar desde jóvenes, se reúnen en consejo y, antes de deliberar, cada uno bebe cuanto le exige su espíritu; y luego ponen su fuerza y voluntad a trabajar en lo que los ancianos han decretado sobre la guerra y la paz. Como ya dijimos, eligen como general al que más vehementemente aprecian, honor del que lo despojan repentinamente si alguna vez ha mostrado la más mínima cobardía, y lo reemplazan por otro en su puesto. El general va de casa en casa invitando a todos a la guerra a gritos, y advirtiéndoles cómo deben prepararse para ella y cuánta valentía se requiere. Usan principalmente arcos y flechas, pero también espadas talladas en una madera muy dura, con las que sajan las extremidades de los enemigos. Preparan emboscadas con frecuencia y se proponen asustar a sus adversarios. Los prisioneros de guerra, sobre todo los ancianos, son devorados sin demora; los demás son capturados. Por aquellos de sus hombres que perecen en la guerra, celebran funerales muy solemnes, en los que alaban su valor.⁹⁹

99 Véase la carta de P. Vaz de Caminha a D. João III em J. Osório, *Vida e feitos d'el rey D. Manoel*, tr. Fr. M. do Nascimento; y S. da Vasconcellos, *Chron. da Comp. de Jesus*, lib. I.—Véase también, *Regime das riquezas*, pp. 8, 9, 12, 14, 16, 25, 27, 30, 55, 63, 65, 70-1 y 83; *Quadro das instif. primitivas*, pp. 6, 53, 63, 79, 82, 216, 235 y 244; *Raças humanas*, I y II, pp. 16-7, 27, 37-8, 44, 63-9, 84-6, 88-91, 110-2 e 125; y *Syst. dos mythos relig.* pp. 7-12.

Estos fueron los hombres que Cabral encontró en tierras brasileñas. Sin embargo, nada les asombró a los audaces descubridores del mundo: ni la singularidad de sus habitantes, ni la ferocidad de los animales, ni la novedad de los paisajes. Brasil les parecía otra Asia, y los rasgos comunes de la fisonomía de sus nativos, de las muestras de su fauna, han sido observados y reconocidos por los estudiosos de hoy.

La ausencia de grandes mamíferos, privilegio de África, y la abundancia de trepadores, son, en efecto, las dos características esenciales de la fauna brasileño-chilena, cuyas especies, sin ser idénticas, son análogas a las del Indostán. La exuberancia de la vegetación, los densos bosques que cubren las montañas por doquier, dieron a los monos, roedores, edentados e incluso a los carnívoros sus colas prensiles, y enseñaron a los reptiles a trepar a los árboles.

El bosque es el rasgo principal de la fisonomía natural de la región: lo que al reino animal le falta en grandeza, el reino vegetal lo compensa. A diferencia de la zona templada, donde dos o tres especies ocupan regiones enteras, aquí, a las grandes proporciones se añade la variedad de individuos. La palma carnauba se alza como una columna coronada por un capitel de follaje, el helecho con sus frondas gigantescas, las mirtáceas, las escitaminias, las bromelias, la higuera atormentada y colosal, el mango, el cedro, la peroba, las palmeras, las gutíferas; y el bosque produce todo lo que falta en la vida de sus habitantes. Produce madera e hilo, resinas y gomas, frutos y aceites. Los viste y los alimenta; les da los hilos para las redes, el arco para la caza, la canoa y los remos para cruzar los ríos. De las ramas retorcidas de los grandes árboles cuelgan orquídeas como lágrimas, y las enredaderas se entrelazan en los troncos, haciendo de todo una masa viva en cuyo seno habita el animal. Infinitos son los contornos de las hojas, singulares, extravagantes los parásitos vegetales, los musgos, los líquenes, deslumbrantes las flores, abriéndose entre las ramas de un verde siempre vivo, formando un todo cuyos tonos se desvanecen a la luz de una atmósfera saturada de vapores ligeros. El horizonte se ensancha, y todo se funde en esa niebla azul grisácea que cautivó a Darwin.

En el corazón del bosque reina una mezcla única de silencio y murmullos: nubes de avispas pululan sin cesar insinuándose entre las hojas; los pájaros trinan y aman; murciélagos y vampiros revolotean, batiendo sus alas peludas en busca de sangre caliente; titíes y monos se balancean de las ramas, suspendidos por sus colas, haciendo muecas y gestos risueños; loros y guacamayos, con sus deslumbrantes colores, emiten agudos gritos; las serpientes se retuercen en su lánguida indolencia; y arrastrándose, olfateando, cazando astutamente, el coatí, la pantera negra, el jaguar (que es el tigre americano) y el puma, el león de Brasil, desaparecen entre los troncos donde anidan el perezoso, el agutí y el armadillo, con sus esteras de hojas podridas crujiendo al amortiguar sus pasos, aplastando las legiones de diligentes hormigas cortadoras de hojas. Los indefensos roedores huyen rápidamente; la tepezcuá y la zarigüeya se refugian en sus refugios, y el capibara, erizado en su armadura de espinas, se echa al agua y flota. Los ciervos, los tapires, los osos hormigueros y los pecaríes, presintiendo el peligro, corren entre las lianas, con sus olas de follaje verde temblando al pasar.

Y desde antiguo, en compañía de los habitantes de la selva, hallamos al indio, cuyo rostro cobrizo, con su cráneo esbelto y ojos oblicuos, asoma entre las ramas, con el oído aguzado para distinguir, en el viejo silencio en el que se funden todos los sonidos vivos, amortiguados por la vegetación, el débil ruido del animal que persigue y disputa a sus cazadores rivales.

Tres grandes familias de indígenas habitaron o habitan Sudamérica: los ando-peruvianos, los pampeanos y los brasilio-guaraníes. Son estos últimos los que nos interesan especialmente; sin embargo, conviene aclarar —en la medida de lo posible— el linaje de las razas indígenas de Brasil.

El color rojo que se atribuye a las razas americanas no es común, ni siquiera puede servir de base para su clasificación. Desde el Polo Norte hasta Tierra del Fuego, se encuentran todas las variaciones de color de piel, desde el blanco hasta el negro perfecto de los indígenas de California y los charrúas de Uruguay. La estatura varía desde el gigantesco patagónico hasta el enano chango. A

pesar de ello, la antropología reconoce una unidad tipológica en el conjunto de habitantes que poblaban América en la época del descubrimiento europeo, tanto en el norte como en el sur.¹⁰⁰ En el continente norte, se observa la coexistencia, más o menos definida, de las características conocidas de las razas europea y mongol: cabello liso, nariz chata, piel amarillenta, fisuras palpebrales estrechas, ojos oblicuos, occipucio deprimido, nariz prominente y afilada, estatura alta y pequeño prognatismo. Parece ser una raza mestiza, con un elemento claramente asiático y otro similar al europeo.

En el continente sur, sin embargo, este segundo elemento desaparece. Spix y Martins creyeron ver chinos entre los caribes del Orinoco; y si bien afirman que es muy raro encontrar la oblicuidad claramente acentuada de los ojos en el norte, común en malayos y mongoles, confiesan que esta característica es general en muchas tribus de la rama brasileño-guaraní. Tez roja o cobriza, que desciende al amarillo, rostro redondo y lleno, nariz corta, estrecha y chata, ojos pequeños y oblicuos, rasgos afeminados, cabello ralo, extremidades gruesas o robustas, hombros y pecho anchos: estas son las características genéricas, determinadas por los famosos naturalistas alemanes, para la rama brasileño-guaraní, que dividieron en nueve grupos:

1. Tupís o guaraníes.
2. Guês o Crans, en los valles del Amazonas y Parnahyba (*Cayapos, Chavantes, Mongoyos, Cotochos*, etc.).
3. Goyatacas, dispersos y casi extintos.
4. Crens o Guarens (*Puris, Coroados, Ararys, Aymores o Botocudos*).
5. Parichis o Poragis, asentados en la frontera de los ríos Madeira y Paraguay (*Guachis, Cabixis, Mequens, Tamaris*, etc.).
6. Guaycurus o Linguas, al sur del Gran Chaco, vinculados al ramal pampeano.
7. Gucks o Cocos, en las laderas de los afluentes septentrionales del Amazonas.
8. Arnaques, de la Guayana Francesa, en las cabeceras del Río Negro.
9. Caribes, en el Bajo Orinoco.

Como puede observarse, de estos nueve grupos, los últimos cinco sólo limitan con el territorio brasileño por el oeste, el extremo sur y el norte. El tercero, casi extinto, y los Tupi, los Guês y los Crens son aquellos a los que mejor se aplica el nombre de pueblos indígenas de Brasil. Estos últimos, que se consideran los habitantes originales, habrían sido expulsados de sus dominios costeros hacia el interior durante la migración de los tupís que invadieron Brasil desde Paraguay hasta la Amazonia. Derrotados, pero no sometidos, los crens no dejaron en paz ni al primero ni al segundo invasor, los portugueses; y la llegada de los aymorís en 1560 se hizo famosa por las masacres y la destrucción casi total de las capitanías de Porto Seguro e Ilhéus. Lo que quedó de la terrible venganza de Mem de Sá recibió el nombre de *botocudos*, y vagaron miserablemente por las orillas de los ríos Doce y Belmonte.

Los tupís o guaraníes, señores del Brasil en la época de la invasión portuguesa, se dividían en numerosas tribus. Los carijós, entre quienes se asentaron los primeros colonos de São Paulo, esclavizados y aliados con los nuevos dominadores contra las tribus vecinas, se extinguieron. Los tamoyos, que ocupaban la costa entre el cabo de São Thomé y Angra dos Reis, corrieron la misma suerte. Los tupiniquines o tupinaes, entre Bahía y Río, que recibieron a Pedro Álvares Cabral, emigraron al interior. Los tupinambás, establecidos en Río y Bahía, se aliaron contra nosotros con los franceses y los holandeses, y tras ser derrotados, huyeron en busca de las vertientes peruanas del Amazonas. Las tribus amapira y caheté, enemigas irreconciliables de los tupinambas, fueron exterminadas por guerras o por esclavitud, y desaparecieron de su territorio entre los ríos São Francisco y Paraíba; lo mismo ocurrió con los pitagües, al norte.

100 Véase *Raças humanas*, I, pág. 26.

Lo que les ocurrió a las tribus tupí, a manos de los portugueses, fue similar a lo que les había sucedido antes a los aymores o crens: fueron expulsados o exterminados en su lucha contra el invasor más fuerte. La colonización europea trajo una tercera capa de habitantes al suelo brasileño. ¿Qué quedó de las capas anteriores? Reliquias miserables de tribus en algunos puntos de la costa central, rastros de sangre de los europeos, algunas aldeas de agricultores indiferentes e indolentes, reliquias también de la labor pasada de los jesuitas. Sin embargo, en la costa del extremo sur y, especialmente, en la del extremo norte, en el sertón amazónico y en el sertón de Paraná y Paraguay, las tribus de ambas naciones que precedieron a los portugueses en el dominio del territorio brasileño aún lo habitan.

Brasil, atravesado por caminos, tanto terrestres como fluviales, salpicado de aldeas perdidas en las montañas, el destino inevitable, aunque aún lejano, de los salvajes es el exterminio, su destrucción. Esto siempre ha sido así cuando dos razas animales, humanas o no humanas, más o menos preparadas para la lucha por la tierra, se han enfrentado en la Tierra. En el pasado, los jesuitas, con una fe ingenua, e incluso hoy los filántropos, con una fe menos ardiente, creían en la posibilidad de conquistar para la civilización a las razas indígenas de climas donde la naturaleza lo daba todo a la vida vegetal y animal, preservando al hombre en los tipos más bajos de la especie. Quizás, si no con certeza, los tipos superiores de humanidad solo podrían vivir en regiones relativamente ingratas: las facultades humanas, agudizadas por la necesidad, se desarrollan¹⁰¹; mientras que el hombre de los trópicos, favorecido por una naturaleza generosa, sin estímulos, si no se vuelve impotente, se deja absorber por el entorno, incapaz de ascender, incapaz de abandonar la condición primitiva¹⁰².

Este problema de la aptitud de las razas salvajes, de su posible desarrollo social e intelectual, parece estar resuelto. Contra la afirmación de que el pequeño cerebro del indio podría, mediante la educación, engrosarse como se engrosa un músculo (Hawkshaw), las observaciones antropológicas nos muestran que los hombres prehistóricos y los actuales indígenas de Europa y América presentan una capacidad craneal aproximadamente igual¹⁰³. Contra las patéticas opiniones de un Las Casas se observa el hecho de la incapacidad del indio para pasar por sí mismo de la condición de cazador a la de pastor, y mucho menos a la de agricultor; lo atestigua el fracaso de los asentamientos, experimentos estériles que solo condujeron, por un camino diferente, a la idéntica esclavitud obligatoria, precursora de una extinción fatal. Y contra la descripción romántica de la agudeza de las facultades de los indios, el carácter mismo de los testimonios aducidos finalmente nos lo demuestra. La agudeza de los sentidos, la perspicacia de la vista, el alcance del oído, son cualidades adquiridas y refinadas por la vida de caza y comunes a todo tipo de carnívoros. Y los hábitos reservados y taciturnos, supuestamente una manifestación de reserva superior, son simplemente el equivalente de lo que cualquiera observa en animales salvajes, incapaces de domesticación. Si el indio tiene habla, y por lo tanto es hombre, su cerebro pesa poco más de lo que puede alcanzar la capacidad de razonar, reflexionar y tener conciencia.

La insuficiencia de conocimiento, la errónea filosofía de la naturaleza, la ilusión espiritualista que suponía inherente al habla y a la forma humana un alma divina, esencialmente idéntica en todas las especies humanas: esta es la causa principal de las antiguas doctrinas coloniales de los jesuitas, e incluso hoy el motivo de las opiniones sentimentales de los filántropos bíblicos. Los diferentes tipos de hombre forman una jerarquía, dotados de forma diferente; y entre el indio antropófago, entre el hombre que engorda a sus hijos para devorarlos y los vende; entre la madre de cuyos pechos cuelga de un lado al recién nacido, del otro un perro o un mono, y que amamanta a ambos con igual amor; entre estas insignificantes razas humanas y los hombres superiores, existen diferencias tan

101 Véase *Elem. de Anthropol.* (3.^a ed.) lib. III, 1, 2.

102 Véase *Raças humanas*, I, pp. V-XLII.

103 Véase *Elem. de Anthropol.* (3.^a ed.) pp. 186 ss.

esenciales como entre ellas y los tipos superiores de animales mudos¹⁰⁴. En la lucha por la vida, no solo las bestias luchan contra los hombres: los hombres luchan entre sí, y la naturaleza condena a la extinción a quienes están más próximos de las bestias¹⁰⁵.

No sólo las luchas a mano armada, ni las armas de fuego, son la única, ni siquiera la principal, causa del exterminio de las razas salvajes. Los naturalistas han observado casos aún más graves e inexplicables que la limitación de territorios libres y la emigración de animales de caza, para tribus que no pueden escapar de esta condición de vida. Derrotado en guerras, diezmado por la esclavitud, expulsados y repelidos de sus territorios, el indio sufre de otra manera, menos dependiente de la voluntad de sus competidores, las consecuencias de la ley natural que condena a la desaparición no sólo a las especies humanas inferiores, sino a todas las demás especies animales, ante un enemigo más fuerte y más susceptible a la aclimatación local. Esta causa, misteriosa para muchos, es la epidemia.

Los europeos llevan consigo las semillas de la destrucción, y dondequiera que van, además de la pólvora con la que matan voluntariamente, además del alcohol con el que, sin pararse a pensarlo, y sólo por lucro, envenenan a los nativos, dejan un rastro de influencia mortal. Enfermedades que nos parecen inocentes, como el sarampión, han causado una devastación terrible¹⁰⁶. La viruela mató a más de treinta mil tupinambá en Río y São Paulo en el siglo XVI —de once asentamientos jesuitas, seis desaparecieron debido a la extinción de los nativos— y destruyó a la tribu de Port Jackson (Sídney) en Australia a finales del siglo pasado. El sarampión redujo a la mitad la población de las islas Fiyi, la escarlatina exterminó a la población negra de El Cabo. Y no es solo el hombre blanco quien porta este elemento de destrucción: los polinesios de ascendencia malaya también arrasaron con los nativos de piel más oscura en ciertas partes del archipiélago de las Indias Orientales. Las variedades humanas, dice Darwin, parecen reaccionar entre sí de la misma manera que las diferentes especies animales. Es bien sabido el inexplicable descenso de la hermosa y saludable población de las islas Tahití tras el viaje de Cook. Los naturalistas sostienen que los encuentros entre europeos y salvajes siempre producen fiebres y disenterías; y los habitantes de las Islas Pitcairn contaban que tras la visita de cada barco se veían afectados por enfermedades de la piel. Humboldt ya había observado que las grandes epidemias de Panamá y Perú siempre coincidían con la llegada de barcos procedentes de Chile.¹⁰⁷

La condena de las especies inferiores adopta, pues, diversas formas: desde las que provienen directamente de la voluntad de los enemigos más fuertes, como la esclavitud y la guerra; hasta las consecuencias de la ocupación, como las emigraciones, la disminución de la caza, la penuria de la vida errante, la mayor mortalidad infantil, la creciente esterilidad femenina; hasta las consecuencias del comercio, como el alcoholismo; hasta, finalmente, las epidemias en las que la voluntad del hombre no interviene ni directa ni indirectamente. ¿Cuál es entonces el valor de las ilusiones de ciertos espíritus nobles? Sólo nos muestran que en el genio humano existe una cualidad superior a la naturaleza, capaz de definirse independientemente de ella, incluso en contra de ella; capaz de rebelarse contra destinos cuya moralidad desconoce. Pero ¿cuál es el valor de unos intentos y esfuerzos probadamente vanos? Si el entusiasmo y la caridad, gastados inútilmente en razas casi animales, se hubieran aplicado a razas verdaderamente humanas, ¿no se habría elegido un objetivo mejor, sin disminuir el mérito moral del acto? Es un error suponer que el fin de las ilusiones pasadas implica la destrucción de las verdades eternas de la conciencia humana. La moral no tiene nada que ver con el mito del alma, ni la nobleza del hombre con la teoría de la unidad de las especies.

104 Véase *Elem. de Anthropol.* (3.^a ed.) pp. 81 ss.

105 Véase *Theoria da Hist. universal*, en las *Taboas de chronol.*, pp. XIV-XXII.

106 Véase *Voyage d'un naturaliste* (tr. fr.).

107 Véase *Raças humanas*, I, p. XXXXVIII.

V. La inmigración africana y asiática

Lo que hemos escrito es suficiente para mostrar por qué son inútiles los recientes esfuerzos en catequizar a los indios. Incluso si resucitara el quimérico plan jesuita, incluso si el futuro de un Brasil indio-cretino fuera una empresa sensata y prometedora, los hechos demuestran cada día la inutilidad de los intentos emprendidos por diversos medios. De la población indígena de Brasil hoy en día, que se estima en un millón, sólo quince o veinte mil indios viven en las aldeas. Tras comprobar la imposibilidad de domesticar a los indios adultos, el Estado compra los niños a sus padres y los educa en los colegios de los misioneros. Estos son los aldeanos. En su afán, un tanto temerario, por aumentar su población permanente, Brasil recurre a todo. Pero ¿de qué le sirven las aldeas si no es para consumir una parte de la fuerza y la riqueza que, aplicada de otra manera, sería mucho más útil?¹⁰⁸ El platónico empeño por civilizar a una raza inferior aún se deriva de esa antigua ilusión, arraigada en nociones que ahora se desechan. El indio comprado a su padre termina valiendo menos que él, porque, sin ganar nada en capacidad, ha perdido la nobleza estética de la libertad salvaje e indómita. Bautizado, pero no por ello cristiano, sólo cretino, cultiva las verduras que come y prolonga una vida inútil para sí mismo y para todos. Habría sido mejor para él morir independiente que prolongar una existencia artificial que no pudiera impedir el curso de las leyes de una naturaleza despiadada.

El plan para la repoblación de Brasil con indios catequizados era quimérico e impracticable; otro programa de colonización, antaño practicado con mayor provecho, tuvo que abandonarse: la inmigración de negros esclavizados. Artificial significa porque, si la esclavitud se nos presenta como una forma natural-social del establecimiento primitivo de las naciones, el caso del transporte de mano de obra esclavizada de una raza exótica difiere esencialmente y por varias razones del

108 De las antiguas misiones capuchinas, sólo quedaban 57 sacerdotes, dispersos por todo el imperio. En 1870, se reanudó el movimiento de creación de aldeas, y los franciscanos fundaron tres establecimientos en el Alto Amazonas, que albergaban (véase *Brasil en la Exposición de Filadelfia*, 1875) a 386 indígenas: São Francisco (Río Preto), Caldeirão (Soliraões) y São Pedro (Madeira). Mientras tanto, el Estado fundó los colegios de Santa Izabel (en el río Araguaia), Manaos y Río Doê (Espírito Santo), subvencionados para la compra y educación de niños. Varias otras aldeas dan testimonio de estos intentos, tanto antiguos como modernos, a saber:

Pará	1	(Bacabal) con 500 indios
Maranhão	28	(de 1840 a 72) con 10.000 (?)
Ceará	1	(Milagres) casi extinguida
Pernambuco	2	(Brejo y Santa-Maria) id.
Espírito Santo	1	(Mutum) con 80 indios
Minas	3	con 700 indios
Paraná	3	con 1.372 indios
Rio Grande do Sul	1	(Nonohay) con 302 indios
Matto grosso	6	con ?
Goyaz	6	con ?

A estos establecimientos deben añadirse los presidios y colonias militares, cuyo propósito principal sigue siendo la catequización de los indígenas o la seguridad de las comunicaciones fluviales. Goiás tiene 7 de estos presidios militares establecidos para proteger la navegación en los ríos Tocantins y Araguaia: también son aldeas indígenas. Las colonias tienen como objetivo más directo la subyugación de las tribus salvajes. El régimen militar se prefiere allí al régimen eclesiástico o civil experimentado en las aldeas misioneras o estatales. Las tres formas coexisten. Hay numerosas colonias militares subvencionadas con un presupuesto anual de 800 contos. Entre todas ellas, las siguientes florecieron relativamente: Óbidos (500) en Pará; São Pedro de Alcântara (600) en Maranhão; Dourados y Miranda, en Mato Grosso; Itapurá (335) y Avanbandava (1.000) en São Paulo; D. Pedro II y S. João (259) en Pará; Urucu en Minas.

En Santa Catarina, la colonia de S. Thereza está destinada a veteranos del ejército, con parcelas de tierra al estilo romano antiguo. Cuenta con 454 hombres.

Además, el régimen colonial-militar incluye Fernando Noronha (Pernambuco), una prisión para criminales obligados a realizar trabajos agrícolas. Tiene 2088 habitantes, produce lo que consume y exporta maíz y algodón. (Véase ahora y más adelante, además de *Brasil en Filadelfia*, ya citado, el libro del Sr. A. de Carvalho, *O Brasil*, valioso por sus contribuciones a la historia de la repoblación moderna del imperio).

primero; los medios artificiales, repetimos, la inmigración de negros esclavizados podrían servir al régimen colonial, a la explotación de la *fazenda* americana por los portugueses; pero ciertamente no sirve al desarrollo natural de una nación, si esta desea adquirir homogeneidad y estabilidad, y perder el carácter económico de una colonia, es decir, realizar una labor más compleja y difícil que la pérdida del carácter de dependencia política.

La prohibición de la trata de esclavos, y posteriormente la abolición de la esclavitud¹⁰⁹, se cuentan, por lo tanto, entre las medidas eminentes de la Constitución Nacional de Brasil, cualesquiera que sean los obstáculos transitorios que puedan surgir o hayan surgido de ella para la economía de la producción agrícola.

La fuente de mano de obra indígena es naturalmente estéril, y la fuente de mano de obra negra esclavizada está extinguida por ley. La peligrosa tentación de buscar mano de obra en otros criaderos de razas prolíficas e inferiores intoxica a muchas mentes. Si los indígenas son incapaces, si no podemos tener más negros, ¿por qué no ir en busca de hombres a la India y China, esos caldos de cultivo de gente pasiva y trabajadora, quienes, es cierto, no pueden ser nuestros esclavos, sino que se someterán a un régimen de cuasi servidumbre que nos resulta rentable? Esto es lo que piensa

109 1810—En tratados con Inglaterra, Portugal se compromete a abolir la trata de esclavos.

1817-18—Restricciones a la trata de esclavos. Aumento de los derechos de importación, de 6.000 a 15.600 per cápita. La mitad de la diferencia se aplicó a un fondo de colonización blanca: de allí surgieron las primeras colonias suizas. Se limita la exportación de esclavos en África: oriental, entre Cabo Delgado y Lourenço Marques; occidental, de 8° a 18° S.

1851—Prohibición absoluta de la importación de esclavos a Brasil.

1871—Manumisión de esclavos de la nación y de la casa imperial. Creación del establecimiento de São Pedro de Alcântara (Piauí) para recibir a los libertos; y del fondo para la liberación de esclavos privados. Declarada la libertad de vientre, nadie más nace esclavo.

De 1871 a 1875, los fondos gastados por el fondo de liberación ascendieron a 4.056 contos; con ello, gracias a las manumisiones otorgadas espontáneamente por los amos, a los subsidios provinciales, a la caridad y a la automanumisión obtenida por los esclavos mediante sus ahorros, entre 1871 y 1875, 6.000 negros fueron liberados. Al mismo tiempo, en virtud de la ley, 60.000 nacieron libres en ese período. La combinación de estos medios extinguirá la esclavitud en Brasil en pocos años. Según el censo de 1872, el número de esclavos era de 1.500.000 (*Nota de la 1.ª ed.*)

Si bien los defensores de la ley de 1871 creen que para finales de siglo la esclavitud estará totalmente abolida, no faltan quienes la niegan y exigen una nueva legislación. Los abolicionistas acusan a los gobiernos de prevaricar, sostienen que el número de esclavos, en lugar de disminuir, aumenta, afirman que los negros libres y emancipados están siendo reducidos a la esclavitud, añaden que hay venta de inocentes y tráfico de hijos de indígenas en la Amazonia, concluyendo que la emancipación gradual es un fraude.

¿Acaso esta alegación no parece contradecirse por el aumento del precio de los negros? Si ese precio sube hoy de 200 a 300 libras, ¿no demuestra tal hecho que el material escasea en el mercado y, por lo tanto, la ley tiene un efecto positivo?

Sea como fuere, es un hecho que tras la publicación de la primera edición de este libro, los abolicionistas propusieron ante los tribunales un proyecto de ley cuyas principales disposiciones son: a) Extinción absoluta, mediante compensación, el 1 de enero de 1890; b) Prohibición inmediata de la transferencia de propiedad de esclavos bajo cualquier título, salvo la sucesión necesaria en orden descendente; c) prohibición de las casas de comisión y depósito para el alquiler de esclavos; d) prohibición del trabajo esclavo en obras públicas o privadas subvencionadas por el Estado; e) creación de juntas de emancipación para revisar los registros; de una sección de emancipación en el Ministerio de Agricultura; de cajas de ahorro para el ahorro de esclavos, con la contribución de los propietarios de 0,5 peniques por cada 100 del valor de cada esclavo; aplicación de los bienes de conventos y otros al fondo de emancipación. (*Nota de la 2.ª ed.*)

La ley del 28 de septiembre de 1885 puso fin definitivamente a la agitación abolicionista. La esclavitud pronto desaparecería de Brasil. Según las estadísticas de finales de 1885, la población esclava del imperio era:

Hombres:	623.274
Mujeres:	553.748
	<u>1.177.022</u>
Menores de 60 años:	1.099.080
Mayores de 60 años:	87.942
	<u>1.177.022</u>

(*Nota de la 3.ª edición*).

el agricultor, calculando los cientos de arrobas de café que la falta de mano de obra le impide cosechar, ansioso por amasar una ganancia tentadora.

El interés del agricultor no es, en este caso, el interés del Estado; ni es el volumen de las ganancias inmediatas el criterio superior para quienes miran a los intereses permanentes y futuros de un pueblo, y no a la ganancia vitalicia y transitoria de los ricos de la nación. La economía política destruyó en la primera mitad de este siglo la vieja ilusión de la coincidencia de la riqueza nacional con la abundancia de dinero. A la economía social le corresponde, en su segunda mitad, destruir la ilusión creada por una ciencia incompleta: la ilusión de que la riqueza de los individuos, la abundancia de la producción, coincide con la verdadera riqueza colectiva, que proviene principalmente del orden en la distribución de los productos creado, no artificialmente por una protección anacrónica, sino natural y normalmente por una competencia que, sin embargo, sólo es verdaderamente libre cuando está moralizada y equilibrada¹¹⁰.

Reemplazar al esclavo negro con el trabajo del chino es crear indiscretamente los problemas que California enfrenta hoy. Estos son ejemplos actuales, no meras opiniones ni documentos más o menos debatibles arrancados del pasado. Aplastada por la tenaz competencia, como la de una colonia de hormigas, por la competencia de los pasivos, humildes, silenciosos pero incansables chinos, California no duda en romper la constitución, negar la libertad y decretar la expulsión total de un pueblo que la oprime, la absorbe y la domina. La ley de la seguridad pública, la fatal y severa ley de la Razón de Estado, imponiéndose cruelmente, obliga a suspender la norma de las garantías liberales. La inmigración china trajo consigo la crisis de California; ¿por qué Brasil, para aumentar la riqueza de sus agricultores, buscaría los elementos de futuras crisis constitucionales?

Reemplazar al esclavo negro con el chino libre es prolongar la condición colonial y obstaculizar el desarrollo de los órganos nacionales naturales. Sólo una población homogénea y fija, más o menos productiva de todo lo esencial para la vida, puede constituir verdaderamente una nación. Una agregación de personas sin unidad, una minoría de agricultores opulentos que explotan el trabajo de una población exótica e inferior, y una producción exclusiva mediante cuyo intercambio se obtienen los bienes necesarios para la existencia, siempre ha sido la característica de una colonia.

La historia de Brasil nos lo ha demostrado claramente al comparar la *fazenda* portuguesa del norte con la nación embrionaria del sur; y si Brasil es un imperio políticamente independiente, se lo debe al segundo, y no al primero, de sus dos antiguos estados. La independencia política no basta para constituir una nación: este término corresponde a la idea de autonomía étnica, moral, intelectual y económica. La colonia es lo contrario.

Lanzar una oleada de chinos o indios sobre una población de siete u ocho millones de europeos, una oleada que no se agotaría si la corriente se ve favorecida por el clima y otras condiciones, sin duda enriquecería a los algodóneros y cafetaleros ahora; pero también, en un futuro próximo, arruinaría el futuro de la nacionalidad naciente o la sumiría en el peligro de una crisis muy grave. O bien la reacción del elemento europeo conduciría a una situación como la de California hoy, o este elemento se sofocaría y se perdería entre las oleadas de población asiática; y los rastros de sangre blanca, cada vez más borrados por el mestizaje sucesivo, finalmente desaparecerían. Un Brasil chino, es decir, la sustitución de uno de los centros de la civilización europea en América por una nación mestiza y bastarda, es una perspectiva repugnante.

Además de todos estos graves, aunque remotos, peligros, no deben olvidarse las consecuencias inmediatas de la inmigración china. La corrupción decadente de la antigua Asia prospera en aquellas razas para quienes la idea del progreso moral y material ya les resulta ajena¹¹¹. Estancadas, como las aguas de un estanque, se pudren. Y los *culíes* que emigran siguen siendo la

110 Véase *Regime das riquezas*, pp. 157 ss.

111 Véase *Theoria da hist. universal*, en las *Taboas de chronol.*, pp. XX-XXII.

escoria de una población dañada en todo su sistema. Y más allá de estas manchas que la inmigración purulenta proyectaría entre las poblaciones europeas, hay consideraciones de otro orden. Los chinos no emigran, viajan. No intercambian sus posesiones, contratan temporalmente su mano de obra. No es una población la que se asienta, es la marea en permanente flujo y reflujo. Las consecuencias de un orden étnico o moral son, por lo tanto, las mismas, pero no las de un orden económico. La ola que llega, llega desnuda y hambrienta; la ola que se va, regresa llena y vestida. Las economías del trabajo no se consolidan en una tierra que para los chinos no es una patria adoptiva, sino simplemente un refugio temporal; y los metales, aquellos en los que llevan consigo sus ahorros, escasean de inmediato, provocando crisis monetarias.

Un Brasil europeo, no asiático, una nación y no una colonia, ese es el futuro seguro de la antigua América portuguesa. Seguro, pero lento: así se construyen las obras duraderas. ¿Cuál es el valor, cuál es el propósito, de la prisa ciega, la más ciega carrera por devorar toda la riqueza del mundo? ¿Estamos explotando una concesión vitalicia, o somos, hombres de hoy, simplemente un momento y un aspecto de la sucesión indefinida de generaciones? En solidaridad con nuestros antepasados y los venideros, guiados por el respeto a la humanidad eterna e ideal, los hombres fundaron naciones. El utilitarismo árido, el egoísmo individual y el materialismo práctico son armas útiles, pero sólo para obras inferiores. ¡Jamás han creado Romas!

VI. La inmigración europea

Cuando surgieron las causas y las medidas que, a principios de siglo, anunciaron el fin de la esclavitud negra; cuando Brasil se abrió al estudio de los naturalistas y sus puertos al comercio internacional, se desarrolló un movimiento para incentivar la inmigración de suizos y alemanes. Se pensaba que así se atraería hacia el sur una parte de la corriente emigratoria que cada año llega desde Europa central y septentrional a Estados Unidos; y con esta nueva afluencia de hombres, se impulsaría la colonización del reino, posteriormente imperio, de Brasil, más rápidamente de lo que permitía el crecimiento natural de la población y la inmigración portuguesa. Cuatro colonias creadas y protegidas por el Estado se fundaron con éxito¹¹² y hoy, emancipadas, han entrado políticamente en el sistema de administración general del imperio, aunque su población germánica no se ha integrado en la población nacional. Hasta mediados de siglo, las provincias, a través de sus gobiernos, siguieron el ejemplo del Estado; pero los intentos posteriores de establecer colonias no dieron los resultados previstos. De las once colonias creadas (1826-1846), siete se marchitaron y desaparecieron. Fue en la década siguiente cuando la iniciativa privada intervino decisivamente, creando colonias de aparcería, cuyo resultado, sin embargo, tampoco cumplió con las expectativas. La agitación generada en 1860-61 resultó estéril, y el sistema de colonización cayó gradualmente en desuso, a pesar de las grandes sumas gastadas por el tesoro para apoyarlo¹¹³.

112 Santo-Agostinho (Esp. Santo) 1812; Leopoldina (Bahia) 1818; Nova Friburgo (Rio de Janeiro) 1819; S. Leopoldo (Rio grande do sul) 1825.

113 Estas son las principales cifras de las estadísticas de las colonias europeas en Brasil:

1. COLONIAS EXISTENTES EN 1875

Provincias	col. estatales	col. provinc.	col. partic.	Total Población (hab.)	
Pará	1	1	1	3	237
Bahia	1	2	—	3	1.941
Paraná	1	4	3	8	3.138
Espirito Santo	3	1	—	4	7.297
Minas	1	1	—	2	2.020
Rio de Janeiro	1	—	—	1	400
Santa Catharina	2	1	1	4	19.856
Pernambuco	—	2	—	2	900
Amazonas	—	—	1	1	?

El dudoso éxito —para algunos, derivado únicamente de errores administrativos, para otros de causas más graves— de las colonias estatales había despertado la esperanza en la colonización libre. La ley de 1850, basada en los principios del sistema agrario australiano, estaba vinculada a una viva confianza. La facilidad de navegación, las crisis industriales en Europa que expulsaban anualmente a cientos de miles de hombres al Nuevo Mundo, deberían haber favorecido al Brasil, ya que enriquecieron a los Estados Unidos y a las colonias inglesas. Se firmaron contratos, más o menos bien concebidos, con sociedades de emigración. Los ingleses y alemanes, transportados gratuitamente en vapores subvencionados, encontrarían tierras demarcadas a lo largo de las líneas ferroviarias; las pagarían durante seis años a un precio mínimo (de 0,5 a 2 réis por cada 4,84 m²); tendrían libre importación de equipaje y utensilios, y un subsidio para la instalación.

S. Paulo	1	—	3	14	2.142
R. g. do Sul	1	5	4	10	10.552
	12	15	25	52	48.483

De todas ellas, sólo tienen más de 2:000 habitantes:

Soledade	en Rio grande do Sul	2.187	colonos de procedencias varias
Ilajahy	en Santa Catharina	2.891	alemanes
S. Leopoldina	en Espirito Santo	5.000	alemanes
Blumenau	en Santa Catharina	7.621	alemanes
D. Francisca	en Santa Catharina	7.860	alemanes

En 1873, la población colonial era de 40.323 habitantes, y dado que las colonias de Santa Cruz y São Angelo, con 8.816 habitantes, se emanciparon en 1871 y entraron en el régimen administrativo común, se observa que entre 1873 y 1875 hubo un aumento de 16.976 habitantes.

II EMANCIPACIÓN Y EXTINCIÓN HASTA 1870

Provincias	emancipadas (n°—hab.)		extinguidas (n°—hab.)		Total (n°—hab.)	
Rio gr. do Sul	3	31.545	7	?	10	31.545
Santa Catharina	6	3.311	4	282	10	3.593
Paraná	—	—	3	?	3	?
S. Paulo	—	—	42	3.075	42	3.075
Rio de Janeiro	3	10.348	5	670	8	11.018
Minas	—	—	1	195	1	195
Espirito Santo	2	801	1	16	3	817
Bahia	1	?	4	1.366	5	1.366
Piauhý	—	—	2	?	2	?
Maranhão	—	—	6	974	6	974
Pará	—	—	2	?	2	?
	15	46.005	77	6.578	92	52.583

De las colonias emancipadas contaban con más de 2.000 habitantes:

S. Leopoldo	en Rio grande do Sul	(Estado)	22.729
S. Cruz	en Rio grande do Sul	(Prov.)	7.000
Petrópolis	en Rio de Janeiro	(Estado)	8.200

Todas las colonias extinguidas tenían menos de 2000 habitantes.

Podemos deducir algunas conclusiones a partir de estas cifras:

a) Sumando la población de las colonias existentes, emancipadas y extintas, obtenemos 101.066 habitantes; de esta cifra, el 65% (6.554) corresponde a las colonias de Santa Catarina y Rio Grande do Sul; lo que demuestra que la colonización germánica sólo ha arraigado en el extremo sur de Brasil, donde el clima es más benigno.

b) Las provincias del norte no tienen colonias; pocas en el centro; y la población de este tipo no se extendió más allá de la zona marítima.

c) Restando del total de 101.066 habitantes de las 144 colonias creadas, las de Rio de Janeiro, Santa Catarina, Rio Grande do Sul y Espírito Santo, que son 51 con 85.078 habitantes, vemos que, del resto, dos tercios se extinguen y no prosperan.

III. EL SISTEMA COLONIAL

La creación de colonias por parte del Estado es más fructífera que la de las provincias y los particulares:

	Estado (n°—hab.)		Provincias (n°—hab.)		Particulares (n°—hab.)	
Colonias creadas	31	62.376	20	15.629	93	22.998
Colonias emancipadas	10	36.860	4	8.816	1	329
Colonias extinguidas	9	1.815	1	?	67	4.763
Colonias existentes	12	23.701	15	6.876	25	17.906 *

Al mismo tiempo, el Estado subvencionaba a las provincias, organizaba la agrimensura y el catastro para distribuir y garantizar la propiedad de los recién llegados. Al mismo tiempo, se abrió la navegación por el Amazonas a todas las banderas y no retrocedió ante ningún obstáculo en su esfuerzo por atraer colonos de raza germánica al Brasil.

A pesar de todo, la ola de emigración del norte no fluyó hacia el imperio. Los portugueses siguieron representando la mitad o más de los nuevos subsidios para la repoblación brasileña¹¹⁴. ¿A qué se puede atribuir tal decepción? A varias causas, superiores a la voluntad de los estadistas y a la influencia de los subsidios. La principal de ellas es el clima, no por su insalubridad, un caso excepcional, sino por la temperatura. La experiencia de muchos siglos ya ha demostrado que las razas germánicas no se asientan en regiones tropicales, especialmente cuando la concurrencia les

* D. Francisca (S. Catharina) cuenta por si sola 7.860 habitantes. Las 24 restantes, 10.046 habitantes.

Estadísticas de *fundación* y *extinción*, por etapas:

1812 a 1825	4	—
1826 a 1846	11	7
1846 a 1860	96	66
1860 a 1875	33	4
	<u>144</u>	<u>77</u>

Durante el período 1846-1860, floreció la creación de colonias privadas, principalmente en São Paulo, pero sin éxito. De estas 43 colonias paulistas, fundadas bajo el sistema de aparcería agrícola, 39 decayeron con mayor o menor rapidez. Las cuatro restantes se mantuvieron bajo el sistema de pago por unidad de cosecha; y las que se fundaron posteriormente se rigen por el mismo sistema. Diez colonias, creadas en 1855 en Río y Maranhão, decayeron. Por lo tanto, 49 de las 66 colonias que dejaron de existir durante el período 1846-1860 decayeron debido a un vicio de origen.

Los gastos que el Estado realizó con la colonización totalizaron, de 1851 a 1871 (en contos):

Colonización:	8.339
Agrimensura:	3.271
Varios:	630
Total de gastos:	<u>12.240</u>
Producto de las tierras:	347
Neto:	<u>11.893</u>

Hemos visto que la población colonial total (suponiendo que todos los habitantes de las colonias extintas se fusionaran con la población general) ascendió a 100.000. De esta cifra, sin embargo, la mitad entró en Brasil antes de 1851. Por lo tanto, el gasto de 12.000 contos debe dividirse entre 50.000; porque si bien existe cierta inmigración no colonial, apoyada por subsidios gubernamentales, la inmigración portuguesa, parte de la cual también se establece en las colonias, es gratuita. Por lo tanto, el costo de cada colono alemán (casi exclusivamente alemán) ronda los 240.000 réis. ¿Vale la pena a este precio?

114 Estadística de la inmigración en el Brasil.

	1851-4	1855-64	1864-73 (Rio de Janeiro)
Entradas totales	34.873	132.079	103.754
Salidas	7.181	33.085	56.240
Saldo	27.692	98.994	47.514
Entradas de portugueses	?	71.499	66.258
Salidas	?	?	32.132
Saldo	?	?	34.126
Saldo medio anual total	6.923	9.899	4.751
Saldo medio anual portugueses	?	?	3.412

Inmigración en Río entre 1864 y 1873, por naciones.

	Entradas	Salidas	Saldo
Portugueses	66.258	32.132	34.126
Alemanes	3.435	2.273	1.162
Americanos	3.691	2.309	1.382
Franceses	6.714	5.032	1.682
Ingleses	6.454	4.188	2.266
Italianos	10.651	5.602	5.049
Españoles	4.107	2.603	1.504
Otros	2.444	2.101	343

(En el Libro IV § 5, el lector encontrará un estudio más detallado de las cifras de la inmigración portuguesa).

ofrece zonas templadas para la colonización. Tras esta causa natural, surge otra social: Brasil es un estado latino y católico, y los alemanes protestantes son y siguen siendo extranjeros. Incluso si la ley establece una libre nacionalización, las leyes no pueden hacer más que sancionar hechos o reorientar tendencias previas. La nacionalización política es una palabra vana cuando no corresponde a una asimilación social.

Este no es el caso de las colonias germánicas en Brasil. Viven dentro del imperio, al estilo germánico, con su propio culto, su propia lengua, sus propios periódicos, sus propias costumbres. Son un brazo distante de la patria europea, y no una molécula fija de la población brasileña. Están en América, sin convertirse en americanos. Esto no ocurre, sin embargo, en Estados Unidos, y por ello los ingleses reclaman el derecho exclusivo de asimilar las nacionalidades que emigran a sus colonias actuales o pasadas. Una observación más atenta del hecho, preciso en sí mismo, nos dará, sin embargo, una explicación completamente diferente. La afinidad racial es el elemento más poderoso de la asimilación: de ahí proviene, junto con el parentesco de sangre, la hermandad de los instintos religiosos y sociales, consagrados en cultos e instituciones, si no iguales, similares y esencialmente idénticos. Por lo tanto, la sangre germánica encuentra en Estados Unidos una patria que no ve en Brasil; por lo tanto, ocurre lo contrario con los italo-españoles en la América neo-portuguesa. Los sacrificios realizados en vano por Brasil para consolidar la emigración alemana dentro del imperio habrían tenido un resultado diferente si se hubieran dirigido hacia Italia y España, naciones hermanas en sangre y genio, cuya emigración relativamente abundante está colonizando el Río de la Plata. La inmigración latina, portuguesa, italiana y española, al aumentar la población, incrementaría la homogeneidad y consistencia del nuevo imperio. Se vería entonces cómo la asimilación no es un privilegio de los sajones, sino una consecuencia del parentesco racial. Por otro lado, la colonización no se limitaría a la región templada del extremo sur del imperio, ya que los latinos del sureste europeo se aclimatan a los trópicos, a diferencia de los alemanes y los sajones.

Supongamos, sin embargo, que las condiciones naturales y sociales no imposibilitaran de esa manera la colonización alemana. El futuro de Brasil sería deslumbrante. Un país abierto a todos los pueblos europeos, separados por raza y costumbres, incapaz de formar una población homogénea, el imperio se fragmentaría fatalmente en un sistema de diminutas naciones neo-portuguesas, neo-suizas, neo-alemanas, neo-inglesas, etc., como lo son las actuales colonias germánicas en embrión. Podría haberse enriquecido con esto, pero el futuro de la nación se vería seriamente afectado y, en última instancia, perdido.

Desde Brasil, se han escuchado protestas contra esta política errónea y ya decadente. Estas protestas, en cierto sentido, son inútiles, porque la terquedad de las cosas resiste con suficiente energía los planes que se le oponen; pero el grito de *Brasil para los brasileños* tiene para nosotros el

El saldo de inmigrantes portugueses en este período representa casi el 75 % del total, aunque nuestra inmigración había ido disminuyendo, de casi 10.000 en 1855 a poco más de la mitad. El número de inmigrantes alemanes aumentó desde 522 (1855) a más de 4.000 (1862) al año, antes de descender en el período 1864-73 a un promedio anual de 343. Después de los portugueses, los italo-españoles, tan abundantes en el Río de la Plata, son los más numerosos. (*Nota de la 1.ª ed.*)

En 1879, la inmigración europea a Río fue de 22.189 personas, frente a 8.806 salidas: un saldo de 13.383. En 1880, las llegadas mostraron una cifra similar:

Italianos: 9.404
Portugueses: 8.608
Alemanes: 2.385
Españoles: 1.254
Otros: 1.210
Total: 22.859.

En 1879, el número de portugueses fue de 8.841, el de alemanes, 2.022, pero como salieron 1.653, el saldo era de tan solo 369. De esto se desprende que la inmigración alemana está disminuyendo, la portuguesa no está aumentando; la italiana sí lo hace, y eso es positivo. «Los italianos —decía el *Times*— que eran muy pocos hace diez años, ahora suman unos 60.000 en el imperio.» (*Nota de la 2.ª edición*)

gran mérito de demostrar un hecho, además, ya probado desde hace tiempo: la existencia de una conciencia colectiva, de un sentimiento definido del futuro nacional. «Dentro de unos años, ¿qué será de este Brasil latino y católico nuestro, en presencia de ese otro Brasil germánico y protestante, en hábitos, en carácter, en todo lo completamente repulsivo, antagónico al Brasil al que pertenecemos?»

Es fácil diagnosticar lo que sería.

El futuro cierto, seguro, consistente y verdaderamente grande del imperio reside en el desarrollo homogéneo de su población. La inmigración es algo positivo; pero es esencial que la infusión de sangre extranjera no exceda los límites de cantidad que la población preexistente podría asimilar, y menos aún que traiga elementos antipáticos o heterogéneos. De esta manera, se forma una posada, nunca una nación. Primero, sangre portuguesa, y después, gallega (que es portuguesa) e italiana, como afines; esto es lo que conviene al temperamento de Brasil y a su clima tropical. ¿Es la infusión pequeña, el desarrollo lento? Así debe ser, así tiene que ser. No comparen los miles de inmigrantes que llegan a Brasil con los cientos de miles que llegan a Estados Unidos, excepto cuando se comparan las poblaciones fijas de un estado con las del otro. Entre siete u ocho millones de brasileños y cuarenta o cincuenta millones de estadounidenses, hay una distancia que no es meramente proporcional.

Para evaluar adecuadamente el desarrollo de las dos grandes naciones americanas, es necesario no contrastar cifras que, en abstracto, carecen de significado: es necesario comparar la proporción de este desarrollo. Entonces, ¿ha crecido tan poco la población brasileña? Absolutamente será poco, pero en términos relativos, es tanto o incluso más que el de Estados Unidos.¹¹⁵

115 La población de Estados Unidos era de 4 millones en 1790 y había aumentado hasta 33 millones en 1870: se multiplicó por ocho.

La de Brasil, que se mantuvo estacionaria en su elemento negro, multiplicó por diez el elemento europeo:

	1789	1816 (Balbi)	1872
Blancos	800.000	843.000	8.200.000 brasil. + 220.000 europ.
Mestizos libres	?	426.000	—
Mestizos esclavos	?	202.000	—
Negros libres	—	159.500	—
Negros esclavos	1.500.000	1.728.000	1.510.000
	2.300.000	3.358.500	9.930.000
Indígenas		259.400	
Total		3.617.900	

Balbi dividió así la población (1816) según el color:

Raza blanca	843.000
Raza roja	259.400
Raza negra	1.887.500
Mestizos	628.000

Ninguno de estos cálculos incluye la población india salvaje. Se estima que hoy es de un millón.

Para comprender mejor la distribución geográfica del aumento de la población, a continuación se presentan algunas cifras por provincias, calculadas en fechas anteriores al censo de 1872, y comparadas con él:

Rio Grande do Sul	1801	40.000	1816	97.600	1872	434.813
São Paulo	1808	200.000	1816	253.400	1872	837.354
Minas	1808	510.642	1816	485.000	1872	2.039.735
Mato Grosso		?	1816	68.400	1872	60.417
Goyaz	1804	50.539	1816	90.000	1872	160.359
Río de Janeiro		?	1816	575.000	1872	782.724
Bahía	1775	245.000	1816	858.000	1872	1.379.616
Pernambuco	1804	550.000			1872	841.539
Parahyba	1775	52.000	1816	739.000*	1872	376.226
Ceará	1813	150.000			1872	721.686
Rio Grande do Norte	1775	23.000			1872	233.979
Maranhão		?	1816	182.000	1872	359.040

Imaginar que doscientos o trescientos mil europeos de cualquier raza pudieran entrar a Brasil anualmente es una ilusión; desearlo es un error deplorable. Es mejor proceder con seguridad y normalidad que precipitarse en situaciones llenas de riesgos. La entrada abrupta, la infusión precipitada de elementos que, además de ser excesivos para la capacidad de absorción del pueblo nacional, son necesariamente rebeldes por naturaleza e incluso incapaces de asimilación, resulta perjudicial para la organización interna de una nación. Es mejor una inmigración lenta y natural, proporcional a las fuerzas del país y que se integre, que la irrupción turbulenta de masas hambrientas y desmoralizadas. Por brillantes o seductores que parezcan ejemplos como los de Australia, lo cierto es que más de un observador perspicaz descubre allí las razones de posibles crisis futuras.

El progreso de una nación difiere esencialmente de la explotación de un territorio concedido. En una empresa, el futuro es vitalicio; el único punto de vista es el lucro. Brasil no es una concesión dada, es una nación en crecimiento. El criterio estrecho y exclusivo del beneficio de la agricultura y del comercio no basta: es necesario, sin embargo, que este criterio contribuya subordinadamente a la construcción firme y duradera del Estado¹¹⁶.

VII. El desarrollo de la riqueza

En las nuevas sociedades, es evidente, la riqueza desempeña un papel más importante que la ciencia y la filosofía. Es la iniciación práctica, tras la cual viene el trabajo de las escuelas y las doctrinas; es la creación de fuerza colectiva, que precede a la creación de ideas en las que el hombre no encuentra satisfacción para ninguna necesidad utilitaria. Esto es lo que ocurrió en la vida de las naciones europeas; porque en todas partes la constitución del órgano precede a la aparición de la función. Sin que la sociedad viera formada su estructura, estabilizada su riqueza; sin que se satisficieran las ambiciones suscitadas por los evidentes tesoros naturales, y por la escasez de reclamos para apoderarse de ellos y movilizarlos, las naciones nunca podrían tener voz en el concierto de la humanidad. Así son los Estados Unidos; cuarenta millones de hombres que apenas

Pará	?	1816	269.500	1872	275.237
* Incluye población de Pernambuco y de Ceará.					

A continuación provincias destacadas, según el censo de ese año:

Amazonas	57.610
Pianhy	202.222
Alagoas	348.009
Sergipe	176.243
Espirito Santo	82.137
Município da Corte	274.972
Paraná	126.722
Santa Catharina	159.802

Si ahora combinamos las cifras del Censo de Balbi de 1816 y el de 1872 en las seis regiones que hemos establecido anteriormente para estudiar la densidad de población, encontraremos:

	1816	1872
I-II Corte, Río de Janeiro y Espirito Santo	575.000	1.139.833
III Ceará, Parahyba, Alagoas, Pernambuco, Río g. do norte, Sergipe, Bahía	1.597.000	4.076.698
IV S. Paulo, Minas Gerais	738.400	2.877.089
V Río g. do Sul, Santa Catharina, Paraná	97.600	721.937
VI Pará, Amazonas, Maranhão, Piauby, Goyaz y Matto-grosso	609.900	1.114.921

¹¹⁶ He aquí las palabras publicadas en el *Times*, un estudio sustancial en el que nos complace encontrar confirmación de nuestras opiniones expresadas previamente en la primera edición de este libro: «Si Brasil busca, con la población que tiene, desarrollar sus recursos, verá que posee en sí mismo, si no todos los elementos de la grandeza, al menos todos los requisitos de la felicidad... El hombre blanco no podrá hacer mucho en el valle del Amazonas ni en las tierras bajas de las provincias del norte; pero en Río Grande, en Santa Catarina, en Minas y en otros distritos del sur y montañosos donde se puede disfrutar de la vida, allí el trabajo, cualquier trabajo, es practicable».

hoy comienzan a contar algo en la vida intelectual de la civilización. Así es Brasil, y no podría ser de otra manera.

En estas sociedades que comienzan y progresan con una fuente de riqueza casi inagotable, garantizando un futuro que superará al europeo, cuando Europa sea a América como Grecia, el primer centro de civilización, es hoy a Europa¹¹⁷; en estas sociedades que están comenzando, decimos, se desarrolla la historia de Robinson Crusoe. Urge construir la ciudad, erigir viviendas, obtener alimentos y enriquecerse. Las ciudades marítimas son las mejores universidades, el comercio, una excelente cátedra. El ferrocarril es más valioso que los estudios sobre las manchas solares, las montañas de la luna o la civilización asiria. Las escuelas comerciales e industriales son más necesarias que las academias; el arado, el martillo y la palanca son más útiles incluso que los abecedarios. Los ingenieros, geólogos, naturalistas y artesanos son superiores a los abogados y teólogos; y, de la misma manera que los periódicos prevalecen sobre los libros, los manuales, las recetas, la instrucción práctica y aplicada prevalecen sobre las obras de ciencia pura. No hay ocio ni inclinación para estudiar las causas primarias de las cosas: uno desea, y es suficiente, saber cómo las ciencias, en sus descubrimientos, pueden ser un instrumento de éxito inmediato.

Este carácter de las sociedades americanas las hace aún tan dependientes de Europa como Roma lo fue de Grecia cuando, opulenta y fuerte, pero sin autonomía científica e intelectual, tuvo que ir a Atenas a beber la instrucción superior y abstracta, que es la levadura vital sin la cual las ciencias o artes prácticas se marchitan y mueren. Las necesidades primarias son más urgentes; se imponen con una fuerza exclusiva.

Entre tantas necesidades, sin embargo, debemos felicitar al Brasil por otorgar tanta importancia a la instrucción elemental¹¹⁸ y por multiplicar las bibliotecas en todas partes. Estas instituciones educativas ya constituyen la primera e indispensable condición para el desarrollo material de un país. No es solo el espíritu lo que las exige, sino el interés.

Con las minas agotadas, la caza de los indígenas relegada a las tradiciones del pasado, y la esclavitud abolida en principio, el nuevo Brasil se liberó del peso de la herencia colonial. La agricultura, fuente de un comercio abundante y próspero, requiere talentos diversos y una mejor educación. Vimos hasta qué punto de abandono había llegado la agricultura a Minas, en el corazón del imperio, impulsada por el deseo de oro. Cuando ese entusiasmo decayó, quedaron ruinas y campos baldíos por doquier: fue en esa época cuando emigró D. Juan VI, y de entonces data la época moderna del Brasil. La gente volvió a fijarse en los campos, y los habitantes encontraron en el café y el algodón unos *yacimientos* más rentables que los del oro. Ya en 1820, el progreso de la provincia de Minas asombraba a los observadores. Algodón crudo y tejidos, café, cueros, tabaco y carnes envasadas de las granjas ganaderas del centro de Brasil se transportaban a Río de Janeiro en sucesivos viajes llevados por dos mil bestias de carga. El dinero fluyó entonces hacia la agricultura de la provincia. A partir de entonces, el progreso agrícola¹¹⁹ del imperio fue general y constante, a

117 Véase *Theoria da hist. universal*, en las *Taboas de chronol.*, pp. XVIII-XX.

118 La educación primaria es pública y obligatoria en algunas provincias. El Estado subvenciona la educación con 5.200 contos y las provincias con 4.500; lo que suma un total de 9.700 contos para 10 millones de habitantes. El entusiasmo de los gobiernos provinciales llega al extremo de consumir una quinta, una cuarta parte e incluso un tercio (Minas, Goiás) de sus presupuestos fiscales en educación. (Comparen 4.850 coutos y 10 millones de habitantes con nuestros 6 o 700 contos y 4 millones de portugueses). El número de escuelas primarias y secundarias es de 5.890, con una asistencia de casi 200.000 alumnos.

119 A continuación se presentan algunos datos sobre la producción agrícola actual del imperio:

Café: 1 hectárea contiene 920 plantas y un hombre cultiva 2 hectáreas. La producción por hectárea varía, según el terreno, entre 7 y 2.000 kg. Los cultivos ocupan 650.000 hectáreas con 600 millones de plantas, que producen 260.000 toneladas de café, de las cuales 50.000 se consumen en el país.

Caña de azúcar: La hectárea produce una tonelada de caña al cabo de 15 meses. El cañaveral dura de 16 a 20 años. Pernambuco-Bahía y sus alrededores son el centro de la producción azucarera.

Tabaco: En Bahía: exportación de 1.500 toneladas.

pesar de las ocasionales crisis locales; y la población comenzó a crecer a un ritmo hasta entonces desconocido.

En consecuencia, el comercio creció¹²⁰. El movimiento exterior de las aduanas se multiplicó por quince, mientras que el transporte marítimo costero, casi sextuplicándose, reflejó las crecientes relaciones entre las provincias costeras del imperio. Junto a Inglaterra, hasta entonces proveedor exclusivo del Brasil, banderas de todo el mundo aparecieron en sus puertos, y la razón del progreso anual del comercio —una tasa que superaba la de cualquier otra nación— se reflejó en un aumento de la balanza de exportaciones, un hecho de eminente importancia en países coloniales y no capitalistas. Impulsado y exigido por el comercio, se creó un gigantesco sistema de instituciones

Algodón: La hectárea contiene 4.500 plantas que producen 2 toneladas de algodón. Un trabajador es suficiente para 3 hectáreas. Además de su cultivo, Brasil hila y teje algodón en 30 fábricas creadas con un capital de 6.500 contos.

La siguiente tabla de exportaciones marítimas en el quinquenio de 1869 a 1874 dará una idea de la importancia de las diversas producciones. Promedio anual de exportaciones, en porcentaje y en contos:

Café	47,4 %	91.098
Algodón	17,2 %	33.013
Azúcar	12,5 %	24.100
Cueros	6,6 %	12.689
Caucho	5,4 %	10.320
Tabaco	3,4 %	6.540
Yerba mate	1,9 %	3.595
Oro y diamantes	1,4 %	2.582
Otros	4,2 %	8.210
	100	192.153

120 Estadísticas comerciales de Brasil

a) Valor total anual promedio del comercio marítimo exterior (en contos):

antes de 1808	22.600
1839-44	66.169
1849-54	148.214
1859-64	236.512
1869-74	347.210

Tasa promedio de progreso: 20,67 %

	<i>Importaciones</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Saldo</i>
1864-9 (totales)	723.978	847.418	123.440
1869-74	775.630	960.767	185.137
Excesos	51.652	113.349	61.697

b) Idem de cabotaje (importaciones)

1830-44	17.275
1849-54	24.204
1850-64	42.020
1869-74	93.585

c) Nacionalidad del comercio exterior (porcentajes)

	<i>Importaciones</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Suma</i>
Inglaterra	51,47	45,30	96,77
Francia	10,49	13,46	32,95
Estados Unidos	4,67	20,90	25,57
Estados de la Plata	9,13	4,75	13,88
Portugal	5,01	4,73	9,74
Alemania	5,21	3,43	8,64
Otras naciones de América	4,56	6,72	11,25
Otras naciones de Europa	0,49	0,71	1,20

d) Progreso de la exportación de productos nacionales (medias anuales en toneladas e incremento):

	<i>1839-44</i>	<i>1869-74</i>	<i>Mult.</i>
Café	83.700	165.120	2
Algodón	10.400	54.440	5
Azúcar	82.170	153.285	1,9

crediticias¹²¹, a menudo corrompido por los excesos de esa especulación usuraria que es el precio de las grandes conquistas y la desgracia del trabajo serio.

¿A qué, entonces, debemos atribuir principalmente un desarrollo tan extraordinario de la riqueza agrícola de la nación, un progreso tan vasto en el comercio correspondiente y el crecimiento seguro y constante de la población, que ya hemos analizado, sino al esfuerzo que Brasil ha realizado para atravesar sus montañas y llanuras con medios de comunicación y transporte fáciles y económicos? Si el desarrollo de la riqueza resulta sorprendente, nuestra impresión desaparecerá al ver lo que se ha hecho para fomentarla. Considerando las carreteras de macadam anacrónicas e insuficientes hoy en día, Brasil, siguiendo el ejemplo de todas las naciones sensatas, se ha comprometido prioritariamente a construir ferrocarriles. Estos son las arterias de la circulación; y, las líneas de servicio locales subordinadas, son secundarias y dependen de las directrices que las primeras han impuesto al movimiento de personas y mercancías. Los ferrocarriles, cuya red crece prodigiosamente, las líneas de navegación fluvial y marítima a vapor, y los telégrafos¹²², los nervios

Cuero	12.500	27.932	2
Goma	391	5.583	14
Tabaco	4.306	14.975	3,5
Mat	2.487	15.717	6
Cacao	2.540	4.578	1,4
Aguardiente	5.503	5.769	0
Yuca	1.821	8.453	4,6
Jacarandá	565	4.740	8
Despojos animales	231	1.469	7
Oro (gramos)	1.131	732	-0,5
Diamantes	2,3	15,7	7

121 Bancos y compañías de crédito (número y capital en contos)

Rio de Janeiro	17	10.000
Bahia	6	17.000
Alagoas	1	400
Pernambuco	1	1.800
Maranhão	2	4.600
Pará	1	1.000
Campos	2	1.300
Santos	1	500
Campinas	1	500
Rio grande do Sul	3	2.600

122 Estadísticas sobre vías de comunicación (1875):

a) Carreteras de macadam: kilómetros

Pará	562	
Parahyba	60	
Pernambuco	251	en construcción 250
Espirito Santo	—	en construcción 287
Minas	232	en construcción 446
Paraná	85	en construcción 98
Santa Catharina	—	en construcción 206

b) Navegación marítima y fluvial a vapor:

28 líneas subvencionadas anualmente por el Estado con 3.436 contos, operan una red de 54.000 kilómetros.

- 1.—Rutas marítimas de Pará a Rio Grande do Sul, que conectan todos los puertos comerciales de la costa.
- 2.—Rutas fluviales por el Río de la Plata hasta Montevideo, y desde allí por el Río Paraguay hasta Cuiabá (Mato Grosso).
- 3.—Ídem, remontando la Amazonia brasileña hasta Tabatinga, en el litoral.
- 4.—Ídem, en las confluencias septentrionales, a lo largo del Río Negro.
- 5.—Ídem. En el sur, a lo largo del río Madeira hasta Santo Antônio, a lo largo del río Parús; a lo largo del río Araguaia, atravesando toda la región del interior.
- 6.—Asimismo, en los afluentes secundarios de Brasil: Itapicuru, Mearim, Pindaré, Parnabyba (Maranhão-Piauí);—Parahyba, São Francisco, Paraguassu, Maragogipe, etc., en la zona costera.
- 7.—Servicio de las lagunas de Mangaba, Jequiá y Patos.

del cuerpo de las sociedades modernas: este es el sistema de órganos mediante el cual el imperio, a costa de graves sacrificios, ha logrado que la apropiación del suelo y la explotación de sus riquezas crezcan de forma singular, incluso hoy y en los siglos venideros, inagotables.

Es necesario, sin embargo, no olvidar un hecho grave: el desarrollo de la riqueza de Brasil aún tiene un carácter colonial. El café, que constituye la mitad de sus exportaciones, se encuentra, en cierta medida, en el estado de las antiguas minas¹²³. Si apareciera una causa fortuita, una de las muchas enfermedades que atacan los cultivos, la prosperidad actual del imperio se convertiría en una tremenda crisis. Al abandonar el cultivo y la fabricación de los bienes esenciales para la vida interna de una nación por la plantación de este enriquecedor arbusto, se prolonga su vida colonial, posponiendo su constitución económica definitiva para más adelante. Las teorías del libre comercio, centradas únicamente en el beneficio inmediato, olvidan las necesidades futuras. Según el Tratado de Methuen, Portugal debía ser la viña de Inglaterra; pero el Marqués de Pombal tuvo el buen juicio de comprender que producir vino únicamente para comprar pan y ropa inglesa podía ser un buen negocio, pero era una política detestable. Estados Unidos piensa hoy como el Marqués de Pombal; y de ser un almacén del algodón de las fábricas inglesas, se han convertido en tejedores y fabricantes de todas las materias primas de su propio suelo: se han convertido en productores de todo lo esencial para la vida social, a cambio de una protección sensata del trabajo nacional. Brasil es la plantación de café del mundo: con el café compra harina para el pan que le falta, compra tela para vestirse y todo lo que necesita. Es indudable que se beneficia enormemente¹²⁴; pero también es innegable que puede estar preparando las causas de una futura crisis. Entre una colonia,

- c) La red de ferrocarriles brasileños cubrirá todo Brasil, conectando el interior con la costa opuesta de América. Con la excepción de la línea estatal (D. Pedro II), los ferrocarriles se contratan con empresas privadas. El ancho de vía generalmente adoptado es de 1 metro. Las líneas se dividen en dos categorías: general y provincial. El subsidio consiste en una garantía de interés del 7 % durante un período que, para el Estado, no podía exceder los 30 años, pero que las provincias a veces extendían hasta los 90. Las Cortes habían autorizado al gobierno a garantizar hasta 100.000 contos de capital ferroviario; de estos, 81.100 ya estaban invertidos. En las líneas provinciales, el Estado y las provincias casi siempre contribuyen a la garantía; la proporción habitual es la siguiente: 5 % para el primero, 2 % para el segundo, aunque la duración de la garantía varía. El capital consolidado para ferrocarriles, construidos o por construir, asciende a 108.000 reales. El gobierno ha gastado 4.000 contos en estudios; y, considerando los 580 kilómetros construidos de la línea Pedro II, 66 mil, o 114 por kilómetro.

La extensión de las líneas es: (1875)

	<i>Explot.</i>	<i>Constr.</i>	<i>Estudios</i>
Generales	940	513	7.348 km
Provinciales	990	552	9.969
	1.930	1.065	17.317

excluyendo aquellas que aún estaban en proyecto. De 1875 a 1878, la red en operación aumentó de 1.930 a 2.393 km. El rendimiento de las primeras líneas explotadas fue, en 1874, de:

S. Francisco (Pernambuco)	123 km	827 contos	6,7 por km
Joazeiro (Bahía)	123 km	366 contos	3 por km
Pedro II (Río de Janeiro)	509 km	7.604 contos	15 por km
Leopoldina (Minas)	60 km	163 contos	2,7 por km
Santos (S. Paulo)	13 km	3.475 contos	25 por km

En 1880, las líneas en operación aumentaron a 3.059 km, con más de 1.910 en construcción.

- d) Las líneas telegráficas conectan toda la costa de Brasil con los estados de Europa y América. En 1875 medían 5.151 kilómetros; hoy miden 6.230 con 104 estaciones.

123 Casi todas las ramas de la agricultura y la industria están en declive. La producción azucarera, aunque sigue siendo importante, ha perdido su liderazgo. El algodón, que debió su rápido crecimiento a la Guerra de Independencia de Estados Unidos, sufrió un declive igualmente rápido con el fin de dicha guerra.—*Corr. del Times*.

124 El aumento de los ingresos públicos es una prueba más del progreso económico del imperio (en contos):

	<i>Generales</i>	<i>Provinciales</i>	<i>Municipales</i>
1826	6.042	?	?
1840-41	16.133	?	?
1864	54.801	12.731	2.655
1874	101.734	21.734	4.552

independiente o vasalla, y una nación, en el sentido económico de la palabra, hay una distancia que Estados Unidos ha superado, pero que Brasil aún no ha superado por completo. Para el economista, el régimen político y el sistema de monopolio o franquicia portuaria son indiferentes en este caso; porque Brasil, que primero compró su subsistencia con azúcar, luego con oro, ahora la compra con café. Los bienes varían, pero la condición no: económicamente, la idea de nación está vinculada a la de un organismo que tiene, en la totalidad de su producción, lo indispensable para su existencia; y que intercambia su excedente con el de otras naciones.

Sólo una nación, ese es el futuro de Brasil: para ello debe abandonar la idea de sustituir la mano de obra negra por mano de obra china, aunque no sea esclava, exótica y doblemente perjudicial: por degradar a la población y por prolongar la condición anormal de colonia. Una nación europea, no una nación mestiza, tal debería ser el pensamiento, la meta de los estadistas. Una nación europea y una nación neolatina, neoibérica, neoportuguesa, para enfatizar bien, en el futuro, la existencia de este pueblo desafortunado, antaño dotado de energía, ahora decrepito y merecedor de mejor fortuna; para dar testimonio de las diferencias que el carácter innato y la historia han dado a las dos naciones de la Península.

Junto a la América germano-sajona se yergue en la futura América Latina: las dos razas de la Europa histórica moderna tendrán dos representantes eminentes en el nuevo mundo. Pero, en América Latina, el dualismo de castellanos y portugueses se mantendrá por la oposición de Brasil a los Estados de civilización castellana. Hoy en día es imposible eliminar, de entre los elementos constitucionales de cualquiera de ellos, las semillas sembradas hace tantos siglos en suelo americano. La rivalidad, el antagonismo, incluso las guerras entre los dos tipos de civilización en Sudamérica, servirán para acentuar y definir un ejemplo de estas diferencias constitucionales, cuya armoniosa ponderación forma el sistema vivo de la existencia de la humanidad.

Junto a la América germano-sajona, con su genio práctico y utilitario, permanecerá Sudamérica para los pueblos que la descubrieron y para todo el resto del mundo desconocido. Ni el noble idioma castellano ni la solemne lengua portuguesa se perderán, como podría haber sucedido si el imperio peninsular no hubiera abandonado Europa. El genio heroico de la civilización ibérica le dio las dos Indias con la espada; luego vinieron los sajones con el arado y el martillo: ¡un lugar para todas las herramientas! Destinados como los romanos a dominar a los pueblos con imperio, exterminamos y saqueamos como ellos lo hicieron. ¿Acaso no hay más recuerdo de Roma que el de masacres y saqueo? ¿Acaso no hay otro recuerdo de España?

Si, en el concierto de las tendencias utilitaristas dominantes, estas palabras parecen discordantes, perdonen a quienes creen que el hombre es algo más que un aparato de aprehensión y digestión. ¡Siempre ha sido bueno que hubiera herejes!

Sin embargo, el análisis del origen de los ingresos generales confirma lo que se afirma en el texto. Como en todas las colonias, la mayor parte de los ingresos proviene de los derechos de aduana. En 1873-1874, de 101.000 contos de ingresos generales, el 75 % (75.242 c.) tuvo este origen.

Cabe destacar también que, de esta cantidad, casi la totalidad se recauda en las seis aduanas principales, cuatro de ellas en las ciudades del Brasil colonial. De los dos restantes (Santos y Rio Grande do Sul), uno creció con la agricultura de São Paulo (algodón y café), el otro con la colonización del extremo sur.

Río de Janeiro	39.104
Pernambuco	12.262
Bahía	9.583
Pará	4.453
Santos	3.396
Rio Grande	3.389
Total parcial	72.277
Otras	2.965
Total aduanas	75.242
Otros ingresos	25.922
Total	101.164

LIBRO CUARTO. ÁFRICA PORTUGUESA

I. Estadística de las colonias

		PROVINCIAS OU GOVERNOS-GERAES	COMARCAS	DISTRICTOS	RELAÇÕES
Possessões asiaticas		I INDIA <i>Goa, com Damão e Diu.</i> <i>Goa, cap.</i>	Ilhas de Goa Bardez Salsete	Damão Diu	
		II MACAU <i>com Timor, no archipelago da Sunda.</i>	Macau	Macau Dilli (Timor)	
Possessões africanas	Continente	AFRICA ORIENTAL III MOÇAMBIQUE — de 10° 41' a 25° 58' ou desde Cabo-Delgado a Lourenço-Marques.	Quelimane Inhambane Lourenço-Marques Moçambique		Goa
			Tete Cabo-Delgado Sofala Angoche Bazaruto Terras firmes		
	Ilhas	IV ANGOLA ¹ cap. Loanda Ocupação : nom. 5° 12' a 18° effec. 7° 49' a 15° 20'	Zaire ou Congo Loanda Benguella Mossamedes		Angola
		V S. THOMÉ ilhas, com o presidio de <i>Ajudá</i> e o protectorado sobre o reino de Dahomey ²	Ambaca	S. Thomé Principe Ajudá	
	AFRICA OCCIDENTAL.	VI GUINÉ cap. Bolama archip. Bijagoz.	Guiné	Bolama Bissau Cachen	
		VII CABO-VERDE archipelago.	Sota-vento Barla-vento		

125 Como resultado de las decisiones de la Conferencia de Berlín (1885), se garantizó a Portugal el dominio del territorio entre Ambriz, en la margen izquierda del río Zaire, desde su desembocadura hasta Moki, y posteriormente a lo largo del paralelo de Noki hasta el río Cuango, bordeando las anteriores fronteras nororientales de la provincia de Angola. Más al norte del Zaire, se garantizó el territorio de Molembo y Cabinda, es decir, la franja costera hasta

	I	II	III	IV	V	VI	VII
	INDIA	MACAU	MOÇAMBI- QUE	ANGOLA	S. THOMÉ	GUINÉ	CABO- VERDE
Áreas: Kil. quadr.....	3.612	12 (Timor 14.316)	1.284.000	1.051.000	1.212	8.400	3.851
População							
(1844-49) Escrava.....	—		42.196	86.731	5.614	67.000	
Livre-indígena	361.242		24.215	297.962	—		
europêa.	1.851	?	100	1.832	185		
asio-africana .	695		1.900	—	7.054		
Actual: indígena	405.434	63.000		433.000	—	5.416	—
(1869-79) europêa.	1.056	1.500	?	2.862	815	102	919
asio-africana	1.255	5.500		—	22.857	636	83.631
Selvagens	—	(Timor 250.000)	300.000	2.000.000	—	?	—
Total...	407.745	320.000	368.411	2.435.862	23.672	6.154	84.550
Orçamento (contos de rs.)							
Receitas (1850-1)....	?	?	78	235	7	—	78
id. (1855-6)....	736	480	462	594	146	73	255
Despezas (1855-6) ...	833	466	688	819	178	178	242
Differ. actuaes	— 97	+ 14	— 226	— 225	— 32	— 105	+ 13
Commercio (contos de rs.)							
Imp. e Export. } 1842-7.....	?	?	78	235	7	—	78
} actual.....	?	?	2.434	4.077	859	532	1.164
Exportações (1876)							
Café, tons.				1.869	1.558		25
Agoardente, pipas				1.688	—		—
Algodão, tons.....				348	—		—
Sementes oleaginosas, tons....	?	?	?	341	1	?	4.824
Oleos, pipas.				866	—		—
Assucar, tons.				—	—		22
Cera, tons.....				1.172	—		—
Cacau, tons.....				—	489		—

Unas breves notas completarán la información necesaria para comprender la naturaleza de las posesiones portuguesas en Asia:

1. La **India**, que con Goa forma un pequeño territorio enclavado en el imperio británico —sin mencionar las pequeñas prefecturas de Kambay (Daman y la isla de Diu)—, está densamente poblada por indígenas (110 habitantes por kilómetro cuadrado). Esta población, antaño industrial, tuvo en Mozambique el mercado de consumo para sus textiles y poder subsistir. La producción, mejor y más barata, de manufacturas inglesas arruinó la industria canari. La producción de sal para el consumo en el subcontinente indio, mantiene una fuente de ingresos (383 salinas con 2.000 trabajadores); y el diezmo y otras contribuciones directas constituyen una fuente de ingresos fiscales que los gastos absorben. Ni como asentamiento portugués, debido a la mínima población europea (1.856 habitantes); ni como fuente importante de comercio, debido a la reducida extensión del territorio y a la competencia inglesa; ni como destino de emigración, debido a su alta densidad de población, la India ofrece escasas perspectivas de un futuro brillante. El tratado de 1879 con Inglaterra será sin duda muy valioso para la prosperidad de un territorio habitado por casi medio millón de personas, precisamente porque intensificará las relaciones con la India inglesa, distanciando de Portugal aún más este baluarte de la histórica Goa. Para la economía de la nación

Chiloango: esta sección está separada de la margen derecha del Zaire. Las dos adquisiciones constituyen el nuevo distrito del Congo o Zaire, cuya superficie aproximada es de 140.000 kilómetros cuadrados al sur del Zaire y 3.000 kilómetros cuadrados al norte.

126 El decreto del 28 de diciembre de 1885 creó el nuevo distrito de Ajudá y el protectorado en todo el reino de Dahomey, determinando las condiciones en que debía ejercerse.

portuguesa y para el futuro colonial, la India y todas las demás posesiones orientales carecen de importancia.

2.—**Macao** se encuentra en condiciones similares. Una ciudad comercial marítima, sin apenas territorio, un puerto franco en la costa de China, el establecimiento solo tiene de portugués el nombre. Es una ciudad china gobernada por nuestros mandarines. Cuando la supresión de la trata de esclavos llevó a las colonias occidentales a buscar un sustituto para los esclavos entre los chinos, Macao se convirtió en el puerto de embarque de los *culíes*. El año 1886 marcó el auge de esta emigración, que, tras declinar en 1871¹²⁷, fue prohibida en 1873. Con esta fuente de ingresos agotada, los impuestos directos, las loterías y la contribución al *fantam* (Macao es una casino) permanecieron como fuente de ingresos para los empleados portugueses. Estos mismos ingresos cesaron cuando el gobierno chino permitió el *fantam* en Cantón. El comercio es chino, dirigido por chinos. Entre la metrópoli y Macao, los vestigios de antiguas relaciones se extinguieron; y los dos puntos del Asia continental, apenas un recuerdo de un antiguo imperio marítimo-comercial, están, de hecho, desvinculados de la vida portuguesa. Ni la inmigración, a no ser la de los empleados públicos, ni el comercio establecen relaciones cuyo valor sea dignas de mencionar.

Surge entonces la pregunta: ¿para qué sirven? ¿No sería mejor abandonarlas? Sirven para alimentar a los empleados que van allí, ya que los mantiene; también sirven para obligar a los buques de guerra portugueses a realizar largas travesías de vez en cuando. No son molestas ni onerosas. Enajenarlas formalmente sería crear, sin razón, uno de esos problemas, en los que las frases ocasionales de los periódicos provocan una agitación dañina, explotando los sentimientos: el estandarte de nuestras conquistas, el monumento de nuestras glorias, la tierra de Albuquerque, la gruta de Camões, etc. Tales exclamaciones, sin valor económico, tienen, sin embargo, un valor moral, siempre que exista patriotismo y un sentimiento de solidaridad histórica; y los estadistas, aunque los críticos reconozcan la vacuidad de sus frases, deben asumir que si hay una nación, debe haber sentimientos patrióticos. Además, el puesto de gobernador es interesante; y dado que los indios y los macaenses no dudan en sostenerlo, ¿por qué renunciaríamos a un empleo más para nuestros burócratas, que bastará para encender el lirismo de los poetas cuando vuelven?

En Macao todo está hecho. En la India, se ha hecho lo necesario desde que se abrió la puerta a la ocupación inglesa: seguiremos teniendo un dominio tan nominal como hasta ahora; no se renunciará a los salarios de nuestros empleados, y Goa renacerá como hizo Bombay. Es evidente que, si mañana China o Inglaterra quisieran Macao o Goa para sí mismas, sería una locura dedicar la vida de un solo hombre a intentar conservarlas por la fuerza de las armas.

Timor no es nada; y sería mejor abandonar, de una vez por todas, a cualquier precio, ese pedazo de isla al que no se vinculan tradiciones ni intereses. Un arenal seco, unas chozas de paja con muro de tierra y un mástil donde ondea la bandera portuguesa, flanqueado por un soldado semidesnudo con un fusil sin cerrojo, tiritando de fiebre, eso es Dilli, como lo llaman: ¡nuestras posesiones en Oceanía! ¿Qué importa que la región sea rica si no hay nadie de nuestro país que explote esas riquezas? Tampoco tenemos el poder con el que Holanda subyuga a los nativos; ni, aunque lo tuviéramos, valdría la pena desperdiciarlo en la mitad de una pequeña isla, perdida en los confines del mundo, enclavada en el imperio oriental holandés.

Dadas estas explicaciones necesarias, nos despedimos de Oriente¹²⁸. África nos llama y exige de nosotros una atención más prolongada. La inmensidad de los dominios portugueses y su ubicación privilegiada en el continente (desembocaduras de los ríos Zambeze y Congo) otorgan a

127 1886: 24.000; 1871: 16.000.

128 A continuación se presentan las cifras del comercio de productos portugueses procedentes de Asia (contos de reis):

	1866	1876	1879	1880
Importaciones	57	59	29	47
Exportaciones	28	21	24	25
	85	70	53	72

Estas cifras no requieren más comentarios y demuestran todo lo expuesto en el texto.

las colonias portuguesas del África continental, con sus islas, una importancia superior. No podemos abordar nuestro problema particular sin investigar el futuro general de la exploración del continente africano. Inseparablemente ligado a él, el futuro de nuestro dominio no depende solo de nosotros.

Antes de profundizar en el tema, sin embargo, conviene concluir las estadísticas de las colonias con las sugerencias que plantea el estado actual de las posesiones africanas.

3.—La división judicial aún vincula a **Mozambique** con Oriente: es la última tradición que perdura, desde que cesó el comercio con la India portuguesa. El error evidente —y una de las mayores pruebas de la falta de sistema en la ocupación de Oriente en el siglo XVI— de no habernos establecido en El Cabo, separó nuestras dos Áfricas por las intransitables extensiones del interior. Los intentos de colonización, una vez dirigidos hacia Mozambique, habrían tenido éxito en el extremo sur. Y este núcleo de población portuguesa se habría extendido tierra adentro hasta Angola y Mozambique, es decir, a latitudes donde ya no es admisible que las razas del norte se aclimaten. La colonización, centralizada en un punto sano y templado, extendería su alcance eligiendo las regiones fértiles y benignas del interior. Sería un segundo Brasil; y así fue en América, a partir del núcleo de São Paulo. Con el abandono del extremo sur, las dos Áfricas portuguesas quedaron aisladas: una, unida al destino de un imperio oriental, y ambas condenadas al destino exclusivo de ser un criadero de esclavos, porque el acceso al interior sólo podía obtenerse desde núcleos formados en la costa, y ambas costas son mortíferas e inhóspitas. El abandono del Cabo de Buena Esperanza alejó para siempre a los portugueses del interior de África, perjudicando la labor de colonización europea del continente.

El destino de Mozambique, dijimos, estaba ligado al destino del imperio oriental. Ese imperio cayó por completo, y tras la pérdida de la costa de Zanguebar en el norte, la influencia colonial portuguesa en África Oriental también se desvaneció por completo. Barridos del interior a la costa, nuestros asentamientos se desvanecieron. Un centenar apenas de europeos, en medio de cuatrocientos mil nativos, sólo podían prevalecer por la fuerza, y esa fuerza desaparecerá. Sin embargo, recientemente, las cifras muestran cierto progreso: los ingresos se han septuplicado y el comercio ha aumentado enormemente. ¿Acaso ha resurgido la influencia portuguesa? ¿Se han fortalecido las relaciones, ya sea mediante la emigración o el comercio? No. Lo que ha sucedido es lo que se verá en Goa en los próximos años, a la sombra del tratado de 1879; y lo que se ve en Macao. La libertad y la apertura de los puertos atraieron a extranjeros, y la influencia se desnacionalizó. El comercio de Mozambique no es portugués: por un lado, las exportaciones se dirigen a Francia; y por otro (Lourenço Marques), el tráfico pertenece a las colonias de influencia holandesa en el interior que no tienen acceso a la costa a través de sus propios puertos¹²⁹. Si El Cabo hubiera sido colonizado, Orange y Transvaal serían hoy el Brasil africano, y Lourenço Marques, Río de Janeiro.

A consecuencia de los errores de la política portuguesa, Mozambique sólo tiene futuro desnacionalizándose, como la India. Los hechos confirman esta opinión, mostrándonos que la promoción de su comercio expresa un distanciamiento que no es menos real por no ir acompañado de la alienación del dominio político.

129 En 1872, el comercio de Mozambique con la metrópoli fue de 72 contos, y con Marsella, de 1.028. En 1870, las exportaciones de la colonia ascendieron a 553 contos: de estos, 1 llegó al reino y 552 a otros países. El libre tránsito otorgado a las mercancías transatlánticas a través de Lourenço Marques incrementó los ingresos aduaneros, que eran de 6 contos en 1870, a 30 contos en 1873-74. A continuación, se presentan las cifras más recientes del comercio de Mozambique (contos de reis):

	<i>Importaciones</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Total</i>	<i>Derechos</i>
1879	1.327	999	2.326	195
1880	1.717	1.377	3.124	258
1881	1.666	1.112	2.778	132
1882	1.493	941	2.434	147

4.—Desplazándose hacia la costa occidental, en **Angola**, la supresión de la trata de esclavos, la prohibición del servicio feudal de portadores y, en cierta medida, la abolición de la esclavitud¹³⁰ dieron a la colonia un nuevo carácter, reforzado con la navegación por el río Quanza, que facilita el transporte en el interior y las rutas marítimas regulares con la metrópoli. Este nuevo estado pronto se tradujo en un notable aumento de las exportaciones, que se triplicaron en un período de veinte años; aumentando en consecuencia los ingresos del Estado¹³¹.

Sin embargo, ¿acaso este desarrollo comercial y el aumento de la producción reflejan una mayor intensidad de la influencia portuguesa, ya sea mediante un vasallaje efectivo de las

130 1771—Libertad de los esclavos al desembarcar en el continente.

1773—Libertad de los hijos de las mujeres esclavizadas en el reino. Abolición gradual de la esclavitud en el reino.

1810—Tratados con Inglaterra abordan la abolición gradual de la esclavitud colonial. Se limita la trata de esclavos.

1815—Ratificación de las convenciones de 1810.

1817—Establecimiento de los Cruzeiros y tribunales mixtos en la convención de Londres.

1818—Promulgación del código penal contra los traficantes de esclavos.

1835—El Marqués de Sá da Bandeira, líder del movimiento antiesclavista. Prohibición de la trata de esclavos en todas las colonias portuguesas.

1836—Se decreta la abolición de la esclavitud colonial, pero no se lleva a cabo. Insurrección esclavista en Angola y Mozambique.

1838—Apertura de los puertos coloniales al comercio internacional.

1842—Tratado anglo-portugués que confirma la abolición de la esclavitud.

1854—Manumisión de esclavos pertenecientes a la corona. Inventario de esclavos privados: los no inscritos en el censo gozan de libertad. Juntas de protección; derecho a la automanumisión. Redención de recién nacidos.

1855—Ocupación de Ambriz para la represión de la trata de esclavos.

1856—Abolición de la esclavitud en Ambriz y Cabo Verde. Los hijos de mujeres esclavizadas son libres. Abolición del trabajo forzoso para portadores.

1858—Decreto que fija 1878 como fecha para la abolición definitiva de la esclavitud colonial.

1868—Decreto de abolición inmediata, firmado pero no promulgado.

1869—Abolición de la esclavitud (25 de febrero). Se otorgó compensación por el trabajo forzado y no remunerado de los libertos, hasta 1878.

1876—Extinción del trabajo forzado de los libertos.

131 A continuación se compara el rendimiento. Las cifras de 1834 las da Sá-da-Bandeira; las del segundo período son de Lopes de Lima:

Cabo Verde	1834: 92.522	1842-43: 90.176	1875-76: 220 c.
S. Thomé	1834: 8.490	1843-44 9:821	1875-76: 109 c.
Angola	1834: 132.879	1845-46 259:046	1875-76: 566 c.
Mozambique	1834: 56.154	1857-58 88:929	1875-76: 248 c.

En períodos más recientes, las cifras son las siguientes (contos):

	<i>Cabo Verde</i>	<i>Angola</i>	<i>Mozambique</i>
1876	210	566	250
1878	227	—	—
1880	219	—	473
1882 (aduanas)	—	(416)	(147)
1885-86	255	504	402

De estas cifras se desprende claramente cómo, tras veinte años de crecimiento determinado por las causas mencionadas en el texto, los ingresos coloniales, durante un período igual de veinte años, se han mantenido, podría decirse, estancados. Esto no es sorprendente, porque el progreso del comercio ha sido en beneficio de los extranjeros, y la fuerza de las circunstancias, ayudada por la falta de discernimiento de los gobiernos, ha ampliado cada vez más las libertades de comercio y navegación.

poblaciones indígenas, un aumento de la población europea¹³² o, finalmente, un aumento de las transacciones comerciales con la metrópoli?¹³³ Esto es lo que tendremos que estudiar.

La ocupación del territorio de Angola tuvo y tiene un carácter indefinido desde el punto de vista colonial. No se trató de un exterminio sistemático de las poblaciones indígenas, como ocurrió en América y El Cabo; ni de un avasallamiento explotador del trabajo de los nativos por parte de sus soberanos, feudatarios de la corona portuguesa, como ocurrió en nuestra India y ocurre hoy con los holandeses en Java y con los franceses en Indochina: de este tipo de ocupación sólo hubo un ejemplo en el servicio de los porteadores, que fue abolido. El dominio portugués se conformó con instalarse entre las tribus negras, a quienes los comerciantes compraban esclavos y hoy compran productos del interior. Los asentamientos tenían un doble propósito. Las zonas costeras fueron inicialmente puntos estratégicos de navegación, escalas donde los barcos procedentes de la India hacían aguada y se abastecían; y posteriormente se convirtieron en puestos de comercio de esclavos y productos indígenas. Las del interior surgieron de la indispensable seguridad de las ferias y los comerciantes; de la necesidad de proteger los asentamientos costeros de los ataques de las tribus del interior y de proteger las rutas comerciales¹³⁴. La ocupación en la costa occidental siguió el mismo sistema que se practicaba en la costa opuesta. La emigración portuguesa se dirigió —y aún se dirige— preferentemente a América, por diversas razones. Por otro lado, el reducido tamaño de nuestras fuerzas y el régimen primitivamente democrático o patriarcal de las tribus indígenas¹³⁵ impidieron la explotación, en nuestro beneficio, de unas inexistentes instituciones feudales, a diferencia del Oriente.

132 Todos los europeos dispersos por el imperio colonial portugués, incluyendo funcionarios, tropas y extranjeros, apenas superaban los 7.000! Aquí está el desglose:

Asia:	1.056 en India
	1.500 en Macao
África:	2862 en Angola
	815 en Santo Tomé
	102 en Guinea
	100 (?) en Mozambique
	919 en Cabo Verde

133 Véase la notable declaración que la Asociación Comercial de Lisboa dirigió al gobierno el 27 de octubre de 1881.

134 1576—Fundación de Loanda.
 1577—Fundación de Calumbo.
 1581—Conquista de Ilamba y Quissama.
 1583—Fundación del presidio de Massangano.
 1586—Conquista de Golungo.
 1599—Fundación del presidio de Muxima.
 1604—Fundación del presidio de Cambambe.
 1614—Fundación del presidio de Ambaca.
 1617—Fundación de S. Philippe de Benguella.
 1625—Creación de las *feiras* de Doudo, Beja y Lucamba.
 1671—Conquista de Dongo. Fundação de Pungo-Andongo.
 1682—Fundación del presidio de Caconda.
 1759—Fundación del presidio de Encoge.
 1769—Fundación del presidio de Novo-Redondo.
 1834—Fundación del presidio de Quilengues.
 1838—Ocupación del distrito del Duque-de-Bragança.
 1840—Fundación de Mossamedes.
 1845—Fundación del presidio de Huilla.
 1855—Ocupación de Ambriz.

135 Véase *Instit. primitivas*, pp. 223 ss.

«Ni la Guinea Portuguesa, ni Angola, ni Santo Tomé¹³⁶ —decía recientemente un exgobernador de Angola¹³⁷— pueden considerarse colonias en el sentido específico del término. Angola, que las supera a todas y que es la tipología y la joya de nuestros dominios africanos, puede calificarse como una estación político-militar... pero no es una colonia, porque carece de colonos. Todo allí es precario e inestable. Se va a África, no se establece en África».

Todo es precario, en efecto, porque no existen condiciones definidas para un establecimiento colonial, aunque puede haber colonias sin colonos: ejemplo, Java. Sin anticipar el orden de nuestro discurso, es necesario decir, sin embargo, que el carácter del establecimiento fue, y es, pasivo, meramente defensivo: la población europea no crece, y Angola no se parece al Brasil de antaño. Contrariamente a una opinión que nos parece un prejuicio, la abolición de la esclavitud no juega, en nuestra opinión, un papel importante en el destino futuro de Angola. La abolición de la trata de esclavos tuvo un papel importante, y de gran importancia, porque impulsó la búsqueda de otros tipos de comercio; pero donde no existen vastas plantaciones administradas por europeos y trabajadas por nativos; en una provincia donde las tierras cultivadas no superan las dieciséis mil hectáreas; y donde los bienes de exportación provienen principalmente de productos del interior, explotados a gran distancia y fuera del dominio europeo, la cuestión del régimen laboral podría perturbar las costumbres domésticas de los habitantes de las ciudades, pero no la economía de la provincia, donde el carácter comercial aún predomina sobre el agrícola.

En ausencia de inmigración europea o de un sistema de vasallaje de los indígenas, las colonias son puestos comerciales y el comercio es la ocupación casi exclusiva de los colonos. Así es Angola. El número de europeos allí no supera los tres mil, y este número está formado casi exclusivamente por funcionarios y convictos¹³⁸: es decir, por inmigración no espontánea¹³⁹.

5.—**São Thomé** vive en las condiciones especiales que su situación geográfica le ha proporcionado. Al ser una isla deshabitada, los problemas de ocupación y conflicto con las poblaciones indígenas no se presentaron allí. Portugal, al descubrirla y tomar posesión de ella, se encontraba en la misma situación que un capitalista al comprar una finca: obtendría beneficios o no, dependiendo de si los factores eran favorables o desfavorables. En Santo Tomé, tras las vicisitudes que ha atravesado, los factores no han sido desfavorables; y la *fazenda*, donde unos pocos cientos de europeos ponen a trabajar a los negros (esclavos o no, económicamente es indiferente), prospera. Pero Príncipe, la isla anexa a Santo Tomé, no se encuentra en las mismas condiciones: allí reina la miseria, la población disminuye de forma asombrosa, las plantaciones están abandonadas y se vive sumidos en una profunda desmoralización, atenuada por su histórico *beaterio*.

En treinta años, las rentas de la provincia aumentaron de 7 a 100 contos y la población se duplicó. He aquí una colonia donde, por su actividad agrícola y no exclusivamente comercial, la cuestión de la abolición de la esclavitud plantea serios problemas¹⁴⁰.

136 Santo Tomé es una excepción, como veremos más adelante.

137 El Sr. J. Horta, *Conf. acad.*

138 1870-74: Cabo Verde 61; Santo Tomé 93; Angola 193; Mozambique 33. De la suma, el 60 por ciento por un período de hasta 6 años; 28 de 5 a 20; y 12 perpetuos.

139 La reciente adquisición (1885) del distrito del Congo o Zaire con la anexión de Molembo y Cabinda acentúa aún más el carácter comercial de la provincia, ya que el clima dificulta el asentamiento de europeos, y el sistema de puestos comerciales para productos del interior es único, tanto para nosotros como para todos. Por tratados, este comercio debe realizarse bajo un régimen de completa libertad de comercio y navegación, de modo que, a pesar de las ventajas que nos otorgan las tradiciones, conservamos el Zaire únicamente para que los productores extranjeros puedan comerciar allí con seguridad.

140 El establecimiento del protectorado de Dahomey, idea de un ministro lleno de buenas intenciones (el Sr. Pinheiro Chagas), pero lamentablemente carente de la suficiente experiencia y discreción, añadió un nuevo distrito a la provincia de Santo Tomé. Esperemos que, en un futuro próximo, no nos encontremos con graves complicaciones como resultado de esta acción imprudente. Además, el protectorado carece por completo de importancia para nuestra economía colonial.

6.—Esta cuestión no puede plantearse en **Guinea**, provincia recientemente (1879) separada de Cabo Verde; y no puede porque Guinea, un puerto casi franco, vive exclusivamente del intercambio de productos del interior por los de Europa; es una Angola en miniatura, con un centenar de europeos.

7.—Tampoco puede plantearse en **Cabo Verde**, donde la esclavitud se extinguió por sí sola. El clima de las islas, la naturaleza de los cultivos, la época de la colonización, nacionalizaron el archipiélago como portugués, aunque de una manera apenas remotamente comparable a los primeros y exitosos intentos en Madeira y las Azores. Un millar de blancos, mezclados con unos ochenta mil negros, más o menos imbuidos de sangre bereber o portuguesa, son los elementos de una población que debe considerarse fija, criando gran cantidad de ganado, cultivando cereales y hortalizas (es decir, con autonomía agrícola); y produciendo café, azúcar, soja y sal para el comercio¹⁴¹. El archipiélago nos parece pues estar en transición del estatus de colonia al de provincia metropolitana, transición que ya se produjo hace siglos en los archipiélagos atlánticos de Madeira y de las Azores.

II. El sistema colonial africano

Excluyendo Cabo Verde y Santo Tomé, debemos concluir que el carácter de los puestos comerciales es lo que distingue a las posesiones portuguesas en África.

Dicho esto, es evidente que abrir sus puertos a las banderas de todas las naciones fue la medida más trascendental para el desarrollo de las exportaciones, ya que los recursos del mercado portugués eran extremadamente limitados. Sin embargo, no basta con asombrarse por el progreso de las exportaciones; pues, al estudiarlo, vemos que se hizo en beneficio de aquellos países que poseen las manufacturas que los nativos demandan, y que nosotros no fabricamos. El monopolio era sin duda absurdo; pero la libertad, ciertamente indispensable, implica desnacionalización¹⁴². ¿Qué

141 A continuación, se presentan algunas cifras que tienden a confirmar lo que se afirma en el texto:

<i>Cultivos (1874)</i>	<i>hectáreas</i>	<i>Ganado (1878)</i>	<i>cabezas</i>
Caña de azúcar:	13.900	Vacuno:	13.599
Café:	1.600	Asnal:	16.071
Algodón:	1.600	Equino:	2.450
Tabaco:	700	Mular:	395
Maíz y judías:	37.000	Caprino:	58.374
Batata:	2.700	Ovino:	8.188
Mandioca:	8.000	Porcino:	14.746
	<u>65.500</u>		

142 El comercio de Angola, que consistía en el intercambio de bienes de consumo por esclavos, se realizaba, antes y después de la separación de Brasil, principalmente con América. Sólo una quinta parte de las exportaciones se dirigía a Lisboa. De 1830 a 1832, 11 barcos del reino y 90 de Brasil entraron en Luanda. De 1844 a 1845, Lopes da Lima afirma que, de 50 barcos anuales, sólo 10 o 12 eran portugueses. El movimiento comercial se reflejó (1844-1845) en estas cifras:

Importaciones totales: 1500 contos; y de la metrópoli: 380

Exportaciones: manifiesto 800 contos; esclavos 700; y para la metrópoli: 200

Veamos ahora las cifras tras la abolición de la trata de esclavos y ante la libre competencia de las naciones europeas. (1873)

Angola: Importaciones totales: 2.413 contos, de los que 220 contos de la metrópoli. Exportaciones totales: 2.671 contos, de la metrópoli 259.

De esta primera observación se desprende que la importación de bienes de Angola al reino aumentó; pero la exportación de productos del reino se redujo casi a la mitad. Se concluye, por lo tanto, que el desarrollo de Angola no se tradujo en un aumento de la riqueza para la metrópoli, sino en un beneficio para el comercio exterior; si no se quiere concluir que hubo un déficit real en los ingresos nacionales.

Cabe señalar que, a partir de 1873, el comercio de Angola, que había alcanzado los 5.084 contos, atravesó una tremenda crisis de la que apenas se ha recuperado hoy:

ganamos con que el hombre negro intercambie café por algodón con los ingleses o los estadounidenses? ¿El honor platónico de civilizar África? Ilusión.

Quien vende al hombre negro es quien lo civiliza, si tal cosa puede decirse. Sólo nos queda la exigua ganancia de un impuesto aduanero, que debe reducirse para no desviar el tráfico hacia los puestos de libre comercio de la costa norte. Bolama, en Guinea, y Ambriz, en Angola, son ejemplos vivos de ello.

Por lo tanto, es legítimo preguntarse si vale la pena hacer sacrificios; si no sería desperdiciar los escasos recursos de la metrópoli al aplicarlos a asegurar y promover el comercio entre las naciones manufactureras y las tribus negras. Pero esta pregunta, cuya respuesta fue sencilla respecto a las colonias de Oriente, requiere un estudio más detallado al tratar el tema de África. Allí no hay

1874 importaciones: 1.381; exportaciones: 731; total: 2.112 contos
 1875 importaciones: 1.285; exportaciones: 975; total: 2.260 contos
 1876 importaciones: 971; exportaciones: 914; total: 1.885 contos
 1880 importaciones: 2.147; exportaciones: 1.930; total: 4.077 contos

Aquí están las cifras totales de las colonias africanas en 1876. Más recientemente (1880-81), sólo Mozambique muestra progreso; pero si en 1876 el total es de 8.450 contos, en 1881 es de 9.056. La diferencia en los números no altera las siguientes consideraciones:

<i>Importaciones</i>	<i>Total</i>	<i>Cabo Verde y Guinea</i>	<i>Sato. Tomé</i>	<i>Angola</i>	<i>Mozambique</i>
De la metrópoli	391	76	74	220	21
Extrj. puertos port.	1.600	29	116	1.433	22
Extrj. Directamente	2.208	421	120	768	899
Total	4.199	526	310	2.421	942
<i>Exportaciones</i>					
A la metrópoli	734	118	356	259	1
Extranjero	3.527	510	53	2.412	552
Total	4.261	628	409	2.671	553

La nacionalidad de los 1.600 contos de importaciones a través de puertos portugueses dará una idea de las naciones con las que Angola comercia principalmente; Y decimos Angola porque de estos 1.600 contos, 1.433 le pertenecen. Sabemos que Mozambique comercia directamente con Francia.

Alemania 261; Inglaterra 430; Francia 493; Italia 183; Holanda 187; Otros 37.

De estas cifras se desprende que: a) en las importaciones coloniales, la metrópoli representa solo el 10%; y en las exportaciones, el 17%; b) solo Santo Tomé (y debido al carácter especial de esa colonia, ya explicado) constituye una excepción a la regla; c) la desnacionalización del comercio es total en Mozambique y Guinea, y en Angola, en 9 décimas partes, tanto en importaciones como en exportaciones.

Se puede observar, por lo tanto, que aunque el comercio de Angola se ha multiplicado casi por 20, sus relaciones comerciales con la metrópoli son hoy inferiores (47 contos en 1876) a las de 1845 (580, según Lopes de Lima).

El comercio total de África con la metrópoli se expresa en estas cifras (importaciones y exportaciones, contos):

1866	1.333
1869	1.133
1872	1.323
1875	1.867
1879	1.380
1880	1.344

Por lo tanto, no hay un progreso apreciable, y si el año 1875 muestra un máximo de 1.867, el año 1878 muestra un mínimo de 1.030 contos.

Ahora bien, suponiendo que este comercio deja a los comerciantes metropolitanos una ganancia de 5 %, obtenemos un beneficio de 70 contos. Añadamos ahora las ganancias de 5.000 europeos, que como máximo representa el África portuguesa, y no todos viven del comercio o la agricultura, ni siquiera son portugueses, y distribuyamos a cada uno de estos 5.000 individuos la ganancia anual promedio, después de pagar los gastos de manutención. Tenemos, por lo tanto, 1.000 contos que, con 70, suman 1.070, digamos 1.100 contos de reis.

Sepamos ahora que más de la mitad de los ingresos totales provienen de los bolsillos de los portugueses en la metrópoli, ya que el impuesto a las provincias africanas era de 1.000 contos en 1885-86 y seguirá aumentando. Además, pagamos los gastos navales y muchos otros, por lo que se puede afirmar sin duda que todos los ingresos netos del imperio africano son pagados íntegramente por los cuatro millones de portugueses.

Esto es resultado de la falta de principios y ciencia en el régimen colonial. Muchos se entusiasman con el progreso de los ingresos aduaneros coloniales, sin ver la otra cara de la moneda, que es el progreso aún mayor de

futuro posible, aquí hay un presente dudoso: el futuro es un problema. La respuesta depende de su solución, y su estudio es el tema que vamos a abordar. La decisión de emprender seriamente la empresa colonial o renunciar a ella, depende de la solución del problema

Aunque las colonias africanas a veces pagan los propios gastos que originan¹⁴³, sería un error inferir de ello que viven de sí mismas. El principio de autosuficiencia que antaño entusiasmaba a los ingleses fue abandonado por ellos, pues es absurdo esperar que los recursos de las colonias nacientes puedan subvencionar los gastos de instalación. Los portugueses pagan la administración (cuando lo hacen); pero esta administración está mal pagada y, por lo tanto, es de inferior calidad. Sin embargo, la marina y las obras públicas no la pagan; y lo poco que se ha hecho representa una gran suma para nosotros¹⁴⁴.

los gastos. A falta de un sistema con el que explotarlos, las colonias son una de las causas de nuestra ruina. ¡Por eso duele ver a gente desquiciada predicando y practicando nuestra expansión colonial en la Zaire, en Dahomey!

143 Presupuesto de 1875-76 (contos):

	<i>Ingresos</i>	<i>Gastos</i>
Cabo Verde y Guinea	220	219
S. Thomé	109	105
Angola	566	556
Mozambique	248	250
Total	1.143	1.130

Presupuesto de 1885-86:

	<i>Ingresos</i>	<i>Gastos</i>
Cabo Verde y Guinea	327	421
S. Thomé	146	178
Angola	594	818
Mozambique	462	689
Total	1.524	2.106
<i>Aumento</i>	486	977

144 Acabamos de leer en el *Jornal do Commercio*, de Lisboa, la opinión de una persona autorizada (el Sr. António José de Seixas) y nos complace transcribirla:

«Entre los errores que suponemos se han producido, mencionaremos el gasto de 2.100 contos que la metrópoli ha realizado en personal y obras públicas en el extranjero. En este asunto, reconociendo el debido mérito a quienes emprendieron ese intento de progreso, el sacrificio, quizás, de 150 contos de carga *permanente* para la nación, es lícito decir que no tiene compensación; esto se debe a que las obras no han seguido un plan preestablecido, sobre todo porque la cantidad gastada en fracciones, en los vastos territorios de ultramar, muchos de los cuales son más vastos y extensos que todo el reino, ha sido tan pequeña como *un vaso de agua vertido en el océano*.

»Desde 1860, las colonias portuguesas han requerido de la metrópoli, en expediciones militares, subvenciones monetarias, barcos de transporte y de guerra, y obras públicas, sin incluir los gastos indirectos del tesoro de la metrópoli, una cantidad no inferior a 26.000 contos, equivalente a una carga para el presupuesto general del reino, y *permanente*, ¡de 1.806 contos de réis por año!...

»Tras otros diecinueve años, siguiendo el sistema que ha prevalecido, la metrópoli habrá gastado otros 26.000 contos de réis, si no más, sin sacar a las colonias de su decadencia, y sin haber logrado que nuestros compatriotas de ultramar simpatizen con las cosas de la metrópoli... ¿No merece esto una seria atención a la cuestión colonial?...

»En vista del estado de la sociedad portuguesa, de la población del reino, de las finanzas de la monarquía, de la vida económica del país, que no es muy robusta, en vista de nuestro comercio, nuestras industrias manufactureras y agrícolas, y nuestra navegación, siendo estos los elementos de la riqueza pública de una nación, y que se encuentran en un estado lamentable y *anémico*, las colonias no son un elemento de prosperidad para la metrópoli. La compensación por los sacrificios de la metrópoli provendría del movimiento comercial, la navegación y el intercambio de productos entre las colonias y el reino; pero no existe nada a gran escala, porque ni las colonias ni el reino poseen los elementos de la vida económica necesarios para ayudarse mutuamente.

»Nuestra humilde opinión es que las colonias, de continuar el sistema vigente que se les aplica, debilitan a Portugal.» (*Nota de la 1.ª ed.*)

Véase *A questão colonial portuguesa*, etc., obra del mismo autor; Lisboa, 1881.

La nota oficial sobre los créditos extraordinarios asignados a los Territorios de Ultramar dice lo siguiente:

en el período 1852-70	3.590 contos
en el período 1870-82	2.185 contos
Obras públicas	2.500 contos
Subvenciones a empresas	482 contos

Los dominios continentales africanos son, por lo tanto, un problema, y uno de los más graves que afectan a la economía social portuguesa. No basta con relatar lo que se ha hecho, describir lo que es: todo esto no importa o vale poco. Desde que la abolición de la trata de esclavos extinguió la explotación del tráfico negro, y desde la apertura de los puertos a las banderas de todas las naciones, la situación de Angola y Mozambique ha cambiado por completo. Hoy tenemos empleados allí, funcionarios de aduanas cuyos rendimientos les pagan, lo que obstaculiza el comercio exterior, que, por otro lado, protegemos con mayor o menor eficacia. Esta condición de proteger las costas de África es manifiestamente ruinoso para nosotros, sin ser beneficiosa para nadie.

¿Podríamos acaso abandonarla e inaugurar una política ultramarina? Este es el tema de nuestro estudio.

III. Los tres tipos de colonias

Las diversas combinaciones puestas en práctica por los pueblos europeos para apropiarse de territorios o riquezas situadas fuera de Europa pueden resumirse en tres tipos o categorías; y al conjunto de estos tres tipos se le dio el nombre genérico de colonias. Estos tres tipos o categorías son:

- 1.—Las *factorías* o colonias comerciales.
- 2.—Las *fazendas* o colonias de producción agrícola, destinadas a la exportación (plantaciones).
- 3.—Las *colonias*, propiamente dichas, o establecimientos con una población fija, dedicados al cultivo de productos para el consumo local.

* * *

1.—Las **factorías**, tipo que caracterizó principalmente la colonización de los fenicios y de los griegos en el Mediterráneo, pueden dividirse en privados y militares. Establecidos en las costas de los continentes, no explorados ni subyugados, son oficinas de comercio marítimo. Este comercio puede ser realizado libremente por comerciantes, en virtud de licencias de los soberanos indígenas, o impuesto y defendido por el poder marítimo-militar de la nación que adquirió el privilegio. Los puestos comerciales privados generalmente se convierten en militares. Y a medida que prosperan, cuando las naciones pueden proteger los intereses de los comerciantes, el establecimiento adquiere el carácter de una ciudad, es decir, instituciones y policía¹⁴⁵.

En los tiempos modernos, los puestos comerciales europeos se extendieron por Oriente. Los portugueses y los pueblos que les sucedieron encontraron en India y China territorios poblados, con civilizaciones formadas, industrias y productos de exportación. La colonización, propiamente dicha, no tenía razón de existir allí. Los establecimientos portugueses en India y China, y los actuales establecimientos ingleses, franceses y estadounidenses en China y Japón, son ejemplos puros de este tipo; la India inglesa y la Java holandesa son una mezcla del primer y el segundo tipo, y al mismo tiempo puestos comerciales y *fazendas*.

En la costa occidental de África abundan los puestos comerciales de todas las naciones; sin embargo, estos establecimientos tienen un carácter más privado que el militar que predomina en Oriente; aunque los franceses, en Senegambia y Gabón, y los portugueses en Guinea y Angola, han establecido ciudades. Ya fuera libre o política, privada o militar, la explotación del comercio

Total	8.757 contos
-------	--------------

Añádase a esto la capitalización de deudas ordinarias, los gastos de la marina y otros que menciona el Sr. Seixas, y se comprobará que no exagera.

¹⁴⁵ Este sistema se observa hoy en día, aplicado por los alemanes en sus asentamientos en la costa de Hotentotia y Zanzíbar, así como en las islas de Polinesia.

marítimo en África Occidental dependía de la trata de esclavos. Y hoy, en África y Oriente, depende del intercambio de productos autóctonos por manufacturas europeas.

Las condiciones de la geografía comercial influyen casi exclusivamente en la creación y existencia de puestos comerciales. Estas condiciones, respaldadas por una poderosa fuerza naval y militar, crean monopolios a favor de ciertas naciones; y así se encontraban antes los portugueses y se encuentran ahora los holandeses: son pueblos que, sin una población excesiva, sin vastos territorios en Europa, poseen y explotan el comercio de extensas regiones de ultramar. Sin embargo, con la abolición de los monopolios y la apertura de los puertos a todas las banderas, ya sea por el declive del poder marítimo de la metrópoli o bajo la influencia de la doctrina del libre comercio, sucede que el comercio busca las condiciones naturales de existencia. Y así se observan naciones que, sin puestos comerciales, como en cierta medida Francia y Alemania, intercambian directamente sus mercancías con los nativos, bajo la sombra de una bandera que simplemente refleja dominio político. Por el estudio anterior sabemos que esta es, de hecho, la situación de Macao, Mozambique, Guinea y, en gran medida, Angola. El Congo Portugués se encuentra en la misma situación, de hecho y de derecho. Con el monopolio abolido, y dado que no teníamos productos manufacturados para intercambiar por productos autóctonos, solo nos quedaba presenciar las operaciones de extranjeros.

Los puestos comerciales, por lo tanto, existían gracias a una fuerte potencia naval que creaba un monopolio artificial; y ahora existen gracias a la preeminencia manufacturera de las naciones, que obtienen de ello un monopolio natural. Restablecer monopolios artificiales de este tipo es ahora probadamente imposible, pues mantenerlos requeriría una fuerza que ha pasado a manos de pueblos que, por naturaleza, son económicamente fuertes. Por lo tanto, los puestos comerciales ya no tienen ninguna razón de existir salvo para las naciones manufactureras, y es evidente que no somos una de ellas.

Estas breves palabras condenan sin remisión el futuro de aquellas de nuestras colonias que sólo pueden ser puestos comerciales. Angola y Mozambique, sin embargo, aunque hasta ahora solo han tenido este carácter, quizá puedan adquirir otro; una opinión compartida por muchos y que, por lo tanto, requiere un examen más detallado.

* * *

2.—Las **fazendas** o colonias agrícolas presentan características más complejas. Pueden clasificarse:

Por la *producción*, en: a) mineras; b) de cultivos exóticos (caña de azúcar, café, etc.); c) de cultivos indígenas (clavo, pimienta, etc., como en Oriente); o bien

Por el *régimen laboral*: a) esclavista, con negros importados, una forma que ahora corresponde casi exclusivamente al pasado; o bien, por la subyugación de las razas indígenas, un tipo que desapareció hace mucho tiempo; b) servidumbre, por indígenas bajo un régimen feudal, como en Java; c) trabajo libre, por trabajadores asalariados, *culíes*, como en California y las Indias Occidentales; o, finalmente,

Por el *régimen político*: a) soberano, como el de los ingleses en la India y el de los holandeses en Java; b) absoluto, como lo fue el régimen portugués en Brasil y el de todos los demás, en todos los lugares donde las poblaciones indígenas fueron esclavizadas o exterminadas; o en islas deshabitadas.

¿Qué se requiere para la explotación efectiva de las *fazendas* de ultramar? La población y un vasto territorio son ciertamente innecesarios en Europa. Un monopolio artificial, mantenido por un fuerte poder marítimo, es inútil. La preeminencia de la producción manufacturera también es inútil. Porque aunque los bienes de consumo coloniales sean extranjeros, los productos de la hacienda no dejarán de traducirse en ganancias reales. Tal era y sigue siendo la situación de Brasil, que pagaba con azúcar, con oro y hoy paga con café todo lo que consume, y se ha enriquecido y sigue

enriqueciéndose. Y entre nuestras colonias actuales, Santo Tomé, que es una *fazenda* pura, importa casi todo del extranjero, pero progresa y envía todo su café a Lisboa.

Lo absolutamente indispensable para todas las haciendas, metropolitanas o de ultramar, es el capital. Es necesario desecar los pantanos, navegar los ríos, abrir los caminos, construir los almacenes y obtener las armas, la herramienta humana del trabajo. Antiguamente, la esclavitud proporcionaba esto, y el capital se consolidaba en el precio de los negros. Hoy, se consolida en los anticipos y salarios de los inmigrantes, negros o chinos, contratados para los territorios despoblados. En regiones habitadas por pueblos indígenas susceptibles a la subyugación rudimentaria de la civilización, el capital interviene de una forma solo aparentemente diferente. La fuerza, y no el contrato, es su expresión activa; y las guarniciones con las que los ingleses en la India y los holandeses en Java mantienen subyugados a los gobernantes indígenas, obligando a las poblaciones a trabajar de forma más o menos servil, corresponden económicamente al precio de un esclavo o al salario de un colono contratado.

El capital, por lo tanto, ya sea en forma de valor o en forma de fuerza, es indispensable para el mantenimiento de las plantaciones de ultramar. Cuba y Santo Tomé son dos ejemplos típicos del primer tipo; Filipinas y Java son ejemplos del segundo. El poder marítimo es aquí solo un corolario de la geografía; y si las flotas bastan en las islas (Java), se requieren ejércitos en los continentes (India). Las naciones no industriales deberían mantenerse alejadas de los puestos comerciales, y las naciones pobres, de las *fazendas*. Contra natura, por la fuerza, por haber llegado primero a Oriente con pólvora y cañones, Portugal, que nunca tuvo grandes industrias, pudo mantener durante un corto periodo un sistema de puestos comerciales rentables; también contra natura, es decir, mediante la exportación de esclavos negros, pudo crear y disfrutar de una plantación en Brasil.

¿Pueden nuestras posesiones en África continental convertirse en granjas? La respuesta vendrá de las conclusiones del estudio que apenas estamos comenzando.

* * *

3.—Las **colonias**, propiamente dichas, no requieren ni capital ni bienes manufacturados: surgen únicamente de un hecho: la abundancia de población en la metrópoli, la consiguiente inmigración y la adaptación del clima de ultramar al temperamento de la raza inmigrante. Incluso pueden prescindir del dominio político nacional, como vemos en las colonias alemanas de Brasil y Estados Unidos, en las colonias francesas de Canadá y en las colonias holandesas de El Cabo, ahora bajo el Imperio Británico.

Son consecuencia de un hecho natural, y no de una creación económico-social, como los factorías y las plantaciones. Por lo tanto, dependen de condiciones fatales que el hombre no puede crear ni destruir, y surgen espontáneamente, sentando las raíces de las futuras naciones. El clima es la condición principal de su existencia: así, todas o casi todas aparecen al sur del trópico, de la misma manera que las plantaciones ocupan la región tropical, y mientras que los puestos comerciales se extienden por todas las latitudes, ya que son relativamente independientes del clima.

A veces, la raza inmigrante encuentra vacante el nuevo hábitat que ha elegido; otras veces se encuentra frente a una raza indígena inferior, como todas las de África y América. En el segundo caso, al problema de la colonización se suma el de la ocupación. El resultado de causas naturales, más o menos definidas y explicadas, y de la lucha infalible entre los nuevos y los antiguos habitantes, conduce a la eliminación de la raza inferior, o al mestizaje que el tiempo aniquila.

Así, los holandeses expulsaron a los cafres y hotentotes del Cabo, dando origen al mestizaje *griqua*. Estos mulatos, en lugar de volverse blancos, gradualmente volvieron al tipo hotentote, porque cesó el mestizaje holandés y la sangre negra se volvió dominante. Lo contrario ocurrió con la población primitiva de São Paulo, Brasil, donde los rastros de sangre indígena desaparecieron gradualmente con la subsiguiente infusión de sangre blanca.

El primer ejemplo de colonias propiamente dichas lo dieron los portugueses en las Azores, Madeira y el sur de Brasil. Posteriormente, los angloalemanes y los franceses en Norteamérica, los ingleses en Australia y los holandeses en el extremo sur de África produjeron, en una escala más o menos vasta y proporcional a su emigración, ejemplos del mismo tipo.

Cuando una colonia depende de una metrópoli manufacturera, su desarrollo adquiere importancia económica para la metrópoli, ya que es un mercado natural de consumo para sus productos. Sin embargo, en países no manufactureros, las colonias sólo aportan un aumento de población, lo cual no siempre se traduce en riqueza. Así, los bóers del sur de África, cultivando y manteniéndose a sí mismos, no aportaron ni un céntimo a la opulencia de Holanda. Las colonias, naciones embrionarias, sólo dependen de la metrópoli mientras carecen de su apoyo. En cuanto la densidad de población y el desarrollo de la riqueza alcanzan cierto grado, se emancipan, afirmando políticamente su independencia económica. Esto es lo que ocurrió, en ambas Américas, con las colonias continentales de España, Estados Unidos y Brasil. Desde el punto de vista exclusivo de la economía metropolitana, las colonias son, por lo tanto, una ventaja: simplemente para las naciones que necesitan evacuar una población exuberante, doblemente para aquellas que combinan esto con la producción industrial. Para la economía de las finanzas nacionales, siempre son una carga, solo indirectamente compensada por el aumento de la materia gravable metropolitana en las naciones manufactureras.

Así como no es raro ver que un puesto comercial se convierta en una *fazenda*, tampoco lo es que ésta se convierta en una colonia. Esto es lo que ocurrió en Brasil (norte de Brasil) y en la región del Río de la Plata, dos naciones que, sin embargo, continúan siendo colonizadas por la inmigración de portugueses, italianos y españoles. Lo mismo ocurrió en California y Australia, que eran colonias mineras y ahora son colonias propiamente dichas. A menor escala, esto nos está sucediendo en Cabo Verde, que fue una plantación de azúcar, que todavía lo es en parte, y que ahora también alberga una población permanente, al igual que las demás islas portuguesas en el Atlántico europeo.

Si las ganancias del comercio en los puestos comerciales y los ingresos netos de las explotaciones privilegiadas (minas, cultivos exóticos) en las *fazendas* enriquecen rápidamente a los comerciantes o agricultores que, al final de sus vidas, regresan a la metrópoli, enriqueciéndola con sus bienes, de las colonias, donde se asienta la población, no hay retorno ni de los colonos ni de sus fortunas. Por lo tanto, desde un punto de vista humanitario, las colonias mismas tienen un valor incomparablemente superior. No son meros instrumentos de riqueza, sino centros de dispersión de la raza blanca por todos los continentes e islas del globo, y pasos hacia su conquista total para la civilización indoeuropea¹⁴⁶.

La capitalización se produce de forma diferente, procede de otra manera. Se traduce en el rápido aumento de la población sedentaria, que permite una renta agrícola neta excesiva¹⁴⁷, y se integra en la tierra, crea la futura nación y garantiza un progreso constante.

Hace un momento nos preguntábamos si los puestos comerciales del África continental portuguesa podrían convertirse en *fazendas*. Ahora nos preguntamos si estas plantaciones pueden transformarse en colonias, como ocurrió en Brasil. Estudiemos, pues, el futuro de África desde los tres puntos de vista correspondientes a los tres tipos de asentamientos de ultramar.

146 Véase *Theoria da Hist. universal*, en las *Taboas de Chronologia*, págs. XVII-XXII.

147 Josiah Child y Penn afirmaron que el trabajo de un hombre produce cuatro veces más en América que en Europa. Humboldt da la siguiente proporción respecto al rendimiento del trigo: Prusia, 4 a 5 semillas; Francia, 5 a 6; Río de la Plata, 12; Perú y México, 18. La producción excepcional es la causa del aumento demográfico. El matrimonio precoz es una necesidad, y no hay mujeres excepto para ser esposas: la familia es la única celebración. Entre los bóers de El Cabo, seis o siete hijos constituyen una prole pequeña. Procrear es conseguir mano de obra para el cultivo de tierras ilimitadas. A principios de siglo, en Estados Unidos era norma que los hombres se casaran a los veinte años.

IV. Las factorías africanas y la concurrencia

El viajero que, navegando por la costa africana desde Cabo Verde, observa las llanuras inundadas de Senegambia y el archipiélago costero de Bijagoz, donde personas de todas las castas, excepto la nuestra, comercian en el puesto comercial de Bolama; el viajero que observa desde lejos —debido a las fiebres mortales— las miserables cárceles de Bissau y Cacheu, y luego, adentrándose en el Golfo de Guinea, dejó atrás sucesivamente Sierra Leona y Liberia, experimentos fallidos de civilizaciones negras, esa costa de Mina poblada de huesos, la tumba de tantas vidas, y el desmoronado fuerte de Ajuda, donde ahora tenemos un protectorado único a petición, ¡extraño caso!, del propio rey de Dahomey; ese viajero que luego, al final de la costa, cruza el pestilente estuario del río Níger hacia Gabón, encuentra extraño el paisaje litoral africano al llegar a Angola.

En lugar de las tierras bajas inundadas, al sur del Congo comienzan barreras secas, rojizas y arenosas. En lugar de la exuberante y traicionera vegetación de los manglares, ahora reina una tórrida aridez, sin un rastro de verde, sin una gota de agua. La costa se alza como un muro desnudo y seco sobre el mar, solo interrumpida a grandes distancias por los breves oasis de las desembocaduras de los ríos. Al sur del Congo, solo el Quanza es accesible a pequeñas embarcaciones; las escasas corrientes de los ríos Ambrizette, Loge, Redondo, Quicombo, Egito, Anha, Catumbella y Luache solo reciben pequeñas embarcaciones; y el Cunene se pierde en las arenosas zonas costeras, sin desembocadura. Las vastas y fértiles tierras del interior de Angola dependen de una ruta terrestre; no tienen acceso fluvial, a menos que algunos de los afluentes meridionales del Congo, aún inexplorados hoy en día, lo proporcionen. Una cresta rocosa que se extiende a lo largo de la costa protege al viajero del espectáculo incomparable de la vegetación africana. A solo treinta o sesenta millas de la costa comienza la fertilidad de la tierra, en las mesetas de esa línea montañosa que desciende hacia los afluentes del Zambeze al sur y el Congo al norte. Esta, lamentablemente grave circunstancia, condena el litoral a la insalubridad, hace decaer a las ciudades costeras y divide Angola en tres zonas paralelas, de aspecto diverso, producción variada y hospitalidad igualmente variable: la costa seca y desolada, la región alpina y las llanuras interiores.

En un litoral de arena ardiente, solo podría erigirse la tienda del comerciante: la tierra ingrata repele al colono. Sin embargo, la existencia de los territorios cultivables del interior implica que en esa zona sería posible establecer *fazendas* o colonias. Sería posible, decimos, y no lo es, porque a su debido tiempo estudiaremos los demás factores del problema. Por ahora, nos limitaremos a considerar nuestros asentamientos en África continental desde la perspectiva que aún caracteriza de forma más prominente a Angola hoy en día: la de un puesto comercial.

Conocemos la naturaleza de este tipo de establecimiento en el extranjero. También sabemos que en las factorías de Angola, abiertas al comercio de todas las naciones, ondean todas las banderas del mundo; pero la portuguesa casi únicamente en la popa de los barcos. Nueve décimas partes de las importaciones y exportaciones son extranjeras. En Angola, Benguela y Mossamedes, existen aranceles aduaneros, cuyos ingresos subvencionan a los funcionarios portugueses; y en Ambriz, ocupada en 1855, cuando ya era un centro de puestos comerciales francos de varias naciones, el establecimiento de aduanas impulsó a los comerciantes hacia el norte, y fue necesario que el puerto fuera prácticamente libre para atraerlos de nuevo.

Las conclusiones que se extraen de estos hechos son evidentes:

a) La nacionalidad exclusiva de los puestos comerciales no podía garantizarse en Angola, ya que se trataba de una extensa costa, y no de una isla, completamente subyugada.

b) Dado que, para nacionalizar el comercio colonial, se establecieron derechos diferenciales; o como se elevaban los aranceles para aumentar los ingresos aduaneros de la colonia (única ventaja nacional de su conservación, ya que el comercio es exterior), ocurriría que los puestos comerciales abandonarían los puertos portugueses para establecerse en los puntos desocupados de la costa.

c) Así, los ingresos y la utilidad de la colonia están limitados por elementos externos: los derechos de aduana no pueden superar las diferencias de precio del transporte desde el interior hasta los puestos comerciales portugueses y francos, además del seguro que una u otra fuerza de nuestro dominio político establece a favor del comercio realizado bajo nuestra bandera.

d) Por lo tanto, la idea de un monopolio, que solo sería posible si Angola fuera una isla enteramente portuguesa, se ve perjudicada por la fuerza de las circunstancias; los ingresos fiscales están limitados por la competencia, y los ingresos metropolitanos nacionales se extinguen, o casi se extinguen, dado que el comercio colonial es extranjero: es fácil concluir que, como puesto comercial, Angola es una carga y no una riqueza.

Si ya sabemos que el desarrollo comercial de Angola ha sido perjudicial para el comercio portugués, y no beneficioso, nos queda recordar que Angola no es ni exclusiva ni siquiera el principal comercio en la costa occidental africana. Desde Camma, en la desembocadura del río Rembo, hasta Molembo, el límite más septentrional de los dominios portugueses, en esa costa formada por la vertiente occidental de la sierra Comprida; y desde allí, ascendiendo por las desembocaduras del río Zaire o Congo, hasta la margen derecha del río Loge, la frontera de Ambriz, en los territorios donde siempre dominamos y donde ahora se nos concedió (1885) una ocupación efectiva pero improductiva, en esa larga línea costera que los tratados mantuvieron libre tal como estaba; una extensión casi igual y completamente portuguesa, abundan los puestos comerciales privados de comerciantes de todas las naciones¹⁴⁸. Establecidos en virtud de tratados con soberanos indígenas, el comercio, que antaño, como en Angola, se basaba en esclavos, hoy, también como en Angola, se basa en café, goma, marfil, etc. El régimen es esencialmente el mismo, con la única diferencia de que, al sur de Loge, hay oficinas y autoridades aduaneras portuguesas, y al norte, hay autoridades pero no oficinas aduaneras. De un puesto comercial allí, nació Ambriz, que, cuando fue ocupado en 1855, tras doce años de existencia, exportaba mil toneladas de café, más de cien de goma, cuatrocientas de caucho y doscientas de marfil. A partir de esto se puede y debe calcular la importancia de este libre comercio de la costa norte, que se estima en doce o trece mil contos, es decir, tres veces la de Angola.

Las tribus costeras actuaban como intermediarias entre los puestos comerciales y las caravanas del interior. Las *quibucas*, que recorrían leguas por el interior del país con africanos esclavizados, en fila, cargados de café o colmillos de elefante, anunciaban su llegada a las ciudades costeras negras haciendo sonar la carraca que los guiaba. Se descargaban los fardos, se contaban y pesaban los cabos, y los sacos de harina de maíz, vacíos tras el largo viaje, se almacenaban. Entonces comenzaba el intercambio. La *pieza* (de algodón) era la unidad monetaria a la que se reducían todas las especies, traducidas a equivalentes fijos en la *mucanda* o factura. De esta forma primitiva, los productos del interior se intercambiaban por manufacturas europeas¹⁴⁹. Y la caravana regresaba tierra adentro con otros cargamentos, y el marfil o el café se dirigían al puesto comercial, a la espera del barco inglés o americano que envía la *Casa* de Europa, o del paquebote que llega cada quince días desde Sierra Leona con destino a El Cabo.

Las *quibucas* o caravanas del interior tomarán la dirección que mejor les convenga; se dirigirán al puesto comercial donde las mercancías tengan menor valor; y es evidente que, si las aduanas portuguesas imponen aranceles que superan las diferencias de distancia, las caravanas dejarán de ir a Ambriz, por ejemplo, y se dirigirán a Kinsao o Banza-Congo. Esta competencia por

148 De Camma a Ambriz, la distancia era de 150 leguas y se cuentan 126 puestos comerciales, casi uno por legua. El comercio prospera a lo largo de toda la costa. De los 126, 38 son holandeses, 37 portugueses, 29 ingleses, 15 franceses, 5 españoles y 2 estadounidenses. Los puertos, hasta el Congo, son: Camma, Ponta-da-pedra, Nyanga, Ponta-do-norte, Mayombe, Mambe, Ponta-banda, Nombé, Kilonga, Kuilo, Loango, Ponta-negra, Winga, Massabé, Chinchoso, Chiuma, Malembe, Fontilla, Cabinda, Monharda, Banane y Binde. Desde la desembocadura del río Zaire hasta Ambriz: Sohno, Cabeça-de-Cabra, Kakongo, Maculd, Kinsáo, Kintim, Banza-Congo (capital del reino indígena del Congo, con veinte mil habitantes), Ambrizette, Monsera, Kinsembo.

149 Véase *Regime das Riquezas*, págs. 103-114.

la exportación corresponde a la competencia que mantienen entre sí los productos europeos importados. Y los viajeros dicen que incluso hoy en día los aranceles aduaneros desvían una parte considerable de las exportaciones hacia el norte; que gran parte del café de Cazengo se dirige por tierra a los puestos comerciales franceses más allá del río Ambriz, en lugar de bajar a Dondo y embarcarse en los vapores Quanza con destino a Luanda. Allí la *pieza* es más barata y el café se vende a mejor precio.

Cualquiera que fuese el destino del sur de África en tiempos remotos; cualquiera que venga a ser el resultado de las exploraciones recientes emprendidas por todas, o casi todas, las naciones de Europa; se aclimate o no el europeo; se civilice o no el negro; el hecho indudable es que el futuro cercano que aguarda a África es el de una multiplicación de puestos comerciales franceses a lo largo de los grandes ríos y lagos interiores. No es plausible que Inglaterra emprenda la conquista del interior del África austral; pero es más que seguro que sus misioneros llevarán, junto con la Biblia, muestras de tela de Manchester. El establecimiento de colonias y la ocupación política no son plausibles; sin embargo, ya es evidente que el propósito es extender a más de cien millones de hombres que van desnudos el beneficio de vestir las telas de las fábricas británicas, supone un doble beneficio para los cartagineses modernos, en ganancias y en castidad. Sobre esta idea se asienta la fundación del Estado Libre del Congo, una iniciativa político-comercial sancionada en el Congreso de Berlín de 1885.

Es posible que dentro de unos años naves de vapor naveguen por el Congo y el Zambeze con empleados y misioneros, Biblias y fardos de algodón, para comunicarse con los puestos comerciales libres establecidos tierra adentro, a lo largo de los ríos; y que lo que ocurrió con el Congo se repita con el Zambeze. Los portugueses éramos los amos de las dos llaves de la navegación fluvial africana: nos vimos obligados a abrir una de ellas a la navegación y el comercio extranjeros; abriremos la otra vía, si la fiebre algo excesiva que impulsa de nuevo a Europa hacia África no cesa antes. El dominio histórico de la costa no nos da derecho a prohibir ni gravar con aranceles los puestos comerciales del interior. Este derecho nos fue expresamente negado en toda la cuenca geográfica del Congo: ¿sería, por tanto, audaz afirmar que las *quibucas* preferirán una factoría cercana y un vapor que navega por el Zaire y sus afluentes, a Angola, incluso si nos arruinamos construyendo ferrocarriles en el interior?

Pensamos, por tanto, que si la apertura de los puertos ha desnacionalizado el comercio exterior portugués, y si los puestos comerciales francos en la costa norte ya limitan los ingresos fiscales de Angola, la próxima navegación del Congo y el establecimiento de puestos comerciales en el interior reducirán considerablemente el valor geográfico y comercial de los portugueses. ¿Condenamos, entonces, la apertura de los puertos, los puestos de libre comercio, la navegación del Congo? Por supuesto que no; e incluso sería absurdo condenar algo necesario. Solo lamentamos no tener nada que vender a los negros: de ahí proviene todo el mal presente y la probable decadencia futura de nuestras colonias africanas.

Lo que la navegación del Congo será para Angola, la navegación del Zambeze lo será para Mozambique. Más aún que Angola, Mozambique nos da el ejemplo de un puesto comercial donde sólo la bandera es portuguesa. El comercio es francés; y en Lourenço Marques la aduana vive del derecho de paso impuesto a los productos del Transvaal que transitan por allí. La construcción del ferrocarril, por parte de los ingleses, será en el futuro una fuente segura de conflictos, para los que evidentemente careceremos de los recursos necesarios para poder actuar.

V. Las plantaciones y el trabajo indígena

Derrotados, pues, por el hecho de que el África portuguesa no era una isla como Cuba o Java, y por la falta de productos manufacturados que vender a los nativos; habiendo perdido nuestro futuro comercial y limitado nuestras ambiciones a los territorios efectivamente ocupados y sometidos por nuestras guarniciones esclavistas, nos queda por saber si podemos lograr en África lo que hicimos en el norte de Brasil: una colonia de plantaciones, un centro de producción agrícola. Poco importará, entonces, si hay puestos de libre comercio en la costa o en los valles fluviales; si los negros compran algodón de Manchester, evitando pagarnos impuestos; si todos van y vienen a todas partes, comerciando, intercambiando y vendiendo libremente. Es aún mejor que así sea, pues cuanto menos valga la *pieza*, más valdrán el café, el azúcar y el algodón de nuestros agricultores. La región costera de Angola sería, así, meramente subsidiaria de la verdadera región colonial: la alpina, la del interior, la agrícola. Y como los productos indígenas ya no serían los del interior, sino los de las plantaciones portuguesas, los puertos tendrían su propio tráfico, y no el que dependía de la dirección preferida por los *quibucas* de los negros.

Si es posible convertir Angola y Mozambique en dos colonias agrícolas, África será otro Brasil para nosotros.

Sabemos que ni la producción fabril, ni la emigración numerosa, ni el poder naval, ni un clima particularmente benigno son necesarios para lograrlo. No los había en Brasil ni en ninguna parte. Lo indispensable es un capital abundante para limpiar la tierra, establecer las plantaciones, abrir los caminos y abaratar la producción. Lo indispensable es la abundancia de ese instrumento de trabajo llamado hombre, y por lo tanto las haciendas sólo prosperan a costa de la explotación más o menos brutal de la mano de obra indígena.

El norte de Brasil y las pocas plantaciones del África portuguesa prosperaron a la sombra del trabajo esclavo del negro. Con la abolición de la esclavitud, surge el problema del sistema de trabajo indígena libre, y las ideas predominantes no admiten otra hipótesis que la del trabajo asalariado al estilo europeo. Al mismo tiempo, las instituciones sociales de los negros no permiten las formas de servidumbre feudal de Asia. Por lo tanto, cuando los entusiastas de las colonias enumeran con fervor las riquezas naturales del suelo africano portugués y la cantidad de bienes preciosos que podrían cultivarse allí, olvidan que, antes de estas afirmaciones —que por lo demás no admiten refutación—, se encuentra la cuestión del trabajo, sin el cual no hay productos; la del capital, sin el cual no hay instalaciones agrícolas; y, finalmente, la de la inteligencia y la sabiduría administrativa, sin las cuales nada prospera en las sociedades humanas.

¿Trabaja o no el negro por un salario y de forma voluntaria? Esta pregunta, que se atiende de maneras totalmente opuestas, parece ya suficientemente contestada. Obviamente, el negro trabaja, sin que sea necesario esclavizarlo. El cabinda y el krumano son marineros en los barcos de la carrera de África; miles de cafres son empleados como jornaleros en las plantaciones de los colonos de Natal.

Sin embargo, no basta con afirmarlo; es necesario estudiar las condiciones en las que trabaja el hombre negro. Los krumanos y los cabindas sirven como grumetes, cocineros y marineros, durante el tiempo suficiente para comprar las *piezas* que correspondan a tres o cuatro mujeres en la *mucanda* de sus tierras. Bañado por el sol, inaccesible a la fiebre, fumando su pipa, el hombre negro consolida su trabajo. Tiene un capital —las mujeres— que le da suficiente interés para vivir como le gusta, volviendo a su patria, indiferente a los esplendores que ha contemplado en Liverpool. El cafre de Natal va a trabajar a las plantaciones inglesas para comprar tabaco o aguardiente con su salario; y luego regresa al interior pastoreando sus rebaños. Nómada, no se establece, no se *domestica*. Trabaja, sí, pero no por hábito, no por instinto, no con el objetivo de una acumulación ilimitada de capital, como el europeo. Trabaja, sí, pero impulsado por la necesidad inmediata; y las necesidades del hombre negro son pocas y se satisfacen con poco. No abandona ni la libertad ni el

ocio, para él condiciones felices de la vida salvaje, por el trabajo fijo, ordinario y constante, que es la dura condición de la vida civilizada¹⁵⁰.

Por lo tanto, la esclavitud tuvo un papel positivo y económicamente efectivo, desde el punto de vista de la prosperidad de las plantaciones. No basta con decir que la mano de obra esclava es más cara y que el negro libre también trabaja —hechos que, además, son ciertos en sí mismos—, pues es necesario añadir que el negro libre sólo trabaja de forma intermitente o excepcional; y que el mayor precio de la mano de obra esclava se compensaba con la constancia y permanencia del funcionamiento de este instrumento de producción.

Los cultivos exóticos (café, algodón, azúcar, etc.) requieren, más que cualquier otro, en ciertos momentos, la absoluta certeza de contar con mano de obra; y eso es lo que la esclavitud proporcionaba, y lo que el trabajo libre no podía garantizar.

Aunque en Estados Unidos, en Brasil, en Puerto Rico, y dondequiera que se exporten negros, ahora libres, estos continúan trabajando en las plantaciones, sería un error inferir que lo mismo ocurriría en África, puesto que no hablamos de continuar, sino de crear plantaciones coloniales. Fuera de su tierra natal, aclimatados durante generaciones a las costumbres tradicionales, los negros en América no tienen cerca el *sertão* y la tribu, como los de África, la constante tentación de la vida salvaje y sus encantos. Sería mejor comparar esta condición con la de los indígenas de Brasil, que también trabajaron como esclavos, que también fueron emancipados; y desde entonces sólo trabajaron fugazmente, y arrastrados por las tentaciones del *sertão*, acabaron por sumirse en él, para morir, para extinguirse.

Entonces, si esto no es así; si el negro trabaja por instinto y hábito; si el negro es capaz de pasar de la condición de pastor a la de agricultor, de establecerse en la tierra, de capitalizar indefinidamente como el europeo; si el hombre negro es ciudadano, es libre, es portugués —y todo esto requiere un trabajo asalariado—, ya que la tierra no tiene dueño ni límite: ¿por qué el hombre negro serviría y enriquecería a un colono, cuando él mismo puede plantar, cosechar y vender su café?

La idea de crear *fazendas* con mano de obra indígena libre y asalariada se encuentra entre los dos extremos de este dilema: O bien el hombre negro solo trabaja excepcionalmente y no abandona su estado salvaje; o bien es susceptible de dedicarse al trabajo agrícola. En el primer caso, la intermitencia arruinará las plantaciones; en el segundo, el hombre negro trabajará para sí mismo y no para el hacendado.

Si la cuestión del régimen laboral es la primera y más grave, inmediatamente después viene la del capital. Las subvenciones estatales no son suficientes; no basta con que el Estado gaste todo lo necesario en obras públicas y una administración competente; no es suficiente, aunque además no vemos con qué recursos el Estado lograría llevar a cabo esta tarea en Portugal. Gastar un poco en estos casos es perderlo todo. Las subvenciones estatales no son suficientes para crear las plantaciones de una colonia agrícola. En las de libre emigración, el capital inicial se reduce efectivamente a obras públicas; y los emigrantes pueden ser, y generalmente lo son, proletarios, a quienes el Estado les cede o vende la tierra que cada uno debe cultivar. En las colonias de plantación el caso es diferente; el sistema es el de la agricultura a gran escala, no el de la pequeña escala; y el colono, al establecerse, necesita capital para construir molinos, hornos y graneros, barracones y herramientas para los numerosos trabajadores que cultivarán la caña de azúcar o los cafetales.

El capital estatal no basta; es necesario el capital privado. Admitiendo, por tanto, que una parte de nuestra emigración podría o querría establecerse en África para establecer allí explotaciones agrícolas, queda por ver si nuestros emigrantes disponen de capital, como lo tiene, en gran medida, la emigración alemana, por ejemplo. Ahora bien, es bien sabido que la emigración

150 Véase *Raças humanas*, I, pág. LV.

portuguesa está compuesta por el proletariado rural de las Azores y por el excedente de población del Miño, hijos de pequeños terratenientes o arrendatarios sin capitales disponibles.

Cuando, en relación con África, pensamos en lo que se hizo en Brasil en el pasado, debemos recordar siempre los medios que se emplearon, para no caer en el error de aproximaciones temerarias. La colonización temprana de Brasil se llevó a cabo mediante un sistema feudal, el de las donaciones. Los concesionarios o capitanes, señores de la tierra y creadores de las haciendas, podían satisfacer la necesidad que ahora nos ocupa. Contaban con recursos no solo para comprar o cazar esclavos y alimentarlos, construir viviendas y molinos, sino incluso para armar escuadrones a sus expensas, reclutar guarniciones y erigir fortalezas. El mismo destino corrieron las compañías (inglesas, holandesas y portuguesas) que lograron colonizar países tropicales, y los capitanes de las islas atlánticas y de Brasil. Habiendo desembarcado solo y desnudo, sin protección ni recursos en tierras inexploradas, ¿qué destino le esperaba al hombre del Miño o de las Azores en África?

Por lo tanto, es necesario concluir que la escasez de recursos en nuestra Hacienda y el carácter proletario de nuestra emigración, no parecen favorecer, en ninguna de las dos Áfricas, la creación de un sistema de plantaciones coloniales.

Como subsidiaria de la cuestión del trabajo, surge la del capital; como consecuencia de ambas, surge ahora esta otra: la de la administración. Un puesto comercial o una colonia, establecimientos creados y mantenidos por las fuerzas naturales de la competencia comercial o la inmigración espontánea, requieren poco de la administración y la tesorería de la metrópoli. Con una plantación ocurre lo contrario. Como allí todo es artificial (es decir, obra de la voluntad humana contra las tendencias naturales), desde el régimen de trabajo, más o menos forzado, hasta la cultura, exótica o autóctona, siempre destinada a la exportación y no al consumo colonial; desde el establecimiento de colonos europeos, que es transitorio, hasta la lucha contra climas generalmente inhóspitos; como todo es artificial, repetimos, el papel reservado a la acción eficaz del conocimiento, la inteligencia, la honestidad de los funcionarios públicos y la fuerza de las guarniciones militares es eminente.

Ahora bien, la naturaleza no nos ha predestinado a ser administradores sabios ni guardias pacientes y firmes. Sin ocuparnos ahora de la famosa historia de la India¹⁵¹, los anales de nuestra administración colonial son una colección de vergonzosas miserias. Herculano, al tratar la cultura de nuestras poblaciones rurales portuguesas, llamó al sacerdote y al maestro mitos creados para el uso de las secretarías; en las colonias había y hay un mito más, el gobernador del presidio; y los tres deberían contarse entre lo más repugnante y atroz que ideó la imaginación de los fenicios. El tema no se agotaría, ni siquiera si las bibliotecas se llenaran con los casos ridículos, horrorosos o simplemente tediosos de la historia de nuestra administración colonial.

El padre António Vieira dijo que en Maranhão, los diezmos producían entre seis y ocho mil cruzados, de los cuales el gobernador inmediatamente se quedaba con la mitad y entregaba el resto a sus subordinados. Las iglesias, sin ingresos, se arruinaron, y el clero vivía *á custa dos naturaes*. Los gobernadores, dice el sacerdote, venden puestos militares, impidiendo que los soldados accedan a ellos, venden la justicia, inventan crímenes para saquear a las personas, y compran y esclavizan a los indios. En tiempos del Marqués de Pombal, el obispo de Pará escribió: «La miseria de las costumbres de este país me recuerda el fin de las cinco ciudades, porque me parece que vivo en los suburbios de Gomorra, muy cerca y a la vista de Sodoma». Incesto, bigamia, robos, asesinatos, llenan las *Memorias* del obispo. Respecto a Angola, sabemos que en nuestros tiempos, los gobernadores, no pudiendo ya esclavizar a los negros como a los indios de Brasil, explotaban el trabajo de los *carregadores* o porteadores, provocando desórdenes e incluso guerras. La miseria de los salarios lleva a que se elijan hombres perdidos para puestos de autoridad, los cuales compensan robando lo que no ganan. De Mozambique, todos los gobernadores regresaron ricos. El gobernador de Tete gana el equivalente a dos garrafas de vino al mes; y por esta razón, uno de Quelimane, en

151 Véase *Historia de Portugal*, Libro III, *A viagem da India*.

condiciones similares, zarpó a bordo de un barco negrero como capitán. En Ambriz vio Monteiro, y Cameron en Benguela, lo que es una fortaleza; y la desafortunada historia de las sucesivas y fallidas expediciones contra Bonga, esa historia en la que uno no sabe qué admirar más, si la cobardía o la ineptitud, da fe de la capacidad de la administración colonial portuguesa.¹⁵²

Las misiones, sin embargo... ¿y las misiones? Faltaba el tercer mito. El obispo de Pará conocía al provincial carmelita, a quien «muchacha gente solicitaba a fuerza de cacao y de café». Dice, y como obispo debería saberlo, que los párrocos eran incestuosos y vivían en concubinato: los indios, al ver la discrepancia entre sus hechos y palabras, huían al *sertão*, y le parecieron al obispo tan salvajes antes como después de su bautismo. En Angola vimos a los jesuitas como traficantes de esclavos, pero Mozambique supera a todo los demás. Enviaron allí sacerdotes desde Goa,

152 Aquí hay varios casos, reunidos fortuitamente, que pueden servir para dar una idea de lo que es nuestra administración de ultramar y su valor:

Guinea

En la Senegambia portuguesa, de norte a sur, teníamos: —Carabana, en la desembocadura del río Cazamansa, completamente usurpado por los franceses, ¡y donde ni siquiera ondea la bandera portuguesa! —Zanguichor, en el mismo río, completamente perdido y abandonado a los indígenas y al comercio francés. —Sélho, en el mismo río, 200 leguas tierra adentro, en exactamente las mismas circunstancias, donde no hay el más mínimo vestigio de soberanía portuguesa; se puede decir que todo este río está usurpado por los franceses. —Pessiche, un excelente puerto en el río Geba, muy por debajo de Bissau, en medio del archipiélago de Monjacos, completamente abandonado, ocupado y explotado únicamente por los franceses. —Bissamma, una ciudad muy moderna, formada por los pueblos mandinga y biafara, emigrados de las tierras de Furriá en la parte alta del Río Grande; este asentamiento, que hace apenas tres años prosperaba visiblemente gracias al arduo trabajo de sus habitantes, al norte y frente a Bolama, fue demolido por orden del gobernador de Guinea, entonces gobernador de distrito, António José Cabral Vieira, el 31 de mayo de 1878, con el único fin de halagar a los propietarios franceses del cercano puesto comercial de Bombaia, cuyos intereses se vieron eclipsados por la evidente prosperidad de aquella colonia de intrépidos trabajadores.

El puesto comercial de João Cardoso en Cham de Nalú, al norte del mencionado puesto comercial francés de Bombaia, fue destruido y demolido en septiembre de 1879 por los obreros y empleados de la mencionada Bombaia. El día que João Cardoso, dueño y fundador del establecimiento que llevaba su nombre, falleció, mientras su cuerpo aún estaba insepulto, invadieron el establecimiento, arrasaron las casas, incendiaron los almacenes y destruyeron los bienes y productos almacenados, y porque los hijos de aquel desdichado portugués izaron la bandera portuguesa para ver si aún podían salvar algo bajo su sombra. Los vándalos franceses, seguros de su impunidad, pues conocían bien los regalos con los que sus amos, según se decía, habían colmado a las autoridades militares de Bolama, las únicas a las que temen y respetan, arriaron la misma bandera portuguesa, la pisotearon, le infligieron otros insultos que no pueden describirse aquí, y finalmente, prendiéndole fuego, ¡esparcieron las cenizas al viento! El puesto comercial de Bombay pertenece a la casa francesa de Marsella, Blanchard & Co., cuyo agente fue recientemente condecorado con la Orden de Cristo: sin duda, el ilustre ministro desconocía estas circunstancias. (*Jornal da route*. 28-29 de junio de 1881).

Durante el gobierno del capitán de corbeta Gouveia (1880-85), una expedición naval contra los negros se topó con los siguientes obstáculos: 1. La cañonera no tenía calderas utilizables; 2. Carecía de velas; 3. La tripulación se declaró en huelga. Por lo tanto, el gobernador tuvo que comandar la cañonera, que era remolcada por una lancha de remos, con sacos abiertos en los mástiles a modo de velas.

Angola

No dudamos de la aptitud de los soldados africanos para luchar en estas regiones abrasadoras, pero de lo que estamos convencidos es de que el sistema de enviarlos de marcha es terrible: además de que no todos abandonan el punto de partida en masa, se suma la circunstancia de que solo llevan media docena de raciones y la ropa que visten, lo que significa que si un soldado escapa del fuego, muere de hambre, de miseria, despreciado en cualquier municipio. Han pasado ya diez años desde que era un horror verlos en esos municipios orientales; Dondo fue el escenario principal de este drama, donde se abrió una suscripción para alimentarlos. (*A Verdade*, de Luanda, 23 de febrero de 1882).

Mozambique

La anarquía reinaba en la administración del distrito de Quelimane, con ciertas autoridades acusadas de falta de tacto. Las condiciones sanitarias eran regulares.

Hubo una pelea entre los *cipayos* landines y el ciudadano Ildefonso José, un suceso ocurrido en Chupanga, propiedad de la Corona. Este suceso es lamentable, ya que una expedición oficial estaba negociando diplomáticamente con el jefe de esa tribu para animarlo a restablecer las buenas relaciones con el gobierno. Este desastroso conflicto causó una gran mortalidad entre los indígenas landines.

desterrados por delitos eclesiásticos y civiles. Corruptos y ladrones, los misioneros, según muchos, fueron una de las causas de la pérdida de los mercados del interior. Excomulgaban a personas por comerciar, a petición de uno u otro, o para así cobrarles el perdón. Vendían pólvora y armas a los nativos para que así les expulsasen. Eran tan ignorantes, malvados y depravados que los gobernadores (1824-1829) consideraron que lo mejor era cerrar las misiones por completo. En Ambriz, un viajero (Monteiro) encontró al párroco comerciando en su choza entre semana y los domingos celebrando misa en la casa del gobernador, ya que la iglesia solo tenía paredes. Y como digno vestigio de aquellas infames misiones del Congo y del cristianismo allí fundado, un fetiche más permanece en las chozas de los negros: el crucifijo; y en San Antonio de Cabinda, las campanas de la antigua iglesia, colgadas de las ramas de un árbol, repican con fuerza al paso del jefe...

Un cabo de escuadra, con la intención de ejecutar al comandante del 1.^{er} Batallón de Cazadores, Fornosini, disparó su fusil. Sin embargo, el mayor Ayres Vieira, comandante de la guarnición de São Sebastião, donde se encontraba el cuerpo, deseando impedir el ataque, corrió hacia el cabo y finalmente herido, pues la bala dirigida al comandante Fornosini se alojó en la parte gruesa de su pierna, que tuvo que ser amputada para evitar la gangrena. Aún se teme por la vida de este desafortunado oficial. (Corresponsal del *Comercio do Porto*, 31 de marzo de 1883).

—El Teniente de Caballería Ferreira disparó dos tiros de revólver contra el Teniente de Marina Reis, del Nandovi, pero no lo hirió.

—Una carta de Mozambique indica que un empleado de obras públicas de la provincia disparó un tiro de revólver contra un oficial naval, y que la víctima resultó levemente herida.

Se lee en un periódico de dicha provincia:

«El 16 de este mes, un buque de nuestra Armada entró en este puerto, llevando a bordo a Su Excelencia el Gobernador General de la provincia.

Su Excelencia, según tenemos conocimiento, había estado en Cabo Delgado, donde visitó los establecimientos públicos de la capital del distrito, y luego fue a visitar la bahía de Tungue. La corbeta fondeó allí y envió una lancha a tierra, pero los hombres del Sultán de Zanzíbar, que se encontraban allí, les dijeron que solo podían desembarcar tras pedir permiso al jefe, que se encontraba en la gran ciudad, y que si al día siguiente veían dos banderas en tierra, podían desembarcar; De hecho, al día siguiente se izaron las dos banderas y una lancha con oficiales y algunos soldados desembarcó, pero en tierra todos iban armados; más tarde, otra lancha de la corbeta desembarcó, llevando a Su Excelencia el Gobernador General y al comandante del buque, y en tierra, tan pronto como Sus Excelencias estuvieron en la lancha, dijeron que esos caballeros no podían desembarcar, porque solo quienes iban a hacer negocios podían hacerlo.

»La lancha en la que iban Sus Excelencias atracó en la orilla sur del río Menenene, donde también entendemos que Su Excelencia el Gobernador General pretende ordenar el establecimiento de un puerto nuestro.»

—«El 15 de este mes, en Mozambique, en el juicio por el robo de la caja fuerte de la Estación Naval, el teniente Goulão fue acusado de negligencia y descuido; el marinero Manoel Signaleiro y el cerrajero Faustino Farinha fueron juzgados como autores del robo. Fueron absueltos. Los acusados fueron defendidos por el abogado Carvalho.» (Corr. del *Jornal do Porto*, 30 de septiembre de 1882).

El destacamento portugués en Ampapa, un punto cercano a Mossoril, en la costa continental frente a la isla de Mozambique, a unas 12 o 15 millas de esta, fue asaltado y casi completamente destruido. El origen de la revuelta parece haber sido el mismo que el de casi todas las que estallan en nuestras colonias: la estupidez extorsionadora e inmoral de muchas de nuestras autoridades, en particular de aquellas a quienes enviamos para representar directamente nuestro dominio entre los salvajes. Se produjo una auténtica carnicería, según los informes, y el llamado capitán de tierra firme se atrincheró en Mossoril, en una casa de campo del gobernador, a la espera de refuerzos de la capital. (*Jornal do Commercio*, Lisboa, 6 de mayo de 1882).

En Angoche, las voces de quienes residen allí aún se escuchan en Mozambique, pero en Chiluané (sede del gobierno del distrito de Sofala), el desprecio ha alcanzado su punto máximo.

Es imposible imaginar lo que está sucediendo allí.

Funcionarios y tropas con 8, 10 y 14 meses de retraso, y más, sin recursos y sin comunicación con Mozambique. Resulta horroroso escuchar las descripciones de los gobernadores y comandantes militares del estado donde se encuentra el distrito.

No hace mucho, informaron al comandante militar de Sofala y al gobernador que el corneta no pudo dar la alarma porque no tenía fuerzas para tocar el instrumento, ¡¡¡llevando 36 horas sin comer!!! El sargento de guardia llegó a informar que el centinela había caído al suelo porque no tenía fuerzas para mantenerse en pie. No había comido en 24 horas. Y así, todo lo demás. (*Angoche* de Castro Ferresi, p. 51). Lisboa, 1881.

India.

Noticias de la India indican que en Diu se produjo un incidente muy grave. El gobernador del distrito entró en la casa de Calta, el hombre más rico de la zona, e intentó violar a una mujer, aparentemente su esposa. Un gran

¿Cómo podemos entonces confiar en la creación y desarrollo de plantaciones cuando, en nuestra opinión, faltan los elementos esenciales para este tipo de establecimiento? Falta mano de obra permanente, emigrantes con capital, falta dinero en el tesoro, falta una tradición administrativa colonial, y faltan empleados y tropas entrenadas para la gestión y custodia de lo que podrían ser los nuevos Brasiles del norte.

Sin embargo, lo cierto es que en Angola hay cultivos, hay *fazendas*, y sería extraño que no las hubiera. Esta colonia, que es principalmente un puesto comercial, posee, sin embargo, algunas características del segundo tipo. Hombres más audaces, afortunados o inteligentes de lo que cabría esperar prudentemente del hombre común lograron superar los obstáculos, y de comerciantes del mercado interior se convirtieron en plantadores¹⁵³. Si Angola tiene algún futuro como colonia portuguesa, es solo este. Los mercados interiores y el comercio marítimo, es decir, los dos aspectos

número de personas de la zona acudió al lugar y atacó al gobernador, quien se dirigió a la plaza del pueblo, dio la voz de alarma y ordenó a su comandante que destruyera la casa del hombre. Sin embargo, la orden no se cumplió. Algunas autoridades telegrafiaron a Goa informando al gobernador del incidente y solicitando medidas. El gobernador designó inmediatamente al capitán Faustino Gomes, de artillería, para que fuera a Diu y asumiera el gobierno. El gobernador del distrito fue suspendido hasta que el gobierno de la metrópoli, a quien se informó del incidente, resolviera su situación. (*A Folha Nova*, Oporto, 15 de junio de 1881).

Macao.

A las nueve de la noche del 10 de este mes, una lancha procedente de la aduana china de Bugio atacó un barco que transportaba setenta balas de opio, ya cerca de la fortaleza de Taipa, y, disparando una ametralladora, mató a uno de los tripulantes e hirió a cinco. La lancha confiscó entonces todo el opio y se dirigió triunfalmente hacia Bugio. Fue incautado el cuerpo del delito y se realizó una autopsia. Los heridos están siendo atendidos en el hospital chino. El gobernador de la provincia ha solicitado encarecidamente al virrey de Cantón que satisfaga sus demandas y repare la afrenta. (*Diario de Noticias*, Lisboa, 16 de septiembre de 1883).

Macao, 19 de febrero...—La tierra es buena, y si no fuera por la gran distancia que nos separa de Lisboa, no preferiríamos, para una residencia temporal, ninguna de nuestras ciudades de provincia, con la excepción de Oporto. Se ha dicho con frecuencia en Portugal que el comercio de Macao está en declive y a punto de desaparecer. Eso no es cierto. Por el contrario, la actividad comercial ha crecido. El año pasado superó los 20.000 contos de reis; sin embargo, lo cierto es que el comercio está exclusivamente en manos de los chinos, quienes son quienes prosperan aquí hoy y poseen las mejores propiedades. Anteayer, uno de los comerciantes chinos más opulentos de esta ciudad se nacionalizó portugués.

Siguiendo el ejemplo de lo que ocurre en Goa, la clase de descendientes de europeos pronto desaparecerá por completo de Macao, donde la emigración de familias portuguesas a Japón, Hong Kong, Shanghai, Saigón y otras partes de China y Cochinchina es asombrosa. Basta con saber que en Hong Kong, por ejemplo, sin mencionar a los chinos, hay, según las últimas estadísticas, 785 ingleses con residencia permanente y 386 personas de otros países, con la excepción de los portugueses, cuyo número supera 1:800; es decir, ¡más del doble que los ingleses!

Es verdaderamente lamentable que Portugal tenga tan poca estima por esta provincia de ultramar que ni un solo comerciante piense siquiera en enviar un barco a este puerto, al menos anualmente. Pues los productos portugueses tendrían un gran atractivo aquí, como el vino, el aceite de oliva, los embutidos, las conservas y el tabaco; y el vino, en particular, también tendría muchos consumidores en Hong Kong, adonde se puede llegar desde aquí en tres horas y media en un servicio diario de vapor. Y el barco podría transportar, además de muchos y variados productos de China, el mismo té que se fabrica en Macao, lo que hace indispensable y urgente que los aranceles de Portugal no produzcan el extraño fenómeno del té fabricado en Macao, que llega a Portugal vía Inglaterra en un barco inglés, pagando menos aranceles que si se enviara directamente desde este puerto a los puertos de la metrópoli en un barco portugués. La consecuencia de que el gobierno portugués considere a Inglaterra una nación privilegiada e insista en la increíble terquedad de no admitir el té fabricado en su propia colonia de Macao como producto colonial. Y, sin embargo, el té fabricado en Macao y exportado a Inglaterra el año pasado superó la cantidad de ciento veinte mil reis (!).

Esto no sería sorprendente si, como testimonio de nuestra negligencia en los asuntos de ultramar, no se diera el hecho notable de que no hay una oficina de correos portuguesa en Macao, a pesar de que sostenemos que esta tierra nos pertenece desde hace más de tres siglos. Simplemente hay una delegación de la oficina de correos inglesa en Hong Kong, que amablemente se encarga de enviar correo a Europa, vía Hong Kong, y cobrando casi el mismo franqueo que se paga de Hong Kong a Europa. ¡Y para eso se incluyó a Macao en la unión postal universal! Si no fuera por engaño, deberíamos alegrarnos de que los extranjeros nos tengan en mejor opinión de la que merecemos.

Aquí no circula el dinero portugués, pero sí el inglés, el chino, el japonés, el mexicano y el de la gran república estadounidense. Como ve, Excelencia, los chinos tienen razón cuando dicen que este no es territorio portugués. No quiero abusar más de su bondad, etc. (*Diario de Noticias*, Lisboa, 22 de octubre de 1882).

que hacen de esta África un puesto comercial, ya desnacionalizados en cuanto a los productos importados y los orígenes y destinos del comercio europeo, probablemente decaerán con la promoción de los puestos de libre comercio y la navegación del Congo.

Si, a costa de sacrificios, quizás excesivos para nosotros, reconociéramos que era posible y útil desarrollar las plantaciones en el interior de Angola, dotándole de vías férreas, pagando adecuadamente a la administración, organizando la milicia, y ayudando a los colonos con capitales que ellos no poseen, tal vez se podría crear un nuevo Brasil-norte en la costa occidental de África, bajo el régimen de vasallaje real de los nativos y de trabajo forzado, de forma más o menos clara y directa. ¿Es esto factible con una política sin fijeza ni reflexión, como la portuguesa? ¿Es esto factible con los recursos limitados de nuestra riqueza? ¿Tenemos capitales que inmovilizar en esta empresa?

Sea como sea, para lograr algo en un solo lugar, sería necesario dejar de lado vastos dominios y tradiciones históricas, concentrando en un solo lugar los recursos y fuerzas disponibles, si es que los hay. Enajenar de forma clara, Mozambique (aparte del Oriente) mediante concesiones a empresas; abandonar protectorados insignificantes y dominios meramente nominales, y aunar las fuerzas de una política sabia y sistemática en la región de Angola: esto es lo que quizás no resultaría del todo impolítico.

En esa región de Angola, bordeada al norte por el río Loge y al este por las montañas Tala-Magongo, que dividen la cuenca hidrográfica costera y la cuenca interior del río Quango, un afluente aún inexplorado del Congo; en esa región de Angola que es el valle de Quanza, con sus valles paralelos hasta el río Cunene, tal vez podríamos crear una Java para nosotros si, como los holandeses, descubriéramos una manera de forzar el trabajo del hombre negro, sin caer en la antigua y condenada forma de esclavitud. Tal vez podríamos así explotar para nuestro propio beneficio el trabajo de millones de hombres, enriqueciéndonos a costa de ellos. Así se creó Brasil¹⁵⁴.

153 La exportación de café desde Angola es prueba de este hecho bien conocido. En 1837, un agricultor viajó de Brasil a Angola para establecerse en Cazengo, donde encontró la planta de café autóctona de la región. Desbrozó el terreno y lo cultivó, con africanos esclavos por supuesto. En 1845, cosechó 10 toneladas; y el lugar de Cazengo, que en 1856 producía 300 toneladas, hoy produce 2.700 toneladas de café. He aquí un tipo de plantación que corrobora todo lo dicho en el texto: pues en Cazengo sólo hay cincuenta europeos, pero muchos indígenas. En 1858, comenzó el cultivo del algodón, pero su prosperidad no fue ni igual ni comparable a la anterior. Y en Cazengo, en Golungo, en las zonas del interior de la provincia, donde el clima no es tan riguroso como en la costa, el capital, el dinero y la inteligencia de varios agricultores (S. João, Prototypo, Palmira, Monte Alegre) han logrado que las plantaciones explotadas con mano de obra negra tengan un desarrollo que las exportaciones demuestran. ¿Se podría concluir de esto a favor de la inmigración de proletarios de las Azores o del Miño?

No, porque no hay escasez de mano de obra; ni el agricultor preferiría el trabajo más caro del blanco al del negro. Y no, también, porque sólo las plantaciones son convenientes para la explotación de Angola. El ejemplo de 1849 en Mossamedes es elocuente. 200 familias portuguesas llegaron allí desde Brasil y, después de tres años, la colonia quedó diezmada: más de dos tercios de ella se habían marchado. Y, sin embargo, el clima en Mossamedes se acerca más a las condiciones de las colonias agrícolas. Se dirá que Mossamedes prosperó más tarde; ¿pero cómo? Plantando caña de azúcar y produciendo aguardiente en establecimientos dirigidos por colonos y trabajados por indígenas. (Véase Ferr. Ribeiro, *A prov. de S. Thomé*, etc.)

154 Entre las diversas cartas que recibí de Brasil y África de desconocidos, en relación con la primera edición de este libro, hay una del Sr. J. Correia Pereira, de quien luego supe que era un plantador de inteligencia y fortuna excepcionales. Esta carta revela un conocimiento tan preciso de las cosas que sería un error no comunicarla al público. Votos como estos valen muchos informes llenos de banalidades.

Aquí están los extractos que pueden servir para aclarar el texto: el resto de la carta tiene un valor meramente personal, aunque muy querido por el autor de este libro.

«Quelimane, 28 de enero de 1882.

Sr. J. P. Oliveira Martins...

Tras la libertad, que no considero mala, y por la que di mi voto en el cuestionario presentado en 1874 por el Ministro de Marina, la cuestión del trabajo en la provincia de Mozambique debe resolverse con prontitud. Los puestos comerciales extranjeros y los moros de Bombaim, que tenemos allí, absorben todo el comercio (y con justos derechos), libran una guerra silenciosa contra el plantador portugués; y lo peor es que las autoridades de todas las localidades y tipos, sin política, sin normas y sin coherencia, ansiosas solo por algunos puestos de acceso

Quizás la franqueza con la que se dicen estas cosas ofenda a muchos oídos educados por las notas ingenuas o hipócritas de la idolatría de nuestro siglo. Con libertad, con humanidad, jamás se hicieron las colonias de plantación.

Se nos preguntará, sin embargo: ¿por qué no estará reservado al África portuguesa el futuro de una colonia de plantación, una colonia del tercer tipo, como lo son El Cabo o el Transvaal en el mismo continente, como fueron en América los Estados Unidos, como lo es ahora el Canadá y, hasta cierto punto, Australia? Nosotros, que colonizamos las Azores, Madeira y São Paulo, ¿por qué no podríamos crear un África portuguesa, de la misma manera que hicimos una América? Existe una gran corriente de emigración que se dirige anualmente a Brasil: ¿por qué no podría desviarse esta oleada hacia África?

que vienen a ganar aquí, y por unos pocos centavos para saldar las deudas que dejaron en la metrópoli, solo buscan perjudicarlo de acuerdo con ellos, y inconscientemente se dejan engañar.

Lo que usted escribe son lecciones admirablemente verdaderas para nuestros ministros de las colonias. No sé si alguna vez ha estado en África, pero es un axioma cuanto dice. Si la tierra no tuviera dueño ni límites, ¿por qué el negro serviría y enriquecería a un colono, cuando él mismo podría plantar, cosechar y vender su café? La idea de crear fincas con mano de obra indígena libre y asalariada se encuentra atrapada entre dos puntos del dilema: o el negro sólo trabaja excepcionalmente y no abandona su estado salvaje; o es susceptible de establecerse en la actividad agrícola. En el primer caso, la intermitencia arruinará las plantaciones; en el segundo, el negro trabajará para sí mismo, y no para el hacendado.

Los capítulos 5 y 6 del libro 4 son verdades tan incontestables que solo los Quijotes tradicionales de nuestra administración las rebatirán.

Además de haber residido 30 años en África, durante ese tiempo he estado en Lisboa y Oporto, donde nací; he visto la colonia de El Cabo, las colonias inglesas de Asia y la miserable India portuguesa; en tierras inglesas todo es práctico, todo es positivo, todo es simple como conviene a quienes viven del trabajo, como nos impone el siglo en que vivimos.

No es difícil resolver el problema de convertir las dos Áfricas, Angola y Mozambique, en dos Brasiles; no podemos dominar su comercio exterior por ahora; pero podemos convertirlas en buenas plantaciones, como bien dice usted, y así ser los señores del suelo y de la propiedad por medio de la agricultura.

Solo la agricultura a gran escala resolverá este problema, pero es necesario barrer las utopías y las ideas teóricas, por lo demás muy hermosas, pero cuyos resultados serán nulos e infructuosos, y no mucho más tarde, su propia pérdida.

El clima no es malo ni se opone a la propagación de la raza blanca; las causas que lo han impedido son muy diferentes: permítame usted apartarme de la opinión general sobre este punto con ejemplos de mi país y con los estudios que he realizado. Estoy casado con una mujer también oriunda de Oporto, y mis hijos nacieron aquí; los tres son fuertes, robustos y ágiles, y lo mismo puede decirse de otras familias portuguesas que tenemos aquí, que se han mantenido sin mezcla racial. El gran mal de la falta de propagación de la raza blanca reside en otra cuestión que ninguno de nuestros administradores ha estudiado aún, ¿y con qué propósito? De ahí no surgirán ascensos, condecoraciones ni elogios del ministerio. La provincia de Mozambique, y especialmente los dos distritos de Inhambane y Quelimane, debido al carácter, las costumbres y los hábitos de su gente, la densidad de población, así como la fertilidad de su suelo y las condiciones geográficas, son susceptibles, con una administración práctica y sencilla inspirada en los verdaderos intereses nacionales, de convertirse, en el corto plazo de diez años, en una buena y próspera granja, una plantación de los más ricos productos coloniales, un vasto campo de cosecha para el Tesoro, sin perturbar la propiedad. Todo el atraso de la provincia de Mozambique, toda la laxitud y el abandono, toda la miseria e ignorancia que abundan allí, todos los Bongas, se deben a nuestros administradores; ellos, y solo ellos, son las causas: el resto son los efectos forzados y violentos que fatalmente se imponen por el orden de los hechos. Nada de acusaciones; la provincia es y seguirá siendo la víctima de los Ministros de Marina y de Ultramar; creo que ninguna de esas altas personalidades, o los que aspiren a serlo, leerá su importante obra *O Brasil e as colonias portuguesas*.

Créame usted —y me justifican mis treinta años en Zambesia, Quelimane, la tierra de los Atongas, Shire y otros puntos de esta región, y no dedicados únicamente al comercio, al intercambio de algodón por marfil o a la plantación de caña de azúcar y palmerales; sino también pensando, meditando, escribiendo y debatiendo sobre los asuntos de África, su pasado y su futuro, la piratería del comercio, el tráfico de marfil, un mal tan grave para Mozambique como la exportación de esclavos. Usted es el primer escritor que presenta la solución que nos conviene, la única posible para resolver el gran problema de conservar como nuestras estas dos importantes posesiones, Angola y Mozambique.

Enajenar Goa, Timor y Macao no es algo malo, sino más bien positivo, al concentrar nuestra atención, nuestra armada, nuestra burocracia colonial y nuestras escasas y tan dispersas fuerzas en África. Que nuestros estadistas,

Antes de responder a estas preguntas, que requieren un estudio especial de la emigración portuguesa, el lector debe recordar que todas las colonias del tercer tipo, o colonias agrícolas, están al sur o al norte de los trópicos; que las Áfricas portuguesas son tropicales; que en esta zona intertropical solo prosperaron las colonias agrícolas; Y que solo así era posible —donde era posible— aclimatar, mejor o peor, las razas del sur de Europa, nunca las del norte.

La idea de una colonización agrícola mediante la emigración portuguesa libre es, por muchas razones (que se analizarán más adelante), una quimera *liberal*. Pero los nuevos filántropos se precipitan, repitiendo de oído las opiniones bíblicas de los judíos ingleses con la vista puesta en las fábricas de Manchester; pero si la aclimatación y otros factores hacen impracticable la colonización europea, ¡el futuro de África, de toda África, es la gran, la venidera y espléndida civilización negra! Apóstoles y misioneros de la nueva y negra idea, pongámonos del lado de los ingleses, llamemos al hombre negro a la escuela, bauticémoslo, moldeémoslo al estilo europeo, y África será grande... ¿y Angola y Mozambique qué? El mercado del algodón inglés, con el que los negros civilizados cubrirán sus vergüenzas.

Esta última teoría, si como tal podemos calificar lo que es una simpática ilusión, está directamente relacionada con el movimiento de exploración del sur de África, que estudiaremos sucintamente en el último libro de esta obra. Analicemos primero la teoría de la colonización agrícola, a través de la emigración portuguesa, que hoy se dirige a América.

VI. La colonización y la emigración nacional

Obras recientes y valiosas nos permiten comprender la importancia numérica, la naturaleza y las condiciones de la emigración nacional. El número de personas que abandonan anualmente el reino con destino a Brasil y otros lugares ronda las veinte mil; cuatro mil el de repatriados; por lo

nuestros capitalistas, nuestro comercio se dediquen a la noble tarea que tan acertadamente presenta usted, sin utopías, sin poesía, que no sirven ni podrán servir para formar pueblos y convertirlos en imperios, como hicimos con el Brasil.

Las verdades de Mozambique son: la raza blanca no se propaga sin la mujer blanca; si no existe, el hombre blanco se amanceba con la mujer negra, y produce el mulato; este, a su vez, en amores, se ve obligado a entregarse a las negras: la raza ha retrocedido y desaparecerá al fin. La agricultura a gran escala no puede existir sin el brazo del negro indígena, y, sin la agricultura a gran escala, que haga de esto la *fazenda* que nos proporciona la tierra, todo es utopía, todo es error, todo es ilusión. El negro, sin embargo, no nos necesita a nosotros; ¡somos nosotros los que le necesitamos!... El brazo del colono blanco, venga de donde venga, solo servirá para dirigir, enseñar, supervisar y perfeccionar el trabajo del brazo indígena.

La administración colonial es simplemente un caldo de cultivo para funcionarios que no aportan nada útil, práctico ni positivo a la tierra en el camino del desarrollo del trabajo moral y material que eleva e impulsa el progreso, hacia el cual todos los pueblos avanzan; y, no me crea pesimista, no lo soy: la larga y triste experiencia de treinta años me ha causado la más lamentable de las desilusiones. Gobernadores generales y gobernadores subordinados se suceden; solo tienen la pedantería de sus uniformes, la arrogancia o quizás el orgullo de su clase noble, imponiéndose vanidosa y neciamente (perdón por la frase) en los asuntos más tristes de sus respectivas localidades; y, sin embargo, cada uno es un reformador, un organizador (según ellos), siempre encontrando ignorancia y desorientación en sus predecesores...

Es un continuo y sin sentido hacer y deshacer, unos derrochadores de capital y tiempo, que cometen más crímenes contra la nación y la humanidad en su tiempo en la administración que actos que resultan en beneficios. No tienen la culpa; nuestra educación se imparte así, nuestros estadistas solo la desean así. Una elección de diputados es la piedra angular sobre la que cada gobernador asienta el edificio de sus credenciales administrativas; estas elecciones se celebran votando por cincuenta hombres que piensan, por seis mil negros bozales de crasa estupidez, ¡a media botella de brandy para cada uno! Es barato y cómodo.

Acepte usted las expresiones de mi más alta estima y consideración, y un apretón de manos de un hijo de la laboriosa ciudad de Oporto, que ha perdido la fe y la esperanza en todo lo que proviene de la administración y en la intervención de los gobernadores en las provincias de ultramar.

Quedo a su disposición, etc.

J. Corrêa Pereira.»

tanto, nuestra contribución a la colonización de la América neo-portuguesa, la Guayana, las Islas Sandwich y California es de unas dieciséis mil.

Desviar esta corriente de emigración hacia África, crear con ella una colonia agrícola, es la idea clara y sencilla en la que muchos ven resumido el futuro de Angola y Mozambique. Nos oponemos categóricamente a tal idea, lo cual demuestra una vez más la precipitación y la falta de sentido con la que se forman las opiniones en Portugal. Los defensores de la colonización de África son los mismos que afirman categóricamente la aptitud del hombre negro para el trabajo asalariado y libre; sin recordar que esta segunda condición, por sí sola, sin otras razones, bastaría para condenar a la ruina a los inmigrantes portugueses, que son proletarios. Los portugueses que van a Brasil, artesanos o agricultores, no se llevan ni un solo real; prueba de ello son los contratos de servicios que firman para pagar su pasaje. Una vez desembarcados, trabajan a sueldo, alquilando su mano de obra dondequiera que haga falta. Regresan a su patria con los ahorros y el excedente de sus salarios, sin convertirse en terratenientes en América. Llegados a África, estos agricultores y artesanos, incluso si encontraran una hacienda ya establecida y a las puertas el propietario que les ha de dar alimento y trabajo, no podrían obtener un salario superior al que obtiene los muy abundantes negros; ¿qué ahorros lograría el colono? ¿Cómo competiría con el trabajo de los negros?¹⁵⁵

155 Permítanme transcribir aquí la carta que dirigí a los promotores de la colonia Narciso Feio. Se trataba precisamente de, con el patrocinio del Ministerio de Marina, atraer a unos cientos de emigrantes pobres del norte del reino para que fueran a fertilizar (si me permiten la expresión) la recién adquirida región del Zaire. El plan fracasó, y me siento honrado por el papel que desempeñé en él, como miembro de la Sociedad Geográfica Comercial de Oporto. Aquí está la carta:

Excmo. Sr. José Leopoldo Mera.—Lisboa.

Me siento muy honrado por la invitación que Vuestra Excelencia me extiende en su carta del día 12, y, si la brevedad del tiempo no me permite dedicarle un artículo para su *Africano*, no quiero dejar de incluir en esta carta algunas breves consideraciones que me sugiere el denunciado movimiento de colonización del África portuguesa. Su Excelencia verá si merecen el honor de ser publicadas, y si así fuera, la carta compensará la falta del artículo.

No puedo evitar aplaudir la idea de explotar (permítanme usar este verbo en lugar de colonizar) África Occidental, ya que no sabemos cómo explotar la metrópoli y hemos descuidado la navegación, muchas industrias y, sobre todo, la pesca. Dado que hay cien solicitantes para un puesto público, es evidente que falta trabajo para los jóvenes portugueses, hijos de la clase media. Y sin duda, es preferible que estos jóvenes se conviertan en agricultores en África, en lugar de oficinistas, alféreces o mensajeros en las secretarías de estado.

Sin embargo, no basta con ir a África, y por eso preferí el verbo explotar que colonizar. Se coloniza un territorio desértico como Australia, la inmensidad de Norteamérica o el interior de Brasil; las regiones donde la población es abundante e incluso, según algunos, creciente, no se colonizan. Por eso considero la idea de desviar hacia África nuestra emigración de proletarios del Miño, de las Azores y de Madeira, que hoy buscan países donde la mano de obra escasea, es una quimera peligrosa. En África, se verían reducidos a trabajar en competencia con la raza negra bajo una forma de esclavitud mal disimulada.

Por lo tanto, corresponde a los portugueses explotar África, no colonizarla. Se deben enviar allí jóvenes con la fortaleza, la inteligencia, la educación y los medios suficientes para establecer sus plantaciones, contratar cierto número de negros y crear una *fazenda* con estos recursos. Consideren atentamente lo que ocurre en Angola, consideren lo que se hizo en el pasado en Brasil, observen sobre todo la joya de nuestras colonias —el tamaño es irrelevante—, la isla de Santo Tomé, y creo que nadie dudará de lo que digo.

Deberíamos querer ser *fazendeiros*. Colonos, como el irlandés que va a América, el de Madeira que va a Demerara, y el otro que va a Brasil, ganándose la vida con sus propias manos, cavando en los campos o trabajando como carretero en el río; colonos, en el sentido estricto de la palabra, no, porque el colono de África es el negro. Es él quien podría y debería trabajar bajo la dirección y el mando de los portugueses.

¿Comerciantes? Tampoco creo que haya un gran futuro en este sentido. Sólo quienes tienen algo que vender son comerciantes. Por ahora, tenemos a todos los europeos por delante; entendemos que no vale la pena fomentar el establecimiento de industrias metropolitanas que encontrarían un mercado de consumo relativamente ilimitado entre la población negra. Ni nuestro algodón ni nuestra ferretería pueden competir con los ingleses y, especialmente, con los alemanes, que sin duda tendrán una preferencia indiscutible.

Por eso no sacrificaría ni la décima parte de un ceítal por la posesión de Zaire, una zona inhóspita donde solo pueden existir puestos comerciales bajo un régimen de libertad internacional. La tierra, con sus habitantes, es nuestra en el centro y sur de Angola, y debemos aprovecharla tanto como a su gente, obteniendo para nosotros los enormes ingresos netos que producen los cultivos tropicales, cultivados por la robusta y barata mano de obra del

Sin embargo, no es necesario debatir esta hipótesis. El examen de las condiciones particulares de la emigración portuguesa es el primer argumento en contra del plan de dirigir este flujo a África. De los siete u ocho mil portugueses que permanecen anualmente en Brasil, más de dos mil son jóvenes; y ciertamente más de cinco mil se dedican al comercio minorista, cuyas ganancias constituyen la mayor parte del capital de los repatriados a Portugal. Quedan dos mil mujeres (y muchas, lamentablemente, se van, principalmente de las Azores), obreros y pequeños industriales de todo tipo (carreteros, hojalateros, jardineros, etc.) y, finalmente, trabajadores agrícolas asalariados, cuyo número es relativamente pequeño. El simple hecho de que Río de Janeiro acoja casi al noventa por ciento de la población portuguesa del Brasil demuestra el carácter comercial-industrial, y no agrícola, de la emigración¹⁵⁶.

negro. Pasemos ahora a otro punto.

La prueba de que, incluso con una administración colonial detestable en todos los aspectos, es posible emprender con éxito proyectos agrícolas, reside en los ejemplos que ya he mencionado de las plantaciones que prosperan en Angola y Santo Tomé. Sin embargo, estas *fazendas* son fruto de un riguroso proceso de selección que dejó derrotados a innumerables explotadores menos afortunados. ¿Cuántos fracasos contrapesan cada una de las instalaciones actualmente prósperas? Cuando se siembra en un campo cubierto de maleza que el arado no ha removido previamente, la pérdida de semillas es incomparablemente mayor que cuando el grano cae en una parcela de tierra bien trabajada. Por lo tanto, me gustaría que el impulso de actividad que ahora se despierta para la explotación de África fuera acompañado de un plan, un sistema administrativo, para que no se pierdan, no diré todas, pero al menos la mayor parte de las semillas de sangre portuguesa sembradas en suelo africano.

En este orden de cosas, no basta el entusiasmo ardiente de los jóvenes: es necesaria la prudente discreción de los hombres experimentados. Si se planea una explotación, es necesario saber cuál es el marco adecuado de explotadores, cuál es el capital para la instalación y cómo obtenerlo. Ciertamente, esto es lo que consideraron inicialmente quienes se proponen explotar África: una empresa para la que nada se logra sin una buena voluntad persistente, pero también sin los recursos y el estudio necesarios, toda buena voluntad se traducirá en un deplorable fiasco. Seguramente el gobierno, responsable de dirigir y apoyar iniciativas tan eminentemente patrióticas como esta, seguramente consideró y resolvió estos asuntos, y no se le debe perdonar al ministro que consienta el sacrificio inevitable de un grupo de jóvenes dotados de una voluntad enérgica. ¿Acaso son tan abundantes entre nosotros?

Pero voy más allá. Me gustaría que el gobierno promulgara un plan sistemático para la explotación (no la colonización) de nuestra África Occidental, que estableciera las condiciones para las concesiones de tierras, los favores que se deben otorgar a los agricultores, las primas que se deben dar a la agricultura, etc. Me gustaría que, una vez establecido y fijado este plan, sus condiciones se pusieran a disposición de todos, para que los gobiernos no corran el riesgo de ser acusados de nepotismo al otorgar favores excepcionales a tal o cual persona, que la naturaleza del propósito pueda justificar, pero que no se ajusten a las costumbres modernas de los gobiernos. Finalmente, me gustaría que en el siglo XIX hiciéramos por África Occidental lo que el rey Juan III hizo por Brasil en el siglo XVI, con el debido respeto a las diferencias temporales, ya que hoy en día nadie tiene la idea de dividir Angola en capitanías de donatarios.

Eso es lo que me sugirieron su carta e invitación. Estas son quizás las obstinadas consideraciones de alguien que, por experiencia repetida en más de una ocasión, sabe que no está en sintonía con la fraseología actual.

Créame, Excelencia, el profundo respeto y la viva esperanza que tengo por nuestra juventud académica; y créame también, su muy atento y agradecido, J. P. Oliveira Martins.

Oporto, 17 de noviembre de 1884

156 Estadísticas sobre la emigración portuguesa

	1.º período (1866-71)	2.º período (1870-4)
Emigración total desde el continente y las islas:	49.131	76.965
Promedio anual:	8.584	15.393
Destino a Brasil:	7.028	13.380
Destino a Guyana, Estados Unidos, etc.:	1.556	2.013
Desde las islas:	2.344	3.820
Repatriación desde Brasil:	2.240	3.718
Repatriación desde otros puntos:	928	780
Pérdida neta de población:	4.456	10.895
Por su parte, las estadísticas brasileñas muestran:		
	1855-63 en todo el imperio	1864-73 en Río de Janeiro
Inmigración total de portugueses:	71.499	66.258
Retorno total:	35.034	32.132
Saldo:	36.465	34.126

¿Acaso los carpinteros, herreros y albañiles, los dependientes y abogados, abandonarían entonces sus herramientas y mostradores para sustituirlas por azadas en Angola? Es de suponer que no seguirían tal consejo. Sin embargo, demos por supuesto que lo hacen; y ellos, antes que nadie, y nosotros después con ellos, lloraríamos amargamente nuestro error. Habríamos destruido una obra de siglos, la mejor obra de la que habla nuestra historia; habríamos desportuguesizado Brasil, al dejar de nutrir el progreso de su población con las infusiones de sangre viva que le enviamos anualmente. ¿Qué importa que Brasil sea políticamente independiente? Debemos decir con Herculano que «es nuestra mejor colonia, desde que dejó de serlo». Para el régimen socioeconómico, la dependencia o la independencia son tan secundarias y, hasta cierto punto, indiferentes como las formas de gobierno.

Promedio anual de los dos períodos.

3.922

En la pérdida anual de población portuguesa, estimada entre 4.500 y 11.000 personas, Brasil contribuye con una cifra que varía entre 4.000 y 7.500, según las estadísticas portuguesas, y solo alcanza el promedio de 4.000 según las estadísticas brasileñas, también porque estas últimas no incluyen el año 1874, que, después de 1871 y 1872, fue el año de la emigración más numerosa, ni las entradas fuera de Río en el período de 1864 a 1873.

Ahora es necesario conocer el destino, la edad y la mortalidad de esta emigración a Brasil, que es casi total; para ello, nos basaremos en las estadísticas portuguesas del período de 1870 a 1875, dejando de lado el aumento de la emigración clandestina mencionado anteriormente.

<i>Medias anuales:</i>	<i>Río</i>	<i>Bahía</i>	<i>Pará</i>	<i>Pernamb.</i>	<i>Maran.</i>	<i>Total</i>
Inmigrantes:	9.365	125	841	685	77	11.093
Niños menores de 14 años:	1.831	60	174	211	?	2.276
Repatriados:	2.943	81	346	348	?	3.718
Población portuguesa:	?	4.000	14.074	?	?	?
Muertes:	1.927	73	128	129	?	2.257
<i>Porcentajes:</i>						
Muertes en la población:	?	1,8	0,9	?	?	?
Muertes en la emigración:	20,5	58	15	20	?	20
Menores en emigración	19,5	48	20	31	?	20,5

De esto se desprende: a) que la mortalidad es mayor cuanto mayor es el número de menores; b) que del total de 11.093 personas, los hombres aptos para el trabajo rural o industrial y las mujeres sumaron 8.817, y el resto se compone exclusivamente de comerciantes; c) que de los 7.375 emigrantes que permanecen anualmente en Brasil, una parte fallece. ¿Cuál es esta proporción? La cifra de 2.257 muertes incluye no solo las de emigrantes, sino también las de residentes, que ascendían a 126.246 en 1872. Observamos que en Bahía y Pará, donde la emigración representa solo el 5 % de la población, las muertes rondan una de cada 100. Suponiendo que esta relación sea general, es necesario corregir un grave error (en el que nosotros mismos hemos incurrido durante años) en el informe sobre la emigración portuguesa, al atribuir la mortalidad a una quinta parte de los inmigrantes en Brasil. Dado que la tasa de mortalidad normal es de 1 de cada 100, los 120.000 residentes aportarían 1.200 muertes, dejando a la inmigración con aproximadamente 1.060 muertes, es decir, menos del 10 % y no del 20 %. En resumen y corrección, tenemos:

Emigración promedio a Brasil:	11.093
Repatriación promedio:	3.718
Saldo promedio:	7.375
Porcentaje de muertes entre emigrantes:	10
Porcentaje de muertes entre residentes:	1
Porcentaje de inmigración a Río:	84

Nota de la 1.ª ed. Véase Raças humanas, pág. XXXI.

A continuación se presentan las cifras simples de la emigración portuguesa en años posteriores, que no revelan un cambio considerable en este fenómeno de nuestra economía.

1875	15.440
1876	11.035
1877	11.057
1878	9.926
1879	13.208
1880	12.597
1881	14.637
1882	18.272
1883	19.251

No es solo la naturaleza comercial e industrial de la emigración portuguesa a Brasil lo que condena el plan de desviarla hacia África. Si lo hiciéramos, destruiríamos la vía más rentable de nuestro comercio exterior y agotaríamos la fuente de los capitales que traen consigo los brasileños. ¿Alguien cree que África podría brindar a los colonos agrícolas ganancias comparables a las del comercio nacional con Brasil y a las del comercio minorista de los residentes en el imperio?¹⁵⁷

Sin embargo, la cuestión de la aclimatación supera en importancia a todo lo dicho. Que el colono portugués cambiase el martillo por la azada; que el comercio exterior con Brasil decayese con la caída de la inmigración portuguesa en el imperio; que el colono jornalero se viese obligado a trabajar por el mismo precio que el negro; que encontrase hacendados en Guinea, Angola o Mozambique que lo reclutaran; que el Estado magnánimo le proporcionase el capital del que carecen tanto el Estado como el hacendado, para que pudiera cultivar la tierra por su cuenta... Todo esto es concebible, porque está dentro de la capacidad de los hombres de cometer los errores más extravagantes.

Sin embargo, esta capacidad no se extiende a convertir un clima letal en un buen destino para la emigración colonizadora. Poco importa que en ciertos puntos altos y azotados por el viento del interior, como Bihé o Huilla, el clima sea relativamente bueno. Los colonos nunca podrían prescindir de la costa, la ruta marítima para el tráfico comercial, consecuencia de la agricultura. Es

1884	17.538
Total:	142.941

Esto arroja un promedio de 14.294 emigrantes al año durante cada uno de los 10 años, excluyendo a los inmigrantes indocumentados. La emigración total entre 1872 y 1881 fue de 133.008 (o 12.091), de los cuales 129.549 se dirigieron a Estados Unidos y 3.459 a otros destinos. Por lo tanto, tenemos:

Promedio anual	1866-71:	8.584
	1870-74:	15.398
	1875-81:	12.557
	1872-81:	11.291
Promedio general:		12.158

157 Aquí están las sumas (contos) del comercio exterior comparado de Brasil y África en 1874:

	<i>África</i>	<i>Brasil</i>
Importaciones de...	829	3.189
Exportaciones a...	767	4.271
Suma	1.596	7.460

He visto que la suma anual de los ingresos de los capitanes, ganancias de los emigrantes repatriados, se estima en 3000 contos. Regulándolos entre 3000 y 4000, cada uno recibiría menos de un conto de réis. ¿No es esto excesivamente bajo? (*Nota de la 1.ª ed.*)

Una persona altamente competente para evaluar el asunto estima los ingresos anuales de los capitanes de la emigración brasileña entre 12 y 15 contos. Esta suma se compone de tres tipos de fondos: A saber:

1. Ahorros de trabajadores repatriados, pequeños comerciantes que regresan trayendo sus pertenencias y capitalistas adinerados que, dejando toda o gran parte de su fortuna en Brasil, traen dinero para gastos. Se trata de los 4.000 repatriados que, en promedio, representan unos ingresos de no menos de 7.000 a 8.000 contos.

2. Ingresos anuales de los repatriados del tercer tipo, procedentes de Brasil en papel moneda: de 3.000 a 4.000 contos.

3. Asignaciones, pensiones, limosnas y regalos enviados por los emigrantes a sus familiares, parientes y amigos, en papel moneda e incluso en especie (café, azúcar, etc.), de 2.000 a 3.000 contos.

En Brasil, las sucursales bancarias operan casi exclusivamente con retiros de esta tercera categoría: una sucursal de un banco portugués de tercer o cuarto orden retiró un total de ciento treinta mil réis para Portugal en seis semanas, en letras de cambio de entre cien y cuatro mil réis.

Ciertamente, es imposible determinar con precisión cifras que escapan a la observación; pero los hechos visibles y externos no contradicen la estimación formulada.

Por otro lado, con 120.000 portugueses en Brasil, los ingresos de los tres tipos no representan más que un promedio de cien a ciento veinte mil réis de ahorro o ganancias anuales per cápita; y si una parte considerable de las ganancias de nuestra colonia permanece inmovilizada en Brasil, tampoco tenemos en cuenta, para esta evaluación, el número de repatriados que viven aquí de los ingresos de esos capitanes: mientras que dichos ingresos se incluyeron en el cálculo de los ingresos totales, estimándolos entre 12.000 y 15.000 contos.

más que un error, es un crimen, reivindicar, contra toda la experiencia¹⁵⁸, la belleza del clima africano e inducir a la emigración ignorante a caminar hacia un cementerio. Sería necesario que el África tropical experimentara una revolución geológica, que la franja de costa inhóspita se elevara, que sus lagunas mortíferas se secaran en el norte y que la vegetación descendiera en el sur para templar las zonas arenosas y secas de la costa, para que los colonos europeos pudieran establecerse y expandirse.

La colonización portuguesa del sur de África dejó de ser una empresa posible desde que los holandeses nos sustituyeron en el Cabo de Buena Esperanza. Capaces, como ellos no lo son, de aclimatarnos a los trópicos, si nuestra mirada se hubiera dirigido al Cabo al mismo tiempo que la dirigíamos hacia América, hoy existiría —es lícito suponer— un África europea al norte del río Orange. El núcleo de la población asentada en la zona templada del extremo africano habría sido el São Paulo de este continente; y las expediciones y las *bandeiras* habrían recorrido el interior y sembrado las semillas de futuras ciudades. Ciudad del Cabo y Natal habrían sido lo que ni Angola ni Mozambique pudieron ser —debido a su clima y latitud—, es decir, el foco de colonización, el centro de aclimatación y el asentamiento permanente, fijo y bien situado para el tráfico marítimo comercial, el Río de Janeiro del África austral. La exportación de esclavos y el progreso absorbente de Brasil impidieron que esto sucediera; quizás también lo impidió la falta de previsión de los estadistas, y posiblemente incluso la insuficiencia de recursos del reino para dedicarse simultáneamente a ambas empresas.

VII. La emigración y la metrópoli

Una vez rechazada la idea de colonizar África en sentido estricto, a costa de la emigración que se dirige a Brasil, antes de concluir es necesario manifestar que si defendemos decididamente la emigración a América en lugar de la emigración a África que tantos desean, preferiríamos que los portugueses sólo se vieran obligados a emigrar cuando hayan terminado de *colonizar* el reino; cuando la mínima densidad de nuestra población, comparada con el número de nuestra emigración¹⁵⁹, dejara de ser un triste ejemplo de la incapacidad de nuestra administración

158 Vimos que la tasa de mortalidad entre los residentes de Bahía y Pernambuco es de 1.100. Generalizando esta proporción a todo el imperio, fijamos, con base en las cifras, la mortalidad de la inmigración en 11.000. La mortalidad de los residentes en 1.100.

¿Cuáles son las mortalidad correspondientes de África?

Equiparando exiliados con inmigrantes, encontramos:

1870-4	Cabo Verde	Santo Tomé	Angola	Mozambique
Exiliados	61	93	193	33
Mortalidad	15	34	80	13
Ratio	25	36	42	40
Media	37.100			
Media inmigrantes Brasil	11.100			

Ahora, equiparando la población africana permanente y militar con los residentes en Brasil:

		Población	Muertes anuales	Porcentaje
Cabo Verde (1874)	Indígenas y europeos	6.003	1.477	1,9
Santo Tomé (1870-4)	Europeos	500	8	1,3
Angola (1865-74)	Europeos	3.200	104	3,3
	Militares	750	163	21,9
Promedio general:				2,2
Id. excluyendo Cabo Verde por incluir a los indígenas:				6,3
Id. excluyendo también al personal militar angoleño:				3
Id. de mortalidad de los residentes en Brasil:				1

159

	Densidad	Emigración
Inglaterra	105 hab./km ²	1/116 hab.
Alemania	79 hab./km ²	1/315 hab.

económica. Brasil es una colonia mejor para nosotros que África; sin embargo, la mejor de todas nuestras colonias sería el propio Portugal.

Vale la pena decir aquí, de pasada, algunas palabras sobre esta grave cuestión de la emigración portuguesa. La población del reino se reduce anualmente en quince o dieciséis mil personas; y al mismo tiempo, los gallegos vienen al Duero a cavar las viñas; miles de navarros y catalanes vienen a abrir las trincheras y construir los túneles y viaductos de nuestros ferrocarriles. Los capataces y contratistas son extranjeros, al igual que gran parte de los trabajadores: en los intervalos que deja el trabajo agrícola, los nacionales aparecen como obreros y sirvientes. El saldo de los salarios y alimentos de los trabajadores y las ganancias de los contratistas se exporta en lugar de permanecer en el país para aumentar su riqueza. ¿A qué podemos atribuir esta anomalía de emigración e inmigración simultáneas? A las condiciones de la propiedad rural en el Miño. Es del Miño de donde emigran los portugueses¹⁶⁰. La tierra, mayoritariamente cultivada, la densa y prolífica población¹⁶¹, la propiedad fragmentada y el cultivo hortícola: estas son las causas permanentes de la emigración. Los hijos de un propietario, cuyos brazos junto con los de su esposa, son suficientes para cultivar el maíz, no tienen otro futuro que el Brasil. Es un sistema mixto de propiedad mediana y pequeña, en el que coexiste una población de asalariados y una población de muy pequeños terratenientes, como sucede en las provincias del centro del reino. Por lo tanto, al igual que los navarros que dejan el cultivo del campo a sus padres y madres para venir a construir nuestras obras públicas, también los nuestros acuden en masa, en otoño, a cosechar los campos de Extremadura y Alentejo, o a la vendimia. El régimen de propiedad mixta permite la existencia de una población más o menos fluctuante de asalariados; el régimen exclusivo de minipropiedad elimina esta categoría de trabajadores en el Miño; y dado que la población es relativamente excesiva, la emigración se presenta como la única solución, ya que el trabajo más o menos ocasional en obras públicas no puede, por sí solo, garantizar la subsistencia del no propietario.

La emigración portuguesa, por lo tanto, proviene casi exclusivamente del régimen de propiedad en el Miño. Y si es fácil para nuestro sistema legal pulverizar la propiedad, no es tan fácil actuar a la inversa. Cualquier intento en este sentido, además de contradecir las opiniones vigentes en derecho económico, se toparía con los obstáculos insalvables de la naturaleza de las poblaciones del Miño y del suelo de esa parte del país, exiguo y fragmentado, que naturalmente exige minifundios y explotación hortícola¹⁶².

Cuando los propietarios del centro y del sur del reino se oponen a la emigración, atribuyéndole ser causa del aumento de los salarios rurales, cometen un doble error. Ni este hecho es consecuencia de ello, ni las medidas coercitivas de emigración podrían convertir el exceso de población del Miño en un caldo de cultivo para los trabajadores asalariados: sólo crearían en el norte del reino una población de mendigos hambrientos. Por otro lado, los salarios solo han

Portugal	46 hab./km ²	1/283 hab.
	En el continente	1/330 hab.
	En las Azores	1/90 hab.
	En Madeira	1/185 hab.

160 Emigración total (declarada) del continente en el período de 1866-71:	37.444
Porto, Braga, Vianna, suponen:	24.630
Aveiro que está en condiciones análogas:	6.162
Vizeu, Villa-Real y Coimbra:	5.535
El resto del país:	1.117

161 Estas son las densidades de la población de las cuatro zonas del reino (hab./km ²):	
I Norte litoral (Porto, Braga, Vianna, Aveiro)	164 a 76
II Norte transmontano y centro litoral (Vizeu, Villa-Real, Coimbra, Leiria, Lisboa)	75 a 46
III Este transmontano y sur litoral (Bragança, Guarda, Castello-Branco, Santarém y Faro)	36 a 23
IV Alentejo (Portalegre, Évora y Beji)	15 a 12

162 Véase *Regime das riquezas*, pp. 116-117. Véase también el *Projecto de lei de Fomento rural*, presentado por el autor en el parlamento, en sesión de 1887.

aumentado proporcionalmente al aumento del precio de las subsistencias¹⁶³. La idea de restringir la libertad de emigración es, por lo tanto, además de un atentado contra los derechos individuales, un claro absurdo, del que no obtendrían ningún beneficio los propietarios que explotan vastos dominios con el trabajo asalariado de otros.

¿Significa esto, sin embargo, que la situación actual se puede considerar excelente? ¿Y que explotar el comercio a pequeña escala en Brasil es la forma más productiva de emplear a los miles de hombres que exportan anualmente desde el norte del reino y las islas? Desde luego que no. Nuestra colonización más rentable, repetimos, sería la del propio reino. En Brasil se crean hábitos desmoralizadores que los repatriados vienen a propagar en las otrora sencillas poblaciones de nuestras provincias. Por encima de la adoración al becerro de oro, que ya es una perversión del instinto de capital inherente a los pueblos civilizados, colocamos la adulteración de las costumbres mediante el aprendizaje en los barrios bajos de Río o en las plantaciones con esclavos de ambos sexos. Junto a los vicios que se infiltran y corrompen a la población, recordemos la influencia de estas riquezas amasadas en manos de quienes, por regla general, carecen de inteligencia o amor por el trabajo nuevo, y son demasiado hábiles en el engaño y el fraude. De ahí la excesiva y desastrosa facilidad con la que los gobiernos emiten rentas, y la usura y el robo desenfrenados que proliferan en los bancos de Lisboa y en todo el Miño. Indolente e ignorante, el brasileño busca intereses sin desear trabajo; y al carecer de la inteligencia suficiente para ser un industrial, o es engañado o engaña. Así, el valor positivo del capital que los repatriados aportan al reino no sólo no puede medirse con cifras, sino que se traduce en un contravalor moral irreducible a números.

Sin concluir que la emigración nos arruine, ni que la condición de los trabajadores rurales conduce a la despoblación del reino¹⁶⁴, oponiéndose a opiniones que nos parecen insostenibles,

163 Los documentos adjuntos al Informe de Emigración muestran que, con raras excepciones, esta creció proporcionalmente al aumento de la población, lo que desmiente la opinión generalizada sobre el precio excesivo de los salarios rurales.

<i>Distritos</i>	<i>Diferencia entre los censos de 1864 y 1870</i>	<i>Emigración (1866-71)</i>
Oporto	+19.197	16.450
Aveiro	+5.576	6.162
Braga	+4.881	5.837
Vianna	+5.756	2.343
Viseu	+3.271	2.341
Villa-Real	-6.755	2.060
Coímbra	+6.470	1.134
Resto	+23.246	1.117
Total	+38.396	36.387

Exceso en los 7 distritos: +2.069

Por otro lado, las estadísticas del distrito de Oporto, que aporta casi la mitad de la emigración total, muestran, de 1862 a 1871, un aumento del salario máximo de De 200 a 280 reales, digamos un 40 %. Pero, en general, vemos que el precio de los productos básicos aumenta al mismo ritmo o a un ritmo mayor: maíz, frijoles, patatas.

164 El Informe de Emigración, cuyos anexos son de gran valor, pero cuyo texto es una increíble serie de absurdos, calcula lo siguiente: Entre 1861 y 1871, 53.000 personas emigraron, 8.000 regresaron, 11.000 fallecieron, dejando un saldo de 34.000. El trabajo de 34.000 personas (que desaparecen en 20 años) representa el valor de 81.600 contos.

Parece innecesario señalar los absurdos de este cálculo: a) Si la mortalidad de los residentes se produjera a tal escala, la colonia portuguesa de Brasil se habría extinguido hace mucho tiempo, porque la inmigración no sería suficiente para cubrir las muertes.—b) Si la muerte se produjo en el transcurso de 20 años, ¿cómo se calcula el salario completo para ese período? ¿Y no morirían en el reino?—c) La cifra incluye hombres, mujeres y niños: si cada ciudadano portugués gana 120.000 reis, somos tan ricos como Francia, donde la renta bruta per cápita ronda esa cantidad.—d) Quienes ganaron 81.600 contos no habrían consumido nada, al parecer, en comida y ropa. —Tal disparate no merece discusión.

Por otro lado, el Sr. Herculano (Emigración), empeñado en demostrar que el aumento salarial no se debía a la emigración, formuló, para demostrar la miseria de los salarios rurales, un cálculo que, de ser cierto, llevaría a la conclusión de que el hambre devora a la población del reino: ahora aumenta.

Salario de un trabajador: 200 rs. en 365 días: 73.000

entendemos que, incluso prescindiendo de consideraciones de orden moral, no sólo se deben considerar los miles de contos con los que crece anualmente el capital mobiliario de la nación gracias al regreso de los emigrantes de Brasil. Creemos firmemente que el trabajo de los emigrantes, realizado en el suelo del reino, produciría mucho más que las sumas de las entradas procedentes de América; Mucho más y mejor, porque se ganaría mejor, se distribuiría mejor y se consolidaría en la tierra, en lugar de vagar buscando rentas o títulos de bancos más o menos usureros.

Es necesario no contar sólo con los brazos de quienes regresan, sino con todos los que se van, y son inmediatamente diezmos por la excesiva mortalidad (10.100). Es necesario no sólo observar a los opulentos repatriados, sino también al gran número de desdichados que se agolpan en los sucios cubículos de Río: en esos barrios donde la promiscuidad extingue los instintos de la humanidad más elemental, y la miseria engendra tuberculosis y elefantiasis, libertinaje y sífilis. También es necesario observar las manadas de prostitutas que van a servir de pasto a la sensualidad de la turba colonizadora; es necesario recordar el destino de los jornaleros agrícolas, que trabajan desde el amanecer hasta la oscuridad de la noche, alineados con los esclavos, bajo el látigo del capataz; Y vivir en los barracones de los esclavos como los negros, en una choza de la planta baja sobre una estera, con una piedra para reclinar la cabeza; y comer el *tamina* de carne seca, frijoles y harina. No solo hay millones en el futuro del emigrante.

Colonizar el reino¹⁶⁵ en lugar de Brasil, pero de ninguna manera intercambiar Brasil por África: esa es nuestra visión sobre el destino de la emigración portuguesa.

Pero el futuro de África —intervienen ahora los apóstoles negrófilos— no está en el hombre blanco, sino en el hombre negro. Nosotros, que gobernamos en ambas costas, podemos someter a la mitad del continente, misionar, educar, precediendo a los ingleses en la gloriosa obra de la civilización indígena. El próximo y último libro mostrará el valor de este plan.

Salario de una mujer: 100 rs. en 180 días:	18.000
Total:	91.000
Vacaciones, días festivos, etc. no útiles:	-22.500
Renta familiar anual:	68.500
Comida:	-73.000
Déficit:	4.500

y el coste de la ropa, la vivienda, etc.

Ahora bien, dado que una quinta o sexta parte de la población portuguesa está compuesta por familias de proletarios rurales, y dado que la población general está creciendo, parece evidente, con el debido respeto a la memoria del que más venero, que el cálculo debe ser erróneo.

165 La opinión del entonces gobernador civil de Oporto, Sr. Taibner de Moraes, presentada a la Comisión de Emigración, es el documento más valioso y completo del Informe. El Sr. Moraes entiende, con razón, que la seducción de colonos debe ser perseguida por la policía por diversos medios, y que la fianza para el reclutamiento debe exigirse incluso a los menores de 14 años: esto frenaría la emigración infantil, quienes son los que mueren con mayor frecuencia.—Sin embargo, no son medidas coercitivas lo que exige el asentamiento de emigrantes en el territorio del reino; son medidas de reforma de las condiciones sociales (educación, transporte, etc.) y medidas que alteren el régimen de propiedad: establecimiento de colonias agrícolas, concesión de tierras comunales municipales y parroquiales, restablecimiento de la subenfiteusis para tierras baldías.

«El foro —escribió A. Herculano— es el gran moralizador del campo, el sustituto eficaz del párroco y el maestro, un mito que la poesía política inventó para el entretenimiento de parlamentos y secretarías».

No está dentro del alcance ni de las proporciones de este libro estudiar en profundidad los elementos de la urgente reforma de la propiedad y los impuestos en Portugal. Sin embargo, a todo lo dicho por otros, añadamos estas palabras del Sr. Carlos Ribeiro: «Si las liquidaciones del diezmo del impuesto predial de 1835 a 1852 fueron una expresión de inexactitud, falsedad y enorme perjuicio para el erario público, la mayoría de los registros catastrales compilados desde 1853 no están en mejor estado».

Véase el *Projecto de lei de Fomento rural*, ya citado.

LIBRO QUINTO. LA EXPLORACIÓN DEL CONTINENTE AFRICANO

I. África portentosa

Desde el primer cuarto del siglo XVII, la atención de los portugueses se centró en el descubrimiento de los caminos interiores de África; y la misma curiosidad geográfica, aunque no la misma suerte, originó y acompañó la exploración de esta región y de Sudamérica. El deseo de encontrar la ruta terrestre a Abisinia fue reemplazado por el esfuerzo de conectar las posesiones de las dos costas africanas mediante una ruta transcontinental; al mismo tiempo, el propósito de convertir a los gentiles llevó a los misioneros al interior. Las misiones fracasaron, y en ambos continentes fracasó el primer intento de crear una civilización indígena basada en la cristianización de los salvajes. Estos viajes fueron olvidados; la tradición de estas empresas se rompió; el imperio marítimo portugués se disolvió; y solo recientemente África fue conocida en el mundo como un almacén de gentiles negros, aptos para el cultivo de plantaciones de azúcar y café, y para la explotación de las minas americanas.

En la primera mitad del siglo XX, los comerciantes portugueses, *rescatando* los productos del interior y a los esclavos, y los emisarios de los gobiernos coloniales, quizás inspirados por el deseo de extender la subyugación de los pueblos indígenas hacia el interior, exploraron África de ciertas maneras; mientras que alemanes y holandeses, partiendo de los asentamientos del extremo sur del continente, exploraron especialmente Cafrería. Sin embargo, estos viajes aún no despertaron la atención de Europa; esta seguía absorbida exclusivamente por los debates y revoluciones provocados por la aparición de las teorías liberales; y luego por la labor de construir obras públicas y establecer maquinaria industrial, determinada por los descubrimientos de la mecánica. El industrialismo, el progreso del transporte terrestre y marítimo, y el progreso de las ciencias naturales coincidieron en atraer la atención de Europa hacia las hazañas heroicas de un ingenuo apóstol escocés, descendiente directo de los filántropos isleños de principios de siglo. Livingstone había recorrido África en varias direcciones; había descubierto —porque los descubrimientos anteriores habían pasado inadvertidos o estaban olvidados— los ríos y lagos del interior; y reveló a Inglaterra la existencia de veinte o treinta millones de hombres que caminaban desnudos y podían vestirse con el algodón de Manchester; que adoraban fetiches y debían aprender la Biblia.

Fue en una época en que las fábricas inglesas, expandidas imprudentemente, carecían de consumidores: las telas almacenadas, los vapores inmóviles en los puertos, los martillos de vapor desesperados por no tener hierro en el fuego para aplastar rieles y locomotoras, amenazaban a los capitanes con una ruina tan grande como lo había sido el entusiasmo de la aventura. Temblores en China, a pesar de las victorias de la guerra, ¿no es cierto que África se presentó como una concesión de grandeza casi ilimitada? ¿Un mundo por conquistar para el consumo? ¿Un continente por cubrir con ferrocarriles? Añadan a esto el genio apostólico de los ingleses; únanse a la curiosidad científica de los indoeuropeos, más despierta que nunca hoy, y verán cómo el régimen industrial y el progreso de las ciencias de Europa son la causa inmediata de la explotación de África.

En pocos años, las expediciones y los viajes se multiplicaron, al norte, por el centro, por el sur, al este y al oeste. El ejemplo de Livingstone encontró entusiastas en todas las naciones; y

África, con sus secretos abiertos de par en par; África, ya conocida en los aspectos fundamentales de su estructura geográfica y composición etimológica, pronto entrará en la segunda época de exploración¹⁶⁶. Por un lado, el ferrocarril transahariano; por otro, la comunicación de los sistemas lacustres, cuya ruta es relativamente fácil, desde el centro, en el Ecuador, hasta el sur de la costa este; por otro, la navegación del Congo y el Zambeze: estos serán, creemos, los primeros pasos de la futura historia africana. Una vez reconocido el territorio, se construirán las carreteras por las que las mercancías de Europa llegarán a todas partes.

Los tres mapas del sur de África, aún vacíos y silenciosos durante varios años, ya nos permiten esbozar las características generales del relieve del continente. Se puede decir que lo componen tres grandes zonas: la superior, la media y la inferior.

166 *Viajes principales:*

- 1521—Quadra, enviado por el rey Manuel para viajar por tierra desde el Congo hasta Etiopía; sin éxito.
- 1560—Misión de Gonçalo da Silveira a las cabeceras del Zambeze, donde es asesinado por los cafres.
- 1573—Expedición de Francisco Barreto a las minas de Sofala.
- 1606—Id. encargada por el gobierno de Angola a Baltasar de Aragão para cruzar el sur de África; sin éxito.
- 1608—Id. de Estevam de Athayde a las minas del Zambeze; fundación de Massapa y Chicova.
- 1676-1680—Ayres de Saldanha intenta en vano cruzar de Angola a Mozambique.
- 1798—Viaje del Dr. Lacerda de Tete a Cazembe, donde muere.
- 1795—Expedición comercial de Assumpção Mello, desde Benguela, vía Bihé, hasta Loval.
- 1806-1811—Viajes entre Angola y Mozambique; especialmente el de los pioneros Baptista y Anastácio, de Pungo-andongo a Tete, y de Tete a Angola.
- 1831-1832—Expedición de Corrêa-Monteiro y Gamitto, vía el Zambeze, a Lunda y a Muata-Cazembe; regreso a Tete.
- 1843-1847—Expedición de J. R. Graça, desde Luanda hasta las cabeceras del Zambeze: visita a Muata-Yanvos.
- 1852—Travesía de Zanzíbar a Benguela por tres moros.
- 1852-1856—Viaje comercial de Silva Porto, desde Angola hasta el Barotsé (Alto Zambeze): sus pombeiros llegan hasta Ibo.

Exploración del África Central:

- 1822-1856—Viajes de Claperton y Denham (1822); Baikie (1854); Barth (1850); Vogel, Heuglin (1856); entre los 10 y 20° N. en Nubia y Sudán; reconocimiento del lago Tchad y el curso del Níger.
- 1857-1859—Exploración de África Ecuatorial. Burton y Speke entran en Zanzíbar y descubren los lagos Tanganyika y Nyanza.
- 1863—Baker descubre el Alberto-Nyanza.—Schueinfurth visita las fuentes del Nilo; explora el Alto Egipto, Nubia y Abisinia.
- 1869-74—Nachtigal en el este de Sudán, Barth en el oeste.
- 1872—Primer viaje de Stanley a la región de los lagos.

Exploración del África Austral:

- 1840—Primer viaje de Livingstone, desde El Cabo, a través del desierto de Kalahari hasta el lago Ngami; y por el valle del Zambeze hasta Angola.
- 1858-1861—Segundo viaje, en la cuenca baja del Zambeze, a través del Shire hasta el lago Maravi (Nyassa), que Livingstone reconoce.
- 1865-1867—Tercer viaje, a través del Rovuma (Zanzíbar) hasta Maravi, Moero y Banguelo, recorriendo toda la región de los lagos del norte y la región alpina intermedia, hasta Nyamgvé en el Lualaba (Congo).
- 1868-1871—Viajes de Erskine, Baines, Mohr y Mauch en la Kaffraria, entre los ríos Limpopo y Zambeze, a lo largo de la costa y a través de la tierra del pueblo bechuana.
- 1872-1875—Viaje de Cameron; de Zanzíbar a Oudjidji (lago Nyanza) a Tanganyika; reconocimiento del nivel del río Lualaba en Nyamgvé y determinación de que este curso de agua forma parte de la vertiente occidental de África, y probablemente corresponde al propio Congo. (The Lualaba, if it be the Congo, of which I think there can be no doubt). A través de Nyamgvé, Cameron desciende, a través del continente, por el río Moluas hasta Benguela.
- 1874-1877—Segundo viaje de Stanley; de Zanzíbar al Nyanza: reconocimiento de la región de los lagos superiores (Victoria, Alberto); visita al imperio ugandés, determinación de la división de las aguas interiores en los tres sistemas del Nilo, el Zambeze y el Congo, que el explorador desciende, demostrando que el Lualaba es el mismo que el Congo. El viaje termina en Angola.
- 1877-1880—Expedición portuguesa. Serpa Pinto parte de Bihé, siguiendo de cerca el primer viaje de Livingstone, partiendo en Navidad. Capello e Ivens exploran el interior de Angola.

En la primera (de 0 a 12° S) se elevan al este las terrazas donde se encuentran los lagos (Alexandra, Albert, Victoria, Tanganyika, Moero, Banguelo, Nyassa o Maravi); al oeste se abre el enorme estuario del Congo. Desde este sistema lacustre fluye al norte el Nilo, al sur el Zambeze, al oeste el Congo; y al este, las sucesivas mesetas de la región marítima descienden hasta la costa de Zanzíbar-Izambique, solo surcada por pequeños ríos costeros. En el lado opuesto corre el Congo, describiendo un curso semicircular que pasa más allá del Ecuador, para terminar a 6° S. Sus numerosos afluentes en el sur, descendiendo de las mesetas que dividen esta primera, de la segunda región africana, labran un amplio valle; y la Amazonia africana también tiene, como la de América, en sus cabeceras de la zona alpina, al Este, sus Andes. Nace en Ubisa, un poco al sur de Banguelo, corta a través del lago Moero, corre paralelo a Tanganyika, en la ladera occidental de las montañas orientales, con el nombre de Lualaba, y luego con el nombre de Congo o Zaire. Desde su nacimiento hasta Nyamgvé mide casi dos mil kilómetros; de allí al mar casi tres mil; en total 4.700 kilómetros. Su curso superior (Lualaba) hasta las primeras cataratas se estima en trescientas leguas navegables; su curso medio, de la primera a la segunda catarata, en más de cuatrocientas; y el último tramo, desde Yellala hasta el mar, con más de cien. Los afluentes, aún inexplorados, se extienden por otras cien leguas navegables; y la cuenca del Congo, con una cuarta parte de la superficie de Europa y entre novecientas y mil leguas de vías navegables, es un digno rival de la cuenca del Amazonas, que limita al otro lado del Atlántico.

Las terrazas superpuestas¹⁶⁷ que caracterizan la orografía del sur de África dan origen a las cataratas del Congo y cierran el estuario del gran río africano con el sistema de mesetas orientales y con el de las alturas meridionales, de donde provienen las aguas del Quango, en los límites de la provincia de Angola; del Kassibi-Uriri o Loke, que nace en Quiboque, irriga las tierras de Balunda y atraviesa el imperio negro de Muata-Yavos; y de los numerosos afluentes del Sankuru y el Lomami que bañan el reino de los Moluas. Al norte, la cuenca costera del Ogové y al sur la del Quanza, dominadas una por las alturas de la Serra Comprida y la otra por las de la Serra de Viagongo, formando una el Gabón francés y la otra la Angola portuguesa, flanquean la desembocadura del Congo, de la misma manera que el Oyapock y el Maranhão flanquean la del Amazonas.

Así es la región superior del África austral.

En la región media (12 a 20° S), las características estructurales generales del continente se invierten. Al oeste se encuentran las terrazas elevadas de los distritos de Benguela y Mossamedes y la frontera hotentote, separadas únicamente por el curso del río Cunene. El Zambeze fluye hacia el este, descendiendo de las laderas de las alturas centrales, que en la orilla opuesta alimentan a los afluentes del Congo, y recibiendo los subsidios de la ladera que desciende de la región de los lagos: el Zumbo, que penetra entre el Baiiguelo y el Nyassa, y el Shire, que fluye al sur de este último. En la orilla opuesta, el Zambeze recibe los afluentes del Chobe, que corre paralelo al norte; y si los afluentes del Cubango se pierden en las arenas del desierto interior, formando un grupo de lagunas (Ngami y otras), las montañas que dividen la parte sureste de la segunda de la tercera región

Varias expediciones exploran actualmente África. Stanley está internado en el valle del Congo. Italianos, franceses, belgas e ingleses exploran la región de los lagos superiores: Duperré, Largeau, Solleilet, Bonnat, Senegambia y Guinea; y comienzan los trabajos preparatorios del ferrocarril transahariano, de Argelia a Senegai. (Nota de la primera edición.)

1877-1880—Expedición portuguesa. Capello e Ivens van de Benguela a tierras de Lacea.

1883-1885—Tercera expedición portuguesa. Capello e Ivens cruzan de Angola a Mozambique.

Hoy, con el Estado Libre del Congo establecido, Stanley dirige la construcción del ferrocarril proyectado a Zaire; Brazza, por Francia, explora los territorios que, tras la Conferencia de Berlín, permanecieron con la república en el norte del Estado Libre; Serpa Pinto visitó el interior de Mozambique, y el Mayor Carvalho continúa su viaje comercial al reino de Muata-Yavos. El conocimiento geográfico de África ha progresado sin duda: ¿impulsaría el problema de su colonización?

167 Véase *Raças humanas*, I, p. XIII.

africana, envían al Zambeze los numerosos afluentes de la tierra de los Makalakas, o reino de Matabele, situado en la divisoria del Zambeze y el Limpopo.

La tercera región abarca el resto del sur de África; es el extremo del continente y casi en su totalidad extratropical. Sus dos ríos principales se cruzan en direcciones opuestas: el Limpopo, que fluye hacia el este, y el Orange, hacia el oeste. Pero, mientras que el primero, en el norte, solo baña la mitad del continente, más allá de la Meseta Occidental que va desde el Cunene, a través del Hotentotia, hasta las posesiones inglesas del Cabo, más allá del desierto del Kalahari y la tierra de los bosquimanos, el segundo atraviesa África casi de lado a lado, delimitando, al norte, las cordilleras del Cabo y sus orígenes en las cordilleras de la tierra de los zulúes.

He aquí el esqueleto de la tierra de los monstruos: *África portentosa*, como la llamaban los romanos. Una vasta extensión de tierra que se alza sobre la inmensidad de los mares, África se extiende casi en su totalidad entre los dos trópicos: solo la costa mediterránea con Egipto y una franja del Sahara al norte; Solo el Cabo, al sur, penetra en la zona templada. Todo contribuía a mantener el interior de este continente desconocido y misterioso. El Sahara, que se extendía a lo largo de las fronteras de Mauritania y la antigua Numidia, impidió a los romanos extenderse hacia el sur en su conquista del mundo. La navegación por el Nilo, atravesado por cataratas, era limitada; y solo las caravanas, que cruzaban el desierto, y los barcos costeros moros, que descendían por la costa occidental, mantenían relaciones terrestres con las poblaciones transaharianas. Por mar, sin embargo, los árabes de la costa opuesta del Mar Rojo exploraban, comerciaban y se cruzaban con las naciones indígenas del alto Nilo y las montañas etíopes.

En la época moderna, los portugueses exploraron todo el continente, delineando sus contornos en sus mapas; sin embargo, el interior permaneció casi completamente desconocido y misterioso. El duro clima y el peligroso comercio marítimo de esclavos obstaculizaron, en gran medida y de diversas maneras, el desvelamiento del secreto; pero a estas causas se suma la orografía. La disposición de las montañas en terrazas perturba el curso de los ríos, creando extensiones lacustres en las llanuras, como el Congo en su curso supraecuatorial, y, en las abruptas laderas de la región tex-renana, cataratas que interrumpen la navegación y cierran las puertas de los territorios interiores al acceso a la exploración fluvial.

Estos obstáculos que mantuvieron a casi toda África aislada del mundo siguen siendo hoy en día serios obstáculos para la conquista del misterioso continente, a pesar de los medios incomparablemente más enérgicos de que disponen ahora los pueblos europeos¹⁶⁸. Encerrada en sus altas llanuras, defendida por las cataratas de los ríos que la penetran —el Nilo y el Zambeze, el Cunene, el Zaire, el Ogové y el Níger— y por la fiebre de sus costas pantanosas, África, envuelta en sus gigantescos bosques, desafía la curiosidad del europeo. El sol ardiente en un cielo sin nubes derrama un torrente de luz ardiente; por la noche, las estrellas brillan con excesivo brillo en el frío azul del aire; y cuando se forman las nubes, la lluvia cae a cántaros, inundando todas las llanuras, inundando los valles y provocando el desbordamiento de los ríos. El suelo virgen, con su extraordinaria fuerza creadora, obstruye los valles con detritos vegetales que la humedad pudre, envenenando las capas inferiores de la atmósfera. Bajo un clima primitivo, la naturaleza posee esplendores y grandezas que contrastan con la bajeza del hombre; y aquí, al igual que en América, la naturaleza pródiga no permitió la formación de una especie superior, ni el desarrollo progresivo de las primitivas e inferiores especies humanas¹⁶⁹. La vida brota por doquier; los animales son legiones en los bosques de los monstruosos baobabs, las palmeras gigantescas, las deslumbrantes mimosas; los ríos son criaderos de monstruos; y el mar costero corre en oleadas de bancos de peces. Los animales de las selvas tienen las proporciones de los árboles: son el elefante, el rinoceronte y el león, baobabs del reino animal. Y las hienas, el chacal, los innumerables antílopes, las nubes de insectos y las manadas de reptiles, como las otras esencias más humildes del bosque viviente.

168 Véase *Raças humanas*, I, p. XXXI.

169 Véase *Raças humanas*, I, p. XVII-XXI.

Hipopótamos y cocodrilos infestan los ríos, y en las praderas corren o vuelan las bandadas de avestruces. Al norte, en el delta del Níger, vive el gorila¹⁷⁰, que aún no es un hombre; al sur, en las terrazas marítimas occidentales, el bosquimano, que apenas merece más que el título de hombre.

¿Qué secretos, qué tesoros se esconden en el seno de este continente apenas explorado? ¿Encontrará allí el sabio la prueba definitiva del origen del hombre? ¿Encontrarán allí los europeos nuevas minas, incrustadas en las rocas? ¿Nuevos yacimientos de carbón precioso, ocultos bajo la capa de tierras exteriores? ¿Pudo haber sido la agitación del Sahara, antaño un mar, lo que separó a África y a sus razas indígenas, tan poco humanas, del mundo? ¿Daré África al hombre la clave del enigma de su aparición en el mundo y marcará la era de la conclusión de este saqueo de la tierra, el principio fundamental de la historia?

Ante la grandeza monótona y uniforme, ante la febril palpitación vital, ante la singularidad del cielo, ante lo desconocido de la tierra, ante las costas inhóspitas, ante la ferocidad de las bestias, la *África portentosa* poseía un elemento extraño: la gente negra. Este tono de la piel indígena aumentaba el terror; y el hecho, singular en sí mismo, se convirtió en un símbolo. La oscuridad que envolvía a África daba color a sus habitantes.

II. Las razas indígenas

Sin embargo, el color es solo una base convencional y nada fijo para la clasificación¹⁷¹; sin embargo, África, habitada por blancos en la región mediterránea¹⁷², incluye personas de todos los colores; y desde el americano de color cobre, desde el mongoloide amarillento, hasta el negro intenso, todas las variaciones posibles tienen sus representantes. Los fulos de Senegambia tienden al rojo, y entre los habitantes de las cabeceras del Nilo, los colores cobrizos o amarillentos son comunes. Si el negro es negro en la costa de Guinea, los obongos de Gabón son de un amarillo sucio. Entre los kafires hay tribus casi rojas. Muchos de los makololos son de color marrón claro, y el mismo color abunda en las tribus del Alto Congo o Lualaba. Por otro lado, los hotentotes, y más particularmente los bosquimanos, tienen el color del cuero curtido y viejo. La latitud, o mejor dicho, la temperatura, no es, por lo tanto, útil para explicar las variaciones cuantitativas de la pigmentación de la piel, el origen de las variaciones de color. No solo hay hombres de piel clara bajo el ecuador, sino también hombres negros en latitudes lejanas; y esto no solo ocurre en África, pues si allí los más negros se encuentran entre los 12 y los 15° N, en California, a los 42°, los había tan oscuros como los de Guinea.

Antes de estudiar las razas propiamente negras, es necesario echar un vistazo rápido a las poblaciones mixtas que forman su frontera norte, asentadas en la orilla sur del Sahara, desde el Atlántico hacia el este, pasando por Senegal, el Alto Níger, los hausa, los baghirmi, los uadi, hasta llegar al Shubja. Sudán, dice su gran explorador Barth, fue el centro de un gran cruce de razas. Los fullos, de raza roja y lisótrices, se impusieron a los negros indígenas, ullotrices, hacia el siglo X de nuestra era. Al mismo tiempo que repelían a las tribus negras, quizás autóctonas, del sur, se cruzaron con ellas, dando origen a las razas mixtas de Senegal.

Bajo el nombre genérico de raza nubia (una de las doce de Müller-Hánckel) se incluyen los dos tipos nubios y fullos, que desempeñaron el papel de dominadores de los negros vecinos en las dos mitades respectivas de África: los fullos contra los guineanos (jolofo, igbo, etc.) en Sudán; los nubios contra los nilots (baris, chilucos, etc.) en el Alto Nilo. Dominadores de distintas lenguas, fullos y nubios, convertidos al islam, a pesar de cruzarse con los negros indígenas, aún conservan su

170 Véase *Elem. De Anthropol.* (3.ª ed.) pp. 63-64.

171 Véase *Raças humanas*, I, pp. 10 ss.

172 Véase sobre las razas del África septentrional, *Hist. da civil. iber.* (3.ª ed.) pp. XX-XXXI, y *Raças humanas*, I, pp. 91-105.

propia fisonomía: su cabello, aunque rizado, no es la lana del negro; son ortognáticos; tienen rasgos finos, labios finos, nariz prominente y formas bien proporcionadas.

Se cree que el nubio puro, entre Asuán y Wadi Halfa, es decir, el tipo bárbaro, llegó del sur para asentarse en su hábitat actual en los siglos anteriores a nuestra era; y los antiguos, con razón, lo consideraban distinto del egipcio y del negro. A los bárbaros se suman los donggoles, que hablan el mismo idioma, comparten las mismas costumbres y presentan las mismas características físicas. El etnógrafo Muerter también incluye en el mismo grupo a los negros de Kordofrén, pero que hablan dialectos nubios: tumale, takele, koldagi,

La mezcla nubio-negro en esa parte de África Oriental produjo tal confusión de características sociales y físicas que resulta difícil, si no imposible, clasificar a las poblaciones según alguno de estos rasgos distintivos. Lingüísticamente, además del negro y el nubio, se establecieron las lenguas camíticas; y se mantuvieron en uso, aunque no se fijaron características físicas. Así, los bedja de Taka, que hablan un dialecto camítico, son verdaderamente rojos; Mientras que los galla, originarios del África ecuatorial y asentados al sur de Etiopía en tiempos olvidados, se volvieron negros en casi todos sus rasgos físicos. Los funji de Sanaar, de origen nubio, adquirieron las características de los negros mediante mestizaje. Los somalíes y dankáli tienen el color y las formas de los negros, con rostro y cabello nubios y lengua camita.

Por otro lado, en Sudán, sucedían acontecimientos similares. Y el viajero Schweinfurth considera a los Mombuttus, ya dotados de una civilización rudimentaria, que ya utilizaban el hierro y estaban constituidos monárquicamente: los Mombuttus, junto con los nómadas y caníbales Niam-Niams, pertenecen a las razas rojas y no a las razas negras de África. Sea como fuere, los Niam-Niams presentan una característica original: son subbraquicéfalos entre las poblaciones africanas, todos más o menos dolicocefalos. El mismo viajero los identifica con los gaboneses, que también son caníbales, se afilan los dientes y conservan la tradición de una emigración desde el norte. En otros habitantes de Guinea, el recuerdo de un antiguo viaje desde el interior también perdura.

En la región de Sudán y el Alto Nilo, por lo tanto, se encontraron pueblos de cabello rizado (euplocomi) y pueblos de cabello crespo (eriacomi), lo que dio origen a esa franja de población negroide que se extiende de un lado a otro de África y limita al norte el hábitat de los negros. La línea que separa a los negroides de las tres razas indígenas de África —negros, hotentotes y cafres— parte de la desembocadura del Senegal, en cuya margen derecha descansan los negroides azenégues; sigue el curso de este río; y podría trazarse de lado a lado del continente en el norte, a través de Dar-Fertit y al norte de los lagos centrales, hasta las fronteras de Abisinia. Desde allí es necesario descender al este del Nilo, hacia la costa, en Ecuador. Más allá de ellos se encuentran los bereberes negros, los negroides de Sudán, los abisinios, los galos, los somalíes y los negros nubios del noreste de África. A este lado, Nigricia y Kaffraria, dividiendo casi por la mitad, de norte a sur, el África austral.

* * *

La meseta central de la que descienden el Congo y sus afluentes es quizás la cuna de la gran familia negra¹⁷³, que las invasiones negro-nubias del este obligarían a replegarse hacia la costa occidental, extendiéndose a lo largo de ella desde Senegal y repeliendo hacia el extremo sur del continente a los nativos, quizás también a los pueblos autóctonos de África Occidental; y quizás el ejemplo más inferior de la especie humana. Es evidentemente imposible formular más que conjeturas sobre estas cuestiones; sin embargo, estas parecen las más plausibles.

Por lo tanto, no es hoy en día en el corazón de África, donde prevalece la lengua de los cafres, donde debe buscarse el tipo negro puro; sino más bien en Guinea, por un lado, y por otro en las

173 Véase sobre la vestimenta de los negros africanos, *Regime das riquezas*, pp. 63, 84, 92, 107, 157 y 161-162; *Quadro das instit. primit*, pp. 4, 15, 54, 156, 159, 236 y 248; *Raças humanas*, I, pp. 5-7 ; II, 12, 15-16, 23-24, 26, 28, 30, 34, 36, 45-46, 53-56, 60, 63-69, 72-74, 80-85, 88, 93-94, 104, 125, 169, 173 y 176-178; y *Syst. dos mythos relig.*, pp. 7-12 y 61.

tribus del Alto Nilo, consideradas los representantes más degenerados de esa raza, quizás antaño sometida al imperio y la lengua del pueblo de linaje cafre. Es en las tribus del Golfo de Guinea (jolofos, felupos, igbos, etc.) y en las del Alto Nilo (chilucos, nuers, dinkas, baris) donde se hablan las 21 ramas (Müller) de la lengua negra.

Pero si el dominio de la lengua cafre, o bantú, es considerablemente más extenso, no se deduce que esta extensión corresponda al hábitat de la raza que nombra. Gran parte del sur de África es negra, pero habla cafre.

El hábitat del negro, o Nigricia propiamente dicha, se enfrenta a los negroides desde el norte hasta Darfur, y se puede considerar que la cuenca del río Congo incluye a todos los pueblos de raza negra. De hecho, las llanuras lacustres y sus laderas orientales pertenecen a los cafres, quienes también se mezclan con los negros en las cabeceras del Zambeze. Limitando con los hotentotes al sur (18°), los negros se enfrentan a los cafres por todo el este. Los kafiros proceden del extremo sur del continente, enfrentándose primero a los bosquimanos a través del desierto de Kalahari, poblando el valle del Limpopo, remontando el Zambeze hasta sus orígenes, y desde allí ocupando toda la mitad oriental del continente hasta llegar al Ecuador, y a través de la región de los lagos superiores, con los gallas, los somalíes y los negros nubios.

Sin embargo, las mezclas fueron tan numerosas y variadas que entre los pueblos de habla bantú, que ocupan buena parte del sur de África, se encuentran los tipos más variados. En el sur, se distinguen inmediatamente los cafres costeros de los del interior, o bechuanas, que son una mezcla de cafres y hotentotes. En el norte, también se distinguen las razas costeras, más impregnadas de sangre árabe, de las de la región de los lagos, donde predomina la sangre etíope o nubia. Sea cual sea el tipo de raza cafre, lo cierto es que la región cafre ha parecido a los viajeros una vasta región de razas mixtas. De hecho, la fusión de razas nativas y extranjeras solo pudo darse, en general, en la mitad oriental del continente. En la otra mitad, el Sahara dificultaba la tarea, y la navegación a larga distancia era desconocida. Fue a través del valle del Nilo, bajando por la costa del Mar Rojo y luego por la de África hasta el estrecho de Madagascar, que los etíopes, los nubios y los árabes se cruzaron con las poblaciones indígenas. Las tradiciones y ritos, la circuncisión y un ritual monolítico que no es raro encontrar entre los cafres, dan testimonio de ello, como lo confirman las observaciones de Stanley en la corte del rey Mtesa. Los vestigios de la cultura musulmana son profundos, y la aparición de ritos y costumbres idénticos a los del antiguo Egipto es espontánea.

Si el área lingüística bantú¹⁷⁴ es tan extensa y abarca poblaciones tan variadas que, como hemos dicho, la Cafraria parece a algunos una gran región de mestizos, no se puede, en opinión de muchos, negar la existencia de un tipo cafre. Este tipo, indudablemente superior al negro, difiere enormemente de él. Es más alto (1,718 en las Ama-xosas de Fritsch); También es dolicocefalo, pero tiene un cráneo más grande y alto, que alcanza los 1453 c.c. (Bertillon); presenta igualmente platirrinia, pero un prognatismo menor.

El color tiende al marrón oscuro, el cabello es rizado y las fisuras palpebrales se asemejan, como en los hotentotes, a los tipos mongoloides. Las tradiciones de las tribus zulúes y kafir (el tipo bantú más puro) hablan de un origen lejano al noreste; y la zona actual de los dialectos de su lengua manifiesta un dominio que debió extenderse más allá del ecuador.

Si las poblaciones entre el Linha y el Zambeze son mayoritariamente negras, ¿no es casualidad que las monarquías centroafricanas de Cazembo o Yanvos sean los restos de un antiguo imperio bantú, cuyos restos solo el idioma atestiguan la tradición?

Por tanto, es necesario distinguir entre Cafraria, como hábitat de los pueblos bantúes, y el extensísimo dominio de las lenguas de esa raza, dominio que abarca dos tercios del sur de África, y que el etnógrafo Müller divide así:

174 Véase *Raças humanas*, I, p. 27.

I. GRUPO ORIENTAL

- a) Dialectos kafires y zulúes (ama-xosas, zulúes, fingos, tougas, suazis, etc.)
- b) Dialectos de Zambeze (barotses, mashonas, macuas, makololos, matabeles, bayeis, etc.)
- c) Dialectos de Zanzíbar (kibambas, kisuâ-hellis, kinikas, kihiaus, etc.)

II. GRUPO CENTRAL

- a) Bechuana (Sesuto, Serolong, Scblapi)
- b) Tekeza (dialectos de los mankolosis, matongas, mahloengas).

III. GRUPO OCCIDENTAL,

- a) Bunda, herero, londa;
- b) Congo, Mpongve, Dikele, Iisubu, Fernando Poo.

El grupo central, como se puede observar, incluye la vasta región del pueblo bechuana, que se origina a través de un mestizaje afro-hotentote; el grupo occidental abarca los territorios de la raza negra que se extienden a lo largo de las orillas del Lualaba-Congo; y en la tercera rama del grupo oriental, además de incluir a los negronubios del extremo norte, también se encuentran las poblaciones negras del alto Lualaba, la cuenca del Tanganyika y la región de los grandes lagos Victoria y Alberto, hasta el Nilo y las montañas del Kilimandjaro. Todos estos pueblos, visitados recientemente por Burton, Speke, Grant, Cameron y Stanley, y cuya denominación étnica empieza por Ua (Ua-nyamuesi, Ua-nvoro, Ua-ganda, Ua-sambara, Ua-djidji, Ua-mika, etc.), pertenecen lingüísticamente a la familia bantú, aunque sus orígenes naturales podrían vincularlos a la familia negra.

* * *

Los hotentotes constituyen el tercer grupo de pueblos afro-australes. Repelidos hoy por los negros y los kafires, con sus superiores talentos, hasta los confines más remotos del continente; encaramados sobre el mar en las terrazas entre el río Orange y los 20° S; defendidos por las arenas del desierto del Kalahari que los separa de Cafraria: muchos creen que los hotentotes fueron los primeros habitantes del sur de África, derrotados y exterminados por las invasiones.

De hecho, cabe destacar que ciertas características particulares de los hotentotes, y más aún de los bosquimanos, se encuentran en los puntos extremos de Nigrícia y Cafraria. La esteatopigia, o desarrollo monstruoso de las nalgas, y las proporciones fenomenales de las ninfas, el *avental*, que caracterizan a la mujer bosquimana, se encuentran entre los somalíes y los cafres. La estatura excesivamente baja (1,40 m), también peculiar de los hotentotes, se observa en los obongos de Gabón, quienes tienen la misma tez curtida de siempre, la misma inserción del cabello en mechones aislados y los ojos de la misma forma oblicua. Además, todos o casi todos los nombres geográficos de Cafraria son hotentotes.

A los obongos de Gabón, estudiados por De Chaillu, Schweinfurth añadió los akkas del África ecuatorial, también observados por el italiano Miani y, en 1875, por el austriaco Marno. Sin embargo, nadie pudo estudiarlos en el lugar donde viven, y por esta razón algunos cuestionan la afinidad entre los akkas y los bosquimanos. Fue en la corte de Munza, rey de los mombuttus, donde Schweinfurth vio a los akkas, prisioneros de guerra asesinados para un festín, servidos en la mesa del soberano caníbal.

Si estos cuasi pigmeos del África ecuatorial son o no restos de una población primitiva derrotada; si una capa de gente aún casi bestial, aún muy poco humana, precedió a los negros y a los cafres en la ocupación del continente, es una cuestión que probablemente permanecerá en la sombra para siempre.

Sin embargo, dentro de la propia raza quaiqua (khoi-khoin: así se autodenominan los hotentotes), no sólo las características físicas, como la esteatopigia, sino también el idioma y las

costumbres distinguen dos tipos: el bosquimano (*sbojesman*, holandés, hombre de los bosques) y el namaqua u hotentote propiamente dicho.

«Nunca he visto una cabeza más parecida a la de un mono», dijo Cuvier, observando a la mujer bosquimana, a quien llamaban «Venus hotentote». De hecho, el bosquimano es un tipo de humanidad muy inferior. No es exactamente negro, sino más bien castaño amarillento; su cabello crece en mechones; es casi un enano (1,40 m) y monstruoso en proporciones: el torso de tamaño ordinario, las extremidades superiores muy largas, las inferiores muy cortas¹⁷⁵ y carentes de músculos fuertes. Exclusivamente cazador, no pastorea. Tampoco conoce el hierro ni el bronce; usa flechas armadas con puntas de hueso o lascas de piedra. Es omnívoro y valora, sobre todo, la miel. Va desnudo, con una piel atada a la cintura, cubriéndole el vientre. Aún no sabe construir casas: vive en cuevas o bajo los árboles, en madrigueras cubiertas de follaje, y todo su arte se limita a la construcción de una tienda rudimentaria: una estaca de la que cuelgan algunas pieles como cortinas. Tiene una gran afinidad con el chimpancé y nos representa, en muchos rasgos, al hombre europeo más antiguo¹⁷⁶.

El namaqua, u hotentote puro, es muy superior. ¿Podría deberse esto a algún mestizaje con los cafres vecinos? La lingüística, al no encontrar relación genealógica entre ambas lenguas, opta por la negativa (Müller); pero las características físicas parecen apoyar la afirmación.

El hotentote es ligeramente más alto que el bosquimano (1,52); tiene el mismo color, la misma inserción del cabello en mechones y una tendencia a la esteatopigia, con un pronunciado prognatismo. El rostro es casi igual de horrible, pero la frente, en lugar de hundida, es prominente, la barbilla larga y puntiaguda. Es pastor y usa armas de fuego, compradas a los europeos de El Cabo. Se alimenta de carne y productos lácteos y sabe fermentar miel. Viste y construye chozas.

Estos son —namaquas, bosquimanos— los dos tipos de hombres inferiores a todos los que habitan África como nativos.

En la lucha entre razas, ya sean indígenas o nacionalizadas por antiquísimas emigraciones, ¿sucedió al hotentote lo que muchos creen que en Europa le ocurrió a una raza amarilla primitiva? Así debió ser, y así es en todas partes: un tipo superior repele y termina exterminando al inferior, porque la vida natural es una lucha constante y devoradora. La extinción del hotentote, sin embargo, sólo traduce la victoria del cafre y del negro, tipos que sólo de lejos se parecen al tipo superior del hombre.

* * *

Para comprender mejor el sistema de pueblos que habitan África, tal como lo esbozan hoy las observaciones, ciertamente aún incompletas, de los viajeros, y las deducciones más o menos bien inferidas, concluimos este estudio con dos tablas donde el lector puede ver las conclusiones actuales de la etnogenia sobre el sistema de razas africanas y la distribución geográfica de las poblaciones, según la información más reciente de los viajeros.

175 Véase *Elem de Anthropol.* (3.^a ed.) pp. 83-85

176 *Ibid*, lib. IV.

I

SCHEMA ETHNO-GEOGRAPHICO DA AFRICA CENTRO-AUSTRAL

RAÇAS

TIPOS

NAÇÕES OU TRIBUS

HABITAT

A.—A Nigricia

1.º grupo; do Senegal ao Equador, ou Senegambia e Guiné.

NEGRO BERBÉRE	{ a) Mestiços	1 Fulos, Mandingas, etc.	Senegambia alpestre.
		2 Susos, Falupes, etc.	Rio-grande a Serra Leoa.
	{ b) Guinês	3 Ashantis, Fantis, Accras, etc.	Idem } Costa da Mina.
		4 Jolofos, Casangas, etc.	litoral } Senegal ao Gambia.
		5 Papeis, Bijajoz, etc.	Guiné portugueza.
		6 Dahomés, Biafres, Mahis, Ibos, Calabares, Bulus, etc.	Bahia de Benim, delta do Niger, ao Gabão.
NEGRA	{ c) Congos	2.º grupo; do Equador á Hottentotia, no litoral, e á Cafraria no centro.	
		7 Balumbos	Vertentes da serra Comprida até ao Congo.
		8 Mussurongos, Mushicongos, N'Bambas, etc.	Dembo, entre Congo e Loge.
		9 Quissamas, Cellis, Muquandos, Muquices, etc.	Litoral de Angola, do Loge ao cabo Negro.
		10 Basombos, Libollos, Basingues, Nanos, Kimbandis, etc.	Fronteiras orientaes de Angola para o Muata-Yavros.
		11 Bundas, Quiboques, Barotses, etc.	Plan'alto meridional; cabeceiras do Chobe e do Liba.
NEGRO-CA- FRE	{ d) Molnas e) Balundas f) Igandas	(reino do Muata-Yavros)	Entre 0 e 15º; a oeste dos lagos Tanganyka e Banguelo.
			Região dos lagos centraes superiores.

B.—A Hottentotia

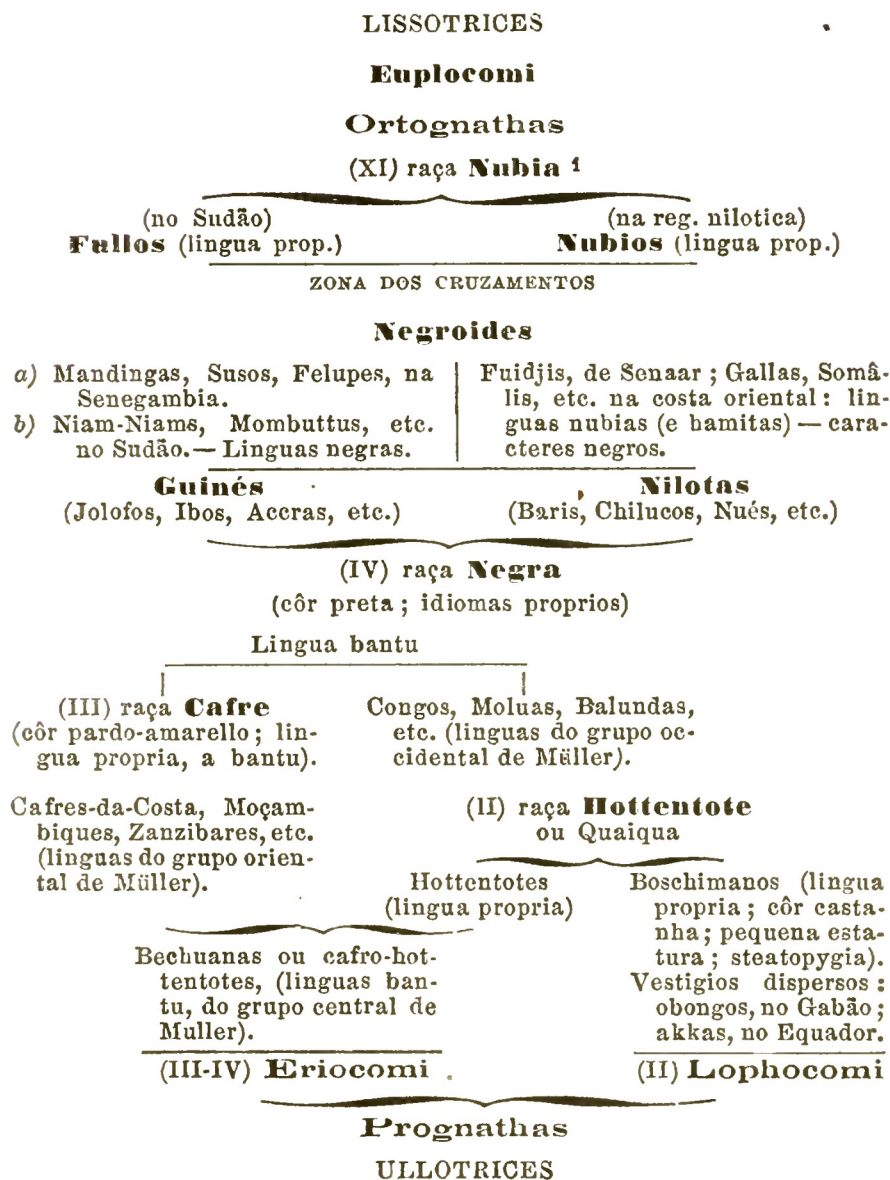
QUAIQUA	{ a) Damaras Ovahereros, Ovanbanticurus, etc.	De 18º ao Tropico	Plan'altos maritimos occidentaes.
		b) Namaquas (puro-hottentote)	Do Tropico ao rio Orange
HOLLANDO- HOTTEN- TOTE	{ c) Saabs ou Boschimanos d) Gricquas	Zona interior (18º ao rio Orange), limit. a leste pelo Cubango e o Kalahari.	
		Centro, margens norte do Orange.	

C.—A Cafraria

CAFRO-HOT- TENTOTE	a)	Bechu- nas	1 (orient.) Basutos, etc.	Sul do Limpopo	Africa central inferior ; limit. oeste pelo Ka- lahari.
			2 (occid.) Makololos, Batokos, etc.	Alto-Zambeze	
			3 Makalakas	Reino de Matabele, entre Limpopo e	
			4 Mashonas, etc.	Zambeze	
CAFRE	b)	Cafres da costa	5 Cafres	Entre o Cabo e Natal.	Do Zambeze ao Zan- zibar.
			6 Zulus	Natal e Lourenço-Marques.	
	c)	Moçambi- ques	7 Tongas, Matucas, Batongas, Ma- combes, etc. (reino de Umzila)	Africa oriental portugueza ; entre Limpopo e Zambeze (Sofala).	Do Zambeze ao Zan- zibar.
			8 Babisas, Basongas, Maravis	Zambezia, oeste do Chire e lago Nyassa	
	d)	Zanziba- res	9 Vahiaos, Macuas, Mahibas, etc.	Vertentes orientaes do lago Nyassa	Do Zambeze ao Zan- zibar.
			10 Macondas, Waruas, etc.	Transição para os Gallas e Somalis, do Equador, negroi- des da Africa oriental, a entestar com a Abyssinia, pelo litoral.	

II

SCHEMA ETHNOGENICO DA AFRICA



¹ V. a classificação das raças humanas, nos *Elem. de Anthropol.* (3.^a ed.) pp. 177-9 e *Raças humanas*, I, pp. 19 e 32-3.

III. La civilización africana

El plan poético para la educación de los negros seduce hoy a las mentes entusiastas que, incapaces de concebirlo con las antiguas religiones, imaginan fundar nuevos cultos filantrópicos. Entre la gran cantidad de supersticiones ingenuas de nuestro tiempo, esta no es la menos general ni la menos visible.

Sin embargo, surge una pregunta: ¿de qué manera y mediante qué proceso debe emprenderse esta obra imprevista y nueva en los anales de la historia? O bien el África tropical se presta a la inmigración de europeos, y en ese caso se repetirán las inevitables leyes que condenan a las razas inferiores en todas partes; o bien el África tropical repele a las razas europeas, y es inconcebible cómo, ni con qué maestros, se impartiría educación a la persona negra. ¿Ocupar militarmente el continente, imponer un dominio protector? ¿Y qué presupuestos serían suficientes, qué millones de hombres se necesitarían para llenar los vacíos dejados por los ejércitos? ¿Y se dejaría arrastrar la Europa industrial y utilitaria por tan ruinosa quimera? Sin embargo, toda la historia demuestra que solo por la fuerza se puede educar a los pueblos bárbaros.

A pesar de ello, la filantropía insiste en la esperanza de que la Biblia, traducida al bundo o al bantú, convierta a los salvajes; que la férula del maestro los convierta en hombres como nosotros. Espera de la alianza mística del Testamento y las facturas de algodón lo que las campanas y los crucifijos, la música y el incienso del culto católico, no pudieron lograr en el pasado, ni en América ni en África.

Los resultados actuales fracasan en vano, porque, dice Gervinus, «todas las lecciones de la historia se pierden para quien continúa atribuyendo las mismas aptitudes a todas las razas humanas; después de las experiencias políticas de Haití, después de las experiencias sociales de Liberia; después de las lecciones que Jamaica proporciona a la economía política, y los resultados pedagógicos de las escuelas mixtas de los filántropos de Nueva Inglaterra, donde los niños de color nunca superan un límite de desarrollo intelectual, que es el límite constitucional de la raza». La persona negra siempre ha causado esta impresión en todos: es un niño adulto. No faltan la precocidad, la movilidad y la agudeza propia de los niños; pero estas cualidades infantiles no se transforman en facultades intelectuales superiores. Queda por educarlos, dicen, para desarrollar y germinar las semillas.

Pero ¿no hay razón para suponer que este hecho de la limitada capacidad intelectual de las razas negras, comprobado en tantas y tan diversas épocas y lugares, tenga una causa íntima y constitucional? Ciertamente, y existen abundantes documentos que nos muestran en la persona negra un tipo antropológicamente inferior, a menudo cercano al antropoide, y apenas digno del nombre de hombre.

La transición de uno a otro se manifiesta, como es sabido, en varias características: el aumento de la capacidad de la cavidad cerebral, la disminución inversamente relativa del cráneo y la cara, la apertura del ángulo facial que deriva de ella y la ubicación del agujero occipital. En todos estos signos, las personas negras se sitúan entre el hombre y el antropoide.¹⁷⁷ Y los estudios de

177 a) Capacidad craneal en centímetros cúbicos.

Mediciones de	<i>Broca</i>	<i>Morton</i>
Europeos:		1:534
Parisiños	1:558	
Vascos Españoles	1:574	
Corsos	1:552	
Negros africanos (occid.)	1:430	1:364
Americanos		1:239

b) Relación cráneo-cara (Cuvier)

arqueología prehistórica no nos autorizan a suponer que dentro de una raza, es decir, sin el cruce de sangre extranjera, pueda producirse un progreso significativo en la anatomía del cerebro. ¿Acaso estas pruebas no bastarán para demostrar la quimera de la civilización de los salvajes, que fue el vano sueño de los jesuitas? Y si no hay relación entre la anatomía del cráneo y la capacidad intelectual y moral, ¿por qué la filantropía debería limitarse al hombre negro? ¿Por qué no se le debería enseñar la Biblia al gorila o al orangután, quienes, al no hablar, no dejan de tener oídos, y comprenderán, casi tanto como el hombre negro, la metafísica de la encarnación del Verbo y el dogma de la Trinidad?

La idea de educar a los negros es, por lo tanto, absurda no solo a la luz de la historia, sino también a la luz de la capacidad mental de estas razas inferiores.

Sólo un mestizaje lento y prolongado con sangre más fértil puede transformarlos gradualmente; y eso es precisamente lo que ha estado ocurriendo de forma espontánea y natural desde una época en que los europeos aún no se interesaban por África. Esta sangre no era, ni podía ser, la de Europa: es la sangre africana de las razas del norte y la sangre árabe, fusionadas en un solo cuerpo por el Islam. El mestizaje, del que ya ha surgido la civilización del valle del Níger y de todas las naciones negroides de Sudán y Abisinia; el mestizaje que ya ha otorgado a muchos kafires una superioridad relativa, es lo que, en el lento transcurso de los siglos, puede civilizar el África central y meridional, si no surgen obstáculos de mayor fuerza derivados del clima.

¿Qué harán los europeos mientras tanto? Leerán la Biblia y venderán algodón a los cincuenta millones de negros, satisfaciendo así a la vez las demandas poéticas y las necesidades más prácticas de la industria. Mientras el mestizaje de razas aclimatables progresa, tan lentamente que sólo es apreciable con el paso de los siglos, la explotación comercial del continente continuará, pero con la velocidad que la fuerza y los recursos de la civilización europea proporcionan. Los puestos comerciales se extenderán por doquier donde una lancha, una carretera, un ferrocarril puedan llegar... y rifles y cañones: porque el comercio interior de África se realizará a la sombra de las armas, como siempre han sido las transacciones con pueblos salvajes. La Europa industrial había adquirido un vasto mercado para algunos de sus productos; y África lo compensará bajando los precios de los bienes de ultramar mediante la abundancia. Pero la civilización de las razas negras sólo puede progresar mediante el mestizaje con los pueblos negroides islámicos de Oriente: Occidente no les dará, como especies asimilables por ellos, más que tela para vestirse, aguardiente para emborracharse, pólvora para exterminarse.

Si esta opinión expresa la verdad de un futuro en parte muy remoto, en parte casi inmediato, ¿qué será de las razas negras durante muchos siglos? Obedeciendo las leyes inherentes a la existencia del hombre sobre la tierra, habrán desaparecido, en lugar de civilizarse. En nuestra opinión, es más probable que esto ocurra por absorción en el seno de razas relativamente superiores, como ocurrió hace ocho o nueve siglos en Sudán, que por el exterminio llevado a cabo por las razas blancas, como ocurrió con los pueblos indígenas de América y, en la propia África, con los hotentotes del Cabo. Las condiciones geográficas y climáticas de África determinarán sin duda las variedades particulares del proceso; pero la consecuencia final será la que se imponga a África y al mundo entero, con un carácter general inalterable.

	Blancos	1:1
	Negros	1,25:4
c) Ángulos faciales de Cloquet (observaciones de Broca)		
	Bretones	72
	Hottentotes	56
	Gorilas	31

d) El agujero occipital se encuentra en el europeo a la misma distancia de las partes anterior y posterior del cráneo; en el negro es más posterior; en el antropoide es mucho más posterior, hasta que en el caballo y el hipopótamo deja de formar parte de la base del cráneo (Broca).—Los huesos nasales permanecen separados en la línea media hasta una edad avanzada en el europeo; hasta los 20 o 25 años en el hotentote y en el negro; y hasta sólo dos en los antropoides.

En conclusión, pues, preguntémonos: ¿Y nosotros? ¿Y nuestra Angola? ¿Y Mozambique? *Iremos tirando*, que es la fórmula consagrada con la que se define ingenuamente la apatía nacional. Seguiremos declamando, que es el manjar más agradable al paladar portugués. Sin embargo, nosotros, que no somos un pueblo manufacturero, ¿deberíamos esforzarnos seriamente por convertir Angola en una buena granja holandesa, sin escrúpulos, prejuicios ni quimeras, si tras un estudio profundo juzgamos que el sacrificio merece la pena? ¿O deberíamos aplicar francamente a Angola el único sistema sensato a seguir con todo lo demás: enfeudarla a quienes podrían hacer lo que nosotros decididamente no podemos; repetir lo que se practicó con la India y estuvo a punto de hacerse con Lourenço Marques?

Llevar al hombro un arma —¡sin gatillo!—, sobre los muros de una fortaleza en ruinas, con una aduana y un palacio donde vegetan empleados mal pagados, observando con los brazos cruzados el comercio que hacen los extranjeros y nosotros no; esperando cada día los ataques de los negros y escuchando a toda hora las burlas y el desdén con que hablan de todos los que viajamos por África; sinceramente, no vale la pena.

BIBLIOGRAFÍA

- VISCONDE DE SANTAREM—*Essai sur l'histoire de la cosmographie*. Paris, 1849-52. 3 vol. 8.º
- Demonstração dos direitos que tem a corôa de Portugal ao território de Molembo, Cabinda e Ambriz*. Lisboa, 1855.
- Recherches sur la priorité de la découverte des pays situés sur la cote d'Afrique*, etc. Paris, 1842.
- Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Americ Vespuce et ses voyages*. Paris.
- LOPES DE LIMA—*Ensaio sobre a estatística das possessões ultramarinas (Cabo-Verde, S. Thomé, Angola)*. Lisboa, 1844-6, 3 vol. 8.º
- F. M. BORDALO—*Idem (Moçambique, Índia)*. Lisboa, 1859-62. 2 vol. 8.º
- M. DE SÁ DA BANDEIRA—*O trabalho rural africano e a administração colonial*. Lisboa, 1873. 8.º
- Documentos officiaes relativos ao tratado para a supressão da escravatura*. Lisboa, 1839. fol.
- O trafico da escravatura e o bill de Lord Palmerston*. Lisboa, 1840. 8.º
- Factos e considerações relativos aos direitos de Portugal sobre os territórios de Molembo, Cabinda e Ambriz*. Lisboa, 1856.
- D. JOSÉ DE LACERDA—*Exame das viagens do doutor Livingstone*. Lisboa, 1867. 8.º
- A. M. DE CASTILHO—*Descrição e roteiro da costa occidental d'Africa*. Lisboa, 1866-7. 2 vol. 8.º
- MIGUEL DE BULHÕES—*Les colonies portugaises*. Lisboa, 1878. 8.º
- AFFONSO DE CASTRO—*As possessões portuguezas na Oceania*. Lisboa. 1867. 8.º
- VISCONDE DE PAIVA MANSO—*Historia do Congo* (ed. da Academia). Lisboa, 1877. 8.º
- Memoria sobre Lourenço Marques*. Ibid., 1870.
- ACADEMIA REAL DAS SCIENCIAS (ed. da.)—*Collecção de noticias para a historia e geographia das nações ultramarinas*. Lisboa, 1812-41. 7 vol. 4.º
- Conferencias académicas*. Lisboa, 1877. 3 fasc. 8.º
- Collecção de opúsculos reimpressos*, etc. Lisboa, 1844-58. 4.º
- Annaes marítimos e coloniaes*. Lisboa, 1840-46. 6 vol. 8.º
- Memorial ultramarino e maritimo*. Lisboa, 1836.
- Annaes da marinha e ultramar*. Lisboa, 1866, etc.
- Annaes do conselho ultramarino*. Lisboa, 1867, etc.
- Annaes da commissão central permanente de geographia*. Lisboa, 1876.
- Boletim da sociedade de geographia de Lisboa*. Lisboa, 1877, etc.
- Boletim da sociedade de geographia commercial do Porto*. Porto, 1880 e segg.
- Indice chronologico das nav., viagens e descobrimentos dos portuguezes nos paizes ultramarinos desde o século XV*. Lisboa, 1841.
- GOMES EANNES DE AZURARA—*Chronica da conquista da Guiné*. Paris, 1841. 4.º
- DIOGO DE COUTO—*Soldado pratico* (ed. da Acad.) Lisboa, 1790. 8.º
- RUY DE PINA—*Chronica de D. João II* (Inéditos da Acad., II, pp. 11 e 144).
- ANDRÉ ALVARES DE ALMADA—(ed. D. Kopke) *Tratado breve dos rios de Guiné* (1594). Porto, 1841. 8.º

- SEBASTIÃO XAVIER BOTELHO—*Memoria estatistica sobre os domínios portugueses na Africa*. Lisboa, 1835-7.
- GAMITTO—*O Muata Cazembe*. Lisboa, 1854.
- MANUEL FERREIRA RIBEIRO—*A provincia de S. Thomé e Príncipe, etc.* Lisboa, 1877. 8.º
- VICENTE PINHEIRO—*As ilhas de S. Thomé e Príncipe*. Lisboa, 1884.
- L. A. REBELLO DA SILVA—*Historia de Portugal nos séculos XVII e XVIII*. Lisboa, 5 vol. 8.º (V. espec. I, 4; III, 2 a 5; V, 5; VI, 4 y 5; VII, 3; y VIII, 1).
- Relatorios apresentados* (pelos ministros Mendes Leal, Rebello da Silva, e Corvo) ao parlamento. 1864, 70 e 75.
- J. ANDRADE CORVO—*Estudos sobre as provindas ultramarinas*. Lisboa, 1883-4. 3 vol.
- CONDE DE FICALHO—*Plantas uteis da Africa portuguesa*. Lisboa, 1884.
- SERPA PINTO—*Como eu atravessei a Africa*. Lisboa, 1880. 2 vol.
- CAPELLO E IVENS—*De Benguella às terras de Iacca*. Lisboa, 1881. 2 vol.

Opúsculos diversos

- SALDANHA DA GAMA—*Mem. sobre as colonias de Portugal*. Paris, 1839.
- GOMES LOUREIRO—*Mem. dos estabel. portug.* Lisboa, 1835.
- LIUCIANO CORDEIRO—*Portugal e o mov. geogr. mod.* Lisboa, 1877.
- L'hydrog. afr. au XVI^{me} siècle*. Lisboa, 1878.
- (edit.) *Memorias do Ultramar; viag. expl. e conq. dos port.* Lisboa, 1881. 3 num.
- A. F. NOGUEIRA—*A raça negra sob o ponto de vida da civilização de Africa*. Lisboa, 1881.
- R. PEQUITO—*A soc. geogr. e o m. de Sá da Bandeira*. Lisboa, 1877.
- J. DE MENDONÇA—*Colonias e poss. port.* Lisboa, 1877.
- A. CAMPOS JUN.—*As possessões port.* Lisboa, 1877.
- D. J. OLIVEIRA—*Moçambique e o Bonga*. Coimbra, 1879.
- CASTRO FERRERI—*Angoche*. Lisboa, 1881.
- CUNHA MATTOS—*Chron. hist. S. Thomé e Príncipe*. Porto, 1842.
- C. DE MAGALHÃES—*A occupação do Congo*. Lisboa, 1885.
- Le Zaire et les contrats de l'assoc. internac.* Lisboa, 1884.
- Memoria da questão do Zaire*. 1883.
- JOSÉ FALCÃO—*A questão do Zaire*. Coimbra, 1883.
- H. DE BARROS GOMES—*O tratado du Zaire e a conf. de Berlin* (disc. parl.) Lisboa, 1885.
- A questão do Zaire* (id.) Lisboa, 1885.
- V. PINHEIRO—*Admin. colonial: criação do districto do Congo* (id.) Lisboa, 1885.
- Politica colonial* (id.) Lisboa, 1885.
- G. VILLAIN—*La question du Congo*. Paris, 1884.
- A. DE CASTILHO—*O Districto de Lourenço Marques, etc.* Lisboa, 1882.
- Portugal e a Gran Bretanha no tratado de Lourenço Marquês*. Lisboa, 1880.
- V. DE ARRIAGA—*Lourenço Marques*. Lisboa, 1881.
- J. DE ANCHIETA—*Traços geol. da Africa occid. port.* 1885.
- J. DE SEIXAS—*A questão colonial portuguesa*. Lisboa, 1881.

* * *

- R. H. MAJOR—*Vida do infante D. Henrique*. Lisboa 1876. 8.º

- CH. VOGEL—*Le Portugal et ses colonies*. Paris, 1860. 8.º
- J. MINUTOLI—*Portugal und seine colonien*. Stuttgard.
- ED. SEPTENVILLE—*Découvertes et conquêtes du Portugal*. Paris 1863. 12.º
- ED. J. PAYNE—*History of european colonies*. Londres.
- KARL RITTER (tr. Buret et Desor)—*Geographie general*. Paris, 1836. *Africa*, 3 vol. 8.º
- L. MAGYAR (tr. Hunfalvy)—*Reisen in Sud Africa*. Leipsig.
- P. F. BAINIER—*Afrique (Geog. appliquée)*. Paris, 1878.
- R. HARTMANN—*Die nigritien*. Berlim, 1879. 4.º
- A. E. LUX—*Von Loanda nach Kinbundu*. Vienna, 1879.
- DR. BARTH—*Travels and Discoveries in north and cent. Afr.* Londres, 1849-55.
- D. LIVINGSTONE—*Missionary travels and researches in South Africa*. Londres, 1857.
- V. L. CAMERON—*Across Africa*. Leipsig. 2 vol. 12.º
- H. M. STANLEY—*Through the dark continent*. Londres.
- J. MONTEIRO—*Angola and the river Congo*. Londres, 1875.
- J. TAMS (tr. Lloyd, do all.)—*Visit to the portuguese posses. of Africa*. Londres, 1845. 2 vol. 8.º
- J. BARROW—*Travels in the interior of southern Africa*. Londres, 1801.
- F. MÜLLER—*Allgemeine ethnographie*. Wien, 1873. 8.º
- A. PETERMANN—*Süd Africa & Madagascar* (Atlas do Stieler n.º 71) Gotha (Justus Perthes), 1879.
- R. KIEPERT—*Carte du Bassin du Congo*. Berlim, 1885.
- Beitrage zur Entdeckungsgeschichte Africa's*. Berlim, 1881.

* * *

- F. A. VARNHAGEN—*Historia geral do Brazil*. Madrid, 1854-7. 2 vol.
- D. M. PEREIRA DA SILVA—*Varões illustres do Brazil*. Paris, 1858. 2 vol. 8.º
- Historia da fundação do império brasileiro*. Rio, 1870.
- SEBASTIÃO DA ROCHA PITTA—*Historia da America portugueza*. Li3boa, 1730. fol.
- LUIZ GONÇALVES DOS SANTOS—*Memorias para a historia do Brazil*. Lisboa, 1825. 2 vol. 4.º
- F. S. CONSTÂNCIO—*Historia do Brazil*. Paris, 1839. 2 vol. 8.º
- P. SIMÃO DE VASCONCELLOS—*Chronica da companhia de Jesus no estado do Brazil*. Lisboa, 1663.
- Noticias curiosas e necessárias das cousas do Brazil*. Lisboa, 1668. 4.º
- P. FERNÃO GUERREIRO—*Relação annuál*, etc. Lisboa, 1605-1611. 4 vol. 4.º
- J. M. LATINO COELHO—*Elogio historico de J. Bonifacio de Andrade*. Lisboa, 1877. 4.º
- Revista trimensal do Instituto histórico e geographico do Brazil*. Rio, 1839. 4 vol. 8.º
- A. J. MELLO MORAES—*Chorographia historica, chronographica, genealogica, nobiliaria e politica do Brazil*. Rio, 1858-1863. 5 vol. 8.º
- Brazil historico*. Rio, 1864-70. 4 vol. 8.º
- BARTHOLOMEU GUERREIRO—*Jornada dos vassallos da coroa de Portugal para se recuperar a cidade de S. Salvador da Bahia*. Lisboa, 1625. 4.º
- JOÃO DE MEDEIROS—*Relação verdadeira de todo o succedido na restauração do Brazil*. Lisboa, 1625. 4.º
- DUARTE DE ALBUQUERQUE COELHO—*Memorias diarias de la guerra del Brazil*. Madrid, 1654.
- F. G. DA SILVA—*Mem. offerecidas á nação brasileira*. Londres, 1831. 8.º

- JOSÉ DE VASCONCELLOS—*Datas celebres e factos notaveis da historia do Brazil*, etc. Pernambuco, 1872.
- FR. JOÃO DE S. JOSEPH QUEIROZ—(ed. Camillo Castello-Branco) *Memorias*. Porto, 1868.
- R. RAPHAEL DE JESUS—*Castrioto lusitano*. Lisboa, 1679.
- ALEXANDRE DE GUSMÃO—*Collecção de escriptos*. Porto, 1841, con el *Complemento*; *ibid.*, 1844.
- CÂNDIDO MENDES DE ALMEIDA—*Atlas do imperio do Brazil*. Rio, 1868. fol.
- GABRIEL SOARES DE SOUZA—(ed. Varnhagem). *Tratado descript. do Brazil em 1587*. Rio, 1851. 8.º
- J. M. DE MACEDO—(tr. Hatbout). *Notions de chorographie du Brezil*. Leipsig, 1873. 8.º
- MANOEL AYRES DO CASAL—*Chorographia brasílica*. Rio, 1817. 4.º
- TH. M. SOUSA BRAZIL—*Compendio elementar de geographia geral e especial do Brazil*. Rio, 1848. 8.º
- J. A. DE CERQUEIRA E SILVA—*Ensaio chorographico do império do Brazil*. Rio, 1851.
- PAULO PORTO-ALEGRE—*Monographia do café*. Lisboa, 1879. 8.º
- O imperio do Brazil na exposição de Philadelphia*. Rio, 1875
- AUGUSTO DE CARVALHO—*O Brazil* (2.^a ed.) Porto, 1876. 8.º
- J. N. SOUSA SILVA—*Historia da conjuração mineira*. Rio de Janeiro, 1873.
- * * *
- J. HENDERSON—*History of Brasil*. Londres, 1821. 4.º
- ROBERT SOUTHEY—*History of Brasil*. Londres, 1810-1812-1819. 3 vol. 4.º
- F. DENIS—*Resume de l’histoire du Brésil*. Paris, 1825. 12.º
- F. GERVINUS—(tr. Minssen) *Histoire du XIX^{me} siècle*. Paris, 1866. 2 vol. 8.º
- J. NETESCHER—*Les hollandais au Brésil*. Haya, 1853.
- G. BARLAEI—*Rerum per octennium in Brasilia*, etc. Amsterdam, 1647.
- P. CLAUDE ABBEVILLE—*Histoire dela mission des pères capucins à l’ile de Maragnon*. Paris, 1614.
- C. STRATEU-PONTHOZ—*Le budjet du Brésil*. Bruxelles, 1854. 2 vol.
- AUG. SAINT-BILAIRE—*Voyages dans les provinces do Rio de Janeiro et de Minas geraes*, etc. Paris, 1830-1833. 4 vol. 8.º
- D. FÉLIX DE AZARA—*Voyages dans l’Amerique meridionale*. Paris, 1809. 4 vol. 8.º
- E. DE FREYEINET—*Voyage de l’Uranie*. Paris, 1824. 8 vol. (Véase *Hist. du voyage*).
- JEAN DE LERY—*Histoire d’un voyage fait en la terre du Brésil*. Ruão, 1578. 8.º
- BARON VON ESCHWEGE—*Brasilien nach einem 11 jachrigen Aufhenthalt*, br. 1830.
- SPIX UND MARTIUS—*Reise in Brasilien* (1807-20). Munich, 1823-31. vol. 4.º
- J. MAWE—(tr. Eyriés) *Voyages dans l’interieur du Brésil*. Paris, 1816. 2 vol. 8.º
- PR. MAX. DE WIED—*Reise nach Brasilien* (1815-17). Frankfort, 1819-21» 2 vol. 4.º
- H. KOSTER—*Travels in Brasil*. Londres, 1816. 4.º
- MILLIET DE ST. ADOLPHE—(tr. C. L. Moura) *Diccionario geographico do Brazil*. Paris, 1845. 2 vol.
- J. B. DEHRET—*Voyage pittoresque et historique au Brésil* (1816-31). Paris, 1839. fol.
- CH. DARWIN—(tr. Barbier) *Voyage d’un naturaliste*. Paris, 1875. 8.º
- R. A. LALLEMANT—*Reise durch Sud-Brasilien*. Leipsig, 1859.
- MARIA GRAHAM—*Journal of a voyage to Brazil*. Londres, 1824.
- HORACE SAY—*Histoire des relations commerciales de la France et du Brésil*. Paris, 1839. 8.º
- V. L. BARIL—*L’empire du Brésil*. Paris, 1802. 8.º

CH. REYBAUD—*La colonisation au Brésil*. Paris, 1858. 8.º

* * *

A. HERCULANO—*A emigração*. En los *Opúsculos*, tom. IV. Lisboa, 1879.

A. A. DOS SANTOS JUN.—*Acclimação dos portugueses na provinda de Angola* (these in.) Porto, 1883.

J. F. LARANJO—*Theoria geral da emigração*. Coimbra, 1878. 8.º

A. P. CARVALHO—*Das origens da escravidão moderna em Portugal*. Op. Lisboa, 1877.

J. S. MACIEL DA COSTA—*Mem. sobre a necessidade de abolir a introdução de escravos africanos no Brazil*. Coimbra, 1821. 8.º

—*Anuario estatístico do reino de Portugal*. Lisboa, 1877. 4.º

—*Primeiro inquerito parlamentar sobre a emigração portuguesa*. Lisboa, 1873. 8.º

P. LEROY BEAUTIEN—*De la colonisation chez les peuples modernes*. Paris, 1874. 8.º

JULES DUVAL—*Histoire de l'émigration*. Paris, 1862. 8.º

ADAM SMITH—*Recherches sur la nature et les causes de la richesse de nations* (tr. Blanqui). Paris, 1843. 2 vol. 4.º

M. CHEVALIER—*La monnaie*. Bruxelcs, 1851. 8.º (Véase Sec. V).

COURNOT—*Considérations sur la marche des idées et des évènements*. Paris, 1872. 2 vol. 8.º (Véase tomo I, cap. 8).

R. M. DE LABRA—*La abolición de la esclavitud*. Madrid, 1874. 8.º

MOREAU DE JONNÉS—*Recherches statistiques sur l'esclavage*. Paris, 1842. 8.º

JAMES BANDINEL—*Some account of the trade in slaves in Africa*. Londres, 1842. 8.º

FOWELL BUXTON—*The african slave trade*. Londres, 1840.

H. MERIVALE—*Lectures on coloniíation and colonies*. Londres, 1841.

W. WILBERFORCE—*A letter ou the slave trade*. Londres, 1807. 8.º

V. SCHOELCHER—*De l'esclavage des noirs et de la legislation coloniale*. Paris, 1833. 8.º

TH. CLARKSON—*The history of raise, progress, and abolition of the slave trade*. Londres, 1808. 8.º

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe. Seguido de El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*

- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas* (1751-1790)
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés* (1918-1920)
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas* (republicanas y regionalistas)
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911* (*Encyclopædia Britannica*)
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*

- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*

- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*

- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*

- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*

- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*

- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*

- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*

- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*

- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*

- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)